


LIVIA

BARRY EISLER

Traducción de David León

LONE

amazon crossing 

**LIVIA
LONE**

LIVIA LONE

BARRY EISLER

Traducción de David León

amazoncrossing 

Título original: *Livia Lone*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2016

Edición en español publicada por:
AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Junio 2017

Copyright © Edición original 2016 por Barry Eisler

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por David León

Diseño de cubierta: Luca Dentale/studio pym, Milano
Imagen de cubierta © Audrey Kwok - EyeEm /Getty Images ©
sivarock/Getty Images © LStockStudio/Shutterstock

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542045421

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Barry Eisler colaboró durante tres años con la Dirección de Operaciones de la CIA (hoy Servicio Clandestino Nacional) en calidad de agente encubierto; a continuación, ejerció la abogacía en el ámbito tecnológico y trabajó de ejecutivo en Silicon Valley y Japón. Mientras tanto, obtuvo el cinturón negro en el Instituto Kodokan de judo. Sus novelas de intriga figuran en numerosas listas de éxitos, se han traducido a veinte idiomas e incluyen el número uno de ventas *The Detachment*. Vive en la bahía de San Francisco, desde donde escribe novelas y cuadernos de bitácora digitales sobre tortura, libertades civiles y el Estado de Derecho. Más información en www.barryeisler.com.

A los perros pastores

ÍNDICE

<u>CAPÍTULO 1 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 2 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 3 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 4 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 5 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 6 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 7 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 8 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 9 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 10 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 11 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 12 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 13 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 14 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 15 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 16 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 17 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 18 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 19 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 20 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 21 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 22 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 23 AHORA</u>
<u>CAPÍTULO 24 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 25 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 26 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 27 ENTONCES</u>
<u>CAPÍTULO 28 ENTONCES</u>

[CAPÍTULO 29 AHORA](#)
[CAPÍTULO 30 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 31 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 32 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 33 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 34 AHORA](#)
[CAPÍTULO 35 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 36 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 37 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 38 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 39 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 40 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 41 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 42 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 43 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 44 AHORA](#)
[CAPÍTULO 45 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 46 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 47 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 48 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 49 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 50 ENTONCES](#)
[CAPÍTULO 51 AHORA](#)
[CAPÍTULO 52 AHORA](#)
[CAPÍTULO 53 AHORA](#)
[CAPÍTULO 54 AHORA](#)
[CAPÍTULO 55 AHORA](#)
[CAPÍTULO 56 AHORA](#)
[CAPÍTULO 57 AHORA](#)
[CAPÍTULO 58 AHORA](#)
[CAPÍTULO 59 AHORA](#)
[CAPÍTULO 60 AHORA](#)
[CAPÍTULO 61 AHORA](#)
[CAPÍTULO 62 AHORA](#)
[CAPÍTULO 63 AHORA](#)
[CAPÍTULO 64 AHORA](#)
[CAPÍTULO 65 AHORA](#)

[CAPÍTULO 66 AHORA](#)

[NOTAS](#)

[FUENTES](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO 1

AHORA

A Billy Barnett le gustaba la belleza asiática que tenía sentada a su lado. Era delgada y menuda, pero la blusa de yoga de manga larga que llevaba ajustada al cuerpo exhibía unas tetas muy apetecibles. Le había preguntado si acababa de salir de una sesión de gimnasia de última hora al acercarse a ella en la barra del local de Ray, estirando el cuello para que pudiese oírlo por encima de la música. Ella le había dicho que sí, que con tanto ejercicio se había ganado al menos una copa. Él había soltado una carcajada antes de preguntarle si podía invitarla y ella le había contestado que por supuesto, que no pensaba decir que no a un poco de vino. Aquello lo había sorprendido, pues el cabello teñido de rubio y la cantidad generosa de sombra de ojos de color púrpura que llevaba ella tras unas gafas de pasta de tamaño desproporcionado hacían pensar más bien en una chica atrevida de las que prefieren tragos de tequila, por ejemplo, o un Martini con vodka y una espiral de limón si pretendía dárselas de exclusiva. Al fin y al cabo, ¿qué más daba?

A continuación, había querido saber su nombre, que resultó ser Sue (¡qué más daba!), antes de pedir su vino y un *bourbon* Bulleit para él y, hablando de esto y lo de más allá, ella le había dicho que acababa de mudarse a Marysville porque era allí donde vivía su exmarido y ambos compartían la custodia del niño. Tenía que ponerse a buscar trabajo y a soportar entrevistas para encontrar algo mucho peor que lo que había dejado en Los Ángeles, donde tenía un puesto de ayudante personal de un productor de cine del que Billy no había oído hablar en la vida. Pero, ¡qué diablos! Para lo que le importaba la vida de ella... Lo único que contaba era que se había dejado ver por el local de Ray maquillada pese a haber estado haciendo gimnasia, con la ropa de calle guardada aún en una mochila de grandes dimensiones para

presumir de aquel cuerpo bien formado enfundado en su conjunto de yoga y chancletas en los pies, como si no viera la hora de quedarse descalza para meterse entre las sábanas. Todo dejaba claro que buscaba acción, ¿no? De hecho, parecía estar pidiéndola a gritos.

Ray cerraba a las dos y ya había pasado la una. Billy sabía que no debía ni pensar en eso. Visitaba aquel lugar cuatro o cinco noches a la semana. Se había convertido en su local de referencia desde su liberación de la penitenciaría de Twin Rivers de Monroe, de aquello ya hacía un mes. ¡Por Dios bendito! Si Ray, que atendía la barra en persona aquella noche y también había estado entre rejas, lo conocía y hasta lo llamaba por su apodo: Barn. En caso de que pasara algo y aquella monada asiática fuese con el cuento a la poli, el bar sería el primer lugar al que irían a mirar. Su descripción bastaría para delatarlo. ¿Un fulano grande y fornido con el pelo largo y oscuro y acento de Beaumont que frecuenta el bar de Ray? Tiene que ser Barn. Vamos por él y lo llevamos a comisaría para interrogarlo. Vamos a devolverlo de una patada a Monroe, de donde nunca debimos dejarlo salir.

Sin embargo, ¡qué diablos!, el *bourbon* lo estaba envolviendo todo en una atmósfera..., en aquella sensación grandiosa e invulnerable de euforia que lo llevaba a creerse capaz de hacer cuanto gustase, tomar lo que le viniera en gana y escapar con cuanto deseara con solo proponérselo. Se llevó el vaso a los labios y lo apuró, cerrando los ojos por un instante para saborear mejor el olor dulce que invadía su nariz, su ardor en la garganta y el impacto desatado que provocaba en su cabeza, y oyó el chocar de las bolas de la mesa de billar y el ritmo firme y contundente de Bruce Springsteen y su *Spirit in the Night*. Acto seguido, abrió los ojos y miró a la muchacha asiática, que le estaba sonriendo. Claro que quería. ¡Por supuesto que quería!

Además, ¿no era verdad que las asiáticas aguantaban toda la mierda que uno quisiera echarles con tal de no tener que soportar la humillación pública? Por eso había tantos acosadores en los trenes japoneses: los vagones iban demasiado llenos para poder apartarse y ellas preferían soportar en silencio casi de todo antes que llamar la atención. Por lo menos, eso era lo que tenía entendido, porque él nunca había estado en Asia. Eso sí: siempre había querido ir. «¿Quién sabe si esta noche no acabas dándote una vueltecita por allí?»

Y si acudía a la policía, había allí media docena de testigos, incluido el mismísimo Ray, que declararían que se había presentado allí con aquella ropa deportiva ajustada y maquillada de forma llamativa; que se había desprendido

de la sudadera como una bailarina exótica y que había pasado horas coqueteando con Billy, riéndole las gracias, tocándole el brazo y dejando que la invitara a una copa tras otra. ¿Cómo iba a explicar ella un comportamiento así?

El verdadero problema, claro, no eran tanto las fuerzas del orden como los Hammerhead. No es que sus colegas tuviesen escrúpulos morales sobre el hecho de que una guarrilla pudiera recibir lo que andaba buscando, pero que uno de los suyos atraiga la atención con una causa tras otra por abusos sexuales no era nada beneficioso para el negocio y él ya tenía un pie metido en la mierda por ese motivo. Había recibido órdenes de pasar lo más inadvertido posible tras su liberación: mantenerse lejos de la banda y de cualquier clase de líos y regresar a Seattle, donde debía hacer la sesión semanal con el terapeuta que le había asignado el estado y donde ya no lo observaba nadie con tanto celo.

¡Qué diablos! Si lo hacía a su manera, ¿quién se iba a enterar? Casi nunca necesitaba amenazar a nadie y hasta entonces solo había tenido que recurrir dos veces al machete de caza que llevaba sujeto al cinturón en una funda de cuero. No, él sabía bien lo que tenía que hacer: quedarse a solas con la muchacha en cuestión, ponerse valentón con ella y, cuando ella intentase detenerlo, acusarla de haberlo provocado. Por supuesto, aquel bomboncito asiático no dudaría en dejarse llevar. Hasta podría convencerla de que la decisión había sido de ella. O mejor: la culpa. Ella iba a tener muy claro que nadie la creería si decía lo contrario.

Señalando la copa casi vacía de la joven, preguntó:

—¿Otra?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Nunca paso de tres, y menos aún después de hacer gimnasia. — Acompañó la explicación con la sonrisa tímida de quien acaba de hacer una confesión vergonzosa—. Se me sube a la cabeza con demasiada facilidad y hoy creo que ya he tenido bastante, pero tú puedes beber más si te apetece.

Claro que le apetecía. De hecho, no dudó en pedir otra. Llamó con un gesto a Ray y apuntó a su vaso vacío. El dueño del local tomó la botella de Bulleit y se acercó a ellos.

—¿Todo bien, chicos? —dijo mientras rellenaba el vaso con tres dedos de alcohol.

Aquella era una de las ventajas de ser cliente habitual: Ray no escatimaba.

–Para mí, nada más. Gracias –aseguró la muchacha asiática.

Él asintió con la cabeza.

–De aquí a quince minutos cierro la barra. Estáis avisados.

Billy lo observó alejarse y, a continuación, alzó su bebida mientras la miraba a ella para decir:

–Por los pequeños placeres de la vida.

Se echó el contenido al colete de golpe, levantando bien la barbilla para facilitar el paso del *whisky* y, tras volver a dejar el vaso en la barra, cerró los ojos para saborear el momento. ¡Demonios! ¡Cómo le gustaba el buen *bourbon*! Era una de las cosas que había echado de menos estando a la sombra. Una de tantas.

Cuando abrió los ojos, la asiática estaba estirando los brazos detrás de la espalda y, ¡Dios!, sus tetitas no le parecieron entonces tan pequeñas, ¿verdad?

–En fin –dijo ella mientras recogía su mochila de los pies del taburete–, me tengo que ir. Mañana por la mañana tengo una entrevista.

Billy la miró de arriba abajo sin importarle lo que pudiera pensar ella. Diablos. ¡Sí que estaba buena aquella guarrilla! No era solo el *bourbon*: la había deseado desde el instante mismo en que la había visto entrar. Y en ese momento estaba bebida. Iban a salir juntos del establecimiento y, si llevaba mochila, sobre todo una tan voluminosa como aquella, lo más seguro era que hubiese ido a pie. De lo contrario, habría dejado todo el equipo en su automóvil. Todo estaba saliendo tan a pedir de boca que parecía demasiado perfecto para ser cierto.

–Sí, yo también debería retirarme. –Se levantó y dejó caer sobre la barra un par de billetes de veinte antes de recuperar del taburete la sudadera de ella–. Dame que lleve yo esto.

–No hace falta...

–No importa –respondió él con una sonrisa–. En absoluto.

Billy se dirigió a la puerta delante de ella para sostenérsela y dejó descender su mirada hasta más abajo de la mochila que se había colgado ella de un hombro para admirarle el trasero mientras ella atravesaba el umbral. Con un gesto de la mano se despidió de Ray, que respondió inclinando la cabeza con aire impasible, barruntando tal vez lo que se proponía Billy, pero consciente también de que no era asunto suyo.

Un instante después se encontraban en la acera y la puerta se cerraba

tras ellos con un lento quejido de moribundo que apagó de pronto el sonido de la música del interior. La calidez de aquella tarde primaveral había dejado en su lugar un aire nocturno frío y un tanto húmedo. La media luna pendía baja del cielo, con los bordes difuminados por la niebla. En un extremo de la calle había una casa de empeños cuyo oscuro interior protegían los barrotes de los escaparates. Frente a él, lo que quedaba de un estacionamiento, cercado y conquistado por las malas hierbas. El silencio que dominaba los alrededores solo se veía alterado por el sonido distante de los camiones articulados de tamaño colosal que recorrían la carretera interestatal y el canto de algún que otro grillo. Billy cabeceó complacido frente a la atmósfera de soledad que los envolvía ya que, al fin, se habían quedado solos.

–¿Dónde has dejado tu auto? –preguntó.

La muchacha miró a su sudadera, como si quisiese pedir que se la devolviera pero no se atreviese a hacerlo. A Billy le gustaba aquella situación.

–He venido andando desde el gimnasio.

Tal como había imaginado él. Perfecto.

–¿Y también vuelves andando a casa?

–Ese era el plan, pero...

–Te acompaño. El barrio no es muy seguro a estas horas de la noche.

–No hace falta, de veras.

–Insisto –repuso él en un tono que delataba cierta crispación a fin de dar a entender que se ofendería si ella rechazaba el ofrecimiento–. ¿Dónde vives?

La muchacha asiática dudó un instante. Su actitud hacía patente que no sabía bien cómo hacer frente a la situación.

–En un cuchitril del otro lado del parque. Acabo de mudarme y lo tengo todo hecho un desastre.

–¡Mujer! –exclamó él con una risotada amable con la que pretendía hacer que se sintiera cómoda–. Tampoco pretendía que me invitases. Solo voy a acompañarte hasta la puerta y darte las buenas noches.

Nada que objetar a eso, ¿verdad? Así que, por supuesto, tras un instante, la joven asintió con la cabeza mientras decía:

–Está bien. Gracias. Eso sí: te advierto que en el parque no se ve nada a estas horas.

«Pero nada de nada, guapa.» Echaron a andar por la acera sin cruzarse con nadie: solo con escaparates cerrados y solares vacíos. La muchacha asiática le hacía preguntas, naderías que la ayudaban a dominar su

nerviosismo, y Billy le respondía como un autómatas sin apenas prestar atención a sus propias palabras y sintiendo zumbas el *bourbon* en su cerebro mientras pensaba una sola cosa: el parque estaría muy oscuro. Y muy desierto.

Allí estaba: delante mismo de ellos, tan tranquilo, tan perfecto... En cuanto entraron, de pronto, todo cayó en silencio. Hasta el crujir de sus pisadas sobre el pavimento se apagó, sustituido por el sonido suave y furtivo de sus pies aplastando la hierba. No había una sola luz: solo se veían la endeble claridad de la luna y las sombras que proyectaba bajo los árboles. La muchacha asiática había dejado de hablar. Billy la observaba con el rabillo del ojo mientras le recorría el torso una oleada cálida y serpenteante de adrenalina ante la idea de que se encontraban en un lugar solitario, ella estaba indefensa y él podía hacer cuanto le viniese en gana.

–Hace más frío –dijo ella, tal vez solo por escuchar su propia voz.

Estaban casi a mitad de camino. En el centro mismo. Desde allí costaba oír incluso los camiones de la interestatal. Delante de ellos había una humilde arboleda. El lugar ideal. Billy se puso tieso solo de pensarlo.

–No sé: yo estoy bien.

–Tienes que tener la sangre más caliente que yo. ¿Me devuelves la sudadera?

–Claro. ¿Por qué no? –Sin embargo, siguió caminando.

Los árboles se encontraban ya a menos de diez metros.

–Mi sudadera –insistió ella–. Tengo frío.

Billy no respondió. Seis metros para llegar a los árboles. Tres.

–¡Eh! –dijo la muchacha asiática–. ¿Me has oído?

Él se detuvo y se volvió hacia ella. Allí todo eran sombras y los árboles amortiguarían el ruido, si es que ella hacía alguno.

–Perdona –respondió sonriendo–. Pensaba en mis cosas.

Ella se detuvo y lo miró.

–Decía que tengo frío.

Dios. Qué apetecible resultaba aquella guarrilla envuelta en la penumbra. Tan vulnerable. El corazón le latía con fuerza. Lo notaba en el pecho y en la garganta.

Dio un paso hacia ella.

–Diablos, cielo: de eso me ocupó yo ahora mismo. Ahora mismo te caliente...

Ella se encogió y sacudió la cabeza.

–¿Qué? No: lo único que quiero es que me devuelvas la sudadera.

–Claro. Vamos a tenderla sobre el césped. Verás qué bien.

Lanzó la prenda al suelo, al lado de ella, con la intención de seguirla cuando se agachara a recogerla, pero ella no se movió: se quedó de pie, con la mirada clavada en él. En fin: daba lo mismo.

–Vamos, mujer –dijo, acercándose a ella–. Te va a sentar bien. Ya verás.

Ella dio un paso atrás.

–Escucha –balbuceó–, quiero irme a casa. Nada más. ¿De acuerdo?

¡Dios! ¡Cómo le gustaba el miedo que delataba su voz! Le encantaba.

–¿No te he dicho que te iba a llevar a casa? ¿Ahora vas a dudar de mí?

–¿Qué? No. Es que...

–No me lo pongas difícil. Me he portado bien contigo esta noche. Te he invitado a lo que has querido, ¿no?

–Sí, has sido muy amable, pero...

–Entonces, ¿no crees que deberías ser buena tú también conmigo?

–No se trata de eso: es solo que no quiero...

Él dio un paso adelante de pronto y la tomó por los hombros. La estrujó con brío para que tomara conciencia de que era fuerte, dominaba la situación y podía hacerle mucho daño si le daba motivos.

–Para –le dijo agitándola de forma enérgica–. Para ya: deja de hablar y escúchame.

Sintió tensarse el cuerpo de ella. Notó su terror creciente. ¡Dios! Se estaba excitando mucho...

–Me he portado bien contigo –repitió sin ceder–. Toda la noche. Y lo único que quiero es que me correspondas. ¿Me estás diciendo que no piensas hacerlo? ¿Eso me estás diciendo?

–Déjalo, por favor –pidió ella con voz aguda como de niña–. Me estás haciendo daño. Para.

Su forma de hablar lo estaba poniendo tan cachondo... Dejó de oprimir los hombros de ella y le quitó la mochila para dejarla caer al suelo. Pesaba más de lo que había imaginado. Debía de llevar pesas o algo parecido. Le acarició el cuello un momento antes de dejar que las manos se deslizaran hasta los codos de ella y rozaran con los pulgares el contorno de sus senos de camino. Presionó los brazos de la muchacha a uno y otro lado de su cuerpo y la atrajo hacia así.

–Vamos, mujer. Un beso solo. ¿Es mucho pedir, después de cómo me

he portado?

–No –respondió ella elevando de nuevo el tono–, no quiero.

–¡Y una mierda no quieres! –dijo él.

Todo era perfecto: el miedo que tenía ella, cómo se resistía... Tenía cuanto había deseado siempre, tal como había soñado que sería. Y se lo iba a hacer en aquel instante; allí mismo, en el parque, sobre la hierba fría. Iba a darle todo lo que tenía para ella. Ella no se lo iba a decir nunca a nadie, ni tampoco lo iba a olvidar. Dios. No sabía qué podía haber hecho para merecer que ella hubiese entrado aquella noche en el bar de Ray. Era todo, sin duda, demasiado bueno para ser cierto.

Hizo que una de sus manos reptara por debajo del cuello de ella y comenzó a atraerla para besarla, pero ella colocó las palmas de las manos contra el pecho de él y lo apartó con un empujón que lo sorprendió: era más fuerte de lo que parecía. Sería el gimnasio. Lo estaba amortizando, supuso. Hasta cierto punto.

La volvió a tomar por los hombros y los giró con fuerza para tumbarla de espaldas sobre el césped y, a continuación, se colocó encima de ella y se sentó a horcajadas sobre sus caderas.

–No –dijo ella entre resuellos–. No quiero. Para.

Trató de zafarse, pero Billy le aferró entonces el cuello, no con la fuerza suficiente para asfixiarla, pero sí para que supiera que no le costaría mucho hacerlo. Con la mano que le había quedado libre comenzó a desabrocharse el cinturón.

–Ahora, no seas puta –le dijo–. Más te vale ser buena.

Sin embargo, la presión que estaba ejerciendo sobre su garganta no la apaciguó como él había esperado. En lugar de tratar de soltarse, la muchacha llevó las dos manos a la rodilla izquierda de él y empujó hacia fuera. Acto seguido, giró de algún modo la rodilla derecha y la deslizó por la abertura que había quedado de ese modo bajo él hasta tocarse con ella la barbilla. Él vio que tenía el pie descalzo y supuso que debía de haberse quedado sin chancleta en el momento de caer. Entonces, sintió el pie de su víctima en la cadera y notó que le apartaba hacia atrás la pierna de una patada. Estuvo a punto de desplomarse sobre ella, pero logró echar los brazos hacia delante y sostenerse justo a tiempo, pensando: «¡Condenada zorra! Lo vas a pagar caro».

En el instante en que empezó a incorporarse, ella le estaba haciendo un barrido en la pierna derecha y levantando la rodilla izquierda tal como había

hecho con la diestra, con el pie también descalzo. De pronto, pues, el agresor se encontró con la cintura envuelta por las piernas de ella y confuso, porque aquello era precisamente lo que había deseado, quedar entre sus piernas, pero no de ese modo: así era ella quien dominaba la situación. Mierda. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de la llave de *jiu-jitsu* que tanto había visto practicar en el patio de la prisión. Lo llamaban *guardia* y, aunque lo conocía, le parecía fuera de contexto en aquel momento. En fin: al ser asiática, pensó que no debía sorprenderse porque supiera *jiu-jitsu* o lo que fuese aquello. No le daba miedo, aunque sí lo enfurecía que pensase que podía librarse de él con artes marciales.

En consecuencia, afirmó el pie izquierdo con fuerza en el suelo y se irguió al mismo tiempo que echaba hacia atrás el brazo de dicho lado y cerraba el puño con la intención de estamparlo contra la cara de ella sin importar que pudiera dejarle marcas. A esas alturas, no iba a preocuparse por algo así y, al fin y al cabo, era ella quien se lo había buscado. Sin embargo, la muchacha reaccionó con tanta velocidad que tuvo la impresión de que no había esperado otra cosa de él. Arrojó hacia delante el brazo derecho y lanzó al aire la pierna correspondiente para pasarla por encima de la oreja izquierda de él y estamparle la corva en la nuca. Billy vio las estrellas y sintió que lo invadía la rabia en forma de adrenalina. Trató de decir: «Perra», pero fue incapaz, porque ella había envuelto con la pierna que tenía libre el pie de la que había usado para rodearle el cuello y estaba haciéndole una tijera, un cuatro o como se llamase aquella técnica. Notó un dolor espantoso. Era incapaz de respirar. Sintió que se le salía la lengua por la presión que estaba ejerciendo ella e intentó liberar un brazo para acceder al cuchillo. Sin embargo, aquella zorra le estaba asiendo la muñeca con tal fuerza que parecía saber dónde llevaba el arma. Le fue imposible soltarse. Los oídos le pitaban mientras intentó pasarse la mano izquierda por detrás de la cintura para alcanzar con ella el cuchillo. El cuchillo. Pero la muy perra lo agarró por la manga y se lo impidió. Aterrado, él intentó ponerse en pie y ella giró y le hizo perder el equilibrio y desplomarse sobre un costado con los ojos fuera de las órbitas y agitando las piernas. Tuvo la sensación de que los pulmones le bramaban y el cerebro quería estallar dentro de su cabeza. Fue a arañar la pierna de ella, pero el material de aquellas dichosas mallas de deporte se escurría y no había manera de aferrarlas con las uñas. La luz de la luna y las sombras que proyectaba sobre la hierba empezaron a diluirse en un tono gris y el pitido de los oídos también se atenuó hasta convertirse en un zumbido

cada vez más débil y mudo. Sintió que se le soltaba la vejiga y se le oscurecía la vista. El mundo se encogió entonces hasta quedar del tamaño de la cabeza de un alfiler. Lo último que pensó antes de que todo se volviera negro fue lo siguiente: «Era demasiado perfecto como para ser verdad».

CAPÍTULO 2

AHORA

Livia sabía que todo cuanto no llegase a cinco minutos sería insuficiente. Por lo tanto, mantuvo la presión de la llave estranguladora, respirando con regularidad a fin de disminuir el ritmo de su corazón, al mismo tiempo que alargaba el cuello a un lado y a otro para asegurarse de que seguían solos. No hacía mal en preocuparse. A aquellas horas de la noche, ¿qué parque no iba a estar desierto? Por eso había querido Billy ir allí, y la miel que atrae a la mosca atrae también a la moscarda.

Mientras esperaba, recorrió con la punta de los dedos sus manos y su cara, las únicas partes del cuerpo que no llevaba cubiertas de licra gruesa. Aunque dudaba que su atacante se las hubiese compuesto siquiera para tocarle la piel, siempre era mejor asegurarse. No encontró ningún arañazo, lo que quería decir que él no tenía rastros de su ADN bajo las uñas. Seguía teniendo la peluca en su sitio, sobre la redecilla con la que se había cubierto el pelo; con lo que tampoco sería posible dar con un cabello que la delatase.

Por el expediente de Billy –la misma documentación que le había dicho dónde podía dar con él– sabía que no era precisamente el más popular de los Hammerhead. No era más que un soldado prescindible, cierto es; pero su inclinación a las violaciones estaba haciendo de él una verdadera carga para la banda. Con un arresto más se encontraría en tal apuro que quizá no le importase testificar contra alguno de sus superiores. Quienes, por supuesto, podían haberse propuesto evitar tal cosa. Esa era, al menos, la teoría de Livia, que era de lo más sagaz con que contaba la policía.

Por si lo de los Hammerhead fuera poco, Billy tenía deudas de juego y de drogas, además de enemigos de su estancia en prisión; por lo que la lista de sospechosos con la que tendría que vérselas la comisaría de Marysville no

iba a ser menuda. De todos modos, ¿de veras iban a esforzarse? Los violadores racistas con antecedentes penales que aparecían muertos sin más no solían atraer mucha atención por parte de los investigadores. Por supuesto, irían a preguntar al bar de Ray y sabrían de la joven asiática que llevaba el pelo o la peluca de color rubio platino. ¿Y qué? Aunque el detective de turno fuese lo bastante entusiasta para ponerse a buscar pruebas, lo único que había tocado ella en el establecimiento era el pie de su copa de vino, que había limpiado discretamente con una servilleta antes de salir. Además, después de dar el último sorbo se había llevado consigo el recipiente al lavabo para limpiarlo con una toallita de agua oxigenada por si a alguien –cosa poco probable, aunque posible– se le ocurría buscar algún rastro de la saliva de la mujer misteriosa. Si Billy hubiese preguntado por qué se llevaba la copa a los servicios, le habría contestado con una sonrisa que había oído demasiadas historias sobre violadores que ponen drogas en la bebida para dejar la suya sola en una barra. Sin embargo, él no la había visto, o tal vez sí, pero no le había importado. Por otro lado, había una cámara de seguridad en la entrada; pero había tenido cuidado de agachar la cabeza al pasar por debajo. De todos modos, además de la peluca llevaba mucho maquillaje y gafas sin graduar, y había hecho ver que tenía diez años menos de los treinta que en realidad había cumplido. La joven asiática del cabello rubio platino no iba a llevar a ninguna parte a los investigadores, quienes supondrían que, quienquiera que fuese, debía de haber hecho de señuelo, de carnaza enviada al bar favorito de Billy por algún enemigo que quería atraerlo hasta el parque, en donde debía de haber estado apostado el cómplice que lo había asaltado por detrás para estrangularlo.

Cuando estuvo convencida de que no había la menor probabilidad de reanimación, soltó la presa y salió de debajo del cuerpo. De pie, miró a su alrededor y se preparó para recoger su equipo y esfumarse si era necesario; pero el parque seguía sumido en una quietud total. Bajó la mirada por un instante al rostro de él, blanquecino a la luz desvaída de la luna y con los ojos fijos en un punto situado más allá de ella y la boca abierta de par en par formando una mueca grotesca de asombro. Y se sintió fuerte, satisfecha, triunfante, viva.

Pero aún era pronto para sentimientos: tenía que concentrarse. Sacó de la mochila las toallitas de agua oxigenada y las pasó con rapidez por los dedos de él, asegurándose de empapar bien el interior de las uñas. Aunque se trataba quizá de una precaución innecesaria, la adrenalina que aún la invadía

podía haberle impedido sentir un posible arañazo, en el momento de recibirlo o aun después. Volvió a calzarse las chancletas, tomó la bolsa y la sudadera y cruzó ligera el parque hasta una caseta de mantenimiento situada en el extremo noroeste. Dio una vuelta completa a su alrededor para confirmar que estaba sola, sin adolescentes entregados a labores sexuales ni vagabundos de Marysville pasando allí la noche, y se detuvo en el lado más alejado de la calle para mirar y escuchar. Nada.

A continuación puso la mochila en el suelo, abrió la cremallera y sacó una bolsa de basura de jardinería resistente. Se descalzó y se quitó las mallas y la camiseta como un cirujano que se deshace de los guantes de látex tras la operación, cubriendo el interior con el exterior para hacer menor el riesgo de contaminación. Lo último fue el sostén, que lanzó sobre el resto de prendas antes de detenerse al sentir de pronto la brisa ligera y el delicioso frescor que envolvió su cuerpo. «Ahora, no: luego.»

Se puso de rodillas y metió todo en la bolsa de basura, incluidas la peluca y las gafas, y, tras sacar el exceso de aire, le hizo un nudo. De la mochila sacó entonces una muda interior, un mono de cuero de motociclista, guantes, botas y un casco con visera, así como una riñonera en la que escondía su arma reglamentaria, una Glock 26. Se lo colocó todo antes de meter la bolsa de basura en la mochila, deslizar los brazos por las correas de esta y salir del parque por una calle residencial. A lo lejos ladró un perro una sola vez antes de que el lugar volviera a quedar en silencio. Fuera de aquello, no se oyó nada más.

Al llegar a la intersección de una carretera de cuatro carriles, se mantuvo oculta en la sombra hasta que la rebasaron dos vehículos noctámbulos y volvió a hacerse el silencio, y a continuación bajó la visera y cruzó la calzada en dirección al estacionamiento del motel en que había dejado la moto. No era la que tenía registrada a su nombre, pues, aunque amaba aquella Ducati Streetfighter sobre todas sus demás posesiones, resultaba demasiado peculiar y, por lo tanto, demasiado fácil de recordar para lo que acababa de hacer: para noches como aquella usaba una que había montado ella misma con piezas procedentes, sobre todo, de una Kawasaki Ninja 650. Dado que este era uno de los modelos más populares de los alrededores, podía confiar en que nadie le prestaría mucha atención. Y puesto que la guardaba lejos de su vivienda, tampoco era probable que la relacionasen con ella.

Allí estaba, estacionada donde la había dejado. Abrió el candado de

disco, desbloqueó la dirección y quitó el cable de seguridad con que había unido la rueda de atrás a una señal de tráfico. Metió este último en la mochila y sacó de ella un chaleco fluorescente que se colocó sobre la chaqueta de cuero a fin de eliminar cuanto pudiese haber de furtivo en su aspecto convirtiéndose en poco más que una simple ciudadana honrada y conductora responsable, de las que hacen que la poli se relaje. De las que los agentes pasan por alto.

Salió por el lado opuesto del estacionamiento, en primera y con el motor rugiendo suavemente. Tres minutos después se encontraba en la interestatal número 5 en dirección al sur con el viento pasando a su lado como un látigo, la válvula del combustible abierta y la motocicleta vibrando entre sus muslos. Se resistió a la tentación de acelerar más, porque no quería correr riesgos innecesarios. Aun cuando los agentes de tráfico pudiesen estar dispuestos a ofrecer un mínimo de cortesía profesional a una compañera, si la hacían detenerse era irremediable que la situaran en torno al lugar y la hora en los que Billy se había desprendido de las vicisitudes de esta vida. Y aunque se sabía muy capaz de eludir a quien quisiera obligarla a parar en la cuneta, era consciente de los riesgos que llevaría aparejados una persecución a gran velocidad.

Si bien esta clase de consideraciones era común cada vez que daba caza a un asqueroso violador reincidente de los que se libraban de la pena que merecían alegando haber incurrido en un delito menor, en aquella ocasión había más aún en juego, pues la muerte de aquel asqueroso violador en particular iba a ser motivo de un funeral por todo lo alto, una despedida propia de los defensores de la superioridad blanca a la que asistiría al completo la banda de los Hammerhead. Y la ceremonia iba a ofrecer a Livia la información que necesitaba para hacerse con el verdadero trofeo: Timothy Tyler, llamado el Hierba, uno de los peces gordos del grupo, que estaba a punto de culminar los dieciséis años de condena que cumplía en Victorville.

La última vez que lo había visto, Tyler se contaba entre quienes la habían secuestrado. Y lo cierto es que era la única persona con vida que estaba en situación de informarla de lo que había ocurrido a su hermana, Nason. Nason, su pajarito, desaparecida desde que ambas habían sido víctimas de trata desde Tailandia siendo niñas.

CAPÍTULO 3

ENTONCES

Estaba por concluir la cosecha del arroz cuando llegaron al pueblo aquellos hombres y se llevaron a Livia y su hermana Nason. La primera tenía trece años; la segunda, once. Sus padres las habían vendido.

Era por la mañana, a la hora en la que los niños solían alimentar a los pollos; pero aquel año ya no había pollos en el pueblo, ni tampoco cerdos o perros siquiera. Las tres últimas cosechas habían sido escasas y todos tenían hambre. Livia cazaba gusanos, ranas, arañas y hasta escorpiones; pero nada de eso era suficiente y el vacío de su estómago la roía de forma constante, a veces convertido sin más en un picor, aunque con más frecuencia en forma de dolor furioso y punzante.

Su padre las había mandado a jugar fuera, cosa que hacía a menudo cuando estaba de mal humor. Así que ambas se encontraban en la extensión de tierra situada frente a la modesta cabaña de paja imitando a distintos animales: peces que nadaban en el río, pájaros que volaban por el cielo, tigres que se deslizaban con sigilo por la selva... Aquel era uno de sus juegos preferidos, y, de hecho, Nason imitaba de forma tan asombrosa el canto de las aves que su hermana la llamaba «pajarito». Las dos reían encantadas cada vez que la pequeña conseguía que le contestaran los animales de verdad, y el juego las ayudaba a no pensar en la comida que no tenían.

Pertenecían a los lahu, una de las tribus montañosas que vivían en las selvas escarpadas de Tailandia colindantes con Birmania y Laos. Sin embargo, las fronteras, como el mundo exterior en general, constituían, en gran medida, una simple abstracción para Livia. En su pueblo no había más que una radio, que por lo común se usaba para escuchar música. El único televisor de que disponían era un modelo anticuado que, con buen tiempo,

ofrecía imágenes neblinosas procedentes de una emisora birmana situada en algún lugar del norte. Había oído hablar de algo llamado Internet, aunque apenas podía imaginar lo que sería aquella cosa.

Chapurreaba el tailandés que había aprendido en la escuela provincial a la que asistía de cuando en cuando y quería aprender más. Sin embargo, sus padres no veían motivo alguno por el que nadie pudiese necesitar ninguna otra lengua que no fuese el lahu. Además, en tiempos mejores, había demasiados quehaceres para permitirse frivolidades como la escuela: plantar y recoger arroz, ir por agua al pozo, cazar... Al cumplir los seis años, Livia se había convertido en toda una experta en el uso del *a-taw*, el machete del que se servían los suyos para todo, desde abrirse paso entre la maleza hasta talar árboles o matar un pollo; el *law-gaw*, la hoz que empleaban para segar el arroz, y el *heh hga geu dtu ve*, la jaula de mimbre que colocaban en la selva con un polluelo dentro para atraer a los gallos salvajes y matarlos con un *ka*, una ballesta de diseño tan arcaico como eficaz.

Aunque Nason tenía solo dos años menos que ella, era pequeña para su edad y no demasiado fuerte. Livia se preocupaba mucho por ella, porque había visto lo que ocurría a los lechones menos corpulentos de las camadas que nacían en el pueblo, que no tardaban en debilitarse al negarles sus codiciosos hermanos el acceso a las mamas de su madre ni en ser presa del cuchillo de los aldeanos por la escasa cantidad de carne que tenían que ofrecer. Ella detestaba aquello. Por eso solía apartar a los más fuertes para que los pequeños pudieran tener su ocasión de aferrarse a la teta –y a veces hasta los alimentaba ella misma–; pero nunca era suficiente. Sabía que Nason también necesitaba alguien que la ayudase. Con todo, sus padres estaban demasiado ocupados para prestar mucha atención a ninguna de ellas, ni podía esperar que la dejaran molestar a su hermano, Zanu, joven apuesto de quince años cuyo nombre figuraba ya en todos los corrillos del pueblo cuando se hablaba de matrimonio. Livia, por lo tanto, iba a tener que encargarse personalmente de la protección de Nason.

Una noche, tumbada en el camastro que compartía con Nason, separado del resto de la choza por una cortina, escuchó la conversación que mantenían sus padres en voz baja acerca del Gobierno de Bangkok, que pretendía prohibir a las tribus montañosas cultivar con el método tradicional de tala y quema por algo relacionado con el cuidado de la naturaleza. Su madre estaba aterrada. ¿Cómo iban a comer? Su padre dijo que tendrían que buscar un trabajo para las dos niñas. A Livia no le pareció algo tan terrible, pero su

madre, por la razón que fuese, protestó con energía y hasta alzó la voz. Él, sin embargo, la acalló preguntándole si prefería verlas morir de hambre.

Nason se revolvió y Livia le tendió el pequeño Buda de madera que había tallado en persona y que ambas gustaban de tener siempre cerca del camastro. A veces, sostenerlo en la mano ayudaba a dormir a su hermanita. A continuación le acarició el cabello para calmarla, pero ella abrió los ojos tras un leve parpadeo y, con un quejido, se frotó la barriga.

–Toma, pajarito –susurró mientras metía la mano en un morral de escaso tamaño–. Te he guardado esto.

Se trataba de un durio, la fruta favorita de Nason. Livia lo había encontrado caído en una parte remota del bosque que debían de haber pasado por alto los demás recolectores y, aunque había sentido un deseo impetuoso de comérselo allí mismo, sabía que Nason podría despertar con hambre.

–No, Labi –respondió la pequeña, llamándola por su nombre lahu–. Es tuyo y tú también lo necesitas.

–¡Qué va! Si ya he comido. ¡Estoy llena!

Sabía que Nason no la creía, pero ¿hay algo más persuasivo que el hambre? La hermana menor miró la fruta con anhelo.

–Entonces, lo compartiremos.

Livia asintió, tomó un bocadito y se aseguró de que la pequeña daba cuenta del resto mientras la animaba a comer poco a poco para que durase.

Acabado el durio, se arrimó a ella y la rodeó con los brazos. Y de un modo u otro, pese al hambre, pese a las temibles palabras de sus padres, al oír de nuevo la respiración calma de Nason, también ella se quedó dormida.

Los hombres no tardaron mucho en llegar.

Livia y Nason estaban jugando fuera de la casa, tal como les había ordenado su padre. La mayor reía al ver a su hermana contonearse como un pez cuando oyó un ruido extraño: el motor de un automóvil. Alzó la mirada y vio una furgoneta blanca oxidada que avanzaba dando botes hacia ellas por la carretera de tierra sembrada de baches y dejando una estela de polvo tras de sí. Las dos dejaron de jugar y se pusieron en pie para observarla.

El vehículo redujo la marcha y se acercó hasta detenerse delante de ellas. De él salieron tres hombres cuyo aspecto disgustó de inmediato a Livia: gentes taimadas, como perros que merodean buscando la ocasión de robar un bocado. Uno de ellos, más alto que los otros y cuyos pómulos prominentes lo hacían semejante a una calavera con ojos, sostenía una fotografía, una

fotografía que era de su madre, tal como advirtió confusa Livia. Un aldeano, dueño de una cámara, la había tomado hacía un año y la había llevado a revelar para ella en la ciudad vecina de Chiang Rai. En la imagen aparecía Livia rodeando con los brazos a Nason frente a su cabaña, ataviadas ambas con sus mejores ropas: los vestidos bordados de vivos colores que constituían el atuendo tradicional de su pueblo. Si su madre guardaba aquel tesoro en la zona de la casa en la que cocinaba, dentro de un tarro para protegerlo de la humedad, ¿cómo era que lo tenían aquellos hombres? ¿Y qué hacían con él?

La calavera con ojos miró la foto y, a continuación, a Livia y a Nason para después volver a observar la instantánea. Tras hacer un gesto a sus acompañantes, echó a andar hacia la cabaña. Uno de los otros dos, un hombre de barba sucia e irregular, lo siguió mientras el tercero, dotado de un cabezón afeitado y de forma cuadrada muy poco natural, daba un paso adelante y agarraba a Nason de la muñeca. Ella dio un grito y trató de liberarse, pero el desconocido se dio la vuelta sin más y comenzó a tirar de ella en dirección a la furgoneta. Livia, demasiado asustada para pensar, asió la otra muñeca de Nason y tiró en el sentido contrario al mismo tiempo que llamaba a gritos a sus padres con voz aguda y aterrada. El hombre las arrastró a ambas durante un momento, hasta que Livia plantó el pie en el suelo y, tirando con más fuerza, consiguió detenerlo. Sin embargo, el barbado, que debía de haberse colocado detrás de ella, le rodeó la cintura con un brazo y la levantó en el aire para obligarla a soltar a su hermana. La muchacha se puso a dar gritos de ira y trató de arañarlo, pero él la envolvió con el otro brazo y se dirigió también con ella a la furgoneta. Horrorizada, estaba intentando zafarse en vano cuando vio que el otro también tenía suspendida en el aire a Nason. Dejó de forcejear, pues no iba a permitir que nadie se llevara a su hermana sin acompañarla; pero siguió llamando a gritos a sus padres.

Giró en los brazos de su captor, alargó el cuello... y los vio. Habían acudido a la puerta de la choza, pero solo para quedarse allí de pie, observando la escena sin hacer nada. Zanu llegó entonces y también se puso a mirar hasta que su padre lo hizo entrar en la cabaña. Entonces, su madre volvió la espalda entre sollozos y su padre hizo un gesto a los hombres con un dedo. Los sentimientos de Livia habían ido ya más allá del miedo. ¿Por qué no hacían nada sus padres? No lo podía entender. No tenía el menor sentido.

Los hombres las metieron en la furgoneta, cuyo interior estaba atestado de menores: ocho, incluidas ellas dos. Algunos lloraban y balbucían en las

lenguas de las distintas tribus de aquellas montañas, en tanto que otros temblaban mudos, abrazándose las rodillas con los brazos. El aire era húmedo y hedía a sudor, orina y heces. Allí dentro había además un cuarto hombre, que tiró de Nason y Livia hacia dentro antes de cerrar la puerta corredera tras ellas. Los otros dos se sentaron en la parte delantera: uno, tras el volante, y el otro, en el centro. Livia se abrió paso hasta la ventanilla del otro lado, limpió una porción de la humedad y la mugre que empañaban el cristal y vio a la calavera devolver la foto a su madre antes de contar un puñado de *baht* y ponerlo en la mano de su padre. Incapaz de comprender nada, agitó la cabeza en estado de conmoción.

La calavera con ojos entró en la furgoneta y el conductor arrancó. Livia contempló a su madre por el cristal sucio mientras regresaba a la choza entre sollozos. Su padre, en cambio, permaneció con los ojos clavados en el espacio que tenía delante, aunque no en el vehículo, con una mano aferrada al dinero y frotándose la otra contra el muslo como si tratase de limpiar algo de su palma. La furgoneta dobló una curva de la carretera, rebasó el desvencijado santuario de madera semejante al que tenían todas las aldeas de los alrededores con el fin de ahuyentar a los malos espíritus... y, de pronto, todo –la cabaña, sus padres, el pueblo...– desapareció.

Entonces oyó a Nason gritando a sus espaldas:

–¡Labi, Labi!

Esquivó a unos cuantos de los niños que lloraban también y abrazó a su hermana con gesto protector.

–Tranquila –dijo mientras trataba mantener a raya sus propias lágrimas y su miedo–. Tranquila, Nason. Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí.

Pararon en otros dos pueblos más para recoger a otros cinco menores antes de pasar un largo rato recorriendo la selva y descendiendo poco a poco la montaña. Livia no tenía la menor idea de dónde iban. Los hombres hablaban en tailandés y daban la impresión de ser de la ciudad; pero eso era lo único que podía suponer. Entre el mal olor, los sollozos y los saltos provocados por los baches del camino, siguió abrazada a Nason mientras le susurraba que estaba con ella, que la quería y que no les iba a pasar nada.

–Pero ¿adónde vamos, Labi?

–No lo sé.

–¿Por qué no vienen con nosotros padre y madre?

–Tampoco lo sé.

Recordó la conversación que había oído cuando los dos discutían sobre

la idea de encontrar un trabajo a las niñas. ¿Podía ser que se refirieran a aquello? Pero, entonces, ¿por qué habían pagado aquellos hombres a sus padres si no habían empezado siquiera a trabajar? Sin creerlo en realidad, ante la necesidad de algo que decir a Nason, respondió:

–A lo mejor nos han buscado trabajo para conseguir dinero y comprar comida.

Tenía la esperanza de que la perspectiva de tener algo que echarse a la boca alentaría a la pequeña, quien, sin embargo, no hizo sino llorar con más fuerza.

–Pero ¿por qué no nos han dicho nada?

Para eso no tenía respuesta. Recordó la renuencia de su madre ante la proposición de ponerlas a trabajar... y sintió un escalofrío reptar hasta su estómago.

–No lo sé, pajarito –dijo–. No lo sé.

Llegado el mediodía, se detuvieron en un claro y los hombres sacaron a los niños de la furgoneta. Livia, de pie en la alta hierba y sin soltar la mano de Nason, pestañeó a la luz del sol abrasador sintiendo la piel pegajosa por el sudor. Aunque trató de no preocuparse, no le había gustado aquella parada: viajar en el interior del vehículo era horrible; pero no había tardado en habituarse. Ya no le daba miedo la furgoneta, sino lo que podía ocurrir a continuación.

Los cuatro hombres rodearon a los niños mientras los bajaban al suelo, con la intención evidente de evitar cualquier intento de fuga. Sin embargo, uno de los varones debía de haber planeado aquel momento, pues echó a correr en el instante mismo en que sus pies tocaron la hierba. Uno de los captores lo agarró del hombro, pero él se zafó y se alejó trotando.

No había recorrido diez metros cuando, como un tigre, surgió de la hierba un hombre que le golpeó la cara con el antebrazo. El chiquillo dio una vuelta en el aire y fue a aterrizar de espaldas, y el que lo había interceptado lo levantó del suelo, se lo echó al hombro como un saco de arroz y, al llegar ante los demás, lo arrojó a tierra. Entonces, sin hacer gesto ni sonido algunos, se quitó el cinturón y se puso a azotarlo. El pequeño se retorció entre alaridos, pero el hombre prosiguió con expresión casi aburrida.

Algunos de sus compañeros de infortunio volvieron la espalda; otros lloraban, y uno de ellos vomitó. Livia, sin pensarlo, se puso a gritar en lahu:

–¡Déjelo! ¡Pare! –Y a continuación, al recordar sus clases de tailandés, siguió en dicha lengua.

Los hombres no la miraron siquiera, y mucho menos el que estaba zurrando al pequeño. La niña lo observó horrorizada mientras apretaba el rostro lloroso de Nason contra su pecho para que no viera la escena y a continuación recorrió con la vista a los demás con la esperanza de dar con otro dispuesto a protestar. Había un muchacho, que ella supuso yao, que parecía mayor que los otros. Desde luego, estaba más crecido, casi tanto como los hombres, aunque no como la calavera con ojos. Sin embargo, no hizo nada.

El castigo prosiguió durante un largo rato, hasta que, de un modo tan súbito y desapasionado como había comenzado, el hombre se detuvo. Entonces miró a los demás niños, como tratando de averiguar con cierta curiosidad quién sería el próximo a quien iba a azotar, y Livia pensó que tenía los ojos tan planos y fríos como los de una serpiente.

De haber estado en el interior de la selva, a Livia no le habría costado dar con una de las plantas medicinales que empleaban los de su pueblo para tratar las heridas y el dolor; pero entre la hierba de aquel claro no crecía nada de aquello. Quiso acercarse al niño para tratar de consolarlo; pero Nason la tenía asida con fuerza y no había dejado de temblar ni de llorar. Así que se estuvo quieta y susurró a su hermana que no pasaba nada, que estaba con ella, que iba a estarlo siempre y que todo iba a salir bien.

Uno de los hombres se desabrochó los pantalones y se puso a orinar sobre la hierba sin molestarse siquiera en darles la espalda. Livia reparó en que ella también tenía ganas. No quería pedir permiso: no le parecía una buena idea y, además, tampoco tenía la impresión de que le fueran a permitir ninguna intimidad. Pensó en aguantarse, pero se dio cuenta de que no podía; conque se puso en cuclillas, se bajó los calzones tan poco como le fue posible y meó. Tenía los brazos delante de ella para cubrirse tanto como le era posible, y la mirada fija en el suelo con las mejillas encendidas por la vergüenza. Cuando acabó, se subió enseguida los pantalones y se puso en pie. Miró a los hombres y, si bien ninguno de ellos dijo nada, no le gustó el modo como la observaban.

Algunos de los otros niños, viendo que no ocurría nada, la imitaron. Sin embargo, la mayoría no lo necesitó: ya habían perdido todo dominio sobre sus vejigas –y algunos también sobre sus intestinos– en la furgoneta o en el rato que había pasado el hombre azotando al muchacho fugado.

Los demás hombres también se aliviaron. Luego, fumaron cigarrillos mientras los pequeños aguardaban en cuclillas, en su mayor parte llorando y

gimiendo en voz baja. Por lo demás, solo se escuchaban el zumbido de los insectos en los árboles y la llamada de las aves a lo lejos. Entonces, el más alto de los de la furgoneta miró el reloj e hizo un gesto a los otros antes de señalar el vehículo y poner en marcha a patadas a los niños. Livia se levantó enseguida, con Nason agarrada a su brazo, porque quería entrar antes que los demás y quedar así cerca de la ventanilla. Si podía ver el exterior, tal vez fuese capaz de averiguar algo que les sirviera de ayuda. Pese a los puntapiés, algunos no se movieron, atenazados por el miedo y llorando con desesperación. El del cinturón volvió a quitárselo y echó el brazo hacia atrás, con lo que consiguió meter prisa también a los rezagados.

De nuevo en la furgoneta, Livia se encontró al lado del chiquillo al que habían azotado. Le tocó el brazo y susurró en lahu:

–¿Estás bien?

Sabía que era una pregunta estúpida: claro que no estaba bien. Ninguno de ellos lo estaba. Sin embargo, era lo menos que podía hacer. Él la miró con los ojos rojos y los labios hinchados y llenos de sangre, tal vez del golpe recibido cuando lo habían arrojado al suelo.

–¿Estás bien? –volvió a decirle, esta vez en tailandés.

El niño dijo algo que ella no entendió. Ella pensó que debía de ser hmong, pero no estaba segura, porque él arrastraba las palabras por el daño recibido en la boca.

–Tailandés –añadió–. ¿Hablas tailandés?

Él miró a derecha e izquierda como quien busca algo antes de decir en la lengua por la que preguntaba ella:

–¿Adónde vamos?

Livia sacudió la cabeza con impotencia. Permanecieron callados unos instantes, tras los cuales ella se señaló con un dedo y dijo:

–Labi. Me llamo Labi.

Él asintió y repitió el gesto de ella para presentarse.

–Kai. –A lo que añadió–: ¿Adónde vamos, Labi?

Ella volvió a indicarle sin palabras que no lo sabía. Quería decirle que era un niño muy valiente, pero no recordaba el término.

CAPÍTULO 4

ENTONCES

Pasaron horas avanzando entre campos de gran extensión y arrozales dispuestos en terrazas, corrientes de agua que centelleaban a los duros rayos del sol y ciudades modestas con cables tendidos entre postes dispuestos a lo largo del camino. Livia se apoyó en el costado metálico de la furgoneta, pues, aunque los baches lo hacían incómodo, Nason podía usar así su cuerpo de almohada. En determinado momento, se despertó y advirtió entonces que se había dormido. Ya no daban botes. Miró por la ventanilla y vio una carretera pavimentada. Antes solo había visto una así: la calzada angosta y tortuosa que unía su pueblo con los de las otras tribus. Por lo tanto, no pudo sino maravillarse al ver lo larga y lo recta que era aquella, que se prolongaba sin fin a lo largo de lo que calculó que debían de ser hasta kilómetros.

Se detuvieron dos veces más. Una de ellas, los hombres les dieron galletas saladas de arroz, que los niños devoraron enseguida, y botellas de agua. Ninguno de ellos intentó escapar. Livia se dijo que lo habría hecho si no hubiera tenido que cuidar de Nason; pero lo cierto es que no estaba tan segura.

Caía ya la tarde cuando llegaron a las afueras de una ciudad gigantesca. Nunca había visto tanto cemento, tantos automóviles ni edificios tan colosales. Aun desde el interior de la furgoneta podían sentirse el ruido de aquel lugar y su energía tumultuosa. Estaba convencida de que debía de ser Bangkok. Sabía, claro, que era la capital del país, si bien hasta aquel momento había existido en su imaginación como algo semejante a un reino de ensueño perteneciente a los libros de texto más que un lugar real que pudiese llegar a conocer jamás. Aunque parte de ella estaba fascinada, embelesada, por la magnitud de todo aquello, el sentimiento que la dominaba

era, sobre todo, de miedo. Supuso que debía de ser aquel el destino al que los llevaban los hombres, pues, después de ver aquella ciudad ciclópea, no concebía que hubiese ningún otro lugar al que ir, y se preguntaba qué iba a ser de ellas en un sitio poblado por tanta gente de la que ni ella ni Nason conocían a nadie. Una ciudad tan descomunal se las tragaría a ambas sin que nadie supiera jamás de su existencia.

A lo lejos, recortada contra el violeta y el añil de un cielo que comenzaba a sumirse en la penumbra, atisbó una línea de monstruos gigantes iluminados desde abajo que se alzaban amenazantes sobre una masa enorme de agua. Por todas partes había embarcaciones de porte desmesurado y cajas de metal rectangulares más grandes que la furgoneta y aun que dos furgonetas. En ese momento distinguió un letrero en tailandés: *Puerto de Laem Chabang*. Entonces, ¿aquello era el océano? Y aquellos monstruos ¿no serían... máquinas o algo semejante? Sí: tenía que ser eso. Vio que algunos de ellos sostenían en alto con cuerdas los contenedores de metal para sacarlos de los barcos o meterlos en ellos. Los laterales de las cajas llevaban inscripciones en grandes caracteres blancos de lenguas que Livia desconocía. En aquel instante la recorrió una oleada de terror. ¿No irían a llevarlas a otro país? Apenas había tiempo de superar el espanto que le había producido la idea de ser engullida por Bangkok. ¿Cómo iba a hacerse siquiera a la idea de lo que podía haber más allá de la capital?

Nason debió de percibir su miedo, porque le apretó el brazo mientras susurraba:

—¿Qué pasa, Labi?

Ella la envolvió en un abrazo y la atrajo hacia sí para responder:

—Nada, pajarito. Nada.

El vehículo siguió avanzando hasta detenerse, al fin, a lo largo de un muro conformado por columnas de ocho de aquellas cajas metálicas gigantescas que se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista de Livia. Delante del resto destacaba una solitaria, separada del muro. De la furgoneta salió uno de los hombres, que abrió la puerta de aquel monstruo de metal y, tras mirar a su alrededor, hizo con la cabeza una señal a los demás. Entonces, uno a uno, comenzaron a sacar a los niños para meterlos a empujones en la caja. Livia estaba aterrada. ¿Qué habría allí dentro? ¿Qué iba a ser de ellos? ¿Cómo los iban a encontrar en una caja entre miles? Sin embargo, no podía hacer nada: tenía que ser valiente por Nason.

Ellas dos fueron las últimas. La pequeña se había puesto a llorar una vez

más, pegada a ella. En el momento en que un par de hombres las empujaban hacia la puerta, Livia preguntó desesperada en tailandés:

–¿Adónde vamos? ¿Adónde?

Los dos rompieron a reír y uno de ellos la miró de tal manera que sintió deseos de cubrirse. Las arrojaron al interior y se colocaron de tal modo que bloqueaban la salida. Livia miró a su alrededor. Al menos, dentro de la caja no había nada malo. De hecho, no había nada, aparte de unos cuantos baldes de plástico. Sin embargo, de algún modo, aquella desnudez resultaba espantosa en sí misma.

Dos de los hombres entraron para tenderles más galletas de arroz y agua y, cuando, segundos después, desaparecieron por completo aquellos víveres, les ofrecieron más. Mientras los niños comían, uno de aquellos señaló su propia entrepierna, su trasero y, a continuación, los baldes metálicos mientras emitía un gruñido con cada gesto. Livia entendió que aquellos recipientes habrían de hacer las veces de letrinas y que, por lo tanto, iban a estar mucho tiempo en aquella caja. Hizo cuanto pudo por luchar contra el pánico.

Los hombres salieron y cerraron la puerta tras ellos. Al interior llegó el leve gemido de los tornillos que la fijaban. Nason temblaba aferrada a Livia, que la abrazaba y trataba de orientarse en la penumbra. Sin embargo, apenas tardó unos instantes en advertir que no estaban del todo a oscuras: en la parte alta de las cuatro paredes había filas de agujeros, que, aunque estaban destinados a permitir la entrada de aire, según pudo imaginar, dejaban pasar también algo de luz.

Con cuidado, se dirigió a la puerta sin separarse de Nason, que no dejaba de tiritar, e intentó abrirla. Por supuesto, no sirvió para nada. Trató de pensar, de imaginar qué podía hacer.

–¿Quién habla tailandés? –preguntó en esta lengua. Al no recibir más respuesta que sollozos y sorber de mocos, insistió en voz alta–: El que sepa tailandés, que lo diga.

Entonces oyó a alguien decir:

–Yo hablo tailandés.

Ella reconoció el habla torpe que le conferían al niño hmong los labios hinchados. Kai. Alguien la empujó y Livia se resistió al impulso de apartar con violencia a aquel descuidado.

–¡Escucha! –dijo–. Hay que tener cuidado, porque nos estamos moviendo. Si no, nos vamos a hacer daño. ¿Me has entendido?

–Sí –respondió Kai.

–¿Eres hmong? –preguntó ella.

–Sí, hmong.

–Entonces, repite en tu lengua lo que te he dicho. Y pregunta también si hay alguien que hable aja, lisu, karen o yao. ¿Me has entendido?

No tardaron en poder transmitir mensajes sencillos traducidos de un idioma a otro, y de este a otro más. No había gran cosa que decir: «moveos con cuidado para no pisar a los que están tumbados»; «los baldes son para hacer las necesidades»; «calma; hay que mantener la calma». Aunque aquellas indicaciones apenas tenían una utilidad práctica, ayudaban a tener la sensación de que había algo que hacer.

Nadie sabía quiénes eran aquellos hombres ni adónde los llevaban. Una de las pequeñas, entre llantos, dijo haber oído hablar de gente así, que raptaba a los niños para comérselos. Sintiendo el terror que se extendía por el interior de aquel recinto mientras los otros traducían y repetían la información, Livia aseveró en tailandés:

–¡Qué tontería! Si tuviesen intención de comernos, nos habrían dado más comida para engordarnos.

Aquello los calmó un tanto. Livia deseó estar en lo cierto.

Cuando volvió a hacerse el silencio, se preguntó si habría más personas en los alrededores. Tal vez gente en posición de ayudarlos. Tomó del suelo uno de los baldes y anunció al resto que iba a golpearlo contra la puerta por si los oía alguien y acudía a socorrerlos.

–¡No! –contestó el niño yao–. Es una idea estúpida. Podrías enfadar a los hombres.

–No –dijo Kai–. Es buena idea. Vamos a intentarlo. Hay que intentar algo.

–No es bueno enfadar a los hombres –repuso el yao.

Los demás mostraron su apoyo a una u otra de las dos propuestas. Ella decidió seguir adelante sin más con su plan, deseando tener un palo o una barra de hierro con los que hacer más ruido. Estrelló el balde contra la puerta una vez; luego otra, con más confianza, y a continuación una más, con más fuerza aún. El niño yao le pidió a gritos que lo dejara, pero el simple hecho de hacer algo, cualquier cosa que no fuera limitarse a esperar, la alentaba.

No bien había asestado el tercer golpe, oyó el ruido de los tornillos rozando el metal. Dio un paso atrás. La puerta se abrió y sobre el fondo se recortó la figura de un hombre. Aunque no podía ver sus facciones, supuso que era uno de los tres que se la habían llevado junto con su hermana.

–Si vuelves a hacer ruido –le advirtió él en tailandés–, os doy un buen azote a todos.

La puerta volvió a cerrarse y los pernos ocuparon de nuevo su lugar. Después, no hubo más sonido que el de llantos callados. El yao dijo:

–¡Te lo he dicho, imbécil! ¡Nos van a azotar a todos!

En cierto momento, Livia se tendió con Nason sobre la fría superficie de metal y logró dormir un poco, de forma irregular y asaltada por sueños en los que las dos se veían perseguidas en el bosque por monstruos horribles de cuerpo humano y rostro de tigre. Entonces oyó un alarido de Nason y el rugido de una de aquellas fieras mientras se abalanzaba contra ella...

Se despertó sobresaltada y miró a su alrededor con desesperación, aterrada y desorientada. La pequeña seguía aferrada a ella, gimoteando, y todo se movía meciéndose. Algunos de los niños habían caído al suelo y otros seguían de pie, con los brazos extendidos para no perder el equilibrio y los ojos abiertos de par en par por el terror.

–¿Por qué se mueve la caja? –gritó Kai en tailandés–. ¿Por qué?

–¡La caja está viva! –exclamó otro niño–. ¡Nos va a comer!

Las mismas palabras se fueron repitiendo en otras lenguas y, segundos más tarde, el contenedor se había llenado de una barahúnda aterrada de gritos ininteligibles.

–¡No está viva! –gritó Livia, que podía sentir el balanceo–. La están moviendo con una máquina y una soga. Yo la he visto. Antes la he visto.

Algunos de los chiquillos tradujeron sus palabras a otros idiomas, pero no sirvió de nada: los demás estaban demasiado asustados para escucharlas o entenderlas. La caja siguió oscilando de un lado a otro. Livia miró por los agujeros y vio que los estaban subiendo para después moverlos hacia un lado y bajarlos de nuevo. Bajaron más aún hasta que, al fin, todo volvió a detenerse de súbito con un estruendo seco. En realidad, sí que había movimiento: cierta vibración que podían percibir bajo sus pies. Había un olor acre en el aire, como de plástico quemado. Livia pensó que la máquina debía de haberlos llevado de tierra firme a un barco, que la vibración procedía de un motor similar al de una motocicleta o al de la furgoneta. Y el olor... ¿de algún tipo de gasolina? Se le ocurrió que debía informar al resto, pero no sabía si la noticia iba a servir para tranquilizarlos o para asustarlos más aún; conque se limitó a abrazar a Nason y a susurrarle:

–Ya está, pajarito. No te preocupes, que estoy contigo y no voy a

soltarte.

Después de aquello, se hizo el silencio durante un tiempo prolongado. Hasta los que más habían llorado lo respetaron, quizá por haberse dormido o por estar demasiado agotados siquiera para sollozar. La invadía una sensación extraña de movimiento, casi como una suave agitación a la que, sin embargo, acabó por acostumbrarse. Tanto se habituó a ella y a la vibración que tuvo que obligarse a pensar en las sensaciones para darse cuenta de que seguían allí.

La oscuridad le hizo perder la noción del tiempo. Cabeceó varias veces, aunque sin llegar a dormirse, y se desveló otras tantas sin sentirse en realidad despierta. Si era cierto que estaban en un barco, ¿hacia dónde navegaba? Y si estaban navegando, ¿adónde iban? Se hacía difícil no tener miedo, pero era incapaz de frenar sus pensamientos. ¿Se les habría olvidado a los hombres que tenían a los niños allí dentro? ¿Les habría ocurrido algo, en cuyo caso iba a resultar imposible dar con ellos? Pensó en volver a golpear la puerta con el balde, pero ¿y si lo único que conseguía era hacer que los azotaran a todos con el cinturón? Peor aún: ¿y si no acudía nadie? Decidió aguardar y tener en reserva aquella opción por si acaso. Con todo, estaba muerta de hambre y de sed, y ya no tenían galletas ni agua. Además, empezaba a hacer frío. Atrajo a Nason hacia sí y trató de calentarla con su propio cuerpo aterido.

En determinado momento, advirtió que podía ver algo: la caja se estaba llenando de luz tenue y gris. Miró por los agujeros y supo que estaba viendo el cielo. Había amanecido. Entre el hedor de los baldes y el miedo de los niños había un olor nuevo, salobre y como áspero, que teñía el aire y Livia era incapaz de identificar. Vio que el cielo se iba iluminando. Había en él nubes y las nubes se movían. Sin embargo, no supo determinar si era por el viento o por estar ellos a bordo de un barco que las rebasaba. Temía responder aquellas preguntas, pero resultaba horrible no saber nada.

Entre los otros tampoco faltó quien percibiera la claridad. Como les fue posible, pusieron en común sus ideas sobre lo que podría significar, sobre si se estaban moviendo y sobre cuál sería su destino. ¿Quiénes eran aquellos hombres que los habían encerrado? ¿Volverían alguna vez? Nadie pudo dar respuesta alguna a todas aquellas preguntas y, tras un rato, todos volvieron a guardar silencio.

Pasado un tiempo, Livia volvió a oír el sonido de los tornillos que

arañaban la puerta y, aunque había rezado para que los hombres no se hubieran olvidado de ellos, aquel ruido volvió a infundirle miedo. ¿Quién sería? ¿Qué iban a hacer?

Cuando se abrió la puerta pudieron ver la silueta de tres personas. Livia entornó los ojos y vio que se trataba de los que la habían sacado del pueblo junto con su hermana: Calavera, Barbasucia y Cabeza Cuadrada. Miró lo que había tras ellos para tratar de orientarse. Sí: estaban en un barco, un barco enorme. Tenían que haberlos embarcado con la máquina de la soga, tal como había sospechado. Sin embargo, más allá de eso no podía ver nada más que una enorme extensión de cielo. Tampoco sabía lo que había sido del cuarto hombre, el del cinturón. Qué más daba: lo único que esperaba en aquel momento era que les diesen algo de comer.

Calavera siguió de pie en la puerta. Uno de los otros dos entró para cambiar los baldes por otros vacíos y el tercero les dio botellas de agua y latitas de metal con imágenes de comida. Livia tuvo claro que era eso lo que contenían, pero ignoraba por completo cómo llegar a ella. Buscó en vano una abertura o una tapa. Los otros estaban igual de perplejos. El que se las había dado se echó a reír. Tomó la que tenía ella en la mano y, tras meter un dedo en la anilla que la coronaba, tiró de ella y desprendió así la tapa de metal. Al instante llegó a ella un olor tan sabroso, tan delicioso, que la hizo salivar. Extendió la mano con gesto ansioso y el hombre, con otra carcajada, se la devolvió. Estaba a punto de volcar directamente el contenido en su boca cuando, conteniéndose, cambió la lata por la que tenía Nason, aún cerrada, en la mano. La pequeña no necesitó más indicación para abalanzarse sobre el contenido y ponerse a devorarlo.

Calavera la estaba observando, intrigado al parecer por el hecho de que hubiese dado a su hermana el recipiente que tenía abierto en la mano; pero a ella no le importó en absoluto. El olor hacía que le diera vueltas la cabeza. Tiró de la anilla como había hecho el hombre y desprendió como por arte de magia la tapa. Al meter los dedos con ansia en el recipiente hizo un gesto de dolor: el borde estaba tan afilado como la hoja de un cuchillo. Sin embargo, tenía demasiada hambre para preocuparse por un corte: alzó la lata, echó hacia atrás la cabeza y se echó el contenido a la boca. Estaba convencida de que jamás había probado nada tan exquisito: albóndigas y fideos de alguna clase mezclados con una salsa succulenta de sabor agrio. Gimió aliviada y reparó de pronto en que los demás estaban haciendo otro tanto.

Los hombres los miraban mientras aguardaban a que acabasen. La

espera no fue corta, porque los niños rebañaron y lamieron hasta la última gota de salsa que contenían las latas. Algunos de ellos se cortaron con los bordes los dedos, como había ocurrido a Livia, y hasta la lengua; pero ninguno dio más muestras de disgusto que una mueca momentánea de dolor. Livia advirtió a Nason que debía tener cuidado antes de tenderle su lata para que la apurase una vez acabada mientras ella se encargaba de dejar limpia la tapa.

Uno de los hombres fue recorriendo el lugar con uno de los baldes para que los niños arrojaran al interior las latas vacías. Livia acabó de lamer la tapa y estaba a punto de desecharla cuando paró mientes en que el borde afilado podía hacer las veces de arma. Observó a los hombres y, al comprobar que no había ninguno mirando, corrió a guardar la tapa en el bolsillo trasero de sus pantalones.

Por si acaso.

CAPÍTULO 5

AHORA

Apenas necesitó una hora y media para llegar a Georgetown, barrio de Seattle que había pasado de ser el núcleo fabril próspero de otro tiempo a una amalgama insólita de industrias modestas, restaurantes para jovenzuelos refinados y terminales de carga de contenedores encajado entre la carretera interestatal número cinco, al este, y el canal del Duwamish, al oeste.

Recorrió el paso elevado dispuesto sobre el patio de maniobras de la Union Pacific, atajó para llegar a la carretera del aeropuerto y se introdujo en el estacionamiento de gravilla del complejo de oficinas móviles de la avenida de Corson antes de apagar el motor y apearse. Fuera del tímido fulgor amarillento que lograba escaparse de las farolas de vapor de sodio de los alrededores, la zona estaba sumida en las sombras. Levantó la visera del casco y recibió en el rostro la humedad matinal del aire, oyó el zumbido de los vehículos de los más madrugadores de cuantos tomaban el puente, que había dejado atrás. Bajo él, en la base de las ciclópeas columnas que lo sostenían, se veían refugios de cartón cuyos ocupantes guardaban silencio, dormidos sin lugar a dudas.

Abrió con llave la caravana que tenía alquilada con nombre falso y que pagaba en metálico, introdujo la motocicleta y desprendió la matrícula robada que había fijado con imanes. A continuación, se desprendió de la mochila y metió en ella la placa identificativa y el chaleco fluorescente antes de volver a ponérsela, cerrar de nuevo la caravana y echarse a andar con rumbo sur por la acera.

Llevaba recorridos treinta metros cuando se detuvo para quitarse el casco. Se soltó el cabello y miró hacia atrás. Tras comprobar que no había movimiento alguno, metió el casco en la mochila y volvió a ponerse en

marcha.

Cinco minutos después llegó a su edificio, un coloso de ladrillo de tres plantas que dominaba South Garden, calle sin salida que no hacía, en absoluto, honor a su nombre de «jardín meridional». Construido cien años antes como fábrica de latas y botellas, en aquel momento lo compartían un desguace de automóviles, una planta de reciclaje de metal y un taller mecánico dirigido por el dueño del bloque. Tras décadas allí instalado, había sufrido tantos robos con allanamiento que, hacía ya algunos años, había accedido entusiasmado a alquilar el desván situado sobre su local, en la tercera planta, como vivienda a aquella investigadora de la policía de Seattle. Aquel lugar –poco menos de trescientos metros cuadrados cubiertos de máquinas sin uso y dotados de una cocinita tan exigua que podía avergonzar a un estudiante universitario y un cuarto de baño no mucho mayor que los que se encuentran en un avión–no cumplía los requisitos mínimos de un espacio habitable, pero resultaba perfecto para Livia. Le gustaba vivir a orillas del contaminado Duwamish, poblado por almacenes de ladrillo a medio derruir, con las ventanas rotas, los aleros ondulados oxidados como sangre seca y las chimeneas inertes y anacrónicas. Y la soledad que ofrecía la zona, sobre todo a altas horas de la noche, no tenía rival. Lo mejor era el acceso a herramientas que le eran de utilidad para mantener y reparar su motocicleta. Los promotores inmobiliarios estaban colaborando con el ayuntamiento para convertir aquellos edificios en bloques de apartamentos y oficinas exclusivas con vistas al río, y no ignoraba que, en el futuro, se lamentaría al ver a sus vecinos taciturnos, fantasmales rebosantes de luz y de vida. En fin: nada es para siempre y ella lo sabía mejor que muchos.

Había numerosas cámaras instaladas en torno al edificio, apuntando a las puertas, las cocheras y las ventanas de la planta baja, todo lo cual, además, estaba dotado de alarma. Aunque la seguridad no constituía problema alguno, después de matar a alguien como Barnett no quería que la grabasen entrando a horas tan intempestivas. Verdad es que, en caso necesario, podía justificar sin dificultad el hecho de haber vuelto tarde a casa; pero siempre resultaba más seguro no tener que dar explicaciones.

Dejó la mochila en el suelo y sacó un garfio de escalada –cuatro garfios de acero que había rociado con goma en aerosol y fijado a una porción de cuerda de escalada con nudos. Volvió a echarse al hombro el morral, sostuvo la cuerda y lanzó el garfio al descansillo de la escalera de incendios. Las uñas hicieron presa en lo alto con un discreto ruido seco y Livia, a fuerza de

brazos, llegó arriba en menos de cinco segundos. Al alcanzar el primer rellano enrolló la cuerda, recorrió en silencio el resto de los tramos de escalones, levantó la hoja de la ventana y entró en su apartamento.

Aunque las luces estaban apagadas, había tantas ventanas expuestas al fulgor ambiental de la ciudad que era raro que el interior estuviese a oscuras. Todo se encontraba tal como lo había dejado: el colchón, en el suelo de un rincón; a su lado, la mesa con su silla; frente a ellos, la cómoda y el armario, y al lado de la ventana y la salida de incendios, un altarito. De una serie de ganchos clavados en la pared pendían varios kimonos de judo y *jiu-jitsu*, y en una estantería hecha con bloques de cemento y tablones descansaban diversos volúmenes, incluidos *Sex Crimes*, de Alice Vachss, y *The Essential Abolitionist*, la extensa guía sobre el tráfico de personas elaborada por John Vanek. Todo lo demás pertenecía al taller: taladros de columna, amoladoras, tornos y demás instrumental, en su mayoría anticuado, que se había ido almacenando allí a medida que el taller adquiría piezas más nuevas y eficaces.

Miró el teléfono que había dejado sobre la alfombra dispuesta al lado del colchón para dejar constancia de que había pasado la noche en casa. No creía necesario llegar a tal extremo, pero había metido entre rejas a demasiados violadores a partir de los metadatos de sus teléfonos para saber que era preferible no correr un riesgo así. No tenía mensajes. Perfecto: todo iba saliendo a pedir de boca. Solo tenía que ocuparse de un par de asuntos menores antes de poder relajarse.

Abrió una ventana del lado suroeste del desván y encendió el ventilador industrial que tenía instalado ante ella. El motor eléctrico y el estruendoso zumbido de las palas dieron vida a aquel lugar mudo. De inmediato fue a recibirla una brisa fresca producida por el aire del exterior al ser succionado por aquel aparato. Tomó un balde de acero y lo colocó bajo una trituradora, moviéndose entre aquellas máquinas con la agilidad y la confianza de quien se encuentra en casa. Bastó pulsar un botón para que, con un chirrido estrepitoso, comenzaran a girar los dos rollos dentados que la conformaban, dispuestos de tal manera que cada uno de los salientes de uno encajaba en una muesca de igual tamaño situada en el otro. Arrojó la matrícula robada, que desapareció tras un breve chillido metálico para quedar reducida a trocitos de tamaño de confeti depositados en el fondo del balde.

Apagó la trituradora y llevó el recipiente hasta un soplete de oxiacetileno situado al lado del ventilador. Tras colocar una boquilla de

calentamiento y ponerse un par de gafas de soldador, encendió el soplete y fundió con él lo que había quedado de la matrícula sin dejar de moverlo para evitar atravesar el fondo del balde. A continuación metió en este la bolsa de basura en la que había puesto la peluca y otros objetos que podían estar contaminados y la redujo a cenizas con la llama de tres mil grados centígrados. Del interior se elevaron penachos de humo negro como un espíritu maligno que, sin embargo, se encargó de succionar y expulsar el ventilador. Segundos más tarde, en el recipiente de acero no quedaba más que un bulto brillante e indiferenciado.

Apagó el soplete, se quitó las gafas, cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro. Había dejado de correr peligro y estaba a punto de acabar. Sin encender las luces, se desprendió de cuanto llevaba puesto: los guantes, las botas, el mono de cuero y hasta la ropa interior. El atuendo de motorista acabó colgado cerca de la puerta, y las prendas íntimas, en la modesta lavadora que había en la cocina, donde fueron a reunirse con más ropa sucia en un programa de lavado con agua caliente. Entonces sacó yogur líquido de la nevera, cerrando un ojo a fin de preservar su visión nocturna pese a la luz del interior, se lo bebió y lo regó con un gran vaso de agua. Se dio una ducha con el agua tan caliente como le fue posible. Se lavó el pelo y se frotó el cuerpo con una esponja exfoliante envuelta en aquel vapor inquieto a fin de que el calor la liberase de todas las tensiones de aquella noche. No le preocupaban las ventanas abiertas, pues la Glock, que tenía siempre a mano, descansaba a su lado, sobre la cisterna del inodoro.

Cuando acabó de secarse, volvió a la trituradora y tiró dentro el balde con su contenido, ya frío, para meter en otra bolsa de basura el confeti resultante. Al día siguiente se desharía de ella en algún contenedor. De todos modos, en caso de que la encontraran, era imposible que pudiese incriminar a nadie. Por el cielo oriental comenzaban a asomar las primeras luces cuando apagó el ventilador y cerró y aseguró las dos ventanas. Ya solo quedaba una cosa por hacer.

Se arrodilló en la esterilla que había frente al altar, conformado por una figurita de madera de Buda, un incensario y una fotografía de su hermana y de ella, todo lo que le quedaba de la infancia de ambas en la selva. Colocó la Glock a su lado, encendió una vela y el incienso y juntó las palmas de las manos a la altura de la frente conforme al saludo tradicional de su tierra, cerrando los ojos y humillando la cabeza al mismo tiempo.

–Te quiero, pajarito –musitó en lahu–. Nunca me voy a olvidar de ti ni

voy a dejar de buscarte, y un día daré contigo. –Tras una pausa, añadió en inglés–: En el funeral voy a recabar información. Averiguaré algo que pueda usar contra Tyler el Hierba. Estoy muy cerca, pajarito. He esperado mucho y sé que tú también. Lo sé.

Mantuvo la postura hasta que se consumió buena parte del incienso y a continuación se metió en la cama y se tumbó boca arriba. Aunque no iba a tardar en ponerse un antifaz para poder dormir pese a la luz del sol de la mañana, por el momento aún había suficiente oscuridad. Inspiró y espiró con lentitud, sintiendo el frío de las sábanas contra su piel, que provocó un leve estremecimiento en sus extremidades.

Cerró los ojos y repasó mentalmente todo lo ocurrido: el examen que había hecho de la ficha de Barnett; el reconocimiento de la zona en la que habitaba; la compra de la peluca, las gafas y la ropa de yoga, con dinero contante y en tiendas de fuera de la ciudad; el trayecto en moto hasta Marysville aquella misma noche; la visita a los baños de un local de comida basura para quitarse el traje de motorista y maquillarse; su llegada al bar; los nervios que empezaban a consumirla a medida que se hacía realidad cuanto había planeado; el momento en que había atraído la atención de él; la punzada de agitación que sintió al verlo caminar hacia ella...

El corazón le empezó a latir con más fuerza y le hizo separar los labios para dejar entrar más aire. Dobló las piernas y separó las rodillas del colchón unos centímetros. Las sábanas le acariciaron los dedos de los pies y la región anterior de la planta. *El olor del bourbon que había pedido él, más acusado a medida que el alcohol lo embriagaba, lo iba privando de todo autodomínio y le nublabá el juicio; el modo como la miraba; el saber lo que le pasaba por la cabeza, lo que planeaba.* Apoyó el peso de su cuerpo en un hombro y luego en el otro. Separó las rodillas y dejó que una de sus manos se deslizase hasta quedar entre sus piernas. *El modo como la había asido por los hombros y la había zarandeado; su intento de atraerla hacia sí y hacer que lo besara.*

–No –dijo casi con una exhalación, mientras sus dedos presionaban, frotaban y se ponían en movimiento–. No quiero.

Cómo había hecho caso omiso de sus ruegos y la había arrojado contra el suelo de hierba; su peso en el momento de sentarse a horcajadas sobre ella. Sus dedos habían empezado a moverse con más rapidez, con más fuerza, y la respiración se había hecho más patente en sus oídos. Sentía la tensión que se iba acumulando en su interior.

–No –repitió–. No.

La mano de él en su garganta; el sonido de la hebilla de su cinturón. Se incorporó y se puso boca abajo con las rodillas totalmente separadas, la mano que tenía libre aferrada con fuerza a la sábana y el peso apoyado en el brazo. Balanceó las caderas contra sus dedos y gimió. Como había apretado ella el cuello de él y lo había sentido quebrarse en la tenaza de sus piernas. La presión había llegado a un punto insostenible. Estrujó aún más la sábana y abrió más los muslos. Los empeños de él en arañar su pierna y liberarse, primero frenéticos y luego cada vez más débiles; la conciencia de haberlo detenido, de haberle negado toda opción; el haberse hecho con el dominio pleno de la situación...

En ese instante estalló toda la tensión y la hizo gritar. El placer borró a Barnett, borró los recuerdos, lo borró todo. Al fin comenzó a distenderse. Se estremeció y comenzó a recobrar la conciencia antes de volver a colocarse boca arriba. Permaneció en esta posición mientras el corazón aquietaba su ritmo, la respiración regresaba a su estado habitual y se relajaban sus músculos a medida que se apoderaba de ella el sueño.

El sol seguía estando bajo el horizonte, pero el desván había empezado a llenarse de una suave luz grisácea. Con gesto perezoso, tendió el brazo para tomar el antifaz, ajena por completo a las lágrimas que le corrían por la cara.

CAPÍTULO 6

ENTONCES

En determinado momento del día llegaron los hombres con mantas. Las arrojaron al suelo y volvieron a marcharse. Los pernos regresaron con ruido a su lugar después de que cerraran la puerta tras ellos.

Livia tomó una para Nason y para ella, y los demás niños no tardaron en hacer lo mismo. Con todo, no había motivo alguno para apresurarse: había para todos. Hasta sobraba una, que el muchacho yao no dudó en apropiarse para tener dos. Livia la señaló y luego dirigió el dedo hacia sí misma para indicarle que le correspondía, ya que ella y Nason tenían solo una; pero él negó con la cabeza y se arrebujó en las dos mantas. La niña se acercó y volvió a llamar su atención sobre la que tenía él de más.

–Dame –le dijo en tailandés–. Hay una para cada uno. No dos: una.

El yao fue reculando hasta que se lo impidió una de las paredes de metal. Agarró con fuerza las mantas y enseñó los dientes a Livia. A ella no le importó que fuese mayor y más corpulento que ella: no era justo que se hubiera quedado con dos. Tampoco hacía bien a nadie que los niños más fuertes dieran por supuesto que podían arrebatar a los más débiles cuanto les viniera en gana. Siguió avanzando y se detuvo a pocos palmos de él, lo miró a los ojos y tendió la mano con gesto no de súplica, sino de imposición.

Él, pese a su tamaño, adoptó una expresión insegura. Sin embargo, no parecía tener intenciones de ceder. Livia se dispuso a tomar sin más la manta y a asestarle un puñetazo en la cara o una patada donde más duele a los chicos en caso de que se resistiera. Sin embargo, en el instante mismo en que iba a alargar el brazo se colocó a su lado Kai, mirando al otro y tocando casi con su hombro el de Livia. Era más pequeño que el yao, y hasta que ella; pero su voz no tembló cuando lo señaló y le dijo en un tailandés

rudimentario:

–Dásela. Dale la manta.

El otro le enseñó los dientes como había hecho con Livia, pero al ver que ninguno de los dos se amilanaba, gruñó con gesto asqueado, lanzó a la niña una de las mantas y se escabulló hasta uno de los rincones de la caja.

Livia hizo a Kai una inclinación de cabeza antes de regresar al lado de Nason. Si se acurrucaban, podían usar una manta para abrigarse y la otra a modo de jergón. Al reparar en que el resto podía beneficiarse también de aquella idea, la expuso con afán en tailandés y aguardó con paciencia mientras el mensaje pasaba de un idioma a otro. Como en el resto de ocasiones, no tenía claro que su propuesta fuese a resultar útil; pero al menos sabía que así los demás tendrían algo que hacer y lo cierto es que daba la impresión de que todos se sentían un poco mejor.

Aquella noche, mientras se apretujaba contra Nason frente a la oscuridad, dobló la tapa de la lata casi por la mitad para hacer sobresalir uno de los bordes y poder asirla con más facilidad sin cortarse. La agarró con fuerza entre el pulgar y el resto de los dedos y tocó el filo con la otra mano. No estaba tan aguzado como el de un *a-taw*, pero podría hacer un corte profundo si lo manejaba con la fuerza suficiente. Volvió a guardarla en el bolsillo y durmió mejor al sentir el contacto de su forma pequeña y dura.

Pasaron varios días. Los hombres les daban latas de alimento y botellas de agua por la mañana y por la noche, y cambiaban los baldes malolientes por otros limpios. Por la noche llevaban linternas con las que apuntaban al techo de la caja para observarlos comer a su reflejo. A Livia no le gustaba nada su expresión. Parecían gatos hambrientos contemplando a los ratones que han caído en una trampa. Daba la impresión de que querían de los niños algo que, por algún motivo, se abstendrían de tomar. Al menos por el momento.

Durante la cuarta noche de navegación, los hombres olían a alcohol cuando aparecieron con la comida y el agua. Tenían el rostro rojo a la luz de las linternas y se relamían mientras veían a los pequeños alimentarse de las latas. Aquello hizo a Livia recordar lo que había dicho una de sus compañeras de cautiverio: que había oído hablar de hombres como aquellos, que comían niños. Aunque parecía demasiado horrible para ser verdad, su mirada febril y el modo como se frotaban la boca con el envés de la mano le decían que tenían intención de hacer algo malo. Pero ¿qué?

Cuando terminaron, una vez arrojadas a los baldes sucios las latas vacías, Cabeza Cuadrada, de pie a escasa distancia de Livia y Nason, miró a

Calavera y alzó las cejas con gesto interrogante. Ante el mudo asentimiento del otro, el primero tomó a Nason por la muñeca. La pequeña lanzó un chillido e intentó liberarse.

–Ven aquí –dijo en tailandés Cabeza Cuadrada.

Livia asió a su hermana por la otra muñeca, tal como había hecho frente a la cabaña en un tiempo que a esas alturas le parecía muy remoto. Se sentía como si estuviera teniendo una pesadilla. ¿Para qué querían llevarse a Nason aquellos hombres? Pensó en la tapa doblada que tenía en el bolsillo de atrás; pero sabía que no iba a servirle de nada frente a tres hombres.

–¿Por qué os la lleváis? –gritó en tailandés–. ¿Por qué?

Él no dejaba de tirar, aunque solo con la fuerza necesaria para evitar que Livia la retuviera. Miró a Calavera como si aguardase a que tomara una decisión. El otro soltó una risotada y apuntó con la linterna al rostro de la mayor de las hermanas, que alzó una mano para protegerse de la luz cegadora sin soltar con la otra a la pequeña.

–Por diversión –respondió–. Nos la llevamos para divertirnos.

En un primer momento no lo entendió. ¿Para divertirse? ¿Iban a jugar con ella a algo? No tenía sentido. De pronto, sin embargo, lo entendió todo y se estremeció de horror.

–¡No! –exclamó–. No, por favor. No.

Calavera volvió a reír.

–¿No? ¿Por qué?

Livia luchó por contener las lágrimas.

–Es demasiado pequeña para divertirse con ella. Por favor.

Sintió que Calavera la miraba y tuvo la espantosa impresión de que la conocía, mejor de lo que se conocía ella misma. Estaba tratando de pensar qué hacer cuando él iluminó con la linterna a Nason y dijo a Cabeza Cuadrada:

–Ya está bien: llévatela.

El otro comenzó a tirar de nuevo y Livia se aferró con las dos manos a la muñeca de su hermana para retenerla; pero aquel hombre era demasiado fuerte. Nason miró a la mayor gritando:

–¡Labi! ¡Labi!

Los hombres la estaban arrastrando también a ella. No podía detenerlos, pero tampoco dejar que le hicieran aquello a Nason. No podía. Sin pensarlo, miró a Calavera y le pidió a voces:

–¡Llévame a mí! A ella, no: a mí.

Él, rojo ya por al alcohol, se ruborizó más aún. Las aletas de la nariz se le ensancharon al tomar aire antes de decir a Cabeza Cuadrada:

–Espera.

El otro dejó de tirar, aunque sin soltar la muñeca de Nason, y Calavera dirigió la luz de la linterna hacia Livia.

–¿Quieres que te llevemos a ti?

Ella agitó la cabeza con los ojos entornados.

–Es muy pequeña. Por favor.

–Y quieres que te llevemos a ti.

Livia ni siquiera pudo responder. Clavera se encogió de hombros y señaló con un gesto a Nason.

–De acuerdo –dijo a Cabeza Cuadrada–. Llévate a esta.

–¡No! –gritó Livia–. No, llevadme a mí. Quiero que me llevéis a mí.

Calavera la miró. Tenía los ojos hundidos y negros.

–¿Y si resulta que nos parece mejor ella?

–No, ella no es mejor. Por favor, llevadme a mí.

–¿Por qué?

–Porque ella es muy pequeña.

–¿Quieres decir que tú nos vas a dar más diversión?

Tan aliviada se sintió de ver que Calavera parecía estar escuchándola que apenas fue consciente de su propio miedo.

–Sí, yo doy más diversión. Por favor. Por favor, llevadme a mí.

Él hizo un gesto a Cabeza Cuadrada, quien soltó a Nason. Esta tropezó con Livia y se abrazó a ella llorando. Livia miró a Calavera. Proyectó la luz de la linterna en el techo y señaló a la puerta sonriendo.

–No pasa nada, pajarito –musitó ella–. No pasa nada: me tengo que ir con ellos, pero no voy a tardar. Verás qué pronto vuelvo.

Nason se apretó más contra su cuerpo.

–¿Por qué, Labi?

–Es un poco difícil de explicar. Tú, espera un poco, que yo vuelvo enseguida.

La pequeña meneó la cabeza y lloró desconsolada.

–Quiero irme a casa.

Livia pensó en sus padres y a punto estuvo de responder: «Ya no tenemos casa». Sin embargo, considerando que sería un acto de crueldad innecesaria, susurró:

–Yo también, pajarito. Yo también.

–¿Y por qué no?

–Intentaré encontrar la forma de hacerlo; pero, mientras tanto, necesito que seas valiente y esperes a que vuelva. ¿Cuento contigo?

–Es que yo no soy valiente, Labi. Yo no soy valiente.

–Eso no es verdad, pajarito. Sí que lo eres. Lo que pasa es que todavía no lo sabes; pero lo eres.

Livia trató de apartarse de ella, y Nason no la dejó. El corazón se le había acelerado. No conocía a aquellos hombres ni tenía un solo motivo para confiar en ellos... y muchos para no hacerlo. Ni siquiera eran lahu; y, aunque lo hubiesen sido, si sus propios padres habían sido capaces de una cosa así... «¿Y si haces lo que quieren y rompen su promesa de no hacer daño a Nason?» Lo cierto es que no lo sabía: ni siquiera podía admitir por completo tal posibilidad. Tenía que intentarlo y se acabó. Si no lo hacía, le sería imposible perdonarse.

En ese momento se acercó Kai y rodeó a Nason con el brazo. Livia se soltó e hizo un gesto con la cabeza al recién llegado, que le respondió con el mismo movimiento. No pudo determinar qué debía de estar pensando el muchacho. Su hermana no había dejado de llorar, pero al menos tenía a alguien a su lado, alguien que se preocupaba por ella lo suficiente para tratar de consolarla.

Livia se enderezó, apretó la mandíbula para evitar que le temblaran los labios y salió por la puerta a lo que había en el exterior de la caja, fuera lo que fuese. Lo primero que notó fue el viento, frío, recio y limpio, que le hizo tomar conciencia de hasta qué punto se había enrarecido el aire de la caja. Aunque el cielo estaba oscuro, debía de haber luces en algún lugar de la embarcación, ya que no le resultaba difícil ver. Miró a su alrededor con la intención de averiguar cualquier cosa que le pudiera ser de utilidad, por insignificante que fuese. Se hallaban de pie en un espacio alargado y estrecho delimitado por una pared alta de metal a un lado y otra columna de cajas apiladas al otro. En los extremos de aquel pasillo no se vislumbraba otra cosa que negrura. En lo más alejado de la pared había un poste elevado, semejante a un árbol dotado de luces desde la base a lo más alto. Tal vez si conseguía llegar a él y encaramarse pudiese ver más. Sin embargo, no veía el modo de alcanzarlo, ni siquiera en caso de echar a correr con más rapidez que los hombres. Además, no sabía lo que podía ocurrir a Nason si lo intentaba.

No estaba segura, pero el porte de aquel barco, el puerto y las letras de idioma extranjero que había visto le decían que debían de estar en el mar. La

simple idea resultaba tan aterradora como desconcertante. Observó a los hombres mientras cerraban la puerta y apretaban los pernos. Aunque se trataba de un mecanismo sencillo, no vio el modo de que pudieran abrirlo desde dentro.

Le indicaron con un gesto que debía acompañarlos y ella obedeció. Querían que cooperase y sabía que tenía que darles lo que querían o, de lo contrario, lo tomarían de Nason. Caminaron por lo que dedujo, por la dirección del viento, que debía de ser un costado del barco, de tal modo que dejaron las cajas a la derecha y el muro a la izquierda. Poco más adelante había un hueco entre las filas de contenedores, como si hubieran extraído o dejado fuera una columna de ellos. Los hombres le indicaron que pasara. Livia, con el corazón acelerado y un nudo en la garganta, se introdujo en aquel espacio y ellos la siguieron de cerca.

Al llegar al centro se detuvo y dio media vuelta. Estaban a media luz y aquel lugar semejaba una jaula. Tenía columnas de cajas en tres de sus lados y el suelo estaba cubierto de algo que le pareció césped de mentira, pues, aunque la pobre iluminación le permitía distinguir cierto color verde, sus pies desnudos pisaban una superficie rasposa. Se preguntó vagamente por qué nadie iba a querer fabricar nada así. ¿Qué clase de mundo era aquel?

Uno de ellos se acercó. Cabeza Cuadrada. Su rostro no era más que una silueta y le fue imposible ver su expresión. Por algún motivo, aquello le resultó preferible: no quería verles el rostro. En aquel recinto se oía menos el sonido del viento y pudo oír la respiración agitada de aquel hombre al mismo tiempo que la observaba en el movimiento de su pecho.

–Ponte de rodillas –le ordenó en tailandés.

Ella no lo entendió. La había aterrado la idea de que fuesen a hacerle lo que se hacía para tener bebés; lo mismo que veían hacer a los perros ella y los demás niños lahu y oían hacer de cuando en cuando a sus padres. Pero, en ese caso, ¿por qué querían que se arrodillara?

Obedeció y se puso a llorar con la esperanza de que los hombres no pudiesen verla. Cabeza Cuadrada se abrió los pantalones y ella agitó la cabeza sin comprender. Él señaló la boca de la niña, luego a sí mismo y después de nuevo la boca de ella. Livia sintió que la invadía una oleada de náusea. No, no podía querer que... ¿Qué? ¿Que le besara... allí? ¡Qué asco! ¿Quién iba a querer hacer una cosa semejante?

Pensó en su familia y, al recordar a su padre con el puñado de *baht* en la mano, lloró más aún. Cabeza Cuadrada dio un paso más. Olía a curri, un

condimento que a ella le había gustado siempre y que, de pronto, se le hizo repulsivo.

–Boca –dijo él en tailandés–. La boca.

Ella cerró los ojos, contuvo el aliento y trató de hacer lo que él quería. Sin embargo, resultaba tan asqueroso que no dejó de dar arcadas hasta que, al final, apartó la cabeza con violencia y vomitó. Él esperó un momento y la hizo proseguir, agarrándola del pelo y entrando y saliendo de su boca a empellones mientras ella cerraba los ojos con fuerza y trataba con desesperación de pensar en algo hermoso, en un recuerdo feliz o en una imagen secreta que a aquellos hombres les fuera imposible conocer ni alcanzar en la vida. Aun así, no acudió nada a su cabeza. Conque, entre una basca y otra, pensó en Nason y en lo mucho peor que sería aquello si le estuviera ocurriendo a su pajarito en lugar de a ella. Se aferró a aquella idea y soportó así un segundo tras otro sin saber cuándo ni cómo iba a acabar su suplicio.

Al final, el hombre gruñó como si lo hubieran herido y salió algo de él, algo caliente, untuoso y baboso. Livia dio una arcada y trató de apartarse, pero él la agarró con más fuerza por el pelo sin dejar de moverse. Cuando al fin la soltó, la niña se inclinó hacia delante y volvió a arrojar.

Con Barbasucia ocurrió otro tanto, y, a continuación, con Calavera. Cuando hubieron acabado todos, Livia se desplomó a un lado sobrecogida por la náusea. El estómago no dejaba de retorcerse, pero ya no tenía nada que echar.

Los hombres encendieron cigarrillos y la observaron. Minutos después se le calmó el vientre. Escupió hasta quedarse con la boca seca y se incorporó. Calavera la miró sonriente y dijo:

–Sabes darnos diversión; mucha. Sigue así y no se lo haremos a tu hermana. ¿De acuerdo?

Aunque estaba demasiado cansada para responder, en medio del horror y la repugnancia, sintió un rayo diminuto de esperanza. Había protegido a Nason y podía volver a hacerlo en caso de ser necesario. Haría cualquier cosa por salvaguardar a su hermana.

Entonces ignoraba que, a la postre, aquello no iba a bastar.

CAPÍTULO 7

AHORA

Livia abrió los ojos cuando aún no había dormido más de una hora y antes de que sonara el despertador. La agitación le había impedido alcanzar un sueño profundo; no solo la que, evidentemente, le había provocado la muerte de Barnett, sino la que le suscitaba cuanto iba a ocurrir a continuación.

Dejó la cama, abrió una ventana y aspiró el aire de una mañana primaveral demasiado espléndida para usar el Jeep. En consecuencia, se dirigió a la comisaría montada en la Ducati y arrojó de camino la bolsa de basura cerca de un asentamiento de indigentes situado bajo la interestatal.

Mucho antes de la reunión informativa estaba ya en su escritorio. Siempre lo hacía así, y era importante no salirse de lo habitual después de haber eliminado a alguien. Aún no se había recibido noticia alguna de Barnett, pero todavía era temprano. Tal vez los de Marysville no hubiesen tenido siquiera tiempo de identificar su cadáver fuera de toda duda. De hecho, no la sorprendería que los Hammerhead conociesen su pérdida antes de que se supiera en la comisaría de Seattle. Igual daba: de un modo u otro, no iban a tardar en hablar de ello.

En lugar de prestar atención alguna a Barnett, se puso a trabajar en los casos que tenía asignados. La semana anterior había detenido a un mirón en Ballard y a un exhibicionista en Olympic Hills; de manera que, por el momento, la cosa estaba tranquila. Sin embargo, tenía también que ocuparse de una prostituta a la que había violado un cliente cerca del Sea-Tac, el aeropuerto de Seattle-Tacoma. Al fiscal no le iba a gustar nada esta causa: no era la mejor víctima imaginable, pues iba a ser difícil que ningún jurado sintiera compasión por ella, como si solo pudieran sufrir forzamiento las

monjas y las enfermeras, y Livia sabía que necesitaba pruebas especialmente sólidas si quería persuadirlo a llevar a nadie ante los tribunales. Ya había dado con un sospechoso y estaba buscando un modo de relacionarlo con ataques similares. Tenía que haberlos: resultaba demasiado improbable que aquella hubiera sido la primera vez que aquel tipo decidía atacar a una trabajadora sexual. Si podía encontrar a otras víctimas y convencerlas para que testificaran, daría un paso de gigante para que el fiscal, siempre calculador por el bien de su posición política, moviese el trasero y se dispusiera a meter entre rejas a un violador reincidente.

A veces casi deseaba que el fiscal se negara o pidiera reducir los cargos y le diese así un motivo, una excusa para hacerlo a su modo. Con todo, sabía que tenía que tener cuidado con semejante tentación. Existía cierto equilibrio. Respetaba el sistema, pero no estaba dispuesta a dejarse esclavizar por él: eran las víctimas a quienes debía de veras lealtad y, si el sistema no les hacía justicia, se encargaría de proporcionársela por otra vía.

Llevaba poco menos de cuarenta minutos dedicada a aquel caso cuando entró su teniente, con el cabello corto y bien peinado y la expresión bien despierta pese a ser tan temprano. Donna Strangeland, llegada de Brooklyn, tal como delataba su acento, y extremadamente buena en su terreno. Resultaba curioso que algunas de las mujeres del cuerpo se enfrentasen a la discriminación identificándose con los hombres, compitiendo con las demás policías, menospreciándolas y tratando de pasar por encima de ellas como cangrejos metidos en un balde. Sin embargo, pocas lo hacían a través del apoyo mutuo y la solidaridad. Donna era una de estas últimas. Por otra parte, Livia no había conocido jamás a nadie que interrogase mejor que ella. Las mujeres eran capaces de proyectar cotas increíbles de compasión y comprensión hasta en los criminales más despreciables: asesinos, violadores de menores, sádicos... Ella conseguía que los sospechosos a los que investigaba sintieran que los entendía y que, si le explicaban sus motivos, eran sinceros con ella y le abrían su alma, sabría ser indulgente con ellos. Tenía algo que los hacía ansiar ser comprendidos y vislumbrar la posibilidad de ser perdonados, hasta el extremo de lograr –Livia lo había visto– que firmasen confesiones manchadas con sus propias lágrimas. Se convertía a sus ojos en algo semejante a una madre adoptiva que los inducía a ofrecer la verdad a cambio de la quimera de su amor.

Según había revelado a Livia, no era exactamente teatro: cuando entraba en una sala de interrogatorios, dejaba a un lado todo su horror, su

repugnancia y su rabia, buscaba siempre algo que le permitiera sentir un asomo de afinidad y se centraba en ello sin permitirse ningún otro sentimiento. Por supuesto, solo hasta haber conseguido una declaración firmada. Sin embargo, primero hacía que los sospechosos necesitaran tanto como ella misma aquella confesión.

–Supongo que, en realidad, no debería sorprenderme de verte –le dijo Donna, que se detuvo de camino a su despacho para dar un sorbo al café de olor poderoso de la comisaría que llevaba en un vaso de poliestireno–, aunque esperaba que reducirías un poco la marcha después de los dos últimos.

Se refería al caso de Ballard y al de Olympic Hills, resueltos ya a esas alturas.

–Sí –respondió Livia entrelazando los dedos y estirando los brazos por encima de la cabeza para hacer crujir los nudillos–. Tenía esa intención, pero, pensando que a esos tipos los tiene que haber convertido algo en lo que son, me decidí a ver si encontraba un mentor, un instructor o algo semejante detenido por delitos sexuales; a comparar casos por si consigo prever el siguiente antes de que ocurra. Además, tengo a mi víctima del Sea-Tac. Al fiscal no le va a hacer ninguna gracia.

En el fondo, nada de lo dicho era mentira: simplemente había hecho más hincapié en motivos secundarios. Donna asintió con la cabeza. Si hubiera sido otra persona, tal vez no la hubiese creído; pero ella conocía bien las costumbres de Livia y sus obsesiones.

–De acuerdo –le dijo–. Te veo en la sesión informativa.

–Claro. A no ser que tengas ya algo para mí.

–Sabes que siempre te doy a ti los casos relacionados con menores. De todos modos, no los quiere nadie más.

Eran poquísimos quienes, teniendo hijos, o aun sobrinos, eran capaces de hacerse cargo de aquellas investigaciones: les resultaban demasiado difíciles de soportar. Sin embargo, todos sabían que para Livia se habían convertido en una cruzada personal.

–Era solo por preguntar.

Donna hizo un gesto de asentimiento.

–Por cierto: he recibido noticias del jefe. Viene uno nuevo. Uno de Seguridad Nacional. Al parecer, quieren crear un cuerpo especial conjunto para combatir el contrabando. Están buscando gente capaz y tú encajas en el perfil. ¿Te interesa?

–A lo mejor. ¿Sabes algo más?

–No. Ya conoces a los federales: tienen que hacerlo todo en secreto. Sin embargo, si es del Departamento de Seguridad Nacional, está claro que debe de tener alguna relación con el extranjero. Tal vez con algo de terrorismo; no sé. –Se detuvo antes de añadir–: No sé si tendrá que ver con menores, pero podría ser.

Con el extranjero... En aquel momento no quería que nada la distrajesse del funeral de los Hammerhead, ni tampoco de Tyler el Hierba, que estaba a punto de salir de la cárcel y podía ser la única persona capaz de arrojar algo de luz sobre el paradero de Nason. Por lo tanto, preguntó con un gesto de asentimiento:

–¿Puedo pensármelo?

Donna bebió otro trago de café.

–Ni siquiera sé cuándo llega. Cuando lo tengamos aquí sabremos más cosas.

–Perfecto, gracias.

La reunión informativa transcurrió como de costumbre: una hora de noticias sobre lo que había ocurrido por la noche, de debate sobre los cambios relativos a los procedimientos relacionados con el uso de la fuerza y de puesta en común de información relativa a las investigaciones en curso. Donna estaba a punto de despedirse de los asistentes cuando miró su tableta.

–¡Vaya! Mirad esto –dijo–: parece que nuestro amigo Billy Barnett ha pasado a mejor vida.

Algunos de los detectives allí congregados alzaron las cejas y otros miraron a su alrededor buscando a alguien que los ilustrase, pues, fuera de la unidad de delitos sexuales y de la de bandas, no eran muchos quienes lo conocían.

–Uno de los Hammerhead –aclaró Donna–, que había pisado dos veces la cárcel por agresiones sexuales. Lo han estrangulado en un parque de Marysville. Acababa de salir de Monroe. ¡Una pérdida terrible para la humanidad!

–¿Sospechan de alguien los de Marysville? –Quien tal cosa preguntaba era Suzanne Moore, otra agente destacada que, igual que la jefa, había protegido desde muy pronto a Livia.

–Sí: de unas cien personas distintas. Barnett no era precisamente lo más popular del barrio. Una de las teorías que manejan es que trató de violar a la joven equivocada. Sin embargo, es más probable que se trate de un trabajito

de los mismos Hammerhead. Las últimas vacaciones que había pasado en Monroe le habían valido más de un dolor de cabeza. Lo más seguro es que la banda decidiese que ya le habían aguantado demasiadas tonterías.

Suzanne se echó a reír.

–No viene nada mal que sea la basura la que se encargue de sacar la basura.

Cuando se acalló el murmullo general de asentimiento que provocó el comentario, Donna añadió:

–Hay una tercera posibilidad que deberíamos tomar muy en serio: podría ser que el responsable sea una banda rival. En ese caso, es probable que haya represalias. Así que tenemos que sacarle cuanto podamos a nuestros confidentes: si va a haber problemas, deberíamos ser capaces de preverlos. Por cierto: Barnett era de Texas, pero los de la Unidad de Bandas creen que los Hammerhead lo van a enterrar aquí, en Crown Hill. En ese caso estarán presentes todos sus miembros. Los de las bandas quieren hacer que se les vea bien por toda la zona, para disuadir a los Deuce 8, a los East Union Street Hustlers o a quien decida presentarse buscando pelea. De todos modos, nosotros tenemos que estar también alerta. Un funeral de los racistas de los Hammerhead es como la luna llena en noche de bochorno: es capaz de sacar lo peor de cada uno.

Livia levantó la mano.

–Si va a haber entierro, teniente, no me importaría dejarme caer por allí con un Gossamer y enterarme un poco de quién es quién. Sabemos que Barnett no siempre violaba en solitario, y la mayoría de sus víctimas temía denunciar cuando se enteraba de que pertenecía a una banda. Me gustaría saber con quién se relacionaba. Muerto Barnett, si hay más delitos sexuales entre los Hammerhead, será muy probable que el responsable esté entre sus colegas.

El Gossamer era un rastreador portátil de teléfonos que podía revelar la ubicación de uno de ellos con un margen de error de menos de un metro. La policía de Seattle tenía media docena, adquirida gracias a una ayuda del Departamento de Seguridad Nacional. El público, por supuesto, conocía aquel dispositivo de localización; pero pocos se hacían a la idea de su versatilidad. Aquellos aparatos podían rastrear docenas de teléfonos a la vez y programarse para avisar de la proximidad de dos, cinco o diez de ellos. La Unidad de Bandas los usaba para atajar enfrentamientos: los configuraban de tal manera que hiciesen saltar la alarma al detectar que los teléfonos de

miembros de grupos rivales convergían de un modo que hiciera pensar en la inminencia de una pelea callejera. Los de narcóticos se servían de ellos para seguir los movimientos y las conexiones de los traficantes y para escuchar sus conversaciones. Y los de la Unidad de Víctimas de Alto Riesgo trataban de descubrir con ellos redes de proxenetas, proveedores y clientes.

Si bien la ayuda que había permitido comprarlos obligaba a someterlos a un control muy exhaustivo, Livia había pensado en un modo de eludirlo. Lo único que necesitaba era esperar el momento adecuado para actuar, que se hacía inminente si faltaban un día o dos para el funeral de Barnett.

Donna asintió con un gesto.

–Tiene sentido. Haré llegar la solicitud necesaria a los de material. –Y tras dedicar unos instantes a recorrer con la mirada la reunión de detectives, concluyó–: En fin, pues ¡vamos por ellos!

Livia mantuvo la expresión neutra de quien solicita algo nada fuera de lo común y recibe el permiso acostumbrado. Sin embargo, en su fuero interno sintió aquel sobrecogimiento que conocía tan bien. El calor. El poder. El dragón. «Por supuesto –pensó–. Ya lo creo, que voy a ir por ellos.»

CAPÍTULO 8

ENTONCES

La experiencia se repitió una noche tras otra desde entonces. La segunda vez fue casi tan desagradable como la primera; pero, llegada la tercera, Livia sabía cuando menos lo que cabía esperar: qué querían aquellos hombres y cuándo y cómo, aproximadamente, habría acabado todo. A los tres debía de encantarles el curri, porque desprendían siempre un fuerte olor a ese condimento, y cuando a aquel hedor se sumaba el del alcohol se conducían de un modo más violento con ella, como si disfrutaran haciéndole daño, y hasta se reían cuando daba arcadas o vomitaba. Ella, sin embargo, lo soportaba todo porque sabía que estaba protegiendo a Nason.

Después de aquello, el tiempo, más que transcurrir, comenzó a empañarse. Livia se sentaba en la caja con el resto de los niños y sabía que era de día por la luz que se filtraba por los agujeros de ventilación y de noche cuando esta se extinguía y necesitaban las mantas para mantener el calor. Lo único que rompía la monotonía era el momento en que, por la mañana y al caer la tarde, aparecían los hombres para llevar alimento y agua y cambiar los baldes. Después de la comida de la noche, Livia salía de la caja con los hombres y hacía aturdida aquella cosa asquerosa para después regresar de nuevo, abrazarse a Nason y aguardar a que se durmiera antes de permitirse llorar en silencio.

A esas alturas ya tenía claro que no iban a «trabajar». Por más que buscarse un modo de justificarla o alterarla, no podía negar la verdad sobre ella y su hermana: sus padres las habían vendido sin más como quien vende un pollo o un cerdo.

Cierta noche, al notar que el olor a alcohol era especialmente intenso, se le revolvió el estómago pensando que la experiencia de fuera de la caja iba a

ser peor aún de lo habitual. Sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo: tenía que soportarlo por el bien de Nason.

Cuando acabó de comer, dio un paso hacia la puerta para salir con ellos; pero Calavera sonrió y le dijo:

–No: tú te quedas.

Livia lo observó inquieta. Habría sido un alivio no tener que hacer aquello que tanto la repugnaba; pero percibía algo peligroso en la sonrisa de aquel hombre, alguna clase de trampa.

–¿Por qué? –quiso saber ella. Odiaba tener que preguntarlo y, sin embargo, necesitaba la información.

–Ya no nos diviertes. Queremos una cosa nueva.

Livia sintió que el calor de su estómago le invadía también las extremidades. No estaría hablando de los otros críos, ¿verdad? No se estaría refiriendo a...

Calavera señaló a Nason.

–Lleváosla a ella.

–¡No! –gritó la mayor. El terror la llevó a decirlo en la hu—. ¡No, no, no!

Los otros dos se adelantaron. Livia empujó a su hermana hacia la parte posterior de la caja, tan lejos de la puerta como le fue posible, y entonces se volvió hacia ellos defendiéndola con su cuerpo.

–¡No! –volvió a gritar, esta vez en su escaso tailandés—. ¡Lo prometisteis!

Calavera soltó una carcajada y ella se volvió de tal manera que quedase oculto uno de sus brazos para sacar la tapa del bolsillo trasero. Tenía intención de rebanar al primero que tratara de rebasarla y llegar hasta su hermana.

El hombre rio con más fuerza. Sacó una botella del interior de su chaqueta y comenzó a abrir el tapón. Livia se dio cuenta de que se trataba de alcohol. En ese momento acudió a su cerebro una imagen fugaz pero muy nítida: la de cómo mataban en el pueblo a las serpientes. No les cortaban la cola, sino la cabeza.

El otro se llevó la botella a los labios y alzó la barbilla para beber. Livia tomó una cantidad ingente de aire y corrió hacia delante gritando tanto como se lo permitían su corazón y sus pulmones. Su punzante alarido estalló en los confines de la caja como un trueno. Los hombres se encogieron y los niños se taparon los oídos.

Calavera la vio llegar y trató de apartarse. Livia, sin embargo, dio un

salto antes de que pudiera llegar a la puerta y, agarrándose a la chaqueta de él con su mano libre, dejó caer el arma improvisada con un movimiento envolvente que semejaba más el de la garra de un tigre y le asestó un corte en el ojo. Calavera lanzó un chillido y trastabilló hacia atrás. La niña fue a estrellarse contra él y ambos cayeron al suelo. Trató de herirlo de nuevo en la cara, pero él había levantado ya las manos y solo logró alcanzarle los brazos. Entonces arremetió con la cabeza, tomó entre los dientes el pulpejo de debajo de uno de sus pulgares y mordió con tanta fuerza como le fue posible, tanto como había imaginado que haría cada vez que la obligaban a hacer aquello tan asqueroso. Calavera retiró la mano con un aullido y ella volvió a atacar con la hoja de metal, tratando de salvar los brazos y llegar al rostro de él y, sobre todo, a sus ojos. Ella tenía sangre en la boca y en el resto de la cara, y sentía una agitación salvaje ante su olor y su sabor, así como ante la idea de que estaba hiriendo a Calavera y tal vez fuese a matarlo.

Los otros dos trataron de apartarla de él y ella se volvió para responder con la tapa de la lata y le cortó la mejilla a uno de ellos. Él gritó y Livia acometió de nuevo, pero el tercero le agarró el brazo y se lo colocó tras la espalda. La niña sintió una punzada de dolor en el hombro y cómo le retiraban la hoja ensangrentada de entre los dedos. El hombre le rodeó el vientre con un brazo, la suspendió en el aire y la estrelló contra el suelo de metal. Ella vio las estrellas mientras quedaba sin respiración.

Tras aquello se apoderó el caos del interior de la caja. Calavera rodaba de un lado a otro tendido en el suelo, gimiendo y cubriéndose la cara con las manos, mientras los otros trataban de ayudarlo. Los niños se retiraron a las paredes del contenedor, chillando y llorando. Livia trató de gritar: «¡Corred!»; pero estaba sin aliento. Así que no pudo hacer otra cosa que observar, presa de la angustia, mientras los hombres ponían en pie a su compañero y lo sacaban a rastras por la puerta. Los niños podrían haberlos rebasado con facilidad para escapar a la carrera, pero ninguno lo intentó. Ni siquiera Kai. Todos permanecieron sentados, llorando con la espalda apoyada en la pared y abrazándose las rodillas.

La puerta se cerró de golpe y el interior volvió a quedar a oscuras. Livia oyó el chirriar de los tornillos y el ruido metálico del seguro. Después no quedó nada más que el sonido de las lágrimas de los pequeños y el penetrante olor de la sangre de los hombres. Entre los sollozos, llegó a ella el llanto de Nason.

–Labi, ¿dónde estás? ¿Labi?

Consiguió tomar aire e incorporarse. Le dolía el hombro por el tirón que le había asestado el hombre. Tragó para humedecerse la garganta y respondió:

–Aquí, pajarito.

–¿Dónde?

–Sigue mi voz. Estoy sentada en el centro de la caja.

No dejó de hablarle, casi como si estuvieran participando en uno de sus juegos, hasta que Nason tropezó con ella poco después y cayó en sus brazos llorando. Livia le acarició el pelo y le susurró que no pasaba nada, que no iba a pasar nada.

–¿Por qué has hecho eso? –oyó preguntar en tailandés–. ¿Por qué?

Era el niño yao, el cobarde. Pensó no contestar, pero a continuación dijo:

–Y tú, ¿por qué no has echado a correr?

–¿Correr? ¿Correr adónde?

La pregunta, desde luego, no tenía nada de irracional. En realidad, Livia no sabía nada de lo que había fuera. Un barco, claro; pero, aparte de eso, apenas tenía la menor idea. ¿Había más gente? En un lugar tan grande tenía que haberla; pero ¿dónde? Además, tampoco podía estar segura de que nadie fuese a estar dispuesto a ayudar.

–¿Prefieres quedarte aquí? –dijo–. ¿Como una gallina en el ponedero?

–¡Sí! –contestó el otro–. Aquí hay comida y agua. ¿Y si dejan de venir los hombres? ¿Y si están furiosos y dejan de traer comida y agua?

En ese momento se propagó por la caja un quejido de terror. Livia, en cambio, no sentía miedo, sino rabia, rabia por el apocamiento del niño yao y más aún por la indolencia que demostraba ante lo que la obligaban a hacer los hombres para contentarlos mientras él se amilanaba bien alimentado en el calor y la seguridad que le ofrecía la caja. Si no le hubieran arrebatado la tapa, no habría dudado en atacarlo con ella. En realidad, no la necesitaba: podía arremeter contra él con las uñas y los dientes.

Sin embargo, desechó la idea: tenía que cuidar de Nason, que era lo que importaba. Por lo tanto, se limitó a insistir:

–Podíais haber huido y no lo habéis hecho. Lo que pase será por culpa vuestra, no mía.

Quería creerlo, aunque no lo creía: sabía que había herido a un tigre y que este no iba a dudar en volver.

CAPÍTULO 9

ENTONCES

Poco después la despertó el sonido de los pernos al desenroscarlos. Se incorporó al instante con el corazón agitado. Nason, aún desasosegada a todas luces, se sentó a su lado y se aferró a su brazo.

Entonces se abrió la puerta e irrumpieron los hombres en la caja. Esta vez no apuntaron al techo con las linternas, sino que barrieron con ellas el espacio dirigiéndolas a la cara aterrada de los niños. Livia alzó una mano para protegerse los ojos cuando la alumbraron a su hermana y a ella. Entrecerró los ojos para tratar de distinguir algo y vio dos piernas que se acercaban. Corrió a situarse delante de la pequeña, pero debió de ocurrir algo, porque de pronto se encontró de espaldas con un dolor sordo en la cabeza y un pitido violento en los oídos, mientras oía chillar a Nason desde la parte delantera de la caja. Hizo por ponerse en pie, pero se vio invadida por una oleada de náusea y mareo que la derribó de nuevo.

—¡Nason! —exclamó—. ¡Nason!

En ese momento se cerró la puerta y volvieron a su lugar los tornillos. Nason había desaparecido. Livia inspiró con fuerza y dificultad y resquebrajó la oscuridad con un chillido.

CAPÍTULO 10

AHORA

Al día siguiente recibió la confirmación de la Unidad de Bandas: Billy Barnett iba a recibir sepultura en el cementerio de Crown Hill a las once de la mañana siguiente. Ellos tenían intención de enviar un contingente numeroso para disuadir a los pandilleros rivales de causar problemas y bajar los humos a quienes obviarán su presencia.

Livia se dirigió al almacén, también conocido como «la caseta de las herramientas» o «la Batcueva». El uso del Gossamer estaba sometido a un control muy estricto, en conformidad por el contrato que había firmado la comisaría de Seattle con el fabricante, y todo detective que lo solicitara necesitaba contar con el permiso de un teniente u oficial superior, además de rellenar casi tanto papeleo como para obtener un fusil de francotirador.

La caseta estaba al cargo de un funcionario civil de la comisaría llamado Alvin, un loco de la informática pelirrojo que aparentaba tener veinte años menos de los cuarenta y cinco que había cumplido en realidad. Hacía su trabajo como un intendente militar con trastorno obsesivo compulsivo: no toleraba que faltara una sola coma en las instancias que recibía, y ¡ay del que le entregase con una hora de retraso el material que prestaba!

Con todo, también estaba chiflado por Livia. Se ruborizaba bajo el colador de pecas que tenía en la cara cuando aparecía por allí para pedir algo, y más aún si se dejaba caer sin más intención que saludarlo. Estaba convencida de que haría la vista gorda con ella si algún día se veía obligada a devolverle alguno de sus juguetitos en, digamos, peores condiciones que las que presentaba al salir de la fábrica.

Bajó al sótano en el ascensor, salvó el pasillo iluminado con fluorescentes y vio a Alvin de pie tras la ventanilla de entrega como un

empleado de correos o un mancebo de farmacia. No había habido una sola vez que hubiese bajado allí y no lo hubiera encontrado en su puesto y preparado. A veces se preguntaba si iría siquiera al cuarto de baño, aunque siempre llegaba a la conclusión de que era preferible quedarse con la intriga al respecto.

Lo saludó con la mano.

–Hola, Alvin.

Él le devolvió el gesto.

–¡Vaya, Livia! Curioso: acabo de recibir un permiso de la teniente Strangeland en relación con un Gossamer.

Ella sonrió.

–¡Qué coincidencia!

Él soltó una risa desgarbada.

–Sí, claro. En fin: aquí tengo uno preparado para ti. Está cargado y listo. ¿Has rellenado el impreso?

–No, pensaba hacerlo aquí. Si no es hacerte perder el tiempo...

–¿Qué? No, claro que no. Aquí tienes.

Le tendió uno de los formularios de los Gossamer a fin de que dejase constancia del tiempo que iba a estar fuera del almacén, el uso que se le iba a dar, quién lo había autorizado, etc. Mientras lo completaba, Livia fue sacándole conversación, relativa sobre todo a cómo se presentaba la temporada para los Seattle Mariners, lo emocionante que iba a ser ver a Browner jugar de nuevo con los Seahawks y cosas así. Alvin era muy aficionado a los deportes y, aunque a ella no le hacían demasiada gracia, no habría valido mucho como detective si no hubiera sabido charlar con cualquiera de política, del tiempo y de muchos otros temas diversos. Cuando acabó de rellenar el impreso, se lo entregó deslizándolo por la ventanilla.

Él lo examinó con gran esmero y tras unos instantes arrugó el entrecejo tal como había esperado ella.

–Mmm... Tres días... Vas a tener que solicitar una ampliación si es para más de cuarenta y ocho horas.

–Lo sé. Es para el funeral de los Hammerhead. Es mañana, pero quiero asegurarme de tener tiempo para sacar partido a lo que pueda averiguar allí.

Él se frotó la nuca.

–Ya. Lo que pasa es que... Mira: si no te importa, lo vamos a dejar en cuarenta y ocho horas, y, si después necesitas más tiempo, yo me encargo de rellenar la ampliación.

Livia sonrió.

–Eres un encanto.

–¡Qué va! –respondió él sonrojándose–. Lo que pasa es que sé que estás muy atareada.

–Igual que tú.

–No, más. El caso de Montlake... Acabo de leer lo que han publicado en *The Stranger* sobre la víctima que vivió para contarlo. ¿Lo has visto?

Ella asintió con la cabeza. Claro que lo había visto: un artículo extenso sobre la valiente que había sobrevivido al ataque del sádico que irrumpió en la casa de Montlake que compartía con su compañera lesbiana y torturó, forzó y acuchilló a las dos antes de que esta contraatacara con sus últimas fuerzas y le salvase así la vida. El violador había utilizado el amor que las unía, la devoción mutua que se profesaban, para dominarlas mientras las atormentaba y las mancillaba. Aquel crimen la había tocado en lo más hondo, y, cuando encontró al agresor, le había resultado muy difícil no matarlo. Aun así, en aquella ocasión había funcionado el sistema y el culpable había acabado en la cárcel de por vida.

–Decía que tú habías sido su tabla de salvamento –añadió Alvin–, desde la primera vez que la interrogaste hasta el momento en que lo condenaron e incluso después. Tú sí que ayudas a la gente; ¿lo sabes?

Por un instante, Livia olvidó que estaba manipulándolo y se sintió conmovida de veras.

–Gracias, Alvin.

–¡Qué va! Gracias a ti. Entonces, ¿te parece bien que pongamos cuarenta y ocho horas y lo ampliemos de manera automática si hace falta? Eso sí: que quede entre tú y yo...

Tras preguntarse de forma momentánea quién estaba manipulando a quién, tendió la mano con pretendida formalidad y declaró:

–Trato hecho.

Él sonrió y se la estrechó.

Tal vez la había utilizado un poco. Al cabo, debía de tener cierta habilidad para lidiar con todas las peticiones que pugnaban por una autorización y con los egos que había tras ellas. ¿Y qué más daba? Había conseguido hacer que se saltara las normas y sabía que, una vez que se logra que alguien acceda a algo, resulta más fácil llevarlo a decir sí en otra ocasión. Por ejemplo, ser indulgente con el papeleo en caso de que un Gossamer tuviera que sufrir alguna clase de contratiempo. Porque Livia necesitaba uno

de los aparatos durante algo más de cuarenta y ocho horas. De hecho, quería tenerlo cuando saliera Tyler el Hierba de Victorville.

Y quizá más tiempo aún.

CAPÍTULO 11

ENTONCES

Al final remitieron el mareo y las náuseas y Livia fue capaz de incorporarse. Todavía le dolía muchísimo la cabeza, y sobre la oreja tenía una zona que se mostraba blanda al tacto. Supo entonces que los hombres la habían golpeado con algo más duro que una mano; pero la luz de las linternas la había cegado y ni siquiera había logrado ver lo que ocurría. Se sentó a esperar abatida, impotente y sola. Lo único que podía hacer era mantener la esperanza e intentar no imaginar lo que podían estar haciendo a Nason.

En determinado momento, se dio cuenta de que veía: había amanecido y comenzaba a asomar con modestia la luz por los respiraderos.

–Nason –musitó en vano con los brazos cruzados y las manos bien aferradas a los hombros–. Nason.

El interior de la caja se llenó de claridad. Al oír los tornillos, se puso en pie y corrió hacia la puerta. Si no traían a su hermana, estaba dispuesta a sortear a los hombres para encontrarla, como fuera, donde pudiese estar del barco.

Entonces se abrió la puerta. Eran los tres hombres y tenían a la pequeña delante de ellos. Livia se sintió tan aliviada al verla que le temblaron las piernas y le brotaron lágrimas de los ojos. La metieron dentro de un empujón y Nason se dejó caer en brazos de la mayor. Esta la rodeó con fuerza mientras le acariciaba el pelo.

–Pajarito –susurró con la garganta tan tensa que apenas era capaz de hablar–. Pajarito, ¿estás bien? ¿Estás bien?

Por un instante, mientras la abrazaba, se convenció de que lo estaba. A continuación, sin embargo, advirtió que le ocurría algo. La niña no respondía. Tampoco se estaba aferrando a ella como hacía cuando tenía miedo. No la

había rodeado con sus brazos. Una de las manos caía inerte a su lado y la otra se la había llevado a la boca. Livia se retiró un tanto y quedó estupefacta al ver que se estaba chupando un pulgar; algo que su hermana no había hecho desde hacía mucho tiempo. La miró a los ojos y le preguntó de nuevo:

–Nason. Nason, ¿estás bien?

La pequeña la miraba o, por mejor decir, miraba... a través de ella. Livia la tomó por los hombros y la zarandeó una vez y luego otra.

–¡Nason! ¡Nason!

Daba la impresión de que no pudiera oírla. Ni verla. Como si ni siquiera supiese que estaba allí. Livia bajó la mirada y vio sangre en los pantalones de su hermana, entre las piernas. Aunque trató de convencerse de que debía de ser otra cosa, algo que se hubiera derramado, sabía que era sangre. Podía percibir su olor.

Miró a los hombres y por primera vez reparó en los vendajes que llevaban en el rostro y en los brazos Calavera y Cabeza Cuadrada. Todos llevaban palos largos y alguna parte recóndita de ella entendió que probablemente era aquello con lo que la habían golpeado. Calavera la miró e hizo ademán de levantar el suyo, pero Barbasucia meneó la cabeza y lo agarró por el brazo. Calavera se zafó de él y sonrió a Livia con una mueca distorsionada por el dolor, la tensión de la venda o ambas cosas.

Todo lo que había sentido Livia se vio sustituido por una erupción de odio puro y negro. Una bruma sangrienta empañó su visión mientras arremetía contra Calavera a grito pelado, enseñando los dientes y con los dedos curvados como garras. Esta vez, sin embargo, él la estaba esperando. Adelantó el palo con gran rapidez y le golpeó el estómago. Ella cayó al suelo sin aliento y con el torso convertido en una explosión de dolor. Él se acercó y, poniéndose en cuclillas, le dijo:

–Tu hermana nos ha dado mucha diversión. A lo mejor volvemos más tarde para que nos dé más.

Kai se acercó corriendo y Calavera se puso en pie y levantó el palo; pero volvió a bajarlo al ver que el chiquillo se detenía para arrodillarse al lado de Livia y posar una mano en su hombro. Ella trató de apuntalar los pies a fin de impulsarse hacia el hombre, porque en aquel momento no pensaba en otra cosa que caer sobre él, arañarlo, clavarle las uñas, morderlo y matarlo; pero tenía el estómago tan contraído que ni podía respirar. Dando patadas y haciendo mohínes, alzó la vista a Calavera, que seguía sonriendo. La vista empezó a llenársele de chiribitas y la caja se inundó de gris. Todo se hizo de

este color hasta que también él desapareció.

CAPÍTULO 12

ENTONCES

Livia se hallaba tendida boca arriba en el bosque y estaba lloviendo. De las ramas de los árboles le caían gotas sobre las mejillas y los párpados. Oyó a alguien llamarla desde lo lejos, pero no respondió: se sentía a salvo en la espesura y no quería que nadie pudiese encontrarla allí.

Entonces abrió los ojos... y el bosque desapareció. Las gotas de lluvia procedían, en realidad, de una botella de agua y quien pronunciaba su nombre era Kai, quien, sentado a su lado, le rociaba el rostro. Sacudió los brazos y las piernas y se incorporó con un gemido, jadeando por un instante para no sucumbir al vahído que amenazó con asaltarla.

–¿Y Nason? –preguntó sin saber, de pronto, cuál era el sueño, si el bosque o Kai.

–Aquí –respondió el muchacho.

Livia la vio entonces al lado de los demás, tumbada de costado sobre una manta doblada. Tenía las rodillas plegadas sobre el pecho y los ojos abiertos. No había dejado de chuparse el pulgar. Notó que se le torcía el gesto y lloró.

–¡Pajarito! –dijo con voz quebrada–. Pajarito...

Se tendió detrás de ella y la rodeó con un brazo mientras le acariciaba el pelo como hacía cuando trataba de ayudarla a dormir.

–Pajarito, pajarito... –musitó entre sollozos; pero la pequeña ni siquiera parecía saber que su hermana estuviese allí.

En adelante, cada vez que entraban a llevar agua y alimento, los hombres iban armados con palos largos como si supusieran que los atacarían los niños. Livia no lograba entender el gesto preocupado que adoptaban al mirar a Nason. Sin embargo, fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que no

volvieron a sacar a ninguna de las dos de la caja, ni tampoco a nadie más. Repartían las latas y las botellas y cambiaban los baldes sin decir una sola palabra.

Pasaron los días y Nason siguió igual, sin hablar ni responder cuando le hablaban. Comía si la alimentaba Livia y bebía cuando esta le llevaba la botella a los labios y la inclinaba, y solo usaba el balde si Livia la llevaba; pero, por lo demás, permanecía tumbada en posición fetal, mirando fijamente a algo que la mayor no lograba ver.

Livia intentaba convencerse de que no había sido culpa suya, aunque sabía muy bien por qué había sangrado Nason: porque los hombres le habían hecho lo que se hace para tener bebés. Sin embargo, con ella había sido diferente; de modo que podía ser que el niño ya hubiese estado en lo cierto: quizá tampoco habrían tratado así a la pequeña de no haberlos enfurecido ella. Tal vez no le habrían hecho tanto daño si Livia no los hubiese atacado. Tenía claro que a la mente de Nason le había ocurrido algo. Quizá los hombres le habían infligido tanto dolor que la pequeña había tenido que buscar un modo de... ¿evadirse? Sí, podía ser. Intentó aferrarse a aquella esperanza, creer que tal vez, cuando volviese a ser la misma, ni siquiera recordaría lo que le habían hecho los hombres, porque, en cierto sentido, no había estado presente cuando ocurrió. Pero ¿acaso iba a volver algún día a ser la que había sido? ¿Cómo? ¿Cuándo? Y, en caso contrario, ¿cómo no iba a ser culpa de Livia?

Pasaron más días y pudo constatar que, por terrible que hubiera sido el que los hombres sacaran a Livia de la caja para obligarla a hacer aquello tan asqueroso, el daño que le habían hecho a Nason y el estado en que la habían sumido resultaban muchísimo peores.

Dormía noche tras noche acurrucada tras la pequeña, musitando su nombre y acariciándole el cabello hasta que a ella misma la invadía el sueño. Por el día no se apartaba nunca de ella. Y cuando entraban los hombres a llevar comida y agua, se aseguraba de colocarse lo más lejos posible de la puerta. Al oír los tornillos levantaba a Nason y la situaba con cuidado contra la pared antes de ponerse delante de ella. De ese modo, si trataban de llevársela, podría preverlo y revolverse contra ellos. Ya no tenía el trozo de metal y los hombres habían retirado las tapas de las latas antes de distribuir las entre los niños desde que Livia los había atacado; pero todavía tenía dientes: podía saltar sobre ellos y morderles la nariz, una oreja o los labios.

Ellos, no obstante, debieron de adivinar lo que estaba pensando. Cierta

mañana, entraron y se pusieron a repartir la comida desde el fondo de la caja y no desde la parte frontal, que era donde se colocaban normalmente. Barbasucia se puso a la izquierda de Livia y Cabeza Cuadrada a la derecha mientras Calavera aguardaba delante de la puerta. Tuvo la sensación de que ocurría algo, de que estaban tratando de engañarla, y, mientras giraba la cabeza de un lado a otro por tratar de observar a los dos hombres a la vez, Barbasucia dio un paso al frente y la agarró por el pelo. Ella gritó y se volvió hacia él, aterrada ante la posibilidad de que volvieran a llevarse a Nason. Cabeza Cuadrada la asió entonces por los hombros desde atrás y dio con ella en el suelo. Una oleada de pánico la invadió y la hizo retorcerse sobre su estómago mientras trataba de doblar las piernas. Sin embargo, uno de los hombres la mantenía pegada al suelo con una rodilla apoyada en su espalda. Intentó aferrarse a un tobillo de su hermana como si pudiera fundirse con ella y evitar así que las separasen los hombres. Sintió un pinchazo en el cuello y, de pronto, las extremidades se le volvieron muy pesadas, demasiado para moverse. Tuvo la sensación de que el peso que le estaban aplicando sobre la espalda se le extendía por todo su cuerpo, como si estuviera debajo de la caja en lugar de en su interior.

–Pajarito –murmuró antes de perder la conciencia.

CAPÍTULO 13

AHORA

El funeral de Barnett transcurrió tal como había deseado Livia.

En el cementerio de Crown Hill hacía una mañana espléndida de primavera: los cerezos habían florecido, los pájaros cantaban, las ramas de los árboles se agitaban con la brisa... Se había congregado allí más de un centenar de Hammerhead para dar el último adiós al pobre Billy. Algunos habían llegado en sus Harley nada menos que desde Reno y Missoula. Por todas partes se veían cazadoras vaqueras cargadas de banderas confederadas y cruces de hierro; montones de brazos tatuados y también caras y cuellos decorados del mismo modo; cuerpos hinchados por los esteroides... Se brindó con *bourbon* y se prodigaron saludos nazis. Livia reconoció a la mayoría de los cabecillas locales, dado que había pasado un año con la Unidad de Bandas antes de hacerse detective. Esta tenía por misión la de averiguar cuanto fuera posible de las asociaciones de Seattle y la de hacerles ver que conocían sus movimientos, a fin de disuadir a sus integrantes de usar la violencia. Livia había querido tener acceso a cuanto se sabía de ellos para estar preparada cuando, al fin, lograrse llegar a Tyler el Hierba.

Un centenar de dolientes quería decir, por supuesto, otros tantos teléfonos; pero el Gossamer era capaz de recoger cincuenta más. Desechables. Los de las bandas habían aprendido a no llevar sus aparatos personales junto con los de usar y tirar de los que se valían para sus negocios. Sin embargo, era un incordio tener que apagar uno cada vez que había que utilizar el otro, o dejarlo en casa cuando se iba uno a dar una vuelta en la Harley sin saber quién iba a querer localizarlo en cada uno. Cambiar con frecuencia los desechables también era una lata: había tanta gente a la que

notificar el número nuevo... Por lo tanto, en la batalla entre seguridad y comodidad solía ser casi siempre esta última la que salía victoriosa. Y solo tenía que vencer una vez para que la poli lo ubicara a uno.

Livia se mantuvo a una distancia prudente del funeral, vestida con un conjunto discreto de falda y blusa y protegiéndose los ojos del sol de última hora de la mañana con unas gafas oscuras. Hasta depositó un ramo de flores ante una lápida mientras permanecía unos minutos con la cabeza gacha como quien se encuentra sumido en callada contemplación. Aquel breve período bastó para que el Gossamer que llevaba en el bolso identificase cada uno de los teléfonos que había en el cementerio. Confirmó que los datos hubiesen quedado almacenados en el aparato antes de dirigirse a la salida sin alzar la vista, convertida en un visitante desconsolado más, abrumado por la solemnidad del campo santo.

En lugar de regresar directamente a la comisaría, condujo hasta su desván con la capota del Jeep abierta para aprovechar el buen tiempo. Por lo común, en un día como aquel habría tomado la Ducati; pero no siempre era viable quitarse y ponerse el mono de motorista y había visto un número suficiente de lesiones terribles de accidentes de tráfico para montar sin el equipo adecuado.

Fuera del edificio había un par de tipos que habían hecho una pausa para fumar un cigarrillo y que la saludaron con la mano al verla llegar a la entrada. Todos sabían que vivía en la tercera planta y, aunque suponía que debían de haber hecho numerosas conjeturas sobre su existencia solitaria, le daba igual. Lo cierto es que era buena gente. Devolvió el saludo y subió los escalones de tres en tres antes de abrir la puerta y volver a cerrarla con llave tras ella.

Dejó el Gossamer en la mesa, sacó un juego de herramientas de relojero y retiró la parte trasera del aparato. Del armero tomó un circuito impreso que había creado con componentes adquiridos en RadioShack: batería, transistores, tarjeta de memoria, antena... A la vista era idéntico al que había observado la primera vez que destripó un Gossamer. Por supuesto, el suyo no pasaba de ser un simulacro; pero lo cierto es que no esperaba de él que funcionara, sino que quedase bien sin más.

Llevó a la mesa el circuito casero y lo colocó al lado del Gossamer antes de desmontar con cuidado el original. Pasó una hora soldando las entrañas del aparato en la carcasa que había diseñado para albergarlas. Cuando acabó, la cerró y probó el conjunto. Funcionaba a la perfección.

Sonrió satisfecha. Siempre se había manejado bien con las herramientas.

Lo siguiente que hizo fue colocar su circuito en el Gossamer vacío, atornillar la tapa y situarlo en la base de una prensa hidráulica. Encendió esta última y esperó un instante mientras el quejido mecánico se hacía más sonoro y suave a medida que se calentaba el mecanismo. Entonces tiró de la palanca y observó el cilindro de acero que descendía y aplastaba por completo el aparato. Pese a lo satisfactorio del resultado, repitió el proceso dos veces más para asegurarse de someterlo a la mayor devastación imaginable y a continuación usó unas pinzas para recoger las pocas piezas que tenían algún género de marca que podría haberlas delatado como ajenas al Gossamer. Cuando acabó, metió en una bolsa los restos pulverizados y regresó a la comisaría. Por el camino, se deshizo de los fragmentos que había desechado.

Al volver a la Batcueva, se aseguró de adoptar una expresión desazonada.

–Alvin –dijo–, me vas a matar.

Él levantó las cejas.

–¿Qué pasa?

Dejó la bolsa ante la ventanilla.

–Estaba atajando por el paso elevado de peatones de la estación del tren ligero de la University Street cuando se me cayó el Gossamer.

Él se puso blanco.

–¡Oh, no!

–Me temo que sí. Eché a correr hacia las vías, pero ya había pasado un tren y...

Levantó el fondo de la bolsa y sobre el mostrador se deslizó lo que no podía ser otra cosa que los restos aplastados de todo un Gossamer. Durante un momento, los dos guardaron silencio. Alvin se llevó una mano a la boca mientras observaba el estropicio con gesto afligido. Luego soltó un suspiro antes de retirarse la mano... y desvelar una sonrisa.

–Te tengo que confesar –dijo– que no sería la primera vez que se pierde material. Que se *pierde*. Pero esto... –Agitó la cabeza y rompió a reír.

Livia mantuvo su expresión turbada. Por supuesto, habría sido más fácil decir que lo había extraviado; pero también más sospechoso. De un agente que perdiese material podían pensar que lo había robado. Sin embargo, si lo devolvía plano como una torta, a lo sumo lo acusarían de dejadez.

–No tiene ninguna gracia –dijo–. ¿Qué puede pasar ahora?

Él agitó una mano con gesto de despreocupación.

–Tranquila: voy a hacerle una foto para mandársela por correo electrónico a la compañía y que me envíen otro. Para eso me da el presupuesto. Además, nadie tiene por qué saber qué ha pasado exactamente. Se le cayó a alguien y le pasó un tren por encima; así de sencillo. No se lo voy a decir siquiera a la teniente, ¿de acuerdo?

Ella respondió con una leve sonrisa apesadumbrada:

–¿De verdad?

–De verdad. No es para tanto. Quiero decir que sería mucho peor si lo hubieras echado a posta debajo del tren, ¿no?

Ella soltó una carcajada.

–¿Y por qué iba a querer nadie hacer una cosa así?

CAPÍTULO 14

ENTONCES

Livia atravesaba la selva a lomos de un elefante. No dejaba de ser algo extraño, porque nunca antes había hecho nada semejante. La sensación, aquel balanceo rítmico que imprimía el animal a su pesado avance y que hacía que las ramas le acariciasen las mejillas, resultaba agradable. Sin embargo, la jungla tenía un olor extraño, algo penetrante y poco natural distinto del de los árboles, la humedad y la tierra que tanto le gustaba.

Entonces advirtió con una tristeza cansada que no había elefante ni había árboles: se trataba de otro sueño, como el de la vez anterior. De cualquier modo, mantuvo los ojos cerrados, porque no quería despertar: deseaba con todas sus fuerzas seguir en la selva, aun sabiendo que no era real.

Sin embargo, fue incapaz de asirse a aquellas imágenes. La sensación de estar montando a un elefante se esfumó y la dejó con el convencimiento de que estaba tumbada boca arriba. El suelo era duro y el balanceo y el olor que había imaginado como parte del sueño eran algo diferente. Bajo su cuerpo sentía una vibración y un zumbido distante y mecánico, como el que había oído cuando la máquina había llevado la caja al interior del barco. Aquel temblor, sin embargo, era más violento, y el ruido de fondo, más elevado. Oyó susurros de voces que no conocía y cuya lengua no lograba entender. El sueño se hizo añicos y la realidad se desplomó sobre ella. Se incorporó y gritó aterrada:

—¿Nason?

A su lado había una mujer que se echó hacia atrás sobresaltada. Llevaba un paño en la mano y Livia se preguntó si no lo habría usado para acariciarle la mejilla: las ramas que la rozaban en el sueño... La mujer tenía la piel del

color del té y el cabello que escapaba al pañuelo de colores vivos que llevaba en la cabeza era moreno; pero sus ojos eran diferentes: no eran redondos como los de la gente de tez pálida que visitaba su pueblo de cuando en cuando, aunque tampoco alargados y estrechos como los de las tribus de las montañas o los tailandeses. Livia no había visto nunca un rostro así, de mejillas anchas, frente alta y nariz larga y angosta. La mujer tenía expresión preocupada y hasta amable.

Dijo algo en tono tranquilizador, pero Livia no la entendió. Todo cuanto la rodeaba era muy diferente: la luz era más brillante, el aire parecía más limpio y el olor penetrante del mar había desaparecido. Vio que había allí más personas: nueve, si se incluía ella misma. Sin embargo, no reconoció a nadie. ¿Quiénes eran aquellas gentes? ¿Adónde habían ido los niños? ¿Dónde estaba Nason?

–¿Nason? –preguntó a la desconocida–. ¡Nason!

La mujer cabeceó para hacerle ver que ella tampoco la entendía. Dijo más cosas en su lengua incomprensible. Livia sacudió la cabeza con gesto frustrado y miró a su alrededor. Vio que estaba de nuevo en una caja de metal, pero esta era distinta. La habían trasladado a su interior mientras dormía. Y los niños –Kai, el crío yao...: todos– habían desaparecido.

–¡Nason! –exclamó–. ¡Nason!

La mayoría de los presentes eran adultos. La mitad de ellos parecía de Asia, tal vez de China, y la otra mitad daba la impresión de pertenecer a la misma tribu extraña de la mujer del pañuelo. Había dos niños, de la edad aproximada de Livia. Pensó que podrían ser indios, pero no estaba segura, pues solo los había visto en ilustraciones de los libros de texto de la escuela del pueblo.

Livia se puso en pie. Se tambaleó por un instante, débil y sedienta.

–¿Tailandés? –dijo en este idioma, mirando a los distintos rostros que la rodeaban–. ¿Hablan tailandés?

Todos la miraron con gesto inexpresivo y ninguno respondió. Ella cambió entonces a su lengua materna, por más que supiese que no iba a servir de nada.

–¿Lahu? ¿Habla lahu alguno de ustedes?

El semblante de los otros permaneció inmutable. Ella se presionó las sienes con los puños. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer? Entonces se dio cuenta de que todos se encontraban sentados en grupos y hablaban con los que tenían más cerca. Por lo tanto, algunos compartían el mismo idioma. No

obstante, ninguno hablaba el de ella. Nunca había necesitado tanto hablar con nadie, hacerse entender, por más que nadie pudiera comprender lo que decía. Se hallaba totalmente aislada.

Se hincó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos mientras sollozaba. La mujer del pañuelo le acarició el pelo mientras pronunciaba más palabras en su lengua extraña. Aunque el tono era tranquilizador y parecía evidente que estaba haciendo lo posible por ayudarla, lo cierto era que no le estaba sirviendo de nada. Nadie podía socorrerla. Nason había desaparecido y Livia no tenía la menor idea de dónde podía haber ido ni de cómo se encontraba o qué había ocurrido. Ni siquiera sabía dónde estaba ella misma, adónde la llevaban o qué iba a ocurrir cuando llegase.

Llegó un momento en que la extenuación le impidió seguir llorando. Entonces se derrumbó contra la pared. Tal vez podía hacer lo que había hecho Nason: ausentarse sin más. Ausentarse hasta que hubiera mejorado la situación. O quizá dejarse morir. Sabía que moriría si dejaba de comer y lo cierto es que la idea le resultó atractiva de inmediato. Al menos, se trataba de algo que podía hacer para mejorar las cosas, algo que podía manejar. Dejaría de comer y de beber. Si todo aquello era una pesadilla, al final acabaría por despertar, y, si no lo era, moriría. Cualquiera de las dos posibilidades era mejor que la realidad que estaba viviendo.

Pero ¿y si la necesitaba Nason? Apretó bien los párpados, hizo rechinar los dientes y gruñó entre ellos. Tenía que seguir viva. Fuera como fuese, tenía que lograrlo. Hasta encontrar a Nason. Hasta averiguar qué había sido de ella. Sí, después podría morir. Podría morir cuando quisiera. Le habían arrebatado demasiado, pero aquello no podían quitárselo.

Pasaron así varios días con sus noches. Aunque, como antes, entraban hombres con alimento, agua y baldes, no eran los mismos, sino gentes blancas con la piel del color de la pasta de yuca. Dos de ellos eran más corpulentos que los tailandeses, con más músculo, y el tercero era más fibroso. Todos llevaban la cabeza afeitada y los brazos cubiertos de tatuajes. No le gustaba cómo miraban a los ocupantes de la caja. Calavera y los suyos daban la impresión de ser gatos deseosos de hacer daño a los niños y atormentarlos, tal como hicieron al final; pero aquellos hombres daban una impresión aún peor. Cuando posaban en ella la mirada, Livia tenía la sensación de que solo veían a un animal o, lo que era peor, una cosa nada más. Podían darle de comer, lavarla, golpearla o matarla, y con ninguno de

estos actos sentirían nada, ni placer, ni pesar.

Cada vez que acudían los hombres, trataba de preguntarles por Nason. Huelga decir que ellos no respondían. Quizá ni siquiera la entendían. Pensó en golpear uno de los lados de la caja como había hecho antes; pero a Calavera y sus hombres no los había tomado por sorpresa, y lo más seguro era que con los blancos ocurriese otro tanto: tal vez un nuevo intento solo le valiera unos azotes.

Pensaba en todo momento en salir corriendo, pero siempre había al menos uno de ellos vigilando la puerta. Llegó a conseguir mirar al exterior cuando entraban en la caja y lo que vio le pareció sorprendente: a un lado, colinas; al otro, amplios campos de hierba. Estaban navegando por un río, más amplio que cualquiera de los que hubiese visto en la selva. Ya no estaban en el mar y el barco era distinto del primero, y mucho más pequeño.

Al menos, aquellos hombres nuevos no intentaron sacarla del contenedor. Tenía algo de lo que alegrarse. Por el día, el calor resultaba agobiante dentro de la caja, mucho más que en la otra, y por la noche hacía más frío. Aunque los hombres les habían dado una manta a cada uno, cuando salía el sol y empezaba a filtrarse su luz grisácea en el interior de la caja la encontraba siempre tiritando.

Una noche, poco después de haber recibido su ración, la mitad de los de la caja se puso a gruñir y a agarrarse el estómago. No tardaron en ponerse a vomitar en los baldes. Algo debía de estar echado a perder. Livia conocía hierbas medicinales capaces de ayudarlos, pero crecían en el bosque, y el bosque nunca había estado más lejos.

A la mañana siguiente hallaron muertos a tres de los enfermos: la mujer del pañuelo y dos de los niños. Livia ya había visto cadáveres antes, sobre todo de ancianos de su pueblo. No sentía miedo, sino decepción: si hubiese comido el alimento en mal estado, quizá a esas alturas estaría muerta. Aquella idea le produjo cierta punzada de culpa (¿y si la necesitaba Nason?) y, sin embargo, no podía evitar mirar con cierta envidia los tres cuerpos sin vida. Sus rostros tenían un gesto tan plácido...

Los otros que habían caído enfermos estaban débiles, si bien por lo demás parecían en buen estado. Los que seguían sanos depositaron los cadáveres cerca de una de las paredes y los cubrieron con una manta.

Cuando llegaron los hombres con la comida, miraron debajo de las mantas y, pese a ver que estaban muertos, los dejaron allí. Repartieron alimento para todos y cambiaron los baldes como siempre antes de salir de

nuevo haciendo caso omiso de cuantos intentaban hablar con ellos. Livia no lo entendía: sabía que los cadáveres iban a empezar a oler en breve si no los quemaban o enterraban.

Pasó otro día. La ansiedad por la suerte que habría corrido Nason la corroía sin tregua. Tenía la impresión de que alguien le hubiese arrancado una parte de sí –un brazo, una pierna, un trozo del corazón...– para dejar en su lugar un dolor crudo y lacerante. Intentó ausentarse como había hecho ella, pero no funcionó. Lo más que consiguió fue sumirse en un estado a medio camino entre la vigilia y la inconsciencia, convertida –tumbada en postura fetal y mirando a una de las paredes, sin pensar, sin sentir y sin experimentar conexión alguna con nada– en nada más que un objeto por el que transcurría el tiempo.

En semejante actitud se hallaba cuando comenzaron los disparos.

CAPÍTULO 15

AHORA

Los metadatos de los teléfonos que había recogido en el funeral de Billy Barnett eran un verdadero vademécum de los Hammerhead, pues contenían no solo los números de los aparatos rastreados, sino también los de los teléfonos a los que llamaban, el momento en que se habían puesto en contacto con ellos y desde dónde. Sabía que aquella información sería todo un tesoro para la Unidad de Bandas, aunque tampoco ignoraba que esta debía de tener motivos para hacerse con la suya propia. Con todo, aun cuando siempre se mostraba encantada de ayudar a aquellos compañeros, en aquella ocasión tenía su propio objetivo particular: un punto de apoyo lo bastante sólido para desbancar a Tyler el Hierba. Y tras unos cuantos días frustrantes consagrada a analizar datos, estaba convencida de que había dado con él.

Dado que de los teléfonos que tenían los de la banda para su uso personal no había conseguido averiguar nada interesante, centró su atención en los desechables, que resultaban relativamente fáciles de asociar con los primeros porque todos eran demasiado holgazanes para evitar llevarlos ambos consigo a la vez. Sin embargo, tampoco eso le reportó nada de valor.

El paso final fue el de los números fantasma, los que no había podido vincular de inmediato a ningún teléfono personal concreto. Sabía que pertenecían a integrantes de los Hammerhead porque habían estado en el cementerio durante el entierro de Barnett; pero la de determinar cuál pertenecía a quién era una tarea laboriosa.

No obstante, había un teléfono desechable que destacaba entre los demás. Se había comprado hacía cinco años y ese hecho ya resultaba en sí muy interesante: semejante período era mucho más dilatado que el que cabía esperar del más indolente de los pandilleros que hubiese podido adquirirlo

con la intención de mantener el anonimato. Además, aquel aparato también revestía interés por sí mismo, pues solo se había empleado en conexión con otro número, perteneciente, claro está, a otro teléfono desechable. Livia se centró en los movimientos de ambos. Uno de ellos no cambiaba de posición sino hasta altas horas de la noche, normalmente entre la una y las cinco de la madrugada, y el otro se movía muy raras veces. Era el patrón habitual de las llamadas que se efectuaban en busca de sexo, aunque aquella ocurría de forma regular y desde hacía mucho. Fuera lo que fuese, cabía suponer que los participantes estaban intentando mantener la máxima discreción; lo que explicaría que cada uno tuviese un teléfono desechable que solo empleaba para hablar con el otro.

El primero de ellos pasaba la mayor parte de su tiempo en un apartamento de Shoreline alquilado por Michael Masnick, el Meca. Livia conocía a Masnick de los días en que trabajaba con la Unidad de Bandas. Era una de las promesas del grupo, un tipo popular de barba de leñador y estatura de alero de la NBA. Pese a su porte, estaba considerado uno de los más juiciosos de los Hammerhead, aunque tampoco había que buscarle las pulgas. Lo de Meca venía de Mecánico, apodo que se había ganado por la pericia que desplegaba en la reparación de motocicletas.

El segundo, el que apenas cambiaba de posición, estaba vinculado a una casa situada en la población vecina de Bothell, propiedad de una mujer llamada Jenny Jardin.

Quien resultaba ser precisamente la mujer de Tyler el Hierba.

CAPÍTULO 16

ENTONCES

Livia se puso en pie a duras penas, confusa y muerta de miedo. Fuera de la caja oyó gritos, explosiones como las de los fuegos artificiales que usaban en las celebraciones del pueblo. Lo primero que pensó fue: «¿Nason?».

Su hermana, sin embargo, no estaba allí. Durante un momento, sin hermana a la que proteger, la niña quedó paralizada. Se oyó otra serie de estampidos sonoros. Algo como una piedra, quizá un palo, golpeó el exterior de la caja y la hizo resonar como una campana gigantesca. Livia corrió a apoyar la espalda contra la pared opuesta a la de la puerta: si entraba alguien por ella, quería estar lo más lejos posible.

Oyó más gritos y más fuegos artificiales ensordecedores y, tras un silencio ominoso, un estruendo espantoso en la puerta, que se abrió de golpe y llenó la caja de la brillante luz del sol. Esta, sin embargo, desapareció de pronto para verse sustituida por una niebla que le escoció los ojos y la garganta y la hizo toser, le llenó la boca de saliva y le provocó arcadas. Se dirigió tambaleante hacia la puerta, luchando por respirar y sin ver nada. La gente chocaba con ella por uno y otro lado, pero ella no se detuvo, pues buscaba con desesperación escapar a aquella niebla que le impedía respirar y la abrasaba.

Tropezó con algo y dio de manos y rodillas en el suelo, dando una arcada tras otra. Se frotó los ojos con el revés de una mano y por un instante vio más claro. No pudo menos que maravillarse al descubrir que había conseguido salir de la caja. Hacía sol, la niebla se había despejado y el barco había dejado de moverse: estaba fondeado a la orilla del río junto a una plataforma llena de máquinas y edificios. Por todos lados había hombres en movimiento con máscaras de plástico y uniformes negros. Todos tenían

armas, armas largas, ametralladoras o fusiles como los que había visto en la borrosa pantalla del televisor del pueblo. ¿Tendrían intención de apresarla?

Aun sin poder respirar y medio ciega, se dio cuenta de que no se le iba a ofrecer nunca una ocasión mejor de escapar. Así que empezó a gatear en dirección a la plataforma, pensando que quizá si se mantenía agachada no la vería nadie. Pero en ese instante cayó algo sobre su espalda y la hizo dar de bruces con el suelo sin aliento. Volvió el cuello y vio a uno de los hombres vestidos de negro, uno corpulento que, de pie, la mantenía inmóvil con un pie apoyado en su espalda. Se revolvió e intentó zafarse, pero ni siquiera podía moverse. El gigantón dirigía su rostro enmascarado a un lado y a otro, mirándola también a ella de cuando en cuando, y apuntaba con su arma allí donde ponía la vista.

De todas partes llegaba ruido: disparos, gritos y un sonido extraño, un quejido ondulante, como el chillido de un animal, aunque más elevado y contranatural. Cuando, al final, se hizo el silencio, el hombre se quitó la máscara, se arrodilló tras ella y, asiéndola de los brazos, se los colocó detrás de la espalda. Ella forcejeó aterrada, pero no pudo hacer nada por impedirlo. Algo le ciñó entonces las muñecas –algo flexible, aunque fuerte– y se apretó.

Hizo por soltarse, pero fue inútil. Todo lo era. ¿Por qué no podía haberle tocado a ella la comida en mal estado? ¿Por qué no se había negado a comer y a beber? Nunca iba a poder ayudar a Nason; ni a saber siquiera qué había sido de ella. Y seguro que aquellos hombres tenían intención de hacerle daño, de obligarla a hacer más cosas repugnantes, y no tenía medio alguno con el que detenerlos. Sus padres la habían vendido y Nason no estaba ya con ella. No tenía a nadie en el mundo. Su rostro se contrajo con una mueca atormentada mientras tomó una bocanada de aire larga y quejumbrosa, y luego otra, hasta que la impotencia, el vacío y la desesperación la consumieron y, echando atrás la cabeza, se puso a gemir.

El hombretón se agachó y la tomó por los hombros para ponerla en pie. Livia ni siquiera pensó en correr. ¿Cómo iba a hacerlo con los brazos ligados a la espalda? ¿Y adónde podía ir? Él le dijo algo, pero ella no dejaba de llorar. Estaba harta de no entender nada, de que todos le hablasen en lenguas desconocidas para ella. Lo único que quería saber era dónde estaba Nason. Y si Nason había muerto, también quería morir. No le importaba nada más.

El hombre la tomó por el antebrazo y la llevó hasta el muelle. Por entre las lágrimas vio a más personas y entendió, por sus uniformes azules, tan parecidos a los de los oficiales tailandeses que habían visitado en ocasiones

su pueblo cuando había algún problema, que eran policías. Aquel descubrimiento no le pareció alentador, pues no conocía a aquellas gentes ni tampoco confiaba en ellas. El atuendo que llevaban podía ser buena o mala señal. ¿Qué diferencia había, en cualquier caso?

En el embarcadero se encontraban ya algunos de los de la caja, sentados en el suelo con las piernas cruzadas y las muñecas ligadas a la espalda igual que ella, y otros, también maniatados, llegaban en ese momento conducidos por más policías. Livia se volvió y vio a dos de quienes les habían llevado alimento en el barco tendidos boca abajo, inmóviles y con charcos de sangre alrededor. Debían de haberles disparado los de uniforme, aunque semejante idea no la alegraba ni la entristecía. De hecho, no le suscitaba sentimiento alguno: cuando estaban vivos, los había necesitado para saciar su hambre y su sed, y en aquel momento ya no los necesitaba. Conque daba igual que estuvieran vivos o muertos.

El policía grandullón volvió a decirle algo, pero aquella jergonza ininteligible no consiguió otra cosa que hacerla llorar con más fuerza. Él le puso una mano en el hombro y empujó hacia abajo, y Livia entendió que quería que se sentara. Aun así, no quería sentarse. Tampoco quería escucharlo; así que se resistió a la presión de él sin dejar de llorar inconsolable. El hombre siguió empujando y, aunque le flaqueaban las piernas, ella se negó a obedecer.

En ese momento llegó una mujer de piel muy oscura uniformada de azul y tiró de él. Aunque Livia no entendió sus palabras, tuvo claro que estaba reprendiendo airada al grandullón. Discutieron unos instantes, hasta que ella señaló algo situado a un lado de ambos. El hombre la miró con furia un momento y, a continuación, tomó a regañadientes el camino que había indicado ella.

La recién llegada se inclinó entonces hasta quedar a la altura de Livia y la miró a los ojos. Dijo algo y la niña, pese a no entenderla, pudo percibir la dulzura de su voz y la cordialidad que impregnaba su mirada. Livia contempló fascinada su piel del color del chocolate, más oscura aún que la de las gentes más morenas de las tribus de las montañas; pero tenía los ojos más claros y los labios y las mejillas más carnosos. Había visto a personas así en el televisor del pueblo y, de pronto, reparó en que siempre había dado por supuesto que solo existían allí. Pestañeó para tratar de eliminar el picor de los ojos y ver mejor. ¿Era real aquello? ¿Sería televisión? ¿No sería su pueblo más que un sueño? ¿Dónde estaba Nason?

La mujer de chocolate siguió hablando, despacio, con amabilidad y en un tono que resultaba tranquilizador. Livia lo reconoció como el que empleaba ella misma cuando se dirigía a una cerda que la veía acercarse mientras amamantaba a sus crías. Aquello la hizo sentirse mejor. Entonces, sin abandonar su actitud tranquilizadora, se colocó detrás de la niña, que de pronto vio sus manos liberadas. Echó los brazos hacia delante y se frotó las muñecas. La mujer arrojó algo al suelo y Livia vio que se trataba de alguna clase de plástico que había cortado con la navaja que llevaba en la mano. La cerró y volvió a guardarla en un cinturón lleno de utensilios, entre los que se encontraba una pistola metida en una funda especial.

Entonces llegó con paso apresurado otro hombre de uniforme y se puso a discutir con la mujer de chocolate señalando a Livia y a la presilla de plástico del suelo. Era evidente que no le hacía gracia verla desatada; pero la mujer no tenía intención de ceder: elevó la voz y se mantuvo a escasa distancia de la cara del hombre hasta que este, como el primero, se fue mascullando como haría un perro que abandona una pelea.

Livia pasó horas sentada al sol ardiente y lo observó todo tratando de entender algo. Había docenas de personas con uniformes distintos corriendo de un lado a otro par tomar notas y hacer fotografías; recoger del suelo cosas demasiado pequeñas para que ella alcanzase a verlas y meterlas en bolsitas de plástico, y hablar tanto entre ellos como a unas cajas de tamaño reducido que supuso que debían de ser radios. La mujer de chocolate no se alejó en ningún momento de ella. Le tendió una bolsa con algo salado y crujiente para comer y una lata que contenía algún tipo de bebida dulce, y no dejó que nadie le sujetase las muñecas como habían hecho a todos los demás. Se preguntó si no se debería a que no era más que una niña y, aunque no tenía medio alguno de saber el motivo, se alegraba de tener las manos libres. Estar maniatada era horrible.

Llegó un vehículo y salieron de él más personas, gentes de rasgos asiáticos, no blancos ni de chocolate. Se pusieron en cuclillas para hablar con los de la caja y, pasado un rato, la policía empezó a desligarlos. Los asiáticos trataron de hacerse entender por Livia, pero ella no sabía qué querían decirle. No paraba de repetir en tailandés y en lahu:

–Mi hermana, Nason. ¿Sabes qué le ha pasado a mi hermana?

Sin embargo, ninguno de ellos la comprendía mejor que Livia a ellos.

La policía la llevó a un edificio grande y moderno. Supo por las camisas

largas y blancas que llevaba allí la gente que debía de ser un hospital, por más que no hubiese conocido nunca más centro sanitario que la clínica a la que acudían, cerca de su pueblo, las tribus de las colinas. Se sentó en un cuartito, sobre una mesa cubierta con papel blanco y suave y con la mujer de chocolate apoyada en la pared que tenía delante. Entró un hombre de piel pálida vestido de blanco. Supo que era médico por el aire de autoridad que lo rodeaba y por el instrumento de escuchar el corazón que llevaba al cuello. Dijo algunas palabras y trató de tocarla con aquel aparato. Sin embargo, solo pensar en que aquel hombre desconocido –cualquier hombre– pudiera tocarla le resultaba aterrador. Se apartó y le enseñó los dientes. Él dio un paso atrás y, frunciendo el ceño, volvió a acercarse. Livia apoyó las manos sobre la mesa y se preparó para dar un salto y salir corriendo; pero la mujer de chocolate le dijo algo tal como había hecho con los hombres de uniforme y consiguió hacerlo salir tras unos instantes.

Entonces, se señaló con un dedo mientras decía:

–Tanya.

Luego, señaló a la niña y levantó las cejas. Livia entendió que se estaba presentando. Se llamaba Tanya y quería que ella le dijese también su nombre.

–Labi –contestó Livia.

Sonriendo, Tanya le tendió la mano y dijo:

–Hola, Labi.

Ella miró la mano, preguntándose si debía también alargar el brazo. Hizo lo mismo que había hecho Tanya y esta soltó una carcajada. A continuación, tomó con la suya la mano de Livia y la movió con dulzura de arriba abajo. Livia entendió: los occidentales no usaban el *wai*, consistente en inclinar ligeramente la cabeza con las manos unidas y los dedos hacia arriba. Se estrecharon las manos. Tanya se estaba presentando; estaba siendo amable con ella; lo había sido desde que había espantado al policía grandote y le había cortado las ataduras.

Resultaba agradable que la trataran con amabilidad, pero, por agradecida que pudiera estar, tampoco había abandonado su recelo: aquella cordialidad podía esfumarse en cualquier momento. Tal vez Tanya acabara por cansarse; quizá hubiera algo que la hiciera enfurecerse, y también podía ser que vendiese a Livia como habían hecho sus padres. Era evidente que no debía confiar en ella aunque estuviese siendo amable. No debía confiar en nadie.

Esperaron. En determinado momento apareció una mujer de uniforme

blanco con comida en una bandeja. Aunque le dolía el estómago del hambre, Livia no tenía claro que debiese comer, porque eso la mantendría con vida. No obstante, a continuación pensó en Nason y no dudó en devorar cuanto le habían puesto delante: arroz con pollo, una bebida dulce y un cubo extraño y tembloroso de color rojo traslúcido que sabía a bayas. Tanya salió de la habitación cuando la niña hubo acabado y regresó al instante con otra bandeja idéntica con la que también acabó Livia.

Esperaron más aún. En la habitación había un teléfono. Igual que ocurría con otras muchas cosas de las que veía en aquel lugar, Livia sabía lo que era, pero nunca había usado uno. De vez en cuando sonaba y Tanya lo descolgaba para hablar con él y volver a colocarlo después donde estaba. En una de aquellas llamadas, sin embargo, no lo hizo: asintió con movimientos vigorosos de cabeza y dijo algo con nerviosismo antes de tenderlo a ella. Livia lo miró insegura y Tanya lo señaló con un gesto con el que parecía dar a entender que la niña debía hacer algo. Ella alzó el teléfono a la altura de su cara y lo miró. De dentro salía una voz diminuta y metálica; era de mujer, y estaba hablando en tailandés.

—¿Hola? Hola; ¿hay alguien ahí?

La sensación de tener a alguien a quien poder entender y que pudiera entenderla resultaba tan abrumadora que a Livia se le cerró la garganta y le brotaron lágrimas de los ojos. Tanya le acarició el brazo y, por extraño que pareciese a la niña, dio la impresión de que también iba a romper a llorar.

Livia se llevó el aparato a la oreja como había visto hacer a Tanya.

—Sí —logró decir con voz ronca en tailandés—. Sí, estoy yo. Por favor, por favor: ¿conoce usted a Nason? Es mi hermana. ¿Dónde está?

—¿Tu hermana?

—Sí, sí: mi hermana, Nason. ¿Dónde está? Por favor.

—No... no lo sé, pero vamos a intentar ayudarte. ¿Eres tailandesa? Los intérpretes han supuesto que podías serlo.

—Sí, soy lahu.

—¿Eres de Tailandia?

—Sí, sí.

La mujer dijo algo que ella no logró comprender.

—Más despacio, por favor —dijo—. No hablo muy bien tailandés.

—Lo siento —respondió la mujer—. Trabajo para el Gobierno de Tailandia. En Estados Unidos. En Washington, la capital de Estados Unidos.

Livia no acababa de entender nada.

–¿Estados Unidos? ¿Qué...? ¿Por qué...?

–Estás en Estados Unidos. En Llewellyn, una ciudad de Idaho.

¿En América? No, no podía ser. Lo cierto es que habían estado mucho tiempo en el barco... ¿Habían cruzado el océano? Livia no se había sentido nunca tan desorientada, tan aislada de cuanto conocía. No se habría sorprendido más si le hubiesen dicho que estaba en la luna.

Quiso con desesperación entender el resto de lo que le había dicho la mujer.

–¿Luwelin? –dijo con cuidado–. ¿Áidajou?

–Es una ciudad de Estados Unidos. Y yo trabajo en la Embajada de Tailandia en Washington.

Resultaba tan frustrante no conocer las palabras que estaba usando aquella mujer...

–¿Embajada?

Hubo una pausa.

–Está bien: lo primero que vamos a hacer es buscar a alguien que hable lahu para que hable contigo.

–¡Sí, por favor! ¡Sí! ¡Por favor, en lahu!

–De acuerdo. Mientras encontramos a un hablante de lahu cuidará de ti la policía.

–¡Espere! Espere: mi hermana, Nason, ¿dónde está?

–Con eso también te va a ayudar la policía.

–Pero...

–La policía te ayudará. Vamos a buscar a alguien que hable lahu. Verás que todo sale bien.

–Pero...

Oyó un chasquido y, al instante, un zumbido en el teléfono. Miró el aparato sin comprender lo que había ocurrido. Volvió a ponérselo en la oreja y descubrió que la mujer tailandesa ya no estaba allí. Entonces se lo devolvió a Tanya y se puso a llorar de nuevo.

Tanya le acarició el hombro y le habló con su voz tranquilizadora. Le ofreció un cuadradito de papel blanco sutil como el del baño y Livia lo miró sin comprender. La otra sonrió, lo tomó de sus manos y le enjugó con dulzura las mejillas. La niña estaba confundida. ¿Usaban ese papel además para secar lágrimas? Era una insignificancia, pero todo lo que la rodeaba la parecía tan ajeno, tan desconcertante, que aquel objeto la trastornó y la hizo llorar con más fuerza. Aun así, se llevó el papel a la cara y se dio unos golpecitos con

él, porque parecía que era eso lo que quería Tanya.

Después de aquello, esperaron sin más. Fueron llegando más médicos, pero Tanya hablaba con ellos y volvían a irse sin molestar a Livia. De la radio de aquella salían voces de vez en cuando. El aparato estaba unido por un cable en espiral a una cajita negra que llevaba prendida al hombro de su uniforme. La niña entendió que se trataba de un micrófono como el del karaoke de su pueblo, ya que Tanya lo usaba para hablar por él cuando oía hablar a la radio. Una de aquellas conversaciones duró más que el resto. Ella no dejaba de mirar a Livia mientras hablaba y daba la impresión de estar discutiendo. Acabada la conversación, se puso en cuclillas y alzó la vista para mirar a la pequeña, que seguía sentada en la mesa. Dijo algo, que por el tono parecía una pregunta, y Livia pudo ver que estaba triste o inquieta; lo que también la inquietó a ella. Poco después entró otra mujer de uniforme azul, esta vez blanca, y Tanya la señaló para decir a Livia:

–Camille.

Estaba presentándole a la policía que acababa de llegar y eso quería decir que se iba. Vio entonces que no se había equivocado al pensar que no podía confiar en Tanya. No podía confiar en nadie.

Livia volvió la cara y no dijo nada. Oyó hablar a las mujeres y, después, el ruido que hacía la puerta al abrir y cerrar. Cuando volvió a mirar, ya no estaba Tanya: solo Camille.

Alguien le llevó más comida caliente en una bandeja. Carne de alguna clase y verduras que no reconoció. De todos modos, no dudó en engullirlo todo. Luego le llevaron una manta y una almohada. Durmió acurrucada sobre la mesa de exploración. Se despertó varias veces, asustada y desorientada, durante la noche y soñó que estaba de nuevo en el bosque con Nason.

Por la mañana volvió Tanya con más desconocidos: tres hombres blancos de traje y corbata y una mujer con atuendo occidental y rasgos lahu, que miró a la niña y dijo en su lengua.

–Hola, yo soy Nanu, aunque aquí me llaman Nancy. ¿Tú eres Labi?

El hecho de lograr entender al fin a alguien la conmovió más aún que la conversación que había mantenido la víspera con la mujer tailandesa. Además, en esta ocasión se trataba de alguien que hablaba su propio idioma materno.

–¡Sí! –respondió, agitando la cabeza con energía y secándose las lágrimas que habían asomado a sus ojos–. Sí, soy Labi. Por favor, ¿sabe usted

dónde está mi hermana, Nason?

–No lo sabemos, Labi; pero quiero que me lo cuentes todo para que podamos ayudarte. ¿Estaba contigo en el barco?

–En este no: en otro distinto. Uno más grande que nos sacó de Tailandia.

–Bien. Espera un momentito, que voy a traducir a estas personas lo que me has dicho. Van a ver qué pueden hacer. ¿De acuerdo?

Livia asintió nerviosa con la mandíbula apretada. Ahora que había dado con alguien que la comprendía resultaba casi imposible no hablar. Nanu tradujo sus palabras, mirando más a los hombres de los trajes que a Tanya o a la otra policía, y a continuación volvió a mirar a Livia.

–Labi, el barco pequeño, el que te trajo aquí, venía de Portland.

–¿Portland?

–Sí, una ciudad de la Costa Oeste de Estados Unidos. ¿Estaba Nason contigo cuando te embarcaron en el barco de Portland?

En ese momento acudió un instante a su cabeza una imagen de la pequeña, muda, ausente y ensangrentada; pero la apartó de sí enseguida. Aquellas personas estaban intentando ayudarla. Si querían ser de utilidad, necesitaban información, y cuanto más les contase ella, más sabría por ellos.

–Creo... Creo que sí. Los hombres que nos llevaban me pusieron a dormir y, cuando me desperté, estaba en el segundo barco. Y... –se le fue la voz por un momento, pero se obligó a continuar–. Nason había desaparecido.

–¿Sabes cuánto tiempo estuviste en el barco grande?

–No estoy segura. Nos tenían dentro de una caja, pero yo diría que... una semana, tal vez. ¿De verdad estamos en América?

–Sí. Una semana habría bastado para llegar a Portland. ¿Había más gente contigo en el barco grande?

América. Livia seguía sin poder creerlo. Solo de pensarlo se sentía mareada, desorientada. Apartó también esta sensación y se dijo que tenía que concentrarse.

–Sí, otros once niños, además de mi hermana y yo. Hmong, yao... y de las tribus de las colinas.

Nanu fue traduciendo cuanto decía a los hombres de traje y conversó con ellos. Entonces dijo a Livia:

–Algunos de estos señores son del Servicio de Inmigración y Naturalización, lo que significa que son expertos en el tráfico de personas.

–¿Tráfico de personas?

–Lo que os ha ocurrido a tu hermana y a ti. Y a los otros niños. Los tratantes sacan a personas de países pobres para meterlas en otros más ricos.

–¿Quiere decir que roban personas?

–Sí, eso es precisamente lo que significa. Y a veces hasta roban niños.

Uno de los hombres dijo algo a Nanu, quien asintió con un gesto y añadió:

–Hay mucho tráfico que parte de Tailandia o pasa por allí, y estos señores están tratando de ponerle freno. Quieren que nos hables de los hombres que os llevaron para poder dar con ellos y arrestarlos.

Livia les dijo cuanto le fue posible sobre Calavera, Barbasucia y Cabeza Cuadrada. Ellos hicieron muchas preguntas, que Nanu fue traduciendo junto con las respuestas. En determinado momento, la intérprete quiso saber:

–Y esos hombres... ¿os hicieron daño a ti o a tu hermana, Labi?

Por el modo como lo dijo, Livia entendió lo que quería decir con *hacer daño*. Sin pensarlo, contestó:

–No, solo nos tuvieron encerradas en una caja igual que la del barco pequeño; pero azotaron a un niño hmong llamado Kai por intentar escapar.

La mirada de Nanu le hizo pensar que sabía que mentía sobre lo primero. Sin embargo, la traductora no insistió. Tampoco le habría servido de mucho: Livia estaba demasiado avergonzada por lo que le habían hecho y se sentía demasiado culpable por lo que habían hecho a Nason para no revelarlo jamás a nadie. Jamás.

Tanya dijo algo a Nanu, que trasladó su pregunta a la niña:

–¿Dónde podemos encontrar a tus padres, Labi?

Ella se volvió recelosa de inmediato.

–¿Por qué?

Nanu asintió sin palabras como si lo hubiera entendido todo.

–Labi, tus padres... ¿os...?

–Mis padres han muerto.

A la traducción siguieron varios minutos de conversación animada, a todas luces dominada por uno de los blancos en particular. Era más alto y corpulento que los otros y no tenía más pelo que una franja de cabello del color del carbón que le rodeaba la cabeza. Tenía los ojos muy separados tras gafas de montura metálica y orejas blandas y carnosas de lóbulos tan gruesos como pulgares pequeños. Livia lo miró y miró a sus dos compañeros y observó que su ropa parecía más refinada. Vestía un traje azul de rayas blancas verticales, en tanto que el de los otros era de color gris liso. Si los

otros eran de ese tal Servicio de Inmigración y Naturalización, aquel hombre tenía que pertenecer a otro lugar. ¿Habría en Estados Unidos una familia real como en Tailandia? Sin embargo, aunque todo parecía indicar que los dos de gris daban muestras de sumisión al más fornido, no lo hacían como los tailandeses a su monarca. Entonces, ¿de qué se trataba? Tal vez fuese, sin más, un hombre rico.

Señalando a este último, Nanu le anunció:

–Labi, este señor es el señor Frederick Lone y está muy preocupado por tu bienestar.

La pequeña entornó los ojos con gesto receloso.

–¿Por qué?

–Los de Inmigración y Naturalización... creen que habría que devolvarte a Tailandia.

Livia sintió una acometida de miedo y de náusea.

–¿Y qué pasa con Nason?

–Lo entiendo, pero estos señores no saben qué hacer contigo.

–Yo no pienso volver sin Nason. No.

–Lo que estoy tratando decirte es que el señor Lone comparte tu preocupación. Tú eras la única menor del barco. Había a bordo otros dos, pero murieron durante el viaje, parece ser que por intoxicación. El señor Lone se hace cargo de tu sufrimiento y desea ayudarte.

–¿Y cómo me va a ayudar?

–Es un hombre importante, dueño de varios negocios en esta ciudad. Tiene una fábrica de munición y una papelera que dan trabajo a muchas personas. Su hermano es senador, un cargo poderoso del Gobierno estadounidense. Los hijos del señor Lone son ya mayores, pero su esposa y él están dispuestos a acogerte en su casa hasta que podamos dar con una solución más permanente y satisfactoria.

Livia miró al señor Lone. No le gustaba ni confiaba en él, pero lo cierto es que sentía lo mismo respecto de todas aquellas personas, incluida Tanya.

–¿Y puede encontrar a Nason el señor Lone?

Nanu habló con él antes de decir a Livia:

–El señor Lone tiene muchas conexiones por sus negocios y a través de su hermano, y se ha comprometido a intentarlo.

Si Estados Unidos era como decían los de las tribus de las colinas que era Tailandia, sabía que un hombre rico podía ser de más utilidad que la policía. No es que pudiera confiar en su palabra, pero ¿qué otra opción tenía?

No podía volver con sus padres. No pensaba hacerlo. Y si Nason estaba en Estados Unidos, Livia necesitaba estar también allí. Iba a dar con ella como fuera y ayudarla como pudiese.

–De acuerdo –dijo al fin–, si puede encontrar a Nason.

Nanu volvió a hablar con el señor Lone, que la miró y asintió con la cabeza como deseoso de que lo entendiese.

–Sí –la informó la intérprete–, dice que sabe lo importante que es Nason para ti.

Habría de ser mucho más tarde cuando Livia supiera lo que tenían de ominosas aquellas palabras.

CAPÍTULO 17

AHORA

Si bien los metadatos de sus teléfonos hacían bastante obvio lo que estaba ocurriendo entre Masnick y la mujer de Tyler el Hierba, por sí solos no bastaban para garantizar la obediencia del primero. Si quería lograr semejante objetivo necesitaba algo un tanto más... persuasivo.

Por lo tanto, empezó a conducir bien entrada la noche hasta Bothell, donde vivía Jardin con su hija adolescente en un rancho de dos dormitorios, para, después de dejar la Ninja entre las sombras de un solar en construcción cercano a la casa, convertir el Gossamer en una estación base de teléfono que atrajese cualquier llamada procedente de uno de los dos aparatos de su interés, o destinada a alguno de ellos, y sentarse a esperar sobre un bloque de hormigón mientras pensaba en Nason y los grillos cantaban en la oscuridad de alrededor.

Las dos primeras noches no obtuvo resultados. La tercera, sin embargo, el Gossamer se iluminó al detectar una llamada entrante. Livia la escuchó con un auricular mientras el corazón se le desbocaba esperanzado.

–Escucha: hoy no puedes venir. –Se trataba de una voz de mujer, era de esperar que de Jardin.

–Mierda. ¿Seguro? Estaba a punto de salir para allá. –Esta vez era un hombre.

Como nunca había hablado con Masnick en persona, no podía aseverarlo fuera de toda duda; pero tenía que ser él.

–Lo siento. Es por Vela. Todavía tiene la luz encendida. Hace días que no duerme bien.

Vela era la hija de Jardin: la que llevaba en el vientre cuando habían enviado a Tyler a Victorville. A esas alturas se encontraba ya en el segundo

curso del instituto. Livia no se había equivocado: la del teléfono era Jardin.

–De acuerdo –dijo el hombre–. ¿Qué se le va a hacer? Lo que pasa es que... quería verte.

–Ya lo sé. Yo también quería verte. –Tras una pausa añadió–:Mike, ¿qué vas a hacer?

En efecto, era él. Además, ella no lo llamaba Meca, que era, a la postre, un mote de la banda, sino Mike, una forma más íntima de dirigirse a él.

–Ni idea –reconoció Masnick después de otro silencio.

–Sale dentro de una semana. ¿Por qué crees que ha perdido el sueño Vela?

–Lo sé.

–Quiero contárselo.

–¡Por Dios, Jen! Ya hemos hablado de esto. No podemos hacer eso.

–Entonces, ¿qué hacemos?

–Ya se me ocurrirá algo.

–¿En una semana? Llevamos años sabiendo que iba a llegar este momento.

–Seguro que algo se me ocurre. No estoy dispuesto a perderte. Te quiero, Jen.

–Yo a ti también.

–Escucha: voy a dejar encendido el teléfono. Si se duerme, llámame; ¿de acuerdo? Te echo de menos.

–De acuerdo. Te tengo que dejar.

–Se me va a ocurrir algo; te lo juro.

Colgaron. Livia comprobó que tenía grabada la conversación y, quitándose el auricular, permaneció sentada unos instantes, pasmada pese a lo que ya había sospechado. «Ya se me ocurrirá algo», había dicho él. Lo cierto es que quizá no le hiciera falta. De hecho, podía ser que ella pensara antes en algo para él.

CAPÍTULO 18

ENTONCES

Livia se fue a vivir con los Lone. No le gustaban en absoluto. En particular la señora de la casa, pues tenía la sensación de que a aquella mujer de rostro demacrado, adornada siempre con collares que parecían haber costado una fortuna, le molestaba la presencia de la niña en su casa. O quizá lo que le molestaba era simplemente la persona de Livia.

Ella no había visto nunca tanta majestuosidad sino en el televisor del pueblo. La casa tenía dos plantas –o cuatro si se incluían el sótano y el ático–. Abajo estaban las zonas comunes, y arriba, los dormitorios. La propiedad era enorme y estaba rodeada de prados ondulantes de césped bien cortado. Tenía columnas y una bandera de Estados Unidos que ondeaba de una de ellas a lo largo de un colosal porche frontal. Y el interior era de veras interior, sin corrientes de aire llegadas de fuera, sin humedades y sin ruidos. Ni siquiera podía saber si estaba lloviendo sin mirar por las ventanas. Algunos de los suelos estaban hechos de piedra pulida y otros eran de madera y estaban cubiertos de alfombras mullidas. Había cuadros en las paredes, así como máquinas que secaban y enfriaban el aire. De hecho, lo dejaban demasiado frío para Livia, que necesitaba sábanas adicionales para sentirse cómoda por la noche. No había que buscar allí un caño común ni una letrina compartida: la casa disponía de cinco cuartos diferentes para asearse y hacer las necesidades. Tampoco llevaba nadie la ropa sucia al río ni la tendía en una cuerda al sol, sino que empleaban máquinas que la lavaban y la secaban. Había una nevera común en la que mantener fríos los alimentos que hasta hacía hielo. Esto último era lo único que le gustaba de aquella vivienda: le resultaba fascinante la gelidez de los cubitos y su dureza, así como el modo, la facilidad con que se derretían con solo hacerlos girar en la boca. Aun así,

aprendió pronto a no buscarlos si estaba en la cocina la señora Lone, que la observaba siempre como si temiera que fuese a robar algo.

No obstante, pese a sus dimensiones y sus lujos, a Livia no le gustaba aquella casa. No era solo lo extraño que le parecía todo, sino lo que tenía de... de irreal, de incómodo. La existencia que había conocido en el pueblo había sido algo colectivo: todos vivían, trabajaban y hasta dormían codo a codo. Sin embargo, los Lone parecían no pasar mucho tiempo juntos. Tal vez la situación había sido muy diferente cuando aún vivían con ellos sus hijos – cuatro varones, según tenía entendido–; pero estos habían crecido y ya no estaban allí, y el señor y la señora Lone daban la impresión de llevar vidas separadas. Él salía de casa para trabajar muy temprano, antes de que se levantara ella, y ella llevaba siempre ropas elegantes y se pasaba fuera buena parte del día, aunque Livia no sabía decir para qué, ya que tenían criada, jardinero y hasta cocinero y, por lo tanto, no parecía que hubiese muchas tareas que hacer. Las más de las veces, Livia comía sola en aquella cocina gigantesca. A veces, el señor y la señora Lone almorzaban juntos cuando él llegaba de trabajar; pero ella apenas los oía hablar. Otras veces, ella pasaba las noches en lo que llamaba su «club de *bridge*».

La primera mañana que pasó en aquella casa extraña fue a verla Nanu, quien le explicó que el señor Lone la había contratado para enseñarle inglés. Le advirtió que tenía que aprender con rapidez, porque solo quedaban dos meses de verano y Livia tenía que asistir después a la escuela secundaria de Llewellyn, en donde entraría en octavo curso por tener trece años. Aunque la aterraba la idea de ir al colegio en aquel lugar tan extraño, reconocía que debía hacer lo que le dijera el señor Lone. Si decidía que no quería tenerla en su casa, no sabía adónde más iba a poder ir.

Además, aprender inglés no era tan malo. La imposibilidad de comunicarse, de hacerse entender por alguien, había sido una experiencia horrible y aún no había conseguido desprenderse de semejante sensación. No quería tener que depender de intérpretes ni de nadie. No pensaba ser una niña indefensa: estaba en Estados Unidos y, por amedrentadora que pudiera ser la idea, también resultaba atractiva; porque era estando allí y hablando inglés como pensaba dar con Nason.

El señor Lone le había explicado a través de Nanu que el de Labi era un nombre extraño para los estadounidenses y que él y su esposa preferían, en cambio, llamarla Livia del mismo modo que Nanu se había convertido en Nancy. ¿Le parecía bien?

Livia dudaba que la señora Lone quisiese llamarla de ningún modo, ya que nunca decía su nombre ni, de hecho, hablaba apenas con ella: prefería usar un gesto renuente con la cabeza o una sonrisa forzada en aquellas ocasiones en las que no era posible sin más hacer caso omiso de ella. Por lo demás, sin embargo, a la niña le pareció bien el cambio: su nombre era Labi, y Livia daba la impresión de ser otra persona, como un escudo o disfraz; algo tras lo que poder ocultar su verdadero yo.

Conque Labi pasó a ser Livia y se sentó a diario con Nanu a la mesa de madera barnizada del comedor de los Lone, incómoda en aquella silla extraña y acolchada, mirando con recelo a la luz colosal que pendía sobre su cabeza, una cosa dotada de brazos como de pulpo y de cientos de trocitos de cristal cortado que Nanu llamaba *lámpara de araña*, y oyendo sus voces resonar en las paredes del color de la nata de aquella sala. A mediodía entraba una criada a llevarles el almuerzo. Nanu le dijo que debían intentar usar también el inglés durante aquel descanso; pero Livia tenía la sensación de que aquella mujer echaba de menos la lengua que tenían en común y a veces hacía excepciones mientras comían. Supo por ella que a su madre la habían llevado de Tailandia a Estados Unidos igual que a Livia y que Nanu había nacido allí y había recibido, por lo tanto, la ciudadanía estadounidense de forma automática. A su madre la habían puesto a trabajar limpiando casas como aquella y Nanu la había ayudado hasta conseguir una ocupación mejor de traductora a tiempo parcial para la embajada tailandesa de Washington. Sin embargo, el señor Lone le pagaba más aún de lo que ella ganaba allí para que acudiera a Llewellyn a dar clases a Livia y estaba agradecida por ello. Según le explicó, se trataba de un hombre poderoso y la pequeña tenía suerte de que se hubiera interesado por su bienestar.

Tras la comida acudían a la casa más mujeres, todas ellas estadounidenses blancas que daban clases en las escuelas de la ciudad, a las que el señor Lone pagaba para que pasaran parte del verano enseñando matemáticas y ciencias sociales y naturales a la niña. A medida que el sol se desplazaba hacia el oeste e inundaba el comedor con su luz dorada, Livia iba aprendiendo ecuaciones de álgebra, las características de la vida unicelular y pluricelular y los orígenes de la Revolución estadounidense y la guerra civil. Las matemáticas eran su asignatura favorita, porque apenas necesitaba saber inglés para entenderlas, y en las demás, tenía a Nanu de intérprete. Había mucho que aprender y ninguno de los contenidos era sencillo; pero la sensación de hacerse con las riendas de algo, la posibilidad de dominarlo le

parecía electrizante y la llevaba a estudiar con afán también durante las comidas y en la cama. Al final, cuando el cansancio la vencía y le impedía incluso concentrarse, se encontraba practicando inglés en duermevela con la ayuda de una grabadora.

Con todo, por cansada que estuviese, nunca se iba a la cama sin arrodillarse antes frente a una ventana desde la que ver el mundo exterior y susurrar en lahu como si Nason pudiera oírla:

–Te quiero, pajarito –musitó en lahu–. Nunca me voy a olvidar de ti ni voy a dejar de buscarte, y un día daré contigo.

Noche tras noche, cuando regresaba a la casa, el señor Lone hacía una parada en el comedor con la corbata suelta y una bebida en la mano para saber de los progresos de la niña. Por el olor, Livia tenía claro que se trataba de alcohol, cosa que no le gustaba, ya que Calavera y los otros también eran aficionados a consumirlo. Nanu le contaba maravillas de la pequeña, quien, de hecho, apenas necesitó unas semanas para responder directamente a las preguntas de su benefactor. Además, a estas añadía a diario una propia:

–Dígame, por favor, señor Lone: ¿ha averiguado algo de mi hermana, Nason?

–No, Livia; pero te prometo que lo estoy intentando. Y por favor –repuso él el primer día–, me gustaría que tuvieses la libertad de llamarme Fred.

Cuando se marchó, Livia pidió a Nanu que le explicase qué quería decir con aquello de «tener la libertad», ya que tenía la impresión de que el señor Lone le estaba brindado, por una parte, la elección de cómo dirigirse a él, por la otra le estaba dejando claro cuáles eran sus preferencias. También había deducido que, en Estados Unidos, el uso del nombre suponía familiaridad, mientras que el apellido resultaba más respetuoso y, al mismo tiempo, más distante. Decidió, por lo tanto, que, si podía elegir, seguiría llamándolo por este último. No le había gustado desde el principio y a veces no le hacía ninguna gracia la manera como, a su parecer, la miraba. Le recordaba a Calavera.

Agradecía el hecho de pasar el día estudiando. Cuanto más aprendiese, mayor sería su dominio de la situación, y aquella actividad era lo único que podía hacer que pensara en algo que no fuese Nason. Estudiar y dormir: cuando no estaba dedicada a ninguna de estas dos cosas se apoderaba de ella

la ansiedad como una plaga.

Solo interrumpía su ritmo de trabajo los domingos por la mañana, cuando los Lone la llevaban a la iglesia. Para ocasiones así tenía un armario lleno de vestidos que habían adquirido para ella y que a ella le resultaban feos e incómodos. Aun así, hacía cuanto podía por no revelar su disgusto, no ya con la ropa, sino con la experiencia en general. Sabía lo que era el cristianismo, religión que practicaba la mitad de los integrantes acomodados de la tribu yao tras la conversión llevada a cabo por los misioneros; pero las creencias de los lahu eran menos nítidas, más flexibles. Ella entendía que había espíritus que habitaban los árboles, las piedras y los ríos, y que tal cosa tenía sentido porque los árboles, las piedras y los ríos eran reales. Sin embargo, la idea de un ser que estaba a la vez en todas partes y en ninguna le parecía estúpida y hasta la maravillaba que hubiera quien pudiese creer en ella. Cuando el señor Lone le preguntaba –cosa que hacía indefectiblemente– si se había emocionado con la ceremonia o con el sermón, ella respondía siempre que sí, que le habían parecido hermosísimos y muy profundos – palabra que le había enseñado Nanu–, por más que, en realidad, no entendiese más que retazos. Lo cierto era que le resultaba molesto que aquellas gentes se empeñaran en hacer que compartiese sus tontas creencias. ¿Qué más les daba?

Los Lone solían tener visitas los fines de semana; muchas, a veces. Todos iban vestidos con gran elegancia y había una criada y una cocinera extras que les ofrecían bebidas y alimentos en miniatura que llevaban en bandejas. El señor Lone hacía acudir a Livia para presentarla a los asistentes e informarlos de lo inteligente que era y lo rápido que estaba aprendiendo inglés y adaptándose a su nueva vida. Aunque ella entendía solo una parte de aquellas conversaciones, no necesitaba palabras para saber que aquellas personas temían al señor Lone, querían algo de él o ambas cosas. Por eso acudían a su casa, y no porque les cayese bien o quisieran ser de veras sus amigos.

Uno de los hombres a los que la presentó el anfitrión se llamaba Garry Emmanuel y estaba al mando de la policía de Llewellyn.

–El jefe Emmanuel está al corriente de la desaparición de Nason –le dijo– y está haciendo cuanto puede por encontrarla.

Nanu le había dicho que en Estados Unidos se consideraba una falta de educación no mirar a los ojos del interlocutor de uno. Entre los lahu, en cambio, tal gesto se entendía como un acto de fisgoneo y aun de agresión.

Por lo tanto, miró al jefe Emmanuel. Y no le gustó lo que vio: cabello corto del color del metal, mofletes caídos y bigote blanco, ojos fríos y azules y una sonrisa con la que pensaba que podría engañar a una niña como la que en ese momento se afanaba por mirarlo a la cara.

–Es verdad: me estoy encargando de que la policía de Llewellyn le dedique todos sus contactos y sus recursos. Vamos a dar con tu hermana; no te preocupes.

Tampoco le gustó aquella promesa. ¿Cómo podía estar tan seguro? Se habría quedado más tranquila si se hubiera limitado a decirle que lo iba a intentar. De todos modos, quizá estaba siendo demasiado recelosa. Cuanto había en aquel lugar era tan diferente de su gente y su pueblo... Tal vez el problema radicaba sin más en su falta de entendimiento. Además, ¿qué podía hacer ella aparte de tratar de ser paciente, ayudar y mantener la esperanza? Por lo tanto, dio las gracias al jefe Emmanuel por su amabilidad y le hizo saber lo importante que era para ella encontrar a Nason.

Los demás visitantes se dedicaban a saludarla con gesto afligido y le decían que había demostrado mucho «coraje» por soportar aquel «calvario» y había sido muy «dichosa» al haber decidido el señor Lone criarla en su propia casa. Ella habría deseado arrojarles a todos a la cara su conmiseración, pero sabía cuál era el papel que quería que representara su benefactor y necesitaba complacerlo. Conque sonreía con educación, agradecía que se preocupasen por ella y aseguraba que había tenido mucha suerte, que los Lone eran muy generosos y que Llewellyn era el lugar más hermoso que jamás hubiera visto.

Sin embargo, la ciudad no lo era. Era extraña y tenía un no sé qué de... podrido. Al menos era lo que percibía en el modo como miraban y trataban al señor Lone las visitas: algo oscuro y, en cierto sentido, aun vergonzoso. Le recordaba al olor que se filtraba por el suelo de la cabaña cuando había excavado allí un túnel algún animalillo y había muerto en él: todo parecía estar bien, pero hasta que alguien encontraba su cuerpo sin vida y lo retiraba no desaparecía aquel tufo.

CAPÍTULO 19

ENTONCES

Cierta noche, mientras se estaba secando tras darse una ducha, se descorrió el cerrojo del cuarto de baño y se abrió la puerta de par en par. Livia retrocedió dando un respingo, sobresaltada y temerosa, y se cubrió con la toalla.

Era el señor Lone, con la corbata suelta y la bebida en la mano. Debía de haber llegado a casa mientras ella estaba bajo el agua y por eso no lo había oído. Lo miró, desconcertada e inquieta. ¿Habría averiguado algo de Nason y quería hacérselo saber de inmediato? Él la observó de la cabeza a los pies con la respiración un tanto agitada y el rostro colorado. Olía mucho a alcohol.

—¿Por qué estaba echado el cerrojo, Livia?

Ella no sabía qué responder.

—Lo... lo cierro siempre cuando ducho.

—«Cuando *me* ducho.» De todos modos, no deberías hacerlo: ya eres de la familia y nosotros no tenemos secretos.

Quiso replicar, decirle que ella ya no tenía más familia que Nason y preguntarle por qué la acusaba de tener secretos cuando el único momento en que buscaba intimidad era cuando usaba el baño. Era ella la que debería estar pidiendo explicaciones, porque abrir de ese modo no estaba nada bien. Sin embargo, estaba en su casa. Además, aún no sabía expresar aquellos sentimientos. Así que se limitó a decir:

—¿Tiene que ver con Nason?

—No exactamente. De hecho, tiene que ver contigo.

Tomó un trago y aguardó un instante, como si esperase que ella respondiera. Al ver que guardaba silencio, prosiguió:

—He tenido que mover algunos hilos y pedir algún que otro favor; pero

parece que va a ser oficial. Cuando digo que ya eres de la familia no es por hablar: la señora Lone y yo vamos a adoptarte. Vas a ser Livia Lone, ciudadana de Estados Unidos. ¿Cómo te suena eso?

Horrible, en realidad, como si la hubiesen arrojado a alguna clase de jaula que podía sentir pero no ver con claridad. Por otra parte, no podía evitar preguntarse por qué había elegido aquel lugar y aquel momento para anunciárselo.

–No... No lo sé.

–Sí, está claro que aún hay muchas cosas que pensar; pero estoy convencido... de que va a salir bien. Me alegro de tenerte en nuestras vidas, Livia. He tenido cuatro varones, pero ninguna hija, y una familia así no es lo mismo. Es lo que he deseado siempre y... no creo que hayas llegado a nosotros por casualidad. Parece que Dios ha oído mis súplicas y las ha atendido. ¿No lo crees tú también?

–S... sí. –No: solo quería decir lo que quería oír él para lograr que se marchara y poder echar de nuevo el cerrojo. No estaba bien tener que hablarle con el cabello chorreando y sin más ropa que una toalla puesta ante ella.

–Conque no quiero más puertas cerradas entre nosotros. Sin secretos. O mejor dicho: quiero que seamos capaces de confiarnos los secretos que tenemos en lugar de esconderlos. ¿Me entiendes?

Aquellas palabras y el modo como la miraba la estaban poniendo cada vez más nerviosa.

–Creo que sí.

Él sonrió.

–Lo que estoy diciendo es... que quiero que confíes en mí.

–De acuerdo.

–¿Confías en mí, Livia?

Sabía que tenía que decir que sí, pero le era imposible. Trató de pensar.

–Ha... ha sido usted muy bien conmigo.

–«Muy *bueno*.» He sido muy *bueno* contigo.

–Sí, perdón: Nanu intenta que aprenda la diferencia.

–«Nanu *está intentando*.» Pero dime: ¿confías en mí?

¿Por qué le preguntaba esas cosas? ¿No podía esperarse a que se secara y se pusiese otra cosa?

–Solo lo conozco poco. No lo conozco mucho, quiero decir.

Él asintió con un gesto grave.

–Es verdad, y quiero que me conozcas mejor; que me conozcas de

verdad. Y también quiero conocerte bien a ti. ¿De acuerdo?

«Pero váyase –pensó ella–. Váyase ya.»

–De acuerdo –respondió sin embargo.

Dio un paso más hacia ella y ella retrocedió. Sin embargo, tenía detrás la pared y no pudo hacer otra cosa que presionar la espalda contra los fríos azulejos. Él le puso una mano en el hombro. Ella quiso apartarla, pero tenía miedo de lo que pudiera comportar aquel gesto y de la reacción de él. Estaba furiosa con él por haber descorrido el pestillo y haber entrado sin pedir permiso, por hacerle todas esas preguntas y por mirarla de aquel modo tan poco correcto. Sabía que tenía que mirarlo a los ojos, pero temía que él viese la ira que sentía y que eso le molestara. Por lo tanto, bajó la vista a la manera de los lahu en lugar de hacer lo que le había dicho Nanu que era habitual entre los estadounidenses.

Él le acarició el hombro unos instantes e inclinó el cuerpo para acercarse más a ella.

–Bien –dijo–. Muy bien. Vamos a confiar uno en el otro. Estoy convencido. Y vamos a guardarnos los secretos. No sabes lo importante que es eso, Livia.

Ella asintió con la cabeza y trató de no hacer ninguna mueca.

–Se acabó lo de echar el cerrojo. ¿De acuerdo? Eso no se hace cuando hay confianza.

Apretó el hombro de ella y salió del cuarto de baño. Livia no se molestó en volver a cerrar con pestillo después de quedarse sola, pensando que si él lo descubría podía tener problemas y que, de cualquier modo, no había servido de nada.

No le gustaba que irrumpiese allí de ese modo, pero ¿qué podía hacer? Era su casa y tenía derecho a ir a donde quisiera. «Pero... Pero... Pero...» Aquella manera de mirarla... Aquello de acercarse tanto y tocarla...

Su mente saltó de pronto a la cubierta del barco, a Calavera y los otros hombres y a lo que la obligaban a hacer. Sacudió la cabeza para tratar de ahuyentar la imagen. ¿Serían así todos los hombres? Los del pueblo, no; pero... tal vez eso era porque allí Livia y Nason formaban parte de una familia. Al menos, eso era lo que le había parecido hasta que sus padres las vendieron. Y una vez solas, ¿serían así todos los hombres? ¿Cómo iba a poder sentirse segura de nuevo?

Se puso a abrir cajones sin saber bien del todo lo que buscaba y se detuvo al ver una horquilla de metal. La tomó y la examinó pensativa. A

continuación la introdujo en el resquicio interior de la puerta y la empujó con la base de un vaso pesado hasta que dejó de avanzar. Entonces giró el pomo y vio que la hoja no se movía. Asintió satisfecha: el señor Lone le había pedido que no echase el pestillo y ella había obedecido; pero así tampoco iba a poder abrir.

CAPÍTULO 20

ENTONCES

El día que precedió al del comienzo de la escuela estuvo con Nanu por última vez. Los demás profesores habían dejado de ir la semana anterior a fin de preparar sus clases y, al fin, había llegado el momento de que Nanu regresara a Washington. Livia consideraba su partida con tristeza y también con miedo, porque consideraba a su maestra la única conexión que la unía a un mundo que empezaba a parecerse a un sueño extraño y fragmentado. Además, había aún muchas cosas que no comprendía, no solo del idioma, sino de las gentes, de aquel lugar, de las costumbres... Por singular e incómodo que fuera todo, se había habituado al comedor, a sus profesores, a estudiar de noche hasta caer rendida... y hasta a la iglesia. Todo eso iba a cambiar al día siguiente.

Llegado el mediodía, Nanu se puso en pie y ambas comenzaron a caminar hacia la puerta principal. Aquel día no habría almuerzo, porque se habían acabado las clases de la tarde. Livia no tenía muy claro lo que iba a hacer, ya que nunca había tenido una tarde entera para ella sola. Decidió que estudiaría.

–Espera. –Acababa de advertir que Nanu había olvidado algo–. Tus libros.

Ella miró los manuales que había dejado sobre la mesa y después a Livia.

–Son tuyos ya.

Por supuesto. Tenía mucho sentido; pero también hacía la partida más real. Y más definitiva. Al llegar a la puerta, Nanu se detuvo y se dio la vuelta.

–¿Estás nerviosa por lo de mañana? –preguntó.

Livia asintió con la cabeza. Aunque no lo habría reconocido ante nadie

más, no le importaba reconocérselo a ella. Nanu sonrió.

–Te va a ir muy bien; ya verás. Estás más que preparada. No me puedo creer cómo has avanzado en poco más de dos meses.

Había pasado la mañana esperando que Nanu se ofreciera a mantenerse en contacto con ella y le diese su dirección, un número de teléfono o algo así. Sin embargo, no lo había hecho. Livia la miró sin atreverse a pedirlo.

–¿Qué pasa? –preguntó ella alzando las cejas.

La niña titubeó antes de espetarle en lahu:

–¿Puedo escribirte? ¿O llamarte? Solo... solo para contarte cómo me va en la escuela.

Nanu bajó la mirada por un momento antes de decirle en inglés:

–El señor Lone cree que no es bueno que hables en lahu. Lo sabes.

En consecuencia, volvió a la lengua que estaba aprendiendo.

–Pero podemos hablar o escribirnos en inglés. Me vendrá bien para practicar...

–También cree que no deberías hablar conmigo.

–¿Qué? ¿Por qué?

Nanu soltó un suspiro.

–Cree que tus progresos serán mayores si no estamos en contacto, que tu inglés mejorará más rápido.

–Pero ¡si ya está mejorando contigo!

–Sí, pero ahora vas a ir a la escuela todos los días y vas a usarlo a diario con otros alumnos. Vas a tener amigos estadounidenses y ellos querrán que seas estadounidense como ellos, no lahu.

–Pero yo soy lahu.

Nanu meneó la cabeza.

–Tienes que intentarlo.

–No quiero.

–Pues yo sí quiero que lo intentes.

Livia volvió a recurrir a su lengua madre:

–Entonces llámame. Escíbeme.

Nanu volvió a cabecear y miró a su alrededor, casi como si temiera que la estuviese escuchando alguien.

–No, Livia –respondió en inglés–. No es buena idea. Nos daría problemas a las dos.

Por más que lo intentó, la niña no conseguía entenderlo. Nanu parecía casi... asustada. Pero ¿de qué?

–¿Problemas? ¿Por qué?

La otra arrugó el ceño.

–Tendría que darte demasiadas explicaciones. Solo te diré que debo tener cuidado. ¿De acuerdo? Hay personas que dependen de mí. Lo siento, Livia. Estoy muy orgullosa de ti, pero tengo que irme. Y no voy a ponerme en contacto contigo. Lo siento.

Dicho esto se dio la vuelta y Livia habría jurado que en el momento de dejarla adoptó una expresión casi avergonzada. Ella permaneció en el umbral con el cuerpo rígido y los labios apretados. Ya no tenía miedo, sino rabia. Observó a Nanu entrar en su vehículo y tomar la calzada sin mirar siquiera atrás. Segundos más tarde había desaparecido.

«Al menos no ha intentado venderte», pensó, si bien tampoco estaba segura de que fuera cierto.

CAPÍTULO 21

ENTONCES

Aquella noche se duchó en ausencia de los dueños. Le gustaba tener toda la casa para ella, y se sentía más segura cuando no estaba allí el señor Lone.

Se estaba enjuagando el jabón del cabello cuando oyó que intentaban abrir la puerta del baño. Retiró la cortina y se asomó con el corazón desbocado.

–¿Hola? –preguntó.

–¿Livia? ¿Qué te he dicho de lo de cerrar con pestillo?

Era él, que debía de haber vuelto antes que su esposa. Las manos comenzaron a temblarle. Salió de la ducha y se envolvió en una toalla. Clavó la mirada en la horquilla que había embutido bajo la puerta.

–No está cerrada. Yo no la cie... No la he cerrado.

Vio el pomo girar a un lado y a otro y, a continuación, nada más. Esperó. ¿Se habría marchado?

La puerta se abrió entonces con gran violencia y un estruendo brutal. Rebotó en la pared y volvió de nuevo hacia el quicio. El señor Lone entró dando una zancada, interceptó la hoja que trataba de cerrarse otra vez y la apartó de su camino de un empujón.

–¿Qué te había dicho? –gritó–. ¿Eh?

Livia retrocedió aterrada. Trató de decir algo, pero tenía el cerebro como paralizado. A ella llegó el olor a alcohol que desprendía él y que tan odioso le resultaba.

–Si yo no... Si no... –balbuceó.

Él se acercó y se inclinó hasta quedar a escasos centímetros del rostro de ella.

–¿Qué? Me has desobedecido, ¿verdad?

–¡No! Yo... yo...

De un manotazo le arrancó la toalla del cuerpo. Tan feroz fue el tirón que casi la atrajo hacia él. Livia consiguió aferrarse a ella por un instante, pero él se la arrebató de las manos y la lanzó a sus espaldas. Ella se echó hacia atrás hasta dar con la pared y, tiritando, se cubrió con los brazos.

El señor Lone dio otro paso más y se acercó tanto que la niña pudo sentir su aliento en la cara.

–¿Vas a volver a cerrar con pestillo?

Miró al suelo. Las mejillas le ardían de vergüenza y de miedo. Seguía con los brazos ante sí y el cuerpo contorsionado como si tratara de doblarse sobre sí misma.

–No –logró susurrar pese a la opresión que sentía en la garganta.

–Mírame cuando te hablo, Livia. –Su voz sonaba casi como un rugido.

A ella le resultó imposible obedecer.

–¡Mírame! –exclamó él.

Entonces ella clavó su vista en la de él con una mueca de impotencia y terror mientras el aire entraba con brusquedad en sus fosas nasales y volvía a salir con un silbido.

–Esta clase de desobediencia... –empezó a decir él, bajando de nuevo la voz–. Después de lo que he hecho por ti... Te he abierto mi casa, te he convertido en mi hija, te he mantenido, he intentado encontrar a tu hermana... Y precisamente te traía noticias sobre eso; ¿lo sabías? Pues sí: tengo noticias.

Por un momento, Livia olvidó todo lo demás: el miedo, la vergüenza, su desnudez...

–¿Qué? –dijo–. ¿Qué noticias? ¿De Nason? Dígamelo, por favor.

–¿De veras? ¿Y por qué iba a decírtelo, si eres una desagradecida?

–¡Por favor, dígamelo!

–Quieres que sea sincero contigo. ¿No es verdad, Livia? Que te cuente todo y no tenga secretos contigo.

–Por favor, eso.

–Por favor, *sí*.

–Por favor, *sí*.

–Y, sin embargo, mírate. Primero cierras la puerta y luego intentas taparte delante de mí. ¿Qué me ocultas, Livia?

–¿Qué...? No, yo no...

No encontraba las palabras adecuadas. Todo lo que le había enseñado Nanu parecía haberse esfumado de pronto. Estaba desconcertada, tenía miedo y sentía crecer en su interior como un espíritu maligno el recuerdo de lo que la habían obligado a hacer los hombres del barco. Y el señor Lone tenía información sobre su hermana y ni siquiera iba a compartirla con ella.

–¿No qué, Livia? Ponte derecha y baja los brazos.

No podía. Intentó moverlos, pero le fue imposible.

–De acuerdo: si te empeñas en esconderte de mí, yo ocultaré lo que sé de Nason. Tú sabrás... –Dicho esto, se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse.

–¡Espere! –gritó ella–. Espere.

Él giró en redondo y la miró sin decir nada. A Livia le temblaban los labios, aunque no tanto como los brazos y las piernas. Humilló la cabeza e hizo cuanto pudo por mantenerse erguida. A continuación dejó caer los brazos convulsos. Apretó los dientes e intentó con desesperación no llorar.

–De acuerdo –dijo el señor Lone–. Eso está mejor, Livia. Buena chica.

Ella comenzó a ver borroso. Pestañeó y vio que se estrellaban sus lágrimas contra el suelo de baldosas.

–Ahora, dime: ¿quieres tener noticias de Nason?

Tan desesperada estaba por saber algo de su hermana que no consiguió sino asentir sin palabras.

–Mírame, Livia. Mírame cuando te hablo.

Ella obedeció y vio el bulto que se destacaba en sus pantalones, idéntico al que tenían los hombres del barco. Ya había supuesto que toparía con él.

Él alargó el brazo y le limpió las lágrimas. Su tacto provocó en ella una oleada de náusea y la hizo llorar con más fuerza; pero no se encogió.

–Tu hermana está bien, Livia, y yo sé dónde.

La niña se llevó una mano a la boca y dejó escapar un gemido. Entonces presionó aquella mano con la otra fuertemente para no llorar; pero no pudo contener otro sollozo, ni tampoco el siguiente. Sintió que le fallaban las piernas y buscó el toallero para mantener el equilibrio.

–Sí, Nason está bien, aunque corre cierto peligro. Tenemos que elegir muy bien el modo de ayudarla. ¿Entiendes, Livia? Hay que andar con mucho cuidado.

Ella agitó la cabeza sin dejar de gimotear. No: no lo entendía. No entendía nada. ¿Nason, en peligro?

–No te tapes –le ordenó él en tono desabrido–. Ya te lo he dicho.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había vuelto a colocar los brazos delante de su cuerpo. Consiguió separarlos un tanto. Inspiró y espiró mientras hacía cuanto podía por concentrarse, por pensar en las palabras que necesitaba decir.

–¿Por qué está en el peligro? ¿Por qué?

–Por qué está *en peligro*.

–Sí, por qué. Vamos a ayudarla. Tenemos... –hizo por recordar cómo tenía que construir la frase; pero fue incapaz–. Vamos a ayudarla. Ayudar. Ayudar a Nason. Por favor.

–Sí, claro que vamos a intentar ayudarla; pero necesitamos tiempo y es muy importante que los hombres que la retienen no sepan que lo sabemos.

–¿Por qué?

–No puedo decírtelo ahora mismo.

–¿Por qué?

–Porque no puedo.

–Pero ¿dónde está? Por favor.

–*Dónde* está.

–Sí, sí. Eso.

–Todavía no puedo decírtelo. Tienes que confiar en mí, como yo estoy confiando en ti al contarte esto. ¿Lo entiendes? Te lo he revelado porque confío en ti, Livia; pero si se lo decimos a alguien más, aunque sea a la señora Lone, pondremos en peligro a Nason. Estoy haciendo todo lo que puedo. Dime: ¿confías en mí?

La niña notó que los brazos cobraban vida delante de ella y los detuvo.

–Sí. Eso está muy bien, Livia. Buena chica. Confías en mí, ¿verdad?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

–Y respetas mi posición de cabeza de familia. ¿No?

Livia repitió el gesto.

–Entonces demuéstreme que confías en mí. Demuestra que me respetas. Demuéstrame.

¿Qué podía hacer? Agachó la cabeza y separó los brazos mientras corrían lágrimas por sus mejillas. Él tendió una mano hacia atrás, recogió la toalla y se acercó a Livia para envolverla. Ella sintió que se le escapaba un sollozo y apretó bien los dientes para reprimir el próximo.

–No vuelvas a hacer eso con la puerta –dijo él.

Ella sacudió la cabeza y consiguió decir:

–De acuerdo.

–Cuando me entere de algo más sobre Nason, tengo que saber que puedo compartirlo contigo. En privado. En este cuarto de baño, de hecho, porque aquí no nos oye nadie. ¿Lo entiendes?

Ella hizo un movimiento de afirmación.

–Mírame, Livia.

Ella obedeció y, por un instante, el miedo, la confusión y hasta la imagen de Nason se esfumaron. Dejó de llorar y no experimentó otro sentimiento que un odio arrollador y punzante, como una fuerza que emanase de ella y, al mismo tiempo, le fuera ajena; algo nuevo en su interior que, aun siendo relativamente modesto, podía hacerse enorme algún día. Algo terrible. ¿Lo estaría notando también él? ¿Cómo no iba a notarlo?

–Dime que lo has entendido. Dímelo.

Desenfocó la vista de tal modo que, más que mirarlo a él, quedó mirando a su través. Lo prefería. Sí, prefería no tener que verlo.

–Lo he entendido.

–Buena chica. –Se inclinó hacia delante y le besó la coronilla–. Pronto volveremos a hablar. Te lo prometo.

Se vistió no bien lo vio salir y a continuación metió la cabeza bajo el grifo del baño para lavarse de nuevo el cabello y restregar bien el lugar que habían tocado los labios de él. Nason. ¿Estaría bien de veras? Aunque corriese peligro, ¿estaría bien? Parte de ella pensaba que no debía creer al señor Lone; pero ¿cómo iba a poder nadie mentir sobre algo así? Además, no tenía más remedio que fiarse de él. Porque sí. Tenía que creer que Nason estaba bien y que pronto, de un modo u otro, volverían a estar juntas.

Se colocó delante del espejo y pasó un peine por entre sus cabellos húmedos. Le resultaba pasmoso que el señor Lone no hubiese visto su odio, y, sin embargo, estaba segura de que así había sido. No podía decir por qué, pero se había dado cuenta de que necesitaba ocultar aquel sentimiento. Aquel rencor la había hecho fuerte y era preferible que él no supiera que poseía aquella fortaleza. Porque su odio... podía ser algo semejante a una advertencia.

Y lo cierto es que no quería ponerlo sobre aviso, sino sorprenderlo. Aún no sabía con qué, pero con algo sería.

CAPÍTULO 22

ENTONCES

La escuela era horrible. Livia había supuesto que tenía un inglés bastante bueno y resultó que escuchar a Nanu y al resto de profesores en una sala en silencio en la que podía ver cada gesto no era lo mismo que hacerlo en una aula ruidosa en la que debía sentarse lejos del docente y no podía hacer preguntas cuando no entendía algo.

Aunque algunos de los profesores eran amables, los compañeros no le gustaban en absoluto. A lo sumo, la obviaban. Los había que la trataban como una rareza, observándola sin reparo y preguntándole si era cierto que en la tierra en la que había nacido se alimentaban de insectos. Ella quería responderles que, cuando el hambre aprieta, uno es capaz de comer cualquier cosa; pero sabía que jamás la entenderían, porque, además de ser estúpidos, siempre se habían ido a la cama con la tripa llena. Por lo tanto, ni se molestó en contestarles.

Algunos de ellos eran despreciables y se reían de su acento y de la batalla que estaba lidiando con el inglés. Habían oído que era lahu y se dedicaron a hacer correr el rumor de que gustaba de comer perros y a advertir a los otros niños que vigilaran a sus mascotas cuando estuviesen cerca de Livia Lahu. Había un grupo en particular de matones de noveno curso encabezados por un rubiales llamado Eric que gustaba de rodearla para cantarle: «La-huuu; la-huuu», prolongando la segunda sílaba con voz aguda. Otras veces, uno de ellos se acercaba sigilosamente por detrás para arrancarle los libros de los brazos de un golpe y salir huyendo mientras los otros se reían de su furia impotente. Además, parecían no cansarse de preguntarle si no estaría pensando en saltar por la ventana y ensartarse en una valla. Aquella pulla ni siquiera la entendía.

Los odiaba. Odiaba a todo el que se aprovechara de quienes eran más pequeños o más débiles y también se odiaba a ella casi con igual encono por ser tan pequeña y tan débil. Se dijo que aquellos abusones eran estúpidos y blandengues, que ninguno de ellos sería capaz de empuñar un *a-taw*, perseguir con sigilo a un pájaro entre la espesura o evitar las plantas perniciosas y dar con las de mayor utilidad medicinal. Sin embargo, allí no importaba nada de aquello: nadie conocía la pericia con que contaba Livia en semejantes actividades y, de haberlo sabido, tampoco les habría importado gran cosa.

Su único refugio eran los deberes. Si resultaba difícil seguir las explicaciones de los profesores y entender todos los detalles, cuando estudiaba en casa era ella quien llevaba las riendas. En caso de topar con un término desconocido, siempre podía buscarlo; si encontraba un problema difícil, podía repetirlo una y otra vez hasta dominarlo, y además se le daba bien memorizar conceptos. Era como si el estudio le permitiera hacer que el mundo girase más despacio, atrapar al vuelo cosas que, de lo contrario, se le escaparían y así poder tomarlas, examinarlas e incorporarlas. Necesitaba estudiar, no ya por lo aislada que se sentía en la escuela, sino por lo impotente que se sabía en casa de los Lone.

A veces llegaba de visita desde Washington Ezra, el hermano senador del señor Lone, alto y calvo como él, y con los mismos ojos separados; pero delgado y de aspecto atlético. Cuando los presentó el dueño de la casa, el senador Lone se inclinó y le estrechó la mano.

—Es un placer conocerte, señorita —dijo—. Tengo entendido que tu progreso ha sido notable. Lo habría sido en cualquier circunstancia, pero lo es más aún tras un calvario como el que has tenido que sufrir.

La niña tuvo que afanarse en no arrugar la nariz ante la aversión que le provocaba aquella mención a su «calvario». Además, hablaba como su hermano: un punto más en su contra.

—Gracias senador —respondió, pues el señor Lone le había dejado claro que era así como debía llamarlo—. Yo también me alegro mucho de conocerlo. —No le costó decirlo: empezaba a dominar el arte de mentir, de decir las palabras adecuadas para ocultar a los demás lo que pensaba en realidad.

Lanzó una mirada al hombre que había situado tras el político, un tanto más a la derecha. La estaba observando con una expresión extraña, a un

mismo tiempo intensa y desapasionada, como quien contempla con fascinación imparcial un insecto exótico que acaba de encontrar bajo un tronco de la selva. Aunque por su postura supo que se encontraba con el senador, le fue imposible determinar en calidad de qué. Era bajito, pero muy musculoso; tenía el cuello tan grueso como un muslo y orejas protuberantes que poco podía hacer por disimular su pelo rapado. Llevaba puesto un traje, aunque no parecía tan cómodo con él como el señor Lone y el senador. Por algún motivo, aun cuando no llevase uniforme ni armas, le recordaba a los soldados tailandeses que recorrían a veces los pueblos de la tribu de las colinas en busca de plantaciones de opio.

El senador Lone miró hacia atrás.

–¡Oh! Lo siento. Este es mi asesor legal, Matthias Redcroft, sobre el que recaen, en realidad, todos mis logros parlamentarios. Es mi mano derecha. Matthias, esta es Livia, mi nueva sobrina.

Él sonrió y le tendió la mano.

–Hola, Livia.

Aunque no se parecían, su sonrisa hizo que le recordara a Calavera y que la recorriese una sensación nauseabunda. Aun así, le estrechó la mano y se las compuso para responder balbuceante:

–Encantada. –Y a continuación se excusó para ir al baño, donde se lavó las manos con el agua tan caliente como fue capaz de soportar.

Dos veces a la semana, estando fuera la señora Lone con su club de *bridge*, entraba en la habitación de Livia el señor de la casa. Si ella se encontraba ya en el baño, empezaba allí mismo. Si estaba estudiando en la cama, se dirigía a dicho cuarto y él la seguía. Por algún motivo, sentía debilidad por aquella pieza. Ella se desvestía como si fuese a ducharse y él se abría los pantalones y la observaba mientras se tocaba. Hacía hincapié en que no debía dejar de mirarlo a la cara. Entonces le repetía siempre las mismas cosas extrañas –lo importante que era la confianza; que nunca iba a hacerle daño, pero que estaba cuidándola y ella se lo debía, aunque en realidad aquello era muy poca cosa teniendo en cuenta lo generoso que había sido él, que la había llevado a su casa, la había puesto bajo su protección y la había aceptado como hija suya...– mientras se tocaba cada vez más rápido. Entonces se le desfiguraba el rostro y gemía, y el líquido baboso se derramaba sobre el suelo de baldosas. Acto seguido, el señor Lone se inclinaba jadeante sobre el lavabo mientras Livia hacía una bola de papel

higiénico, limpiaba lo derramado, lo lanzaba al inodoro y tiraba de la cisterna. Él se abrochaba a continuación los pantalones y le decía que se alegraba de que ambos tuvieran aquella confianza mutua y de que lo obedeciese como debía. Y repetía que Nason estaba bien y que él estaba haciendo cuanto estaba en sus manos.

Aunque Livia no tenía claro aún si debía creer esto último, temía pensar siquiera lo que podía hacer en caso de sospechar que él mentía: desesperarse, dejar de comer y de beber, volverse indiferente a todo... También podía ser que tomase un cuchillo de la cocina y lo ocultara en el cuarto de baño para clavárselo a él una y otra vez en el vientre mientras se abría los pantalones, para después usarlo contra sí misma. Así que prefería decirse que probablemente fuera cierto lo que afirmaba de Nason, o que, al menos, podía no ser del todo falso. Él era rico y poderoso; tenía amistad con el jefe de policía y un hermano senador, y eran muchísimas las personas que lo respetaban o lo temían. Un hombre así debía de disponer de los medios necesarios para encontrar a cualquiera... si lo deseaba.

Aún había muchas cosas que ignoraba o no entendía, pero no era estúpida: sabía que bien podía estar callando información sobre su hermana a fin de obligarla a mostrarse sumisa. Aun así, la necesidad que sentía de creer cuanto le contaba de Nason era tal que podía soportar todo lo que quisiera hacer él en el cuarto de baño. Resultaba repugnante, pero no tanto como lo que la obligaban a hacer Calavera y sus hombres. Cuando acababa, volvía a marcharse y ella se vestía de nuevo y se tumbaba en la cama a estudiar con más ahínco aún. El baño se convirtió en un secreto más, en algo que encerrar bajo llave en una caja mental bien oscura en la que escondía también su odio.

CAPÍTULO 23

AHORA

Masnick tenía mucho cuidado con su teléfono desechable, que mantenía apagado la mayor parte del tiempo y nunca encendía al lado del que usaba habitualmente. Sin embargo, una vez que supo que el primero era suyo, Livia solo tuvo que seguir la pista al segundo. Por lo tanto, cuando su teléfono personal delató su presencia en el Trader Joe's de Shoreline dos días después de la conversación que le había oído mantener con Jardin, no dudó en acudir a dicho supermercado y llenar el carrito con varios platos precocinados, una caja de bayas surtidas, un paquete de cereales y alguna que otra botella de vino.

Masnick se encontraba ocupado leyendo con atención los nombres de los interminables expositores refrigerados en que se mostraban al público cervezas con nombres como Ice Harbor Runaway Red Ale, Reuben's Brews Robust Porter o Snoqualmie Falls Wildcat IPA. Se dirigió hacia él sin apartar la mirada de los estantes y se dejó llevar hasta hacer chocar los dos coches con un sonido metálico.

—¡Ay! —exclamó—. Lo siento. A ver si aprendo a mirar por dónde voy.

Él la miró a la cara y bajó luego la vista para apreciar el resto de su persona. Llevaba mallas de deporte destinadas a atraer su atención, pues, aunque no dudaba de lo que sentía por Jardin, también sabía que la especie de los Hammerhead no era precisamente proverbial por su monogamia.

—Tranquila —dijo él sonriente mientras posaba sus ojos en los de ella—: no pasa nada.

Ella le devolvió el gesto.

—Esto me pasa por salir de compras antes del café de la mañana. Todavía tengo que enterarme bien de dónde está todo.

–¿No eres de aquí?

–Acabo de llegar de San Francisco y aún estoy haciéndome a la ciudad.

–Pues, si lo que quieres es café, no hay mejor sitio que Seattle.

–Eso me han dicho, aunque, si quieres mi opinión, es muy difícil superar a San Francisco en ese terreno. ¿Me recomiendas algún sitio en particular?

Él soltó una carcajada.

–Yo voy siempre a uno que se llama Black Rock. Aquí, en Shoreline, hay mucha menos variedad que en Seattle o en San Francisco, supongo; pero Black Rock no tiene nada que envidiarles.

Ella inclinó la cabeza con gesto de reconocimiento.

–Gracias. Yo soy Suzy, por cierto.

–Encantado de conocerte, Suzy –respondió él tendiéndole la mano tras recorrer de nuevo con la mirada el cuerpo de ella–. Yo soy Mike.

Livia le estrechó la mano y la mantuvo en contacto con la suya un pelín más de lo que mandan las normas del decoro.

–En fin, Mike, ¿te importa si aprovecho la confianza que acabamos de adquirir para hacerte otra pregunta sobre la ciudad?

Él echó un vistazo al carrito de ella, cuyo contenido ya le decía que vivía sola, que gustaba de tomar una copa de vino mientras calentaba la cena en el microondas para ir suavizando tensiones, y quizá otra con la comida para acabar de limarlas... y tal vez una más después en la sobremesa con la intención de tirarlas definitivamente a la basura.

–¡Qué va! Encantado de ser útil.

–Resulta que tengo un cruce de *westie*, Ginger se llama, y no sé dónde puedo soltarla para que juegue.

–Muy fácil: llévala a Saltwater Park.

–¿Sí?

–Claro. Está en la playa de Richmond. Aquí mismo, en Shoreline. – Volvió a mirarla de arriba abajo–. Yo diría que te gusta estar en forma, ¿verdad?

–Has dado en la tecla.

–Pues no sabes la de ejercicio que puedes hacer allí subiendo y bajando escaleras. –Sonrió–. Yo voy mucho al atardecer. Hoy posiblemente me pase por allí. ¿Por qué no vienes y así conozco a Ginger?

Ella respondió con una sonrisa:

–A lo mejor lo hago, Mike.

CAPÍTULO 24

ENTONCES

Estando de vacaciones en invierno, Livia oyó el timbre y voces en el vestíbulo. Cuando dejaron de oírse, pensó que quienquiera que hubiese llamado debía de haberse ido. Poco después, sin embargo, cuando salió del cuarto para ir a comer algo, encontró a la señora Lone sentada a la mesa de la cocina con un desconocido. Los dos reían mientras tomaban café y ella no pudo evitar pensar que nunca la había visto tan contenta ni tan a gusto. Sin embargo, en cuanto advirtió la presencia de la niña, su rostro volvió a adoptar su expresión contraída habitual.

La visita sonrió al ver a Livia y acto seguido retiró su silla y se puso en pie. Parecía algo mayor que la señora Lone y tenía el cabello del color de la arena mezclada con cenizas. No era muy alto, aunque tenía cierto aire, digamos, recio al que quizá contribuían la firmeza con que parecía tener los pies plantados en el suelo y el modo como le pendían los brazos a uno y otro lado del torso, como si estuviera a un tiempo relajado y listo para actuar.

Ella, sin levantarse, anunció con voz fría:

–Livia, este es mi hermano, el oficial Harris.

Él miró a su anfitriona y dejó escapar una carcajada incómoda.

–¡Por Dios, Dotty! Haces que suene como si la chiquilla fuera una delincuente.

La señora Lone hizo un ruido que bien podía haber aspirado a risa, pero apenas pasó de gruñido, y el hombre se acercó a Livia y le tendió la mano.

–Si quieres que seamos amigos, ni se te ocurra llamarme oficial Harris; ¿de acuerdo? Llámame mejor Rick.

Ella había aprendido mucho sobre cómo dar la mano desde aquella primera vez con Tanya. Así, recordándose que debía mirar a los ojos de su

interlocutor, tomó la manaza de Rick con su manita y la estrujó con torpeza. Él también le estrechó la suya con un apretón suave que, no obstante, la hizo reparar en la fuerza que contenía. Sonrió y le soltó la mano para decir:

–Encantado de conocerte, Livia.

Comoquiera que era una de las primeras cosas que le había enseñado Nanu y que había tenido incontables ocasiones de ensayar en las fiestas de los Lone, no le fue difícil responder:

–Para mí también es un placer.

–He oído hablar mucho de ti. Dotty me ha dicho que en la última evaluación todo fueron sobresalientes.

Livia estaba convencida de que, si la señora Lone le había dicho algo sobre sus notas o sobre cualquier otro aspecto de su vida, tenía que ser porque él hubiese insistido. En ese momento la miró y vio que los estaba observando. Como siempre, su mirada reflejaba cierto recelo; pero en esta ocasión, además, creyó percibir también algo de celos. Aun sin saber por qué exactamente, tuvo claro que a la señora Lone no le hacía gracia que hablase con su hermano.

Sea como fuere, sabía que el comentario sobre sus calificaciones pretendía ser un cumplido y que habría sido descortés no responder. Conque movió la cabeza y dijo:

–Sí.

–Es increíble. Quiero decir: hace seis meses casi no sabías una sola palabra de inglés. ¿No es así?

–El señor... y la señora Lone me buscaron profesores particulares.

–Eso los honra. De todos modos, lo tuyo es todo un logro: debes de ser muy inteligente.

–Es que... estudio mucho.

Él se echó a reír.

–Yo también estudiaba mucho y, además, me crie hablando inglés. Sin embargo, nunca lo saqué todo sobresaliente.

La señora Lone lo había llamado *oficial* y, aunque sabía que a ella no le iba a hacer gracia, no pudo resistir la tentación de preguntar:

–¿Eres... policía?

Rick asintió con la cabeza.

–Veinticinco años de servicio en Portland.

«Portland –pensó–. Nason.»

–¿Qué clase de policía?

La señora Lone se puso en pie.

–Livia, mi hermano ha pasado muchas horas al volante para llegar aquí y debe de estar cansado. Así que...

Él la miró con un gesto extraño, entre divertido y ofendido, antes de volver a centrar su atención en Livia.

–¿Sabes cómo detectar que te estás haciendo mayor? Cuando tu hermana pequeña empieza a tratarte como si fueses inválido. Soy detective de homicidios. Eso quiere decir...

–De asesinatos –dijo ella.

Rick soltó una carcajada.

–Perdona: tenía que haber imaginado que conocerías el término. Pero sí: soy un humilde poli de Portland que se ha tomado unos días para ver a su hermana y a su familia.

Consciente una vez más de que a la señora Lone no iba a gustarle, se atrevió a preguntar:

–¿Y tú? ¿Tú no tienes familia?

Él se encogió de hombros.

–A veces, el trabajo de un policía hace que sea complicado tener hijos y todo eso. Conque no; no tengo más familia que Dotty y mis cuatro sobrinos.

–Y con una sonrisa añadió–: Y ahora también tú.

No sabía por qué, pero aquel gesto de resignación había sido lo único de cuanto había hecho Rick que no le había parecido sincero. Y aunque había respondido de un modo diplomático a la pregunta de si no tenía mujer o hijos, Livia se preguntaba por qué había supuesto que tenía que dar explicaciones al respecto. Al menos, cuando había aseverado que ahora ella formaba parte también de su familia, no se había sentido molesta, ya que, a diferencia de lo que le ocurría con el señor Lone, viniendo de Rick no sonaba a amenaza ni a trampa. Por otra parte, ¿cómo debía entender que hubiese omitido a su cuñado al enumerar a los suyos?

No acababa de ver cómo interpretar todo aquello, pero optó por hacer propósito de analizarlo más adelante y dijo sin más por el momento:

–Muy bien.

–Voy a estar aquí unos días más. Si en algún momento te apetece dejar un rato los estudios, me encantaría charlar contigo y que me cuentes cómo te va el colegio, la vida o lo que te apetezca.

Durante toda la conversación había imaginado que él se referiría a su «calvario» o su «coraje». Y lo cierto es que se sentía tan intrigada como

agradecida de que no lo hubiera hecho. Al ver que la expresión agriada de la señora Lone se hacía aún más marcada, y no queriendo molestarla ni ofender a Rick, se limitó a responder con una inclinación de cabeza.

Rick volvió a darle la mano.

–Perfecto. Me ha encantado conocerte, Livia; de veras. Espero que tengamos ocasión de hablar algo más.

CAPÍTULO 25

ENTONCES

Los cuatro hijos de los Lone acudieron también a la casa aquellas mismas vacaciones. El señor Lone les presentó a Livia sin demasiados preámbulos y todos reaccionaron con una mezcla de curiosidad, inquietud y lástima en proporciones variadas. Si por lo general prefería comer sola en su cuarto, para lo cual usaba los deberes escolares como pretexto, durante la estancia de los cuatro y de Rick, el cabeza de familia insistió en llevarlos a todos a comer fuera. Aquellas ocasiones fueron un martirio, toda vez que a Livia se le hacía muy patente que nadie deseaba tenerla entre ellos, a excepción del señor Lone, que parecía disfrutar exhibiéndola en público, y de Rick, que era el único que le hablaba, por torpes e inseguras que pudieran ser sus respuestas.

Cierta mañana entró en su cuarto la señora Lone para anunciarle que su marido iba a llevarlos a tomar un tentempié. Entendió que no se trataba de una invitación, sino de una imposición de su benefactor; pero, sabiéndose incapaz de soportar una comida más con aquella familia, le dijo:

–Me duele la barriga. ¿Puedo quedarme en la cama?

Era cierto que le dolía. Unos meses antes había empezado a sangrar y en aquel momento le estaba ocurriendo otra vez. Sabía bien de qué se trataba: tenía que ver con hacer bebés. Aunque las mujeres del pueblo usaban trapos para aquellos días, en Estados Unidos tenían unas almohadillas especiales que absorbían mejor. El señor Lone le había dicho que pidiese cuanto necesitara y, sin embargo, ella no quería que supiera aquello. Su cuerpo estaba empezando a cambiar. Tenía vello entre las piernas y dos protuberancias en el pecho, donde antes no había habido más que piel y músculo. Las visitas de él al baño se habían hecho más frecuentes y mientras

se tocaba había empezado a mirarla con más intensidad. Por lo tanto, destinaba parte del dinero que le daba para sus gastos a adquirir compresas que ocultaba bajo la cama cuando no las necesitaba y colocaba, una vez usadas, al fondo de la basura de la cocina cuando no la veía nadie.

La señora Lone permaneció en el umbral con la cara tan contraída como si alguien se la estuviese estrujando por los dos lados.

—¿La barriga? Espero que no sea nada contagioso.

Se preguntó a qué venía el comentario, pues nunca había dado muestras de preocupación por su salud, ni por nada que tuviese que ver con ella. ¿De veras temía que pudiera pegarle a alguien su dolencia, fuera la que fuese, o tal vez sospechaba que había empezado a sangrar y buscaba un modo de confirmarlo?

Sin saber bien cuál sería la mejor respuesta, decidió optar por la ambigüedad:

—No sé...

—De acuerdo. Se lo diré al señor Lone.

Cerró la puerta y el sonido de sus pisadas se perdió a medida que recorría el pasillo. Livia entendió que aquel «se lo diré al señor Lone» era su modo de indicar que, de haber sido por ella, ni siquiera se le habría permitido entrar en la casa, y menos aún recibir invitaciones para comer fuera. Sin embargo, la niña estaba habituada a aquella clase de insinuaciones y le molestaban mucho menos que al principio. Lo importante, además, era no tener que soportar otra comida con todos ellos.

Volvió a sus libros. Los ecos de la conversación que se desarrolló en la planta baja se fueron animando hasta que los acalló un portazo en la entrada principal. A continuación, oyó abrir y cerrar los vehículos, motores que arrancaban y el roce de las ruedas sobre la gravilla hasta que, por fin, la casa quedó sumida en un grato silencio.

Cinco minutos más tarde sintió abrirse uno de los cuartos de invitados. Frunció el ceño y dio por sentado que debía de haberse quedado atrás alguien. Oyó toser y tuvo la sensación de que era Rick, y a eso lo siguieron pasos en el pasillo y el zumbido del molinillo de café que llegaba desde la cocina. Livia había estado pensando en Portland y en Nason desde el día en que llegó a la casa el hermano de la señora Lone. Había tratado de sopesar el riesgo que habría supuesto pedirle ayuda. Parecía peligroso, porque sabía que el cabeza de familia iba a montar en cólera si algún día se enteraba; pero al fin decidió que tenía que intentarlo.

Fue a la cocina y vio a Rick sentado a la mesa, bebiendo café en una taza de los Llewellyn Lions, el equipo de fútbol del instituto, y leyendo el periódico. Sonrió al verla y abandonó su lectura.

–Livia... Creía que te habrías ido con ellos a almorzar. ¿Te has levantado tarde?

–Estaba estudiando.

–¡Qué aplicada!

Ella asintió con la cabeza.

–Pero ¿alguna vez...?

La pequeña esperó a que prosiguiera. Sin embargo, todo apuntaba a que él se lo había pensado mejor. Se sirvió un poco más de café de la jarra.

–¿Quieres?

–¿Café? –dijo ella sorprendida–. Nunca lo probé. Nunca lo *he probado*.

–¿Cuántos años tienes?

Estaba a punto de decir *trece* cuando cambió de idea:

–Casi catorce.

–Pues yo diría que ya tienes edad para tomar una tacita. Aunque quizá sería mejor que no le dijese nada a mi hermana. –Sonrió–. A menos que quieras meterme en un buen lío.

Ella no pudo evitar responder con otra sonrisa.

–No, no se lo voy a decir.

–Perfecto entonces. –Se dirigió al frigorífico y sacó un cartón de leche. Luego tomó una caja de uno de los armarios–. Azúcar de caña. No está mal: un poco de melaza le da al café un sabor excepcional. A mí me gusta solo, pero para tu primera vez no es mala idea que lo tomes con leche y azúcar.

Sacó otra taza, echó café y un buen chorro de leche, añadió dos cucharadas de azúcar y lo removió todo antes de tendérsela a Livia. Ella olió el contenido con gesto receloso y dio un sorbito. Tras ese dio uno mayor. Estaba delicioso: jamás había probado nada semejante.

Él no debió de pasar por alto su expresión, porque preguntó sonriente:

–No está mal, ¿verdad?

Ella asintió, feliz de haber descubierto algo tan delicioso y de haberlo hecho a espaldas de la señora Lone.

–Está buenísimo.

–En fin, no deberías pasarte: todavía eres pequeña y la cafeína te puede revolucionar demasiado; pero un poco no te va a hacer daño. Eso sí, acuérdate de que no te lo he dado yo.

–Por supuesto. –Tras otro sorbo, dijo–: ¿Qué ibas a preguntarme antes?

–¿Cuándo?

–Cuando has dicho: «Pero ¿alguna vez...?»

–¡Ah, eso! Pues no lo sé. Algo sobre la escuela, imagino. ¿Sabes? En realidad, yo no recuerdo gran cosa del colegio. De hecho, lo odiaba.

Livia ladeó la cabeza, intrigada de pronto por lo que entendía como una confidencia.

–¿Por qué?

–En fin, es una historia muy larga. Siempre tuve la sensación de que no encajaba. La verdad es que me alegré cuando acabé. Soy mejor policía que estudiante.

Ella miró a su alrededor.

–Tú... ¿no querías ir a comer con ellos?

Él dio un sorbo a su café.

–Me he excusado. Me encanta verlos a todos, pero a veces necesito mi espacio. ¿Me entiendes?

–Sí.

–Y mañana es Nochebuena; así que habrá que ir a la iglesia a celebrarlo por todo lo alto. ¿Te hace ir a misa Fred?

–Sí. –No le gustaba hablar del señor Lone.

–Me lo imaginaba. Yo es que no soy precisamente de los que frecuentan la iglesia. Cada uno tiene sus gustos.

Ella lo miró, ardía en deseos de preguntárselo, pero no acababa de atreverse. Tenía la sensación de estar entrando en un terreno que no veía bien del todo. Él adoptó entonces una expresión extraña, entre compasiva y... preocupada tal vez.

–¿Cómo te va todo, Livia?

De algún modo, supo que no era la pregunta superficial y de cumplido de costumbre, sino que quería oír de veras la respuesta. Daba la impresión de que se estuviera... preocupando de verdad por ella.

La pequeña se mordió un labio. Sentía una necesidad imperiosa de preguntárselo.

–¿Qué pasa? –dijo él–. Cariño, si te ocurre algo, puedes contármelo.

«No –pensó ella–, no puedo contárselo a nadie. Jamás.» Sin embargo, sí que podía hacerle la pregunta. Tenía que hacerlo.

–Mi hermana –dijo–, Nason. –Le bastó pronunciar su nombre para que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Se las secó con violencia, furiosa consigo misma por llorar.

–Sé que la has perdido, cielo –dijo él–, y lo siento de veras.

Livia hizo un gesto de asentimiento.

–Nadie sabe dónde está; qué le pasó, ni si...

No fue capaz de concluir la frase. Tampoco lo necesitaba. Él agitó la cabeza en espera de que prosiguiese. Ella dedujo que el señor Lone no le había dicho nada; pero ¿significaba eso que su benefactor no sabía nada? Se aclaró la garganta.

–Lo único que se sabe, creo, es que nos separaron en Portland. Allí fue donde desapareció.

Él asintió.

–La policía de la ciudad está informada y yo he hablado con todos mis contactos para que entiendan que se trata de un caso que me afecta personalmente. Yo me dedico a los homicidios, pero hay policías que se especializan en menores, en desapariciones y cosas por el estilo, y me he asegurado de que todos se pongan a buscar a tu hermana.

Eso la sorprendió.

–¿De... de verdad has hecho eso?

–Pues ¡claro que sí, Livia!

Se echó a llorar de nuevo. No podía evitarlo: había aprendido a blindarse frente a la crueldad, pero no estaba preparada para que la trataran con semejante actitud amable. Él tomó un trozo de papel de cocina y se lo tendió a ella. Mientras se secaba la cara entre sollozos, Rick fue a posar la mano en su hombro y ella se apartó dando un respingo. Él reaccionó levantando las manos al instante con las palmas hacia arriba.

–Perdona, cariño.

Ella meneó la cabeza. No había tenido la sensación de que quisiera tocarla de un modo inconveniente; pero... ya no soportaba el contacto de nadie. Sobre todo, si era hombre. Quiso decirle que no era culpa suya, porque lo que había hecho por Nason era muy amable y le era de gran ayuda. Sin embargo, no podía explicarlo. Conque se limitó a agitar la cabeza y decir:

–No, no; soy yo la que lo siento.

El modo como la miraba él... Tenía la extraña sensación de que debía de saberlo, o de que, al menos, sabía lo suficiente sin que ella le hubiese dicho nada.

–No te preocupes –respondió él–. Y tampoco tienes que pedir perdón por nada. ¿Me entiendes? Por nada.

Ella dijo que sí con un gesto mientras se secaba las lágrimas de los ojos.

–La policía especial que conoces ¿ha...? ¿Han...?

–No. Lo siento: no hay mucho a lo que agarrarse ni nadie ha podido dar con nada. Pero no pienso rendirme ni tampoco voy a dejar que nadie lo haga.

–¿Y los hombres que nos retenían? Los tailandeses: se los describí a los del Servicio de Inmigración y Naturalización. –Pronunció con cuidado aquellas palabras extrañas.

–Por lo que sé, nada de eso ha llevado a ninguna parte. Nadie sabe quiénes son esos hombres ni cómo encontrarlos. Sé que la policía tiene tu descripción y que si dan con alguien que se les parezca van a someterlo a un interrogatorio muy concienzudo.

–¿Me avisarás cuando pase algo así?

–Claro que sí.

Ella apretó los labios con gesto de frustración. Estar delante de un oficial de la policía de Portland, poder preguntarle cualquier cosa y, sin embargo, no tener ninguna información útil... Resultaba desquiciante.

–¿Y los hombres del barco? Del barco de Portland. ¿Cómo sabía siquiera la policía que llevaba personas de contrabando?

–Tiene gracia, porque yo me decía lo mismo. Estuve preguntando a unos y a otros. Parece ser que un informante anónimo llamó al jefe Emmanuel, de la policía de Llewellyn. Suponen que debió de ser una banda rival la que echó la moneda.

–¿Cómo que echó la moneda?

–Es una expresión de cuando se podía llamar desde una cabina con una sola moneda. Si una persona quiere delatar a otra, usará un teléfono público para evitar que localicen la llamada. Así que se dice «echar la moneda» cuando la policía recibe una pista de un confidente anónimo.

–¿Y por qué iba nadie a querer hacer una cosa así?

–Por muchos motivos. Podría ser que un traficante rival quisiera frustrar un envío de la competencia. O tal vez fue una venganza o algo más personal. Es difícil de saber. El que llamó dio información muy precisa sobre la gabarra y el momento en que arribaría al puerto. La policía de Llewellyn no tiene mucha experiencia con el tráfico ilegal de personas; así que llamó al Servicio de Inmigración. El muelle debió de estar lleno de agentes el día que te rescataron.

Ella asintió con la cabeza.

–Oí que la policía mató a dos de los contrabandistas; pero parece ser

que detuvo a uno. ¿No sabe nada?

Rick sonrió.

–Tienes instinto policial; ¿lo sabes? Sí, oíste bien: dos de ellos murieron en un tiroteo cuando la policía te rescató; pero el tercero no piensa hablar. Dice que su difunto hermano fue el que se encargó de organizarlo todo y de hablar con quienes los contrataron. Dice que él no sabía nada; ni siquiera que todos los que estabais allí fueseis víctimas de un secuestro.

–Miente.

–Lo sé, pero ojalá hubiera un modo de demostrarlo. El fiscal federal, la persona responsable de mandar a prisión a los que cometen delitos federales como el secuestro o la trata, lo amenazó con tenerlo un buen tiempo entre rejas si no confesaba; pero él sigue diciendo que no sabe nada.

–¿Y lo van a tener un buen tiempo en la cárcel?

–Veinte años. Quizá menos, si le reducen la pena por buen comportamiento.

Pensó en Nason.

–No parece demasiado tiempo.

–Es verdad: en un mundo justo sería mucho más.

–Y... ¿sabe alguien quiénes eran las demás personas del barco? ¿De dónde venían? En el de Tailandia había trece niños, pero cuando yo me desperté estaba en uno diferente: los niños tailandeses habían desaparecido y todos los demás eran nuevos. Hablaban lenguas que yo no conozco.

–Este tipo al que atraparon, Timothy Tyler, o el Hierba, como lo llaman todos, asegura que no sabe de dónde veníais ni quién os hizo llegar allí, y no hay quien lo haga decir otra cosa. Los otros eran de sitios muy diferentes: China, Guatemala, Sri Lanka... De todo un poco.

–¿Qué quiere decir eso?

–No es fácil saberlo. Podría ser por muchos motivos, aunque, por lo común, se podría interpretar que la banda del Hierba o quienquiera que los contratase pensaba que tenía un comprador seguro, o varios, en algún lugar tan al este de Portland como Llewellyn. Quizá incluso más al este: hoy hay esclavos en todas partes. No solo en Portland o en Llewellyn: en todas partes.

–¿Quién iba a comprarnos?

–En este momento es imposible decirlo: un salón de manicura, una explotación agrícola... o algún enfermo que quisiera una criada en casa sin tener que pagarle ni hacerse cargo de ella.

–Pero ¿y los niños del barco? A mí y a los dos que murieron ¿también

nos iban a vender?

–Sí. Me temo que la gente también compra niños. Creo que puedes imaginar para qué.

No tenía que imaginar nada: lo sabía. De hecho, Rick debía de saber que lo sabía; pero era demasiado respetuoso para decir nada.

–¿Y el resto de los que iban en el barco de Portland? ¿Qué fue de ellos?

–Todos eran adultos y estaban aquí de manera ilegal; así que supongo que los habrán repatriado. Los habrán enviado de nuevo a sus países de origen. Tú eras el único menor que había sobrevivido al viaje y eso te convirtió en un caso especial. La verdad es que los de Inmigración no sabían qué hacer contigo. Imagino que Fred tiró de algunos hilos.

–¿Hilos?

–Perdona: es otra frase hecha. Quiere decir que usó su influencia. Él conoce a mucha gente y, además, su hermano, Ezra, es senador. Supongo que ya lo conoces.

Su tono de voz le dio a entender que el hermano no le hacía mucha más gracia que el señor Lone. Le hubiese gustado preguntárselo; pero se limitó a decir:

–Sí.

También quería informarlo de que el dueño de la casa decía saber dónde estaba Nason; pero temía que eso pudiera empeorar la situación de su hermana. La última vez que pensó estar protegiéndola no había logrado sino hacer que le hicieran daño, mucho daño. ¿Y si volvía a ocurrir? ¿Y si el señor Lone decía la verdad y había encontrado a la pequeña a través de sus contactos, de su hermano el senador u otro medio, y Livia hacía una estupidez como la de revelarlo a la persona equivocada y volvían a herir a Nason?

No podía correr ese riesgo. No podía. Sin embargo, había otra posibilidad y no pensaba dejar pasar la ocasión: tenía que contárselo. Por lo tanto, volvió a aclararse la garganta y dijo:

–Hay una cosa que no le dije al policía que me hizo las preguntas y que quiero decirte a ti; pero me tienes que prometer que no se lo vas a contar a nadie más. Ni a la señora Lone, ni al señor Lone... ni a nadie.

–¿Por qué, cariño?

–¿Me lo prometes?

–Sea lo que sea, haré lo posible por ayudar; pero yo solo no voy a poder hacer gran cosa.

Livia meditó esto último. Rick tenía mucha razón. No lo había pensado.

–De acuerdo –dijo–. Se lo puedes contar a los policías en los que confíes; pero quiero que... Por favor, necesito que me ayudes. Por favor.

–Está bien. Dime.

–¿No lo vas a contar?

–No lo voy a contar.

–¿Conoces a un policía tailandés?

–¿A uno en concreto, quieres decir?

–No, no. Quiero decir que si conoces a policías tailandeses; a cualquiera.

–No, pero trabajo con personas que sí conocen a la policía de Tailandia.

De acuerdo. No era exactamente lo que había esperado, pero tendría que conformarse. Le confesó que sus padres la habían vendido junto con su hermana. Describió a Calavera, a Barbasucia y a Cabeza Cuadrada, omitiendo las partes de las que no podía hablar... y que él debía de haber adivinado de todos modos. Sobre todo, describió el lugar en que vivían sus padres con el detalle necesario para que pudiera llegar al pueblo la policía tailandesa.

–Pero no puedes decirle a ningún policía de Tailandia dónde estoy yo – le advirtió–. No quiero que lo sepan mis padres. No quiero volver a verlos nunca. Jamás. Ni siquiera deseo que se ponga nadie en contacto con ellos; pero son los únicos que saben a quién nos vendieron. Así que quizá puedan ayudarnos a encontrar a Nason. Porque yo... –pestañeó para apartar las lágrimas que le anegaban los ojos– la quiero. Más aún de lo que los odio a ellos.

–Tampoco quieres que sepan tus padres...

–No. No merecen saber nada. Tampoco dónde estoy ni si estoy viva.

–De acuerdo.

Pensó en cuánto detestaba su gente a la policía tailandesa, que parecía no tener otro cometido que el de impedir que las tribus de las colinas abriesen claros en el bosque en los que plantar alimentos. Algunos trataban de sobornarlos, y ellos aceptaban el dinero para después echarlos igualmente de sus tierras.

–Recuerda –dijo– que la policía te dirá que ya han estado en el pueblo y mis padres no sabían nada. Entonces les darás dinero, aunque no se hayan...

–buscó la palabra y la encontró–: aunque no se lo hayan ganado.

–Livia, nadie va a pagar nada a la policía...

–Yo no sé cómo es la policía de aquí, pero la de Tailandia no es buena: no deja que mi gente cultive lo que necesita y si les pides algo, siempre quieren otra cosa a cambio. Así que os mentirán y os dirán que han hecho lo que les pedisteis solo para conseguir algo a cambio. Necesitáis... –volvió a afanarse en dar con el término correcto– una prueba, una prueba de que lo han hecho. Si no, os mentirán.

–De acuerdo. ¿Qué clase de prueba?

–Mi madre tiene una fotografía en la que estamos Nason y yo. Los policías tendrán que enviárosla. Así lo sabré. Sabré que de verdad han ido al pueblo y que se lo han preguntado. Al menos podré estar segura de eso.

Tal vez debía haber dicho: «podremos estar seguros», pero, por amable que pareciese, sabía que Rick no era ningún aliado suyo. Ella no tenía aliados ni los quería. A fin de cuentas, la única persona de la que podía depender era ella misma.

CAPÍTULO 26

ENTONCES

Livia pasó el primer día del segundo semestre aturdida por la náusea y la vergüenza. La víspera había acudido a su cuarto el señor Lone. No le extrañó en absoluto, ya que hacía ya casi dos semanas de la última vez y, una vez que se habían ido Rick y sus hijos, y estando la señora Lone en su club de *bridge*, era inevitable que fuera a visitarla. Solo había querido que acabase para no tener que sentirse amedrentada de nuevo, al menos durante un tiempo.

Aun así, aquella vez no fue como las anteriores. El señor Lone se había puesto a gritar porque había encontrado sus compresas, las que usaba cuando tenía el período, y la acusó de estar ocultándole cosas otra vez. Entonces la había arrojado a la cama, le había puesto una rodilla en la espalda y, tras bajarle los pantalones de deporte y la ropa interior, le había introducido los dedos mientras susurraba:

–Ahora veremos... Ahora veremos.

Ella, entre tanto, no había dejado de gritar ni forcejear.

Aquella noche no había dormido nada y a la mañana siguiente, por más que lo intentase, no lograba apartar el recuerdo de la vomitiva invasión de sus dedos, que él no paraba de mover arriba y abajo, y la impotencia de encontrarse avasallada de aquel modo. Lo peor de todo era que, por horrible que hubiese sido, sabía que no era nada en comparación con lo que debieron de hacer Calavera y los otros a Nason, y aquel pensamiento no hacía sino aumentar su propio dolor.

Durante un descanso salió errabunda y fue a protegerse bajo la sombra de uno de los robles situados en los confines de la escuela. Hacía calor y en el césped del lado oriental se estaba desarrollando un partido improvisado de

fútbol americano sin contacto. También había muchachos agrupados en torno a las hileras de mesas que había dispuestas a lo largo del muro de ladrillo del centro, observando a los jugadores, riendo mientras entornaban los ojos para protegerse del sol o charlando entre ellos. Livia se sentía apartada de todo aquello, como si en su interior se estuviera abriendo paso algún género de contaminación secreta que el resto de sus compañeros debía de haber percibido aun cuando no pudieran conocerla de veras.

Vio a un niño franquear la puerta situada en la parte posterior del edificio. Era el nuevo, Sean no sé qué, que estudiaba octavo, como ella, y al que había presentado el profesor durante la hora de tutoría. A su padre, al parecer, lo habían contratado para que ocupase un puesto importante en la fábrica de munición del señor Lone y por eso a Sean lo habían trasladado a Llewellyn a mitad de curso escolar. El profesor lo había invitado a salir a la pizarra para decir unas palabras de sí mismo y Livia había observado a aquel muchacho, bajito para su edad, caminar con lentitud hasta la parte de delante del aula como si cada paso lo atormentara y había reparado en que era tímido, quizá más que ella misma. Tenía la piel de color caramelo moteada de pecas, ojos almendrados y cabello rizado. Daba la impresión de que uno de sus padres fuera negro y el otro asiático. Tal vez eso hacía que se sintiera incómodo, porque casi todos los otros alumnos del centro eran blancos. En ese caso, comprendía cómo debía de sentirse.

Sin embargo, cuando trató de hablar, entendió que su timidez tenía otro origen. Sean era tartamudo. Al principio no mucho, pero en el momento en que se hizo patente, los demás rompieron a reír y el tartajeo empeoró. El profesor intentó acallar a la clase, si bien solo logró convertir las carcajadas sin freno en risitas disimuladas. Sean se las compuso para balbucear algunas palabras más antes de volver a su pupitre con los ojos gachos y las mejillas encendidas. Livia se sintió mal por él y quiso gritar a los demás para que se callaran; pero sabía que lo único que iba a conseguir así era que también se burlaran de ella.

Él se detuvo al llegar a la esquina del edificio y miró hacia donde estaban sus compañeros, jugando o sentados a las mesas de exterior. Llevaba los libros en una mano y con la otra se apoyó en el muro de ladrillo como para afirmarse. Permaneció allí de pie unos instantes, asomando la cabeza mientras su cuerpo quedaba tras la arista. Ni advirtió la presencia de Livia ni nadie pareció reparar en la suya. Entonces se volvió y comenzó a andar hacia la entrada que acababa de dejar.

Las puertas volvieron a abrirse y Eric, el alumno de noveno que siempre se reía del acento de ella salió por ellas seguido de los dos matones que solían acompañarlo. Livia se aferró a sus libros de manera instintiva.

–¡Vaya! –dijo a gritos el recién llegado–. ¡Si es Tartajaboy!

El aludido se detuvo y miró al trío con gesto preocupado. Eric se acercó a él sonriendo.

–¡Di algo, Ta-ta-ta... Tartajaboy!

Sean sacudió la cabeza y dio un paso atrás. Livia estaba paralizada. Quería ayudar y sabía que debía hacerlo. En su vida anterior, en la que había conocido antes de todo lo que les habían hecho a ella y a su hermana, antes de que la hubiesen arrastrado a aquel lugar horrible, antes de que el señor Lone la hubiera hecho sentirse envenenada, sola e impotente, lo habría hecho.

Al mismo tiempo, se sintió aliviada de que Eric y los otros dos abusones hubieran encontrado a otro al que acosar. No bien se dio cuenta, la arrastró una oleada de vergüenza. «Ayúdalo», pensó; pero se notaba demasiado débil, demasiado inútil, demasiado asustada.

Eric dio un paso al frente y borró la sonrisa.

–Di algo, Tartajaboy, si no quieres que te ayude yo a decirlo.

Una vez más, Sean respondió meneando la cabeza de un lado a otro. A Livia le pareció extrañísimo que, pese a tener el gesto aterrado, hubiese algo en su actitud que hacía pensar que estaba... preparado, de un modo u otro. Había vuelto el cuerpo ligeramente de manera que ofrecía a Eric el costado izquierdo y con una mano sostenía los libros cerca de la barbilla, casi como un escudo, mientras levantaba la otra, abierta, de un modo que, si, por un lado, pensó Livia, parecía apaciguador, también daba la impresión de estar... como ensayado. Se diría que era deliberado.

Eric le arrancó los libros de un manotazo y los mandó al suelo; pero Sean no apartó la mirada. Mantuvo las manos en alto con las palmas hacia delante y los codos pegados al cuerpo. Uno de sus amigos abusones lanzó una risotada y dijo:

–Pa-pa-parece que quiere que le echés una mano, Eric.

El cabecilla rio con voz ronca y arremetió contra él. Lo que ocurrió a continuación fue tan rápido que Livia ni siquiera pudo estar segura de lo que había visto.

Sean agarró el puño que había lanzado Eric hacia él y tiró con fuerza al mismo tiempo que colocaba un pie en el muslo de su atacante y se impulsaba para dar una voltereta en el aire. Entonces apresó el brazo del matón entre sus

piernas y permaneció un instante suspendido boca abajo del cuerpo de Eric, sin más apoyo que sus manos, aferradas a la muñeca del otro, y las piernas que rodeaban su brazo. Su peso hizo que el otro se agachara y se tambalease para tratar de mantener el equilibrio antes de caer al suelo con un aullido de sorpresa. Sean siguió asido a su brazo con los tobillos cruzados sobre el pecho de Eric y la espalda arqueada. Los amigos del otro lo miraban con los ojos abiertos de par en par, demasiado atónitos para intervenir.

–¿Vas a volver a molestarme? –preguntó Sean.

Eric pataleaba y forcejeaba, y Sean arqueó la espalda y le hizo dar otro alarido, más sonoro esta vez.

–¿Vas a volver a molestarme? –insistió.

Livia no pasó por alto que lo había dicho sin tartamudear. Eric se revolvió con más fuerza.

–¡Suéltame, hijo d...!

Sean se curvó más y el otro gritó de dolor. Entonces, el primero levantó la cabeza para mirar de frente el rostro colorado y convulso de Eric.

–¿Vas a volver a molestarme?

–Te voy a matar, cab...

Sean volvió a aumentar la presión y Eric, esta vez, chilló de veras. Livia miró al lateral del edificio y advirtió que había otros niños que lo habían oído y miraban a izquierda y derecha, pero no veían nada de cuanto ocurría al otro lado de la esquina.

–¿Vas a...?

–¡No, no! No voy a volver a molestarte. ¡Suéltame! ¡Suéltame!

Sean le soltó el brazo y se apartó de él poniéndose de pie con gran rapidez. Livia vio que seguía con las manos colocadas delante de la cara, como en previsión de un ataque de los otros dos. Dio un gran paso atrás y los observó con cautela.

Con todo, no tenía motivo para preocuparse. Los otros estaban demasiado pasmados, y quizá demasiado asustados, para hacer otra cosa que mirar boquiabiertos a su amigo caído, que se sostenía un brazo con otro y se había puesto a llorar.

–¿Por qué has hecho eso? –preguntó con voz aguda–. Me has roto el brazo. ¡Me lo has roto! –Tomó aire con la boca bien abierta y soltó un gemido–. ¡Oh, Dios! ¡Cómo duele! ¡Cómo duele!

–No está roto –lo informó Sean–: solo torcido. –Tras lo cual añadió–: Por esta vez.

Eric tardó un poco en poder ponerse en pie. Sus amigos no le ayudaron y cuando echó a caminar hacia la escuela, aún llorando y frotándose el brazo lastimado, ni siquiera le sujetaron la puerta: se limitaron a seguirlo, mirándose y mirando a Eric para luego volver a mirarse. Antes de desaparecer en el interior, uno de ellos volvió la vista a Sean y Livia vio en sus ojos la aflicción y el rencor de un niño indignado después de verse privado de su juguete favorito.

Y con esto se esfumaron. Sean recogió sus libros y se sentó en uno de los bancos que había junto a las puertas. Livia notó que temblaba un poco. El niño alzó la vista y la vio observándolo, y ella apartó la mirada de inmediato.

Entonces sonó la sirena, y los niños que habían estado jugando al fútbol y charlando y riendo en las mesas comenzaron a doblar la esquina y a entrar en fila. Ninguno de ellos miró siquiera a Sean al pasar a su lado. Tras unos minutos, el patio quedó desierto, mudo de pronto a excepción del gorjeo de unos cuantos pájaros. Livia salió de debajo del roble y se dirigió al edificio con el corazón acelerado y los libros apretados contra el pecho, y Sean la vio acercarse sin decir una palabra.

Se detuvo al llegar delante de él. Él la miró y ella pensó que parecía estar muy triste. No sabía por qué, pero tenía ganas de llorar. Sin embargo, no era de tristeza: se sentía feroz, despierta, electrizada, como quien lleva tiempo asfixiándose y contempla de pronto un modo de respirar. Por primera vez desde el momento en que se había detenido en el bosque la furgoneta y había salido de ella Calavera, no temía nada; solo que aquel niño respondiese que no a lo que quería preguntarle.

—Por favor —dijo con poco más que un susurro—, ¿cómo lo has hecho?
¿Me puedes enseñar?

CAPÍTULO 27

ENTONCES

Resultó que lo que había hecho Sean se llamaba *jiu-jitsu* y permitía a personas poco corpulentas enfrentarse a grandullones. Lo habían inventado en Japón y de allí había pasado a Brasil, donde se había perfeccionado y popularizado, y el padre de Sean lo había aprendido de algunos integrantes de la familia Gracie tras dejar los marines y mudarse a Río de Janeiro. Según le dijo a Livia, lo había estado adiestrando desde su infancia, y podía preguntarle si estaba dispuesto a entrenarla también a ella. La casa de Sean se encontraba delante de la escuela; de modo que cruzaron juntos tras acabar las clases.

–Tu padre ¿está en casa ahora? –preguntó Livia pensando en lo tarde que llegaba a veces del trabajo el señor Lone.

–Todavía no, pero volverá pronto. Ha llegado a un acuerdo con su jefe para entrar antes todos los días y poder estar pronto en casa.

–¿Para tener tiempo de adiestrarte?

Él asintió con un movimiento rápido de cabeza por toda contestación y Livia no pudo menos que preguntarse si la respuesta no sería en realidad más complicada.

La casa de Sean era de dos plantas y tenía un porche que se extendía también por los laterales. También contaba con una extensión grande y verde de césped y, aunque aquella casa no podía compararse con el tamaño de la mansión de los Lone, Livia pensó que el padre de Sean debía de ser razonablemente importante para poder permitirse un lugar como aquel para vivir.

–¿Está tu madre en casa? –preguntó mientras subían los escalones de la entrada.

Él miró al suelo.

–N-no vive con nosotros.

Era la primera vez que tartamudeaba desde que habían salido de la escuela. Se dio cuenta de que la pregunta lo había incomodado y se preguntó si sería la ausencia de su madre el motivo por el que llegaba temprano su padre todos los días. Sin pensarlo, dijo:

–Mis padres tampoco viven conmigo.

Sean la miró, bajó de nuevo la vista al suelo y volvió a mirarla otra vez.

–¿Te... te abandonaron?

No quería mentirle, pero tampoco deseaba dar explicaciones. Así que se limitó a asentir con un gesto.

–Lo siento –dijo con el mismo semblante triste de después de la pelea.

Se quitaron las zapatillas deportivas en el vestíbulo, ya que, según le explicó Sean, no tenían costumbre de llevar calzado en la casa, y se hicieron sendos bocadillos de mantequilla de cacahuete y mermelada. La cocina era sobria y funcional, no ostentosa como la de los Lone, pero más cómoda y, en cierto sentido, más real. Sean sirvió un vaso de leche para él y otro para ella, y los dos se sentaron a una mesa dispuesta delante de un patio modesto y verde enmarcado por un cobertizo para herramientas y un columpio. Mientras comían, Livia preguntó cuanto se le pasaba por la cabeza acerca del *jiu-jitsu*. Lo que había hecho a aquel perdonavidas de Eric le parecía portentoso, mágico, y se convenció de que debía aprender todo lo que pudiese antes de que se esfumara con la misma rapidez con la que había aparecido.

Sean daba la impresión de disfrutar compartiendo sus conocimientos. Le explicó lo que comportaba crear una base, lograr una posición dominante y eliminar las opciones del oponente hasta que no le quedase más que la de someterse.

–¿Podías haberle roto el brazo de veras? –preguntó Livia sin salir de su asombro.

–Sí, pero me alegro de que no me haya obligado a hacerlo.

–Porque tu padre se habría enfadado contigo.

Él dejó escapar una carcajada y Livia percibió cierto rubor que asomaba a sus mejillas por debajo de las pecas. Era la primera vez que lo oía reír y lo cierto es que le gustaba. En su reacción se adivinaba no poca timidez, como si su propia risa lo hubiese sobresaltado y no estuviera seguro de que fuera adecuado compartir tal reacción.

–Mi padre me enseñó a luchar para hacer frente a los abusones, porque

los odia. Si le hubiera roto el brazo a Eric, lo más seguro es que me hubiese dado una medalla.

Livia decidió que le caía simpático aquel hombre.

–Entonces ¿no vas a tener problemas por lo de hoy?

Sean negó con la cabeza, aunque su expresión volvió a ensombrecerse enseguida.

–No. Se va a sentir orgulloso de mí.

Livia no entendía semejante ambivalencia.

–Y tú ¿no estás orgulloso?

–Yo... –La voz se le quebró, e instantes después siguió diciendo–: Ojalá me hubieran dejado en paz.

–Pero a veces no van a dejarte en paz. Hay veces en las que tienes que obligarlos a hacerlo.

No había pretendido responder de un modo tan enérgico, pero ¿no era totalmente cierto? Oyó abrirse la puerta de la casa y Sean alzó la mirada y dijo:

–¡Hola, papá!

Del vestíbulo llegó una voz de barítono.

–Hola, tigre. ¿Cómo te ha ido el día?

–Bien. He traído a una amiga.

–¡No me digas!

Un instante después se presentó con paso firme en la cocina un hombre negro bien parecido. Era alto y ancho de hombros, llevaba las mangas de la camisa ajustadas en torno a los bíceps y semejaba por su porte erguido un poste de teléfonos. Livia, sorprendida, cayó en que había supuesto que el padre de Sean sería asiático, ya que el niño le había dicho que el *jiu-jitsu* era originario de Japón, y su madre sería negra. También la había asombrado su corpulencia siendo Sean tan menudo.

El recién llegado se inclinó para mirarla. Entonces arqueó las cejas y adoptó lo que ella interpretó como una sonrisa sorprendida.

–¡Vaya! Hola –dijo.

–Papá, esta es Livia. ¿Podemos enseñarle *jiu-jitsu*?

Él se echó a reír.

–¿No sería mejor que primero acabases de presentarnos?

Sean se puso colorado.

–Mmm... Livia, este es mi padre.

Ella se puso en pie, tal como le había enseñado Nanu. Quería causar

buena impresión para que el padre de Sean se aviniera a ser su profesor. ¿Cuál era el apellido...? Ueno... Uenoyama; ese era.

–Hola, señor Uenoyama. Encantada de conocerlo.

Él sonrió.

–Uenoyama es el apellido materno de Sean. Yo soy Freeman, Malcolm Freeman. Pero, por favor, ni se te ocurra llamarme señor Freeman, a no ser que quieras que me sienta como un vejstorio. Mejor, llámame Malcolm, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –asintió ella.

–Así que quieres aprender *jiu-jitsu*, ¿verdad, Livia?

–Sí –respondió, tal vez con demasiado ímpetu–. Por un favor. –En ese instante reparó en que su reacción atropellada la había hecho incurrir en una construcción un tanto extraña, que corrió a rectificar–: Sí, por favor.

–La verdad es que no estaría mal que Sean tuviese al fin un compañero de su tamaño. Me parece bien. ¿Cuántos días a la semana podrías venir?

Aquello la sorprendió: suponía que Sean tendría montones de amigos con los que entrenar. Cientos, había imaginado. ¿Quién no iba a querer aprender *jiu-jitsu*? Sacudió la cabeza, pues no había entendido bien la pregunta.

–Todos los que puedas enseñarme.

Malcolm enarcó las cejas.

–Sean y yo entrenamos todos los días. Si tú también lo haces, te puedo asegurar que vas a aprender rápido. Pero ¿vas a tener tiempo, con todas las tareas? ¿Les parecerá bien a tus padres?

Livia se estremeció de pronto. No había pensado en eso. Tenía claro que al señor Lone no le iba a hacer ninguna gracia que estuviese tanto tiempo fuera de casa, y, por supuesto, jamás iba a permitir que aprendiese algo que podría usar para defenderse. Sin embargo, debía encontrar el modo de lograrlo. No tenía más remedio.

Malcolm, que debió de percibir su inquietud, le preguntó:

–¿Quieres hablar primero con ellos?

–En realidad no son mis padres –respondió ella, aterrada ante la idea de poder estar cometiendo un error al revelárselo–. Soy... Estoy viviendo en casa de los señores Lone.

–Vaya –dijo él con un movimiento de cabeza largo y significativo–. He oído hablar de ti. Tú eres la niña que han adoptado los Lone, ¿no?

Odiaba que la llamasen así, porque aquello daba la impresión de que

fuese propiedad de su benefactor. Aun así, movió la cabeza en señal de asentimiento.

–Yo veo al señor Lone todos los días en el trabajo. Si quieres, puedo preguntárselo de tu parte.

Por algún motivo, aquella idea la aterraba.

–No... No creo que sirva de mucho.

Él sonrió con un gesto amable y confiado que la calmó pese a sí misma.

–Yo no me preocuparía por eso –dijo–. Es verdad que él es el jefe; pero te sorprendería saber lo difícil que es encontrar a alguien con mis capacidades, que da la casualidad de que son las que se necesitan en esa fábrica de munición gigante que tiene él. ¡Si puso a un cazatalentos a buscar a alguien como yo durante casi medio año! Seguro que lo convengo. Eso sí: con dos condiciones.

–¿Cuáles? –quiso saber ella, preocupada de nuevo.

–La primera es que no afecte a tus notas. Imagino que esa va a ser la primera objeción del señor Lone y voy a tener que ser capaz de convencerlo de que puede estar tranquilo.

–Lo prometo –dijo Livia sin dudar.

–La segunda es que, sea cual sea el número de días a la semana que entrenemos, cuando estés en el tatami quiero que te entregues por completo. Esto no es ningún gimnasio de centro comercial: Sean y yo entrenamos a fondo; nos entregamos por completo. Y, si vamos a practicar juntos, necesito que tú también te comprometas. Si te parece que te estoy pidiendo demasiado, que no te dé vergüenza decir que no; pero mi tiempo es valioso y prefiero que decidas ahora a que me defraudes más adelante.

La niña tampoco titubeó.

–No voy a defraudarte, te lo prometo.

Malcolm hizo un gesto de aprobación.

–¿Sabes? Tengo la sensación de que es verdad. –Dicho esto, abrió la puerta de garaje–. En fin, ¿estás lista? Supongo que no pasa nada si hacemos una sesión de prueba antes de que el señor Lone nos apruebe algo a más largo plazo.

Entraron. Livia no había visto nunca nada semejante. Dentro no había un solo vehículo y el suelo estaba cubierto con un tapiz acolchado. Alrededor del centro había varios artefactos como sacos recubiertos de cuero y colgados del techo con cadenas, un poste grueso de madera del que salían palos a modo de brazos y piernas, poleas con pesas y cuerdas de escalada. Malcolm

tomó una chaqueta blanca de una percha de la pared y se la dio.

–Este está limpio –dijo–. Es de Sean, pero seguro que te está bien.

Ella ponderó la prenda, que era suave y sorprendentemente pesada.

–¿Qué es?

–Un kimono de *jiu-jitsu*. A veces entrenamos sin él, pero para empezar es mejor así. Ahí tienes un baño. ¿Por qué no te cambias tú dentro? Sean y yo nos cambiaremos aquí y, en cuanto estemos listos, empezamos. ¿Te parece bien?

Ella asintió antes de correr exultante al cuartito. Se disponía a cerrar la puerta cuando oyó a Malcolm musitar:

–¡Demonios, hijo!

Y a Sean responder en tono exasperado:

–¡Papá!

Y aunque no sabía bien lo que podía significar, hubo algo en la escena que la hizo sonreír.

CAPÍTULO 28

ENTONCES

Aquel primer día, Malcolm enseñó a Livia las posiciones fundamentales del *jiu-jitsu*: la montada, que consistía en sentarse a horcajadas sobre el pecho del oponente; la guardia, en la que, estando de espaldas en el suelo, se envuelve al rival con las piernas, y el agarre por la espalda, en el que se rodea al otro con las piernas desde atrás. Cuanto le explicó le sonaba de maravilla. El *jiu-jitsu* era como un idioma que su cuerpo hubiera conocido desde siempre: solo necesitaba oírlo para entenderlo.

La aterraba la idea de que el señor Lone no le permitiera entrenar. Así que cuando él entró en su cuarto a la noche siguiente para preguntarle de qué iba «eso del *jiu-jitsu*», estaba más que preparada. Cerró el libro de texto que estaba estudiando en la cama y, tras incorporarse, respondió con estudiada indiferencia:

–A Sean, el nuevo, le gusta y, como no tengo más amigos...

Llevaba ya más de un semestre en la escuela y, dada la importancia que daba el señor Lone a las apariencias, sabía que le preocuparía que pudiera parecer extraño a otros que su hija adoptiva no tuviera amistades, por más que él lo prefiriese así.

–Eso me ha dicho su padre. Pero es de lucha, ¿no?

Esta era la parte que más temía: que él se negase a dejarla practicar con Sean y Malcolm para que no aprendiera a defenderse. Sin embargo, al ver cómo la estaba mirando en aquel momento, reparó en que, pese a la pregunta, no se lo había tomado muy en serio. A su lado era todo un gigantón: nunca habría podido imaginar siquiera que la chiquilla nerviosa que tenía ante él pudiese dar con un modo de protegerse.

Por no hablar ya de hacer daño a nadie mientras lo intentaba.

–Eso parece –contestó–; pero es que así puedo estar con un amigo.

Durante la pausa prolongada que siguió a sus palabras, Livia hizo cuanto pudo por no dejar que le asomara al rostro su inquietud. Ignoraba lo que hacer en caso de que la respuesta fuera negativa. De hecho, ni lograba imaginar la situación.

–De acuerdo –dijo él al fin–. El padre de Sean ha sido muy persuasivo con los beneficios que tiene para la salud y, además, quiere tanto como yo que su hijo tenga amigos.

Tales fueron la alegría y el alivio que sintió ante su respuesta que ni siquiera se molestó al oírlo mentir: él no quería que tuviese amigos, sino que pensaba que, a fin de cuentas, le convenía aceptarlo. Además, resultaba interesante que Malcolm le hubiese insistido más en su carácter de ejercicio saludable que en su condición de arte marcial. ¿Se habría dado cuenta quizá de que al señor Lone no le iba a gustar esto último?

–Confío en Malcolm –añadió–. ¿Ves lo importante que es la confianza?

–Sí –contestó ella.

Él miró al pasillo y, a continuación, la miró de nuevo a ella.

–Eso sí: hay varias clases de confianza. Yo confío en Malcolm como empleado mío y tú podrás confiar en él como maestro; pero la confianza que tenemos tú y yo es diferente. El modo como nos conocemos es diferente. No te tengo que recordar que lo que compartimos nosotros no podemos compartirlo con nadie más; ¿verdad? Porque nadie te creería si tratases de hablarles de lo nuestro. Es demasiado especial para que nadie pueda llegar siquiera a entenderlo. Por no hablar de que pondría en peligro a Nason.

Livia no sabía ya qué pensar al respecto. Podía ser que el señor Lone supiera dónde estaba o estuviese mintiendo. Como, de todos modos, no podía esperar que le dijera si era o no verdad, intentó no pensar en ello y centrar sus esperanzas en Rick.

–Lo sé –aseveró–. No se lo cuento a nadie.

–No se lo *contarás* a nadie.

Detestaba que su inglés empeorase cuando hablaba con él. Con todo, se sobrepuso y dijo:

–No se lo contaré a nadie.

–Entonces –dijo él satisfecho– puedes ir a clases de *jiu-jitsu*. En cuanto salgas de la escuela, y te quiero en casa a las cinco y media a lo sumo.

Reprimió la sensación triunfal que la invadía.

–Sí: a las cinco y media. Y los sábados y domingos por la mañana. –

Previendo su objeción, añadió—: Si bajan mis notas, lo dejo. Lo *dejaré*.

—Si bajan, se acabó: quiero verlo todo sobresaliente, igual que en la última evaluación.

—De acuerdo.

La miró con aire receloso, como si percibiese que le ocultaba algo, que no se lo había dicho todo. Entonces se oyó a la señora Lone anunciar desde la planta de abajo:

—Me voy al club de *bridge*. No me esperéis en unas cuantas horas.

Cuando se cerró la puerta principal se apoderó del rostro del señor Lone cierto rubor. Miró al baño y, a continuación, la miró a ella. Livia apretó las mandíbulas y, tras ponerse en pie, se dirigió a dicho cuarto seguida de cerca por los pasos de él.

Durante el proceso, trató, como siempre, de pensar en otra cosa e imaginarse en otro lugar. Esta vez se centró en el día en que usaría el *jiu-jitsu* tal como lo había empleado Sean. Eso sí, este había avisado a Eric; le había dado una oportunidad. Ella, sin embargo, no pensaba hacer tal cosa: le partiría el brazo sin contemplaciones.

De entrada.

CAPÍTULO 29

AHORA

Durante el resto del día, mientras seguía la pista a otras posibles víctimas de su violador del aeropuerto, no perdió de vista la localización del teléfono de Masnick que ofrecía el Gossamer modificado. Aquella misma noche lo ubicó en Saltwater Park, en la playa de Richmond. Había estado en lo cierto: que estuviese enamorado de Jardin no quería decir que le fuese fiel. Confirmó que no había otros teléfonos de los Hammerhead en los alrededores. Perfecto. Que no llevase refuerzos quería decir que no sospechaba nada... y que no tenía planes de acometer una violación colectiva: Masnick solo pretendía conocer algo mejor a su nueva vecina... y quizá probar suerte a continuación.

Usó la funda con pinza dentada para sujetar el Vaari, su cuchillo de hoja fija, en el bolsillo lateral de unos pantalones de faena, metió la Glock en una cartuchera de faja, se puso encima un forro polar holgado y subió al Jeep.

Aunque el cielo se había encapotado en el momento en que llegó, al oeste seguía despejado, manchado de rosa, y cuando caminó hacia la playa había empezado a ocultarse el sol tras el horizonte. En la orilla paseaba una docena aproximada de personas, algunas con perros, y el sonido de sus conversaciones y los ocasionales ladridos se perdían en la inmensidad del estrecho de Puget. Se sentó en un banco desde el que se dominaba la escena, escondió la Glock bajo uno de sus muslos y esperó.

El rosado del cielo empezaba a verse sustituido por la creciente oscuridad cuando llegó Masnick paseando por el sendero que quedaba a la izquierda de ella. Al verla la saludó agitando el brazo.

—¡Vaya! —dijo al acercarse—. Tenía la esperanza de tropezar contigo. ¿Le harías un huequecito a un hombre exhausto?

–Claro, por favor –respondió mientras señalaba el espacio que quedaba a su lado.

Él se sentó y miró a su alrededor.

–¿Y tu chucho?

Ella lo miró para confesar:

–La verdad, Mike, es que no tengo perro.

Él arrugó la frente.

–¿Que no tienes chucho? ¿Y por qué me has dicho que sí?

–El perro era algo así como un pretexto para conseguir quedar contigo en privado. Dudo que quieras que nadie más pueda escuchar nuestra conversación.

–¿De qué demonios estás hablando?

–De Jenny Jardin. Ya sabes: la mujer de Tyler el Hierba.

Él se puso blanco.

–¿Qué diablos es esto?

–Relájate, Mike. Yo estoy de tu lado; suponiendo, claro, que tú estés del mío.

–Yo no estoy del lado de nadie. Quiero saber qué demonios quieres, Suzy o como te llames.

–Livia, Livia Lone, de la policía de Seattle. –Sacó la placa de debajo del forro polar.

Él miró un instante la identificación y, acto seguido, se puso en pie y se inclinó hacia ella.

–¿De verdad crees que me vas a manejar con la primera estupidez que se te ocurra sobre la mujer de quien sea? ¿Crees que te va a creer nadie, mentirosa de mierda? Debería metértela en la boca ahora que te tengo aquí sentada. Llama a mis hermanos, que seguro que también quieren probar. Íbamos a darte bien lo tuyo.

Ella sonrió, sacó con cuidado la Glock y lo encañonó con ella.

–Seguro que eres muy capaz, Mike; pero inténtalo y te atravieso ese corazoncito tramposo que tienes. Saldrías perdiendo tú, porque yo estoy acostumbrada al papeleo. Conque ¡tú sabrás!

Él miró la pistola y volvió a mirarla a ella.

–¿Sabes? Tengo mejores cosas que hacer que escuchar a una policía tarada diciendo tonterías.

Como farol no estaba mal, pero ella sabía que no lo iba a mantener. Solo tenía que enseñarle quién llevaba la mejor mano. Sacó la grabadora

barata en la que había grabado la conversación.

—¿Por qué no escuchas esto? —le dijo—. Luego vemos lo que puede hacerse.

Dicho esto, la puso en marcha y lo observó mientras se le llenaban los ojos de rabia.

CAPÍTULO 30

ENTONCES

Livia entrenó con Sean y Malcolm dos horas al día y siete días a la semana. No se cansaba del *jiu-jitsu*. Malcolm le prestaba libros sobre el tema y ella los estudiaba en su dormitorio, cerrando los ojos e imitando las técnicas que ilustraban las fotografías, imaginando que las empleaba contra Calavera, Barbasucia y Cabeza Cuadrada para partirles los codos, las rodillas y el cuello. Cuando acabó el segundo semestre casi había alcanzado a Sean, sobre todo en la posición de guardia, su favorita, con la espalda en el suelo y las piernas alrededor del torso de su atacante. Y todo eso sin dejar de sacarlo todo sobresaliente.

Los abusos hacía tiempo que los habían dejado tranquilos, aunque los compañeros se burlaban de cuando en cuando de ellos porque pasaban mucho tiempo juntos, decían que estaban «haciéndolo» y se reían mientras hacían gestos obscenos al verlos salir a la vez de la escuela para ir a casa de Sean. A Livia no le importaba nada de esto desde que tenía el *jiu-jitsu*.

Rick había vuelto a visitar la casa de los Lone, y lo había hecho con la fotografía. La policía tailandesa había interrogado a los padres de Livia y ellos habían asegurado estar convencidos de que las niñas iban a que les diesen trabajo en Bangkok y negaban haber recibido dinero por ellas. Rick le prometió que no se les había dicho nada de su paradero ni de cómo dar con ella, pero también le hizo saber que podía informarlos en caso de que cambiara de opinión. Ella sabía que Rick tenía buenas intenciones, y también que no iba a cambiar nunca de opinión.

Él le había preguntado de nuevo si iba todo bien. El modo como la miraba en aquellas ocasiones y la preocupación de su gesto le hacían pensar que sospechaba lo que ocurría con el señor Lone. Ella, sin embargo, tenía

miedo de contarlo. No sabía lo que podía ocurrir si lo hacía. Si sería perjudicial para Nason o sería malo en cualquier otro sentido. Además, podía ser que el señor Lone estuviera en lo cierto: nadie iba a creerla. Dirían que estaba teniendo pesadillas provocadas por su «calvario» e incluía en ellas a su benefactor, o algo por el estilo. Prefería seguir soportando lo que ocurría en el cuarto de baño a asumir riesgos.

Tumbada en la cama, después de acabar los deberes, pensaba en lo que le había dicho Rick: que la banda de un tal Tyler el Hierba o quienquiera que la había contratado tenía compradores en Llewellyn o más al este. Compradores. Eso explicaba la comida y las mantas, así como que no hubiesen hecho daño a los niños. Es verdad que habían azotado a Kai, el muchacho hmong, cuando había tratado de escapar; pero en realidad no lo habían dañado, al menos en cuanto producto que planeaban vender. Lo mismo podía decir de ella: lo que la habían obligado a hacer por la noche en la cubierta del barco no le había dejado marcas visibles. Nadie sabría cómo la habían utilizado de camino a Portland.

Sin embargo, a Nason sí que la habían herido. Y mucho. ¿Por qué? ¿Por qué dañar su propia mercancía? «Para castigarte a ti –pensó–. Porque tú los atacaste y le cortaste el ojo a Calavera.» Se cubrió el rostro y se echó a llorar en silencio. «Eso no, por favor.» ¿Y qué otra cosa podía ser? Quizá no habían querido hacerle daño, sino solo utilizarla como a ella; pero estaban borrachos, y Livia los había puesto furiosos. Había sido culpa suya. Lo que le había ocurrido a Nason había sido culpa suya.

Las más de las veces podía apartar de sí semejante pensamiento. Cuando le resultaba imposible, deseaba dejar de vivir. Dejar de comer, tal como había planeado en el barco. Por la mañana, no obstante, se encontraba menos aterrada y acababa por hallar un modo de tomar el desayuno. Había sido cobarde muchas veces; pero querer dejar de comer y dejarse morir cuando Nason podía necesitarla aún habría sido más que eso: habría sido un crimen.

Se aferró al *jiu-jitsu* como un náufrago a su tabla. Ella y Sean entrenaron con más ahínco aún durante el verano: cuatro horas en lugar de dos. A veces, más. Livia iba a su casa después de comer para practicar hasta que llegase Malcolm y después seguían con él casi hasta que caía la tarde. A veces, Malcolm le preguntaba si quería quedarse a cenar; pero ella, pese a estar deseándolo, sabía también que al señor Lone no le iba a gustar la idea. Por lo tanto, le decía que él y la señora querían que estuviese en casa a la hora

de la cena, y Malcolm no insistía.

A veces, mientras Livia y Sean se ejercitaban, Malcolm daba puñetazos y patadas a los distintos sacos de cuero, incluido uno que tenía forma de lágrima y que él golpeaba a gran velocidad. Ella le dijo que también quería aprender a hacer esas cosas y él le enseñó a generar potencia y a golpear con codos y rodillas, que, al ser más pequeños y duros que las manos y los pies, podían hacer más daño con menos riesgo de lesión. Livia tomó al principio aquellas técnicas con demasiado entusiasmo y acabó con la piel en carne viva. Las heridas, sin embargo, sanaron y se encallecieron con el tiempo, igual habían hecho sus dedos de tanto asir y girar el pesado kimono de algodón; de modo que no tardó en ser capaz de golpear tanto y tan fuerte como quisiera.

Cuando el verano tocaba a su fin, Livia podía derrotar a Sean cada vez que se enfrentaban. Tras la primera vez, él se había refugiado en un silencio poco habitual; pero Malcolm debió de hablar con él, porque en las siguientes ocasiones se había mostrado siempre amable. Sean era más fuerte, pero ella se había vuelto más técnica y, como les había dicho siempre Malcolm, una técnica lo suficientemente desarrollada podía derrotar a la fuerza.

–De todos modos, si queréis seguir mejorando –les hizo saber– tenéis que empezar a buscar otros oponentes. Creo que este otoño deberíais entrar los dos en el equipo de lucha. No es lo mismo que el *jiu-jitsu*, pero está muy bien.

Livia no parecía convencida.

–Pero... ¿hay niñas?

Malcolm se encogió de hombros.

–Que yo sepa, no; pero eso no quiere decir que no se pueda, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, aunque la idea la inquietaba. Las clases de *jiu-jitsu* eran una cosa privada que compartían los tres en el garaje de Malcolm. Si luchaba, estaría con todo un equipo. Habría combates, público... Estaría a la vista de todo el mundo y a ella le gustaba pasar inadvertida, porque resultaba más seguro.

–Livia, tú estarás en la categoría de los cuarenta y cinco kilos, y tú, Sean, en la de los cincuenta. Tendréis que aprender derribos, reglas diferentes y hábitos nuevos; pero yo os puedo enseñar lo básico. Me extrañaría que, aun siendo nuevos, no os metiesen en el equipo del instituto. La experiencia que adquiriréis en la lucha os dará fuerza en el *jiu-jitsu*.

La pequeña no necesitó más explicaciones.

CAPÍTULO 31

ENTONCES

Malcolm tenía razón: los dos entraron en el equipo pese a ser de primer año. Sean era bueno, pero Livia era mejor: no sufrió una sola derrota en su categoría en las rondas preliminares y perdió solo ante un oponente más fuerte y experimentado en las semifinales del torneo estatal; lo que la situó en el tercer puesto en la clasificación general del estado. La gente dejó de reírse de ella y, de alguna manera, la palabra lahu, que habían usado los abusones para zaherirla, se convirtió en algo así como un grito de guerra que coreaban los aficionados de Llewellyn en el graderío (¡La-hu, La-hu!) para animarla cuando salía a combatir.

Aquella popularidad creciente resultaba perturbadora. Todavía no había perdido su timidez. Todavía no había superado el miedo a que le arrebataran cuanto pudiese tener en un instante tan repentino como horrible. Y el secreto de lo que la habían obligado a hacer durante el viaje a Portland, y de lo que aún la forzaba a hacer el señor Lone en su propia casa, hacía que se sintiera avergonzada y apartada. Sabía que no iba a entenderlo nadie; que, si alguien lo averiguaba en algún momento, la tratarían como un ser enfermo y contaminado. Y lo más horrible era que sabía que estarían en lo cierto: estaba contaminada, mancillada. Peor aún: era una fracasada, un fiasco, porque no solo no había sido capaz de proteger a Nason, sino que había incitado a Calavera y a sus hombres a hacerle un daño atroz; tanto, que la mente de su pajarito había... echado a volar sin más. El único modo que tenía de soportar el asco que se daba a sí misma en ocasiones consistía en erigir un muro a su alrededor centrándose en la escuela, el *jiu-jitsu* y la lucha. Sin embargo, aquella defensa se desmoronaría si alguien llegase a conocer la verdad. Y nunca, jamás, pensaba dejar que ocurriera tal cosa.

En su mayoría, sus compañeros varones parecían intimidados por aquella chiquilla avezada a derrotar a los niños sobre el tatami. Sin embargo, a algunos no parecía importarles tanto, y hubo quienes empezaron a querer salir con ella. Ella siempre les decía que no tenía tiempo. A veces le preguntaban si Sean era su novio. Este había dejado de tartamudear como quien deja atrás su infancia y ya nadie se reía de él. Ella siempre respondía que no: Sean era su amigo y su compañero de *jiu-jitsu*; nada más. Lo decía porque era cierto, aunque a veces lo sorprendía mirándola de un modo que la hacía dudar. Los más impertinentes le preguntaban si no sería que le gustaban las chicas. Ella creía que no: no le gustaba nadie. Cuanto sabía del sexo era doloroso, humillante y repulsivo. No entendía qué veía todo el mundo de fascinante en él. Lo único que deseaba con más fuerza que ver al señor Lone cansándose de ella era dar con Nason. Le habría encantado verse alejada de toda relación con el sexo durante el resto de su vida.

En las rondas preliminares de su segundo año también resultó invicta. El diario publicó artículos sobre ella en la que la describían como un «fenómeno». Los periodistas la entrevistaban una y otra vez. En tales ocasiones se aseguraban de dejar claro lo maravilloso que era que los Lone la hubiesen acogido y de preguntarle si atribuía al menos parte de su éxito al ejemplo de trabajador incansable de su benefactor. Ella trataba de decir lo menos posible por miedo a causar problemas si hacía un comentario poco afortunado.

A veces acudía a los combates el señor Lone. Ella prefería que no lo hiciera, porque resultaba asqueroso que la observara haciendo algo que amaba tanto. Y aunque cada vez se había convencido más de que él nunca iba a considerarla otra cosa que una niña indefensa, seguía sin considerar muy buena idea que la viese hacer morder el polvo a rivales del sexo opuesto, por más que fueran adolescentes de su tamaño y no hombres altos y maduros como él.

De hecho, lejos de parecer preocupado por su pericia sobre el tatami, daba la impresión de disfrutar con ella. Lo cierto es que no cabía extrañarse: nadie dudaba en atribuirle los éxitos de la pequeña. Uno de sus profesores le había hablado del mito griego del rey Midas, que trocaba en oro cuanto tocaba, y, aunque versaba sobre una maldición, no sobre una dicha, ella estaba convencida de que el señor Lone deseaba que lo viesen así: como alguien capaz de convertirlo todo en aquel metal precioso. Presumía de

negocio, de dinero y, ahora, también de aquella niña lahu que había adoptado, aquel prodigio para la lucha que, además, no bajaba del sobresaliente en los estudios. La irritaba verlo disfrutar de aquella gloria que no le pertenecía. Sin embargo, trataba de no pensar demasiado en ello y trataba de hacer el menor caso posible a su presencia cuando lo veía en las gradas. Se había habituado a reprimir sus sentimientos cuando hacía lo del cuarto de baño y no resultaba difícil acallarlos en cualquier otra situación.

Livia y Sean fueron los únicos luchadores de Llewellyn que lograron clasificarse aquel año para el campeonato estatal, en las categorías de cincuenta y cincuenta y cinco kilos respectivamente. Él quedó cuarto y ella segunda al verse inmovilizada contra el suelo, de nuevo por alguien mayor que ella, en la tercera ronda de las finales. Cuando dejó el tatami, furiosa consigo misma y a punto de llorar, no solo por haber perdido, sino por el horror que le producía la forma en que lo había hecho, la estaban esperando los periodistas. Respiró hondo para tranquilizarse.

Después de atender a quienes deseaban entrevistarla y felicitarla, comenzado ya el combate siguiente, se apartó a un rincón del gimnasio para hacer sus estiramientos. Había visto al señor Lone entre el público, pero eran raras las veces que se acercaba a hablar con ella en aquellas ocasiones, pues sabía que la pequeña iba a hacer caso omiso de su presencia. Quienes caminaban en aquel momento hacia ella eran Sean y su padre, quien los había llevado a ambos al torneo. Dobló la cintura para tocarse los dedos de los pies y se tomó un instante para recobrase, pues al verlos a los dos había empezado a emocionarse de nuevo.

Cuando estuvo lista, volvió a erguirse. Los dos se habían detenido a poco más de un metro y la observaban con gesto respetuoso. No se acercaron a abrazarla, ya que sabían que, fuera del tatami, no quería que la tocasen.

–Has estado impresionante.

Aunque ella no lo creía, lo cierto es que no podía decirlo sin menospreciarlo a él de forma implícita, pues, al cabo, no había llegado a la final. Por lo tanto, se limitó a decir:

–Tú también.

–No, no: lo tuyo ha sido impresionante de verdad.

Tanta sinceridad había en sus palabras que Livia no pudo evitar sonreír.

–Gracias.

–Felicidades, pequeña –dijo Malcolm–. No hemos querido venir antes por no robarte ese momento con tus admiradores. Te adoran.

Aquello fue a dilatar su sonrisa.

–¿Quieres algo? –preguntó Sean.

Ella reparó en que tenía sed.

–Pues la verdad es que no me vendría mal un Gatorade.

–Voy por uno al puesto. ¿Tú quieres algo, papá?

Malcolm meneó la cabeza.

–Estoy bien.

–De acuerdo. ¡Ahora vuelvo!

Sean se alejó y Malcolm lo observó un instante antes de volverse de nuevo hacia Livia.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó.

Ella se encogió de hombros. Él la miraba de un modo... y la niña sabía que, si intentaba decir algo, se echaría a llorar.

–¿Te odias por haber perdido?

Ella asintió con la cabeza mientras sentía que se le llenaban de lágrimas los ojos.

–Me ha inmovilizado contra el suelo –masculló.

Malcolm se puso en cuclillas para quedar por debajo de su altura.

–Pequeña –dijo con una voz emocionada que la sorprendió–. Si fueras mi hija, no podría estar más orgulloso de ti.

Ella pestañeó por tratar en vano de contener las lágrimas.

–Pero he perdido.

–No, has ganado. Has ganado cada uno de los combates de esta temporada hasta llegar a este. Y ese muchacho es mayor que tú, tiene dos años más de experiencia y mucha más fuerza en el torso. Ten en cuenta que los niños no van a hacerse más fuertes. Sin embargo, tú no dejas de mejorar tu técnica. El año que viene será tu año. Y el siguiente, también: ya no hay quien te detenga. Y te puedo asegurar que no van a volver a inmovilizarte en el suelo. Créeme.

Ella deseaba hacerlo. Aquello hizo que llorase más aún.

–Quiero que sepas una cosa –dijo él–. Solo la voy a decir una vez y porque no está Sean.

Ella se enjugó las lágrimas con la manga de la sudadera y lo miró con gesto confundido.

–Has sido muy buena amiga para mi hijo; la mejor que ha tenido nunca. Y no estoy en posición ni tengo intención de compararos. Os quiero a los dos.

Livia había oído decirle eso antes a Sean, pero nunca a ella. Ni siquiera

sus propios padres se lo habían dicho jamás: no era común entre los lahu. De todos modos, por supuesto, aunque lo hubieran hecho, a esas alturas ella sabría que habían mentido. Sin embargo, cuando lo decía Malcolm... resultaba desconcertante. Lo creía, pero no quería hacerlo. Oírsele la hacía sentir bien y la entristecía al mismo tiempo. Era como si las palabras de él estuvieran tirando de algo que ella quería dejar escapar sin lograrlo.

–La cosa –prosiguió Malcolm– es que Sean tiene talento. Mucho. Y además no le falta disciplina.

–Lo sé.

Él negó con la cabeza.

–Pero no como tú. Como tú solo hay una entre un millón. Eres la clase de atleta que la mayoría de los entrenadores pasan toda una vida esperando, en vano casi siempre. –Dirigió la mirada al suelo para volver a posarla en ella al instante–. Lo más seguro es que Sean compita siendo universitario. Todavía no lo ha decidido, pero, si lo hace, sé que va a ser bueno y va a tener todo mi apoyo.

Livia no entendía qué estaba intentando decirle.

–Lo sé –repitió.

La mirada de él era intensa, casi feroz.

–Pero tú puedes ser mejor que buena, Livia. Tu talento podría llevarte a donde tú quisieras. A cualquier parte. A lo más alto. No sé si eres consciente, pero quiero que lo sepas. Tal vez no te lo dice nadie más, y eso sería una lástima, porque a veces necesitamos que nos lo diga alguien más. Por eso te lo digo yo, ¿de acuerdo? No importa lo lejos que quieras llegar: tienes el billete de tu talento. Y si no lo crees, estás cometiendo el peor error que pueda imaginar.

Ella se echó a llorar de nuevo. Quería pensar, con todas sus fuerzas, que hablaba en serio; creer que, pese a todo lo demás, tenía algo que podía considerarse especial, valioso.

–Sabes que lo digo de verdad, ¿no?

Ella asintió con aire poco convencido.

–¿Te he dicho alguna vez algo que resultara no ser cierto?

Livia agitó la cabeza.

–Quiero oírtelo decir.

Ella se aclaró la garganta y lo miró:

–Te creo.

–Bien. Sin embargo, hay algo más importante que eso.

–¿Qué? –preguntó ella sin apartar la mirada.

Él la señaló con un dedo.

–Que creas en ti misma. Pase lo que pase. ¿Me entiendes? Tienes que creer en ti misma y saber que no hay nada que te vaya a detener jamás.

Quería darle las gracias, pero se le había hecho un nudo en la garganta que retenía las palabras. Lo único que lograba hacer era asentir con la cabeza. Con todo, no hacía falta nada más. Malcolm puso una mano de ella entre las suyas y la estrechó. Ella estuvo a punto de apartarla por costumbre, pero no lo hizo: estaba bien.

–La vida te va a sonreír, pequeña. Tienes quien se preocupe por ti.

Livia vio llegar a Sean y apartó la mano para secarse la cara.

–¡Oye! –dijo su amigo, y la inquietud que leyó en sus ojos amenazó con provocarle otro llanto.

El recién llegado le tendió el Gatorade. Ella desenroscó el tapón, se llevó la botella a los labios, inclinó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y bebió. Cuando había dado cuenta de la mitad de la bebida recobró el dominio de sí misma. Se llenó los pulmones de aire y dijo:

–Gracias.

Sean agitó la cabeza.

–El año que viene vas a ganar todos los combates, Livia. Campeona estatal, seguro.

Ella consiguió sonreír.

–Hablas igual que tu padre –dijo.

Todos se echaron a reír.

En el viaje de vuelta, desde el asiento de atrás del vehículo de Malcolm se preguntó si de veras podría llegar a ser tan buena como había dicho él. No dudaba de que hablaba en serio, pero, al mismo tiempo... Había algo malo en ella, algo que había provocado tantas desgracias, para ella y, sobre todo, para Nason. Conseguía olvidarlo cuando entrenaba y cuando competía, y a veces también cuando dormía, siempre que no tuviera pesadillas.

Sin embargo, nunca desaparecía del todo. Siempre estaba presente y ella sabía que nunca la iba a abandonar.

CAPÍTULO 32

ENTONCES

Katy, una animadora, celebraba una fiesta en su casa tras el campeonato y los había invitado a los dos. Sean pidió por favor a Livia que lo acompañase y ella, aunque en realidad no deseaba asistir, no había olvidado nunca la vergüenza de no haberlo ayudado cuando lo habían abordado Eric y sus matones. Sean era su amigo, su único amigo, y, si quería ir a esa fiesta estúpida, ella iría con él.

Sin embargo, aquella ocasión se convirtió en una sorpresa muy agradable. Todo el mundo la trató con amabilidad. La felicitaron, le hicieron ver lo orgullosos que estaban de ella y le confiaron que estaban convencidos de que iba a erigirse en campeona estatal al año siguiente. Hasta Eric, el abusón, que se preparaba ya para la universidad, se acercó para pedirle perdón por haber sido «tan imbécil» con ella durante su llegada a Llewellyn. Ella le respondió que no tenía de qué preocuparse, pero lo cierto es que sus disculpas no tenían ningún significado para ella: lo que contaba para Livia eran los hechos, no las palabras.

Tras beber de la fuente de ponche que había en la fiesta se sintió extraña: ligera, relajada, feliz. Todo le resultaba divertido y grato. Iba a tomar una segunda taza cuando Sean le advirtió que tuviera cuidado, porque estaba «aliñado».

—¿Aliñado? —preguntó ella.

—Le han puesto vodka. No lo notas por el zumo de frutas, pero está. — Sonrió—. Yo también he tomado.

Livia se sentía desorientada. ¿Así se sentía uno con el alcohol? Pues resultaba agradable, al contrario de lo que había esperado: siempre había creído que solo servía para hacer crueles, violentos y repulsivos a quienes lo

tomaban.

–¿No será que depende más de la persona que del alcohol? –dijo en voz alta.

Sean soltó una risotada.

–¿Qué?

Ella reparó en lo extraño que debía de haber sonado y notó que se sonrojaba.

–Nada.

Él la miró más de cerca.

–Creo que estás un pelín achispada.

–Quizá. –Las mejillas le ardían.

–Me gusta: creo que nunca te había visto reír tanto como esta noche.

Ella se dio cuenta de que tenía razón: no reía mucho. De pequeña, sí; antes de que apareciese ante su casa la furgoneta blanca, de que ocurriese todo. Antes de que perdiera a Nason. En ese instante se sintió avergonzada de pronto.

Sean debió de percibir aquel cambio de humor, porque dijo:

–Lo siento: solo quería decir que... No lo sé; que me gusta verte feliz. Me gusta mucho.

–Tengo que irme –dijo ella.

–Lo siento –repitió él.

Ella agitó la cabeza.

–No es por ti. No es por nada.

–¿Me dejas que te acompañe a casa?

No estaba segura de querer compañía, ni siquiera de Sean; pero sabía que se había preocupado por aquel cambio repentino de su estado de ánimo y no quería que pensase que era culpa suya.

A poco menos de un kilómetro de la residencia de los Lone había un colegio. A veces, Sean la acompañaba a casa después de entrenar en su garaje; pero a ella no le gustaba que la llevase hasta la misma puerta y normalmente era aquel el punto en el que se despedían. Sin embargo, aquella noche, por el motivo que fuese, acabaron sentados en los columpios que había a espaldas del centro escolar, balanceándose apenas unos centímetros y acompañados por el ligero chirriar de las cadenas de metal y por la luna llena que brillaba con fuerza sobre sus cabezas. Hacía mucho menos frío de lo que era común en Llewellyn en el mes de marzo y los dos llevaban los gorros en el bolsillo y los abrigos desabrochados. Livia cerró los ojos para disfrutar

mejor del leve viento que le acariciaba las mejillas, del olor del aire nocturno y de la sensación de estar bañada en la luz de la luna.

Ni siquiera los abrió al advertir que la estaba mirando Sean. Este rompió el silencio tras unos instantes:

–Lo siento si he dicho algo inoportuno antes.

Ella se sintió triste ante el convencimiento de que había sido su propia culpa. Sin embargo, no tenía modo alguno de explicarlo; conque se limitó a decir:

–Siento no reírme lo bastante.

–Te ríes lo suficiente.

Ella soltó una carcajada, porque no era cierto.

–¿Lo ves? –dijo él y provocó otra risotada por parte de ella.

Sentaba muy bien reír, pero en ese momento volvió a pensar en Nason y se dijo que no debería estar haciéndolo.

–¿Puedo contarte algo que me ha fastidiado siempre? –le preguntó, alentada por la ayuda que le brindaba el que estuvieran sentados el uno al lado del otro en los columpios y, por lo tanto, no tuviese que mirarlo a los ojos mientras hablaban.

–Puedes contarme lo que quieras.

Ella dejó escapar un suspiro.

–La primera vez que te vi... Cuando le hiciste a Eric la palanca... ¿Te acuerdas?

–¿Cómo quieres que se me olvide? –rio él.

Sí, claro que se tenía que acordar. ¡Qué pregunta tan tonta! Estuvo a un paso de echarse atrás, pero luego pensó que no decir nada sería un acto muy cobarde, cuando era precisamente su cobardía lo que iba a confesar.

–Tenía que haberte ayudado. Quiero decir: es verdad que no necesitabas ayuda, pero yo no lo sabía. Tenía... miedo.

–Normal: yo también me habría asustado.

–Conmigo también se metían y, por un segundo, cuando los vi insultándote a ti... Me alegré de que esa vez no la hubieran tomado conmigo.

–Lo miró–: Lo siento.

Por un momento se oyó solo el chirrido de las cadenas de los columpios, hasta que él dijo:

–¿De verdad has estado angustiada por eso todo este tiempo?

Ella volvió a clavar en él la mirada y espetó con furia:

–Sí.

Él sonrió.

–Es verdad que no necesitaba ayuda. Sobre todo, de la que ha quedado segunda cuando yo no he pasado de ser el cuarto.

Livia rompió a reír. Era cierto que sentaba muy bien. Lástima que no fuera capaz de hacerlo más a menudo.

Entonces volvieron a guardar silencio, hasta que Sean quiso saber:

–¿Puedo preguntarte algo?

El suave balanceo del columpio resultaba agradable, confortador. Miró a su amigo y asintió con un gesto.

–En el instituto piensan todos que tus padres han muerto y que por eso te han adoptado los Lone.

La niña volvió la cabeza para mirar a los árboles, hermosos a la luz de la luna, que los pintaba de plata y de negro.

–Pero mi padre... estuvo destinado en el Sudeste Asiático y dice que puede ser que te vendieran. ¿Es verdad eso?

A veces se preguntaba cuánto sabía y en qué grado hacía conjeturas la gente. Supuso que en aquel momento ya daba igual. Además, no quería mentir a Sean como había mentido a la policía. Con la mirada fija en la arboleda, respondió, por tanto:

–No solo a mí, sino también a mi hermana.

–Y ella ¿dónde está ahora? –lo oyó decir.

–No lo sé.

–Lo siento muchísimo, Livia.

Ella volvió a asentir y dijo en silencio: «Nason». El nombre le resultó extraño en la boca, como soso y, en cierto sentido, desconectado. Supuso que sería el alcohol.

Los dos estuvieron callados un momento.

–Mi madre –dijo al fin él– nos dejó cuando yo tenía siete años.

Ella volvió la mirada hacia él.

–Eso es terrible.

–Había conocido a un tipo en Río. Ya se había estado viendo con él antes de que volviéramos a Estados Unidos. Supongo que lo echaba de menos más de lo que quería estar conmigo y con mi padre. O conmigo.

–Río... Yo creía que era japonesa. Uenoyama, ¿no?

–Hay muchos brasileños de origen japonés. Como no tenía hermanos, mi padre les dijo a los suyos que yo llevaría su apellido para que no se perdiese. Yo quise cambiármelo cuando nos dejó, pero mi padre no estuvo de

acuerdo: no quiere que la odie, o que la olvide o lo que sea. Creo que todavía está enamorado de ella. Quiero decir, que desde que se fue no ha salido con nadie ni nada de eso.

–¿Y no...? ¿Ni siquiera se ha mantenido en contacto contigo?

–Nos dejó una nota. Durante mucho tiempo fue lo único que tuve de ella. Luego intentó llamarme, pero yo no quería hablar con ella. Ahora me manda una tarjeta de felicitación por mi cumpleaños. Ni la abro: la tiro directamente.

Guardaron silencio una vez más, hasta que él prosiguió:

–Estuve mucho tiempo fastidiado. Tenía ataques de ansiedad, perdí peso y empecé a tartamudear. Ahí fue cuando mi padre hizo que me tomara en serio de verdad el *jiu-jitsu*. Diría: «¿Medio negro, medio asiático y tartamudo? ¡Aquí hay que hacer algo!». Temía que me convirtiera en la diana de todas las bofetadas. Y tenía razón.

Ella sonrió pese a que la historia era muy triste.

–Me cae muy bien tu padre.

–¿Verdad que sí? Tú a él también le caes muy bien. Me ayudó mucho a mantener a raya a los abusones, pero... no tenía ni un solo amigo. Antes de ti, claro.

–Yo tampoco tenía.

–Y ahora te has vuelto la más popular del instituto.

–Por favor.

–¡Que sí! ¿No te das cuenta? Te quieren todos.

–Si no me conocen.

–¿Y yo? ¿Yo te conozco?

Ella lo miró. Con tanta seriedad lo preguntaba que la hizo entristecer.

–En realidad, dudo que me conozca nadie de veras.

–A mí me gustaría.

Aquello la desconcertó. A una parte de ella le gustaba lo que estaba diciendo y quería escuchar más cosas así. Hasta deseaba corresponderle. Sin embargo, también le daba miedo.

–Me tengo que ir –dijo.

Puso los pies en el suelo y detuvo con las suelas el columpio. Entonces se puso de pie y se volvió hacia él, mirando al suelo, queriendo decir adiós y sin saber por qué no lo hacía. Sean se apeó también y se colocó ante ella. Tendió una mano y la posó sobre el hombro de ella. Aquello le resultó extraño, porque nunca la tocaba fuera del tatami. Ni él, ni nadie. Aun así, por

algún motivo, no se sintió molesta. «El alcohol», volvió a pensar. Advirtió que él la estaba tocando... de un modo diferente. Con sumo cuidado y solo en el hombro. Lo miró y volvió a bajar la vista con gesto desorientado. Él alzó la mano y rozó con el envés de los dedos el cabello y la mejilla de ella.

–Livia –dijo con poco más que un susurro mientras comenzaba a inclinarse hacia ella.

Ella sacudió la cabeza.

–Ten... tengo que irme.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la casa de los Lone. No quería que Sean la viese llorar.

CAPÍTULO 33

ENTONCES

Acababa de ponerse el pijama y meterse en la cama cuando se abrió la puerta del dormitorio. El señor Lone, por supuesto. Se incorporó enseguida con el corazón acelerado por la ansiedad y la repulsión. ¿Qué pretendía? Nunca hacía lo del cuarto de baño tan tarde y siempre estando ausente la señora Lone. ¿Dónde estaría?

Él permanecía en el umbral, vestido con un batín sobre la ropa de dormir y observándola.

–Has vuelto tarde –le dijo.

–Había una fiesta.

–¡Ah! Una fiesta... –Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí–.

¿Y qué? ¿Te lo has pasado bien?

–No ha estado mal.

–No sabía que te gustasen las fiestas.

–Y... y no me gustan, pero Sean quería que fuésemos.

–¡Vaya! Tu amigo Sean.

No sabía qué decir. Si había ido a verla por lo del baño, ¿por qué no lo decía y acababan cuanto antes?

Él olisqueó el aire.

–¿Huele a alcohol?

–No –dijo ella sin pensarlo.

–No me mientas, Livia –insistió él alzando un tanto la voz.

–Pa... parece que alguien le echó algo al ponche. Pero yo no lo sabía.

–¡Ah! Sin embargo, ahora sí lo sabes.

–Me lo dijeron después de que bebiera.

–¡Dios mío! ¿Todavía no has cumplido los dieciséis y estás bebiendo

alcohol? ¿En mi casa?

–No ha sido en su casa.

–Eso da igual: lo que importa es que es ilegal, Livia. Has cometido un delito y eres mi hija, luego yo soy responsable de ti. ¿Te da igual eso?

Había sentido tantas cosas aquel mismo día... Cuando Malcolm le había dicho que la quería, cuando la habían felicitado en la fiesta, cuando había hablado con Sean en el columpio sobre cosas que nunca se habían dicho, cuando le había tocado el hombro, el pelo y la mejilla y se había acercado....

Todo eso quedó destrozado en ese instante. Hecho añicos. Se lo habían arrebatado. El señor Lone caminó hacia ella y se detuvo en el borde de la cama. Podía oír su respiración y ver la prominencia que destacaba en el batín.

–Supongo que ahora eres ya mayor para casi todo, ¿no es verdad, Livia? Quizá no me había dado cuenta antes: ya eres bastante mayor.

–Por favor –dijo, y se odió a sí misma por ello.

Los resuellos de él se hacían más perceptibles. Tendió la mano para tomar la de ella y colocarla en el bulto. Ella intentó satisfacerlo solo con la mano, pero a él no le bastó y la obligó a hacer también lo otro, lo que la habían forzado a hacer Calavera y los otros con la boca.

Consiguió no llorar, pero solo lograba pensar que Sean había intentado besarla y ella había echado a correr. Había huido para encontrarse con aquello.

CAPÍTULO 34

AHORA

Acabada la grabación, Masnick tenía el rostro tan pálido que Livia no sabía decir si estaba a punto de echarse a llorar o de arremeter contra ella. A fin de ayudarlo a elegir con propiedad, lo mantuvo encañonado con la Glock y señaló al banco con la cabeza.

–¿Por qué no te sientas, Mike?

Él meneó la cabeza.

–Porque no tengo nada que decirte.

–¿No te parece –dijo ella con un suspiro– que ya hemos superado esa fase? Ya te lo he dicho: estoy de tu lado.

Él miró el arma.

–¿Siempre apuntas con una pistola para decir que estás del lado de alguien?

Ella sonrió.

–Solo cuando no tengo claro que él esté también del mío.

Él vaciló antes de sentarse con la mirada clavada en ella y sin decir nada.

Livia bajó levemente la Glock.

–A ver: los dos sabemos lo que está ocurriendo. Al Hierba le queda menos de una semana para salir y, entonces, se os acabó lo vuestro a Jenny y a ti. Eso, en el mejor de los casos, pues sería suponer que no se entera nadie. Pero ¿y si se enteran? ¿Si averiguan que uno de los Hammerhead ha estado enredando con la mujer de un hermano, para colmo mientras estaba entre rejas, nada menos que después de haber dado la cara por la banda? ¡Casi nada, Dios! Los dos sabemos cómo se paga la traición entre los Hammerhead, ¿verdad, Mike? ¿No la emprendéis a martillazos? Tengo

entendido que empezáis por los pies y vais subiendo... ¡Qué forma de morir...!

Livia alcanzaba a oír la respiración de él al pasar por sus orificios nasales. Tan aterrado estaba que sabía que no iba a ser capaz de pensar con claridad, y eso, que a veces era bueno, podía resultar contraproducente en esta ocasión, porque el miedo podía impedir que se diera cuenta de que, aunque lo estaba amenazando, era su única esperanza.

–Pero ahora es cuando llegan las buenas noticias: resulta que yo estoy deseando bajarle los humos al Hierba.

Él pestañeó: aquello no era lo que estaba esperando.

–Sí, sí: créeme. Tú no me interesas y los Hammerhead tampoco. Se trata estrictamente de algo entre el Hierba y yo. Haz que consiga lo que necesito y se habrán resuelto todos tus problemas.

Él la miró entornando los ojos.

–¿Y esperas que traicione a un hermano?

–No: espero que te protejas. A ti y a Jenny. ¿Qué crees que va a hacerle a ella?

Él soltó una risotada.

–Lo que pasa es que a esa memez tuya de: «Hola, Mike, soy tu amiga y he venido a arreglarte la vida», le falla algo.

–¿Qué?

–Que la única que amenaza con hacer que ocurra nada de esa mierda eres tú.

Livia cabeceó como si estuviera considerando aquella posibilidad, aunque, en realidad, había previsto su reacción. Así que, encogiéndose de hombros, le lanzó la grabadora.

Él dio un respingo, porque, claro está, había estado más bien pendiente de la pistola. Aun así, la atrapó en el aire sin demasiado esfuerzo.

–Es tuyo –dijo ella–. Tranquilo, que no he hecho copias.

Él sabía que no era cierto, si bien tampoco importaba. Miró el aparato y la miró a ella.

–¿A qué viene esto?

–Esto viene a que esa grabación tan entrañable que os he hecho no es lo único de lo que tenéis que preocuparos. Si yo he sido capaz de averiguarlo, no creo que a nadie más le cueste demasiado. Y, de todos modos, el Hierba vuelve a casa con su mujercita y su hija y, cuando lo haga, pase lo que pase, lo tuyo con Jenny... se acabó.

–¡Ah, claro! Y te estás ofreciendo a echarme una mano con eso.

–En realidad, no me apetece ayudarte más que a ti ayudarme a mí. Tú quieres no tener que preocuparte por el Hierba y yo quiero algo que pueda usar contra él. Eso es todo.

Él se rascó la cabeza antes de señalar:

–Mira: si pudiera, te ayudaría; pero no sé nada. El Hierba ha cumplido su condena; quiero decir, que prácticamente está limpio.

Ella dejó escapar una risita.

–¿Me estás intentando decir que los Hammerhead no tenéis nada jugoso organizado para cuando salga? ¿Después de cumplir dieciséis años de pena por la banda? ¡Venga ya!

Se hizo el silencio. Estaba convencida de que lo tenía a punto: solo le faltaba un último empujoncito...

–Mike, sé que le has dicho a Jenny que ibas a pensar algo, pero no vas a dar con nada más. Lo que hay es esto: o lo tomas o lo dejas. No la cagues.

Esta vez la pausa fue más larga y ella dejó que el silencio hiciera su trabajo. Entonces él la miró.

–¿Te doy algo que puedas usar contra él y se acabó? ¿Me puedo olvidar de las grabaciones, las amenazas y cualquier otra memez?

–Sí.

–¿Me das tu palabra?

–Sí.

–Está bien –concluyó inclinándose hacia ella–, pues tú también puedes contar con mi palabra; y lo que dice mi palabra es que, si me la das con esto, Livia, más te vale estar muerta cuando acabe todo, porque, como estés viva, te encontraré. Y si crees que lo de ser poli te va a servir para protegerte es que no me conoces. ¿Crees que lo que le hacen los Hammerhead a los traidores es desagradable? Pues te juro que, cuando haya acabado contigo, vas a estar suplicando que use un martillito. Suplicando de rodillas. Conque espero que te pienses bien dónde mierda te estás metiendo con este trato nuestro.

Ella fijó la mirada en él para hacerle ver que respetaba la amenaza, pero no le preocupaba, y le pidió:

–Dime.

CAPÍTULO 35

ENTONCES

El penúltimo curso del instituto de Livia se pasó volando. Ni ella ni Sean llegaron a mencionar nunca la conversación que habían tenido en el parque aquella noche de luna ni lo que había estado a punto de ocurrir. Ella se concentró como nunca en sus estudios, el *jiu-jitsu* y la lucha. Su dedicación fue tal que llegó a preocupar a Malcolm, quien hubo de explicarle que, a veces, resulta conveniente reducir la marcha para buscar cierto equilibrio. Livia sabía que sus intenciones eran buenas, pero él ignoraba lo que estaba teniendo que soportar en la casa de los Lone, que el único modo que tenía ella de olvidarlo todo unos instantes consistía en obsesionarse con las cosas que le importaban, las que podía tener bajo control.

No obstante, seguía preguntándose si Rick lo sabía. Les hizo una visita durante el verano y otra en otoño. Las dos veces se las ingenió para tener un momento a solas con ella y preguntarle cómo estaba y si todo le iba bien. El modo como la miraba y el tono de su voz le hacían siempre pensar que debía de sospechar algo, pero no estaba seguro de lo que era. Quizá resultaba demasiado difícil para él aceptar la situación por tratarse de su cuñado, su familia. Tal vez no podía reconocer por entero lo que ocurría porque, de hacerlo, también tendría que hacerse a la idea de que su hermana, la señora Lone, sabía también lo que ocurría y no estaba haciendo nada.

Livia no estaba segura de que la señora de la casa recelara nada, por supuesto. Sin embargo, con el tiempo había llegado a pensar que, para no darse cuenta de lo que tenía delante, tenía que llevar mucho tiempo volviendo la vista adrede a la realidad. Las reuniones del club de *bridge* resultaban demasiado oportunas, y, además, el señor Lone había empezado a acudir al cuarto de Livia aun estando en casa su esposa, por lo común de noche, era de

suponer que después de que se durmiera. Aun así, cabía preguntarse si de veras habría querido correr el riesgo de no estar seguro de que la señora Lone ya lo sabía y no tenía intención alguna de hacer ni decir nada al respecto.

Livia, cierto es, pensó a veces en contárselo todo a Rick o a Malcolm, quien también se interesaba a menudo por cómo transcurría todo en casa de los Lone, cómo la estaban tratando, de un modo que hacía sospechar que podía estar oliéndose algo. Sin embargo, temía confiar en nadie, incluidos Rick o Malcolm. Hacía tiempo que no creía ya de veras que el señor Lone supiera algo de Nason, por más que siguiera aferrándose a tal esperanza. Pero, de decírselo a Rick, ¿quién sabe lo que podría ocurrir? E informar a Malcolm ¿no estaría poniendo en peligro su empleo? Todo eso, claro, dando por sentado que alguien estuviera dispuesto a creerla. Lo más seguro era que no, ya que, igual que su esposa apartaba la mirada para no saber, eran muchos quienes debían servidumbre al señor Lone y a su hermano, responsables a dúo de la prosperidad de toda la ciudad. Todos preferirían dar por supuesto que aquella niña lahu indefensa y traumatizada prefería mentir o engañarse antes de hacer frente a la verdad de que su deidad local era un monstruo.

Además, le quedaba un curso para graduarse. Al año siguiente cumpliría dieciocho años y podría ir a donde quisiera y hacer lo que deseara. No albergaba la menor duda sobre qué quería hacer: sería policía, como Rick; llevar una arma; dar con monstruos y meterlos en prisión. Quizá incluso abatirlos. Proteger a personas como ella misma o Nason de gentes como Calavera o el señor Lone. Se mudaría a Portland, donde había desaparecido Nason, y seguiría buscándola allí. Tal vez podría ejercer de día e ir a la universidad de noche. No se lo había dicho a nadie, porque temía que, si no mantenía sus planes en secreto, el señor Lone hiciese algo para dar con ellos al traste; pero estaba convencida de que aquel era el camino que debía seguir. Lo único que tenía que hacer era soportar un año más al señor de la casa y sería libre.

El senador Lone iba a verlos más a menudo. En cierto sentido, resultaba más espeluznante aún que su hermano. En parte por sí mismo y por sus ojos separados, que parecían mirar en direcciones diferentes, y en parte por su asesor legal, Matthias Redcroft. Fueran cuales fuesen los servicios que prestaba al senador, estaba claro que iban más allá de la legislación. Lo seguía a todas partes, sin separarse nunca de él, y lo miraba en actitud reverencial al mismo tiempo que observaba con frialdad su relación con los demás. Para Livia, tenía algo de enfermizo, aunque en su complexión no

parecía haber nada fuera de lo común. Durante las visitas del senador, hacía lo posible por evitarlos a ambos, y sobre todo a Redcroft.

Malcolm había estado en lo cierto al decirle que aquel sería su año: Livia salió invicta en la temporada clasificatoria, tras lo cual aplastó a todos sus oponentes en el campeonato estatal, que ganó tras inmovilizar a su rival contra el suelo en la primera ronda de la final. Nunca se había sentido tan llena de dicha como cuando el árbitro le tomó el brazo y lo alzó para hacer patente su victoria. Por un instante no hubo nada más: ni Calavera, ni el señor Lone... ni siquiera Nason.

Entonces, al salir del tatami y ver a Malcolm y a Sean, que la esperaban con el rostro radiante de regocijo y de orgullo, supo que no podría reprimir lo que estaba pugnando por salir de ella. Los dos la rodearon y la abrazaron mientras ella lloraba sin posible contención y sentía que, de un modo u otro, no importaba que la estuviesen tocando fuera de la competición: no se sentía mal ni deseaba encogerse como le ocurría con los otros modos horribles de contacto que había conocido, y lo inesperado de aquella sensación agradable de verse abrazada por su mejor amigo y su profesor de *jiu-jitsu* la hicieron llorar aún con más afán. Los estrechó a ambos con gesto impetuoso, sollozando y como temiendo que, si los soltaba, algo pudiera apartarla de ellos. Cuando al fin logró deshacer el abrazo, vio que Malcolm tenía también los ojos húmedos, igual que Sean. Y semejante escena la hizo reír eufórica.

Malcolm sacudió la cabeza como estupefacto.

—¿Te lo dije, o no te lo dije? ¡Este iba a ser tu año!

Ella volvió a reír y se secó la cara, pero no sirvió de nada, porque seguía llorando. Sean exclamó con una sonrisa de oreja a oreja:

—¡Livia, ha sido alucinante! ¡Un torbellino! He tenido suerte de no estar en tu misma categoría...

En ese momento sintió un punzada de culpa por acaparar toda la atención.

—Tú también has estado increíble.

Él se encogió de hombros.

—Tercer puesto.

—Pero porque la de sesenta kilos es una categoría más dura. El año que viene conseguiremos los dos el primero. —Miró a Malcolm y sonrió—. Si no, pregúntale a tu padre, que nunca se equivoca.

Él le devolvió la sonrisa.

—Tiene razón, tigre. Los tres que te han superado eran mayores. Un año

de experiencia se nota muchísimo. El curso que viene estarán en la universidad y serás tú el que supere en edad y en pericia a los demás.

Los tres regresaron a Llewellyn en el vehículo de Malcolm. Livia no podía dejar de sonreír. Había ganado el campeonato estatal. Aquella era la mejor noche de su vida y se le estaba ocurriendo un modo de mejorarla aún más.

CAPÍTULO 36

ENTONCES

Malcolm la dejó en casa de los Lone. Katy ofrecía una fiesta como la del año anterior y Livia se preguntaba si Sean volvería a llevarla paseando a casa otra vez, si intentaría besarla de nuevo. Había estado pensando mucho en aquello últimamente y tenía la impresión de que deseaba que ocurriese. Quería conocer la sensación de besar a alguien. Y quería que fuera con Sean, porque hacía un año la había tocado de un modo tan dulce, tan tímido... No se había sentido molesta y, de hecho, lo recordaba como algo agradable. La había mirado, había musitado su nombre y se había inclinado hacia ella de un modo... «Sí –pensó sonriente–. Por favor, eso.»

Acababa de ducharse y vestirse y estaba peinándose el cabello mojado frente al espejo de su dormitorio cuando se abrió la puerta. Al volverse vio al señor Lone. No lo esperaba, porque la señora Lone estaba en casa y era demasiado temprano para una de sus visitas nocturnas. «No –pensó–. Ahora no. Esta noche no.»

–Felicidades –dijo él con una mano apoyada en la jamba y una copa en la otra.

Tenía la corbata suelta y la chaqueta del traje abierta. Dio un sorbo antes de proseguir:

–Te lo habría dicho en el campeonato, pero se diría que no te gusta hablar conmigo en tus numeritos de lucha.

Ella se sorprendió pensando: «No, si te parece...». Por lo común se limitaba a sufrirlo sin más y no rechistaba siquiera con la imaginación. Jamás le replicaba.

–¿Por qué, Livia? ¿Te avergüenzas de mí?

Ella humilló la mirada.

–Voy a una fiesta –se oyó decir– y quiero que me deje en paz.

Si sus pensamientos la habían sorprendido, sus palabras la dejaron pasmada de veras. ¿Quién había dicho eso?

Él entró en la habitación y cerró la puerta.

–¿Qué acabas de decir?

Ella sintió que la trataba de invadir el miedo.

–Que me deje en paz.

–Ni siquiera sé lo que significa una cosa así. ¿Que te deje en paz? ¡Si estás en mi casa!

El corazón comenzó a latirle con fuerza, pero no de miedo, sino de rabia. Aquel siempre había sido más fuerte que esta en su interior, pero esta vez era distinto. Esta vez, la ira parecía algo vivo, algo peligroso que se desenroscaba en su interior, como una serpiente. Como un dragón.

–¿Ya no te acuerdas de que te salvé la vida, Livia? –preguntó él alzando la voz–. ¿De que te hice hija mía? Pues que sepas que una hija tiene una serie de obligaciones para con su padre. Así hizo Dios el mundo. Tienes suerte de que no te haya exigido más, porque podría haberlo hecho. Hasta que te cases, tu cuerpo es mío y puedo hacer con él lo que quiera. ¿Me entiendes?

Algún rincón distante de su persona advirtió que era así como se conducía siempre el señor Lone: cada vez que iba a hacerle algo peor, se sumergía en una diatriba como aquella. Quizá necesitaba una cosa así para justificar lo que quería de ella. Sea como fuere, era lo que estaba haciendo en aquel momento.

–He tenido mucha paciencia contigo –prosiguió–. He sido respetuoso y he esperado hasta considerar que habías alcanzado la edad adecuada para conocer una experiencia nueva. Hasta entender que estabas preparada. Pues bien, tal vez he sido solícito en exceso. Tal vez lo estabas antes de lo que pensaba. Tal vez lo estás ya.

Ella sintió que el dragón desplegaba las alas y aprestaba las garras.

–Déjame en paz –repitió, aunque evitando aún su mirada.

Él dejó la bebida en el escritorio, se acercó hasta quedar frente a ella y se inclinó hasta quedar con la cara a pocos centímetros de ella.

–¡Niña ingrata! ¿Después de todo lo que he hecho por ti? ¡Si hasta he encontrado a tu hermana! ¿No quieres volver a verla? ¿No quieres volver a ver a Nason?

El nombre de la pequeña le resultó de pronto nauseabundo en la boca de él: una atrocidad. Livia alzó la vista para clavarla en la suya y ensanchó la

comisura de los labios.

–Es usted un mentiroso –dijo casi con un susurro.

El rostro de él se ensombreció.

–¡Se acabó! Quítate la ropa y tumbate en la cama.

Ella sintió que el aliento le ardía como calentado por el fuego que sentía en los pulmones.

–No.

Durante un segundo, percibió la conmoción que asomaba a los ojos de él, quien, acto seguido, la asió por los hombros y la sacudió.

–¡Que me obedezcas! –gritó.

Sin pensarlo, ella echó un pie hacia atrás, con lo que lo obligó a tender los brazos, y levantó con fuerza las manos hasta los codos de él para soltarse. Entonces se adelantó y le asestó un empujón en las costillas empujando como no había empujado jamás en su vida. Él retrocedió trastabillando y estuvo a punto de caer, pero dio en la pared y recobró el equilibrio.

–Salga de aquí –dijo ella con una voz que no reconocía como propia, grave, peligrosa y ardiente de cólera. La voz del dragón.

–¡Putita! –gritó él antes de arremeter contra ella.

Livia no logró apartarse a tiempo y él se estampó contra su cuerpo y la derribó. La cabeza de la niña golpeó el filo de su escritorio y le hizo sentir un fogonazo colosal de luz blanca con el que se desvaneció todo.

La cabeza le iba a estallar. La habitación fue recobrando su nitidez habitual, y pudo ver que tenía la sudadera levantada y no llevaba pantalones ni ropa interior. Estaba en el suelo y lo tenía a él encima, con la rodilla clavada en su estómago desnudo y desabrochándose el cinturón.

–Putita desagradecida –dijo entre resuellos–. Hoy vas a pagarme todo lo que me debes. Todo, hasta el último ápice.

El dolor de cabeza le desapareció como le desapareció el miedo, incinerado por su rabia al rojo vivo. Ante sus ojos vio congregarse una niebla sanguínea: el dragón, que apenas había estado desperezándose, se hallaba ya despierto por completo. Se había apoderado de ella. Era ella.

Apartó la rodilla de él de su cuerpo, se retorció y giró las caderas para liberarse por la izquierda. Antes de que él pudiese reaccionar, lo agarró por las solapas y cambió de sentido para colocar la corva derecha en su costado y envolverlo con las piernas en posición de guardia. Su favorita.

Durante un segundo lo vio casi feliz. ¿Cómo no iba a estarlo si se

encontraba entre las piernas desnudas de ella? Era lo que había querido siempre. Intentó abrirse los pantalones, pero Livia tiró de él hacia sí y le fue imposible. Entonces mudó de expresión y adoptó un gesto airado al ver que había perdido el papel dominante y era ella quien manejaba la situación.

Se enderezó y trató de zafarse agitándose. Al ver, sin embargo, que le era imposible, se estiró aún más para alzarla en vilo y, a continuación, la estampó contra el suelo. Ella vio las estrellas, pues la altura y la rabia de él le conferían ventaja y no poca fuerza. Él repitió el golpe y la dejó casi sin aliento. Entonces volvió a hacerlo una tercera vez.

Livia le abrió de un tirón la solapa derecha con la mano izquierda e introdujo en ella los dedos de la diestra a la altura del cuello. El señor Lone la estrelló de nuevo y, mientras balanceaba la cabeza hacia adelante por causa del impacto, ella llevó la siniestra hacia la solapa izquierda de él por detrás de la nuca y metió el pulgar en la parte posterior del cuello de su chaqueta. Con un movimiento impetuoso, sorteó la cabeza con aquel brazo, dejó caer los codos cerca de su propio cuerpo y apretó, de modo que los radios de sus antebrazos le comprimieron los lados del cuello como las pinzas de un cascanueces gigante. Se trataba de una estrangulación cruzada, uno de los primeros movimientos que le había enseñado Malcolm.

Él se puso colorado y empezaron a notársele las venas de las sienes. Intentó soltarse, pero ella apretó más las piernas. Cuando, a continuación, trató de levantarse, Livia descruzó los tobillos para barrerle la pierna de una patada. El señor Lone se las compuso para apoyar las manos en el suelo e impulsarse y ella quedó colgada de su cuello, apretando con más fuerza al mismo tiempo que lloraba y gritaba, dejando escapar por sus brazos y su boca toda una vida de miedo, aflicción, odio y rabia. Él desencajó los ojos y sacó la lengua, en tanto por su garganta escapaba un sonido quebrado, entre estertor y gorjeo. Ella chilló y apretó con más energía sin dejar de mirarlo a aquellos ojos agonizantes y aterrados mientras se imaginaba aumentando la presión hasta el punto de atravesarle el cuello con los brazos y decapitarlo. Más fuerte. Más fuerte... No habría podido detenerse aunque hubiera querido. Y no quería. De hecho, lo último que deseaba era soltar.

De pronto cesó el forcejeo. Él puso los ojos en blanco, dejó caer la lengua y se desplomó inerte sobre Livia. Ella, no obstante, siguió aferrada a él, sollozando y comprimiéndolo. No habría sabido precisar cuánto tiempo debió de transcurrir: pudieron ser segundos o quizá minutos. Entonces se abrió la puerta y, al levantar la mirada vio a la señora Lone con la boca

abierta de la impresión. Tal tenía que haber sido el estruendo y tanta su preocupación, que debía de haber decidido que no podía obviarlo más tiempo. Con el rostro descompuesto, lanzó un alarido.

Livia salió de debajo del cuerpo exánime del señor Lone y se puso en pie jadeando.

—¿Qué has hecho? —gritó la esposa con los ojos abiertos de par en par por el terror—. ¿Qué has hecho, fulana despreciable?

El velo rojo se estaba disipando y los colores volvían a la normalidad, pero ella seguía sintiendo el aliento abrasador como el humo.

—Lo... ¡Lo has matado! ¡Furcia asquerosa! ¡Ramera! ¡Lo has matado!

Livia se bajó la sudadera y lo miró. Estaba tumbado boca abajo con los brazos a los lados del cuerpo e inmóvil. ¿Lo había matado? No había sido esa su intención. ¿O sí? Lo había hecho sin pensar. Dentro de ella se había encendido algo que se había hecho con los mandos de su ser.

—Voy a llamar a la policía —dijo la recién llegada—. Ahora mismo. —Y se dispuso a salir de la habitación.

—Sí, llámela: quiero contarles que su marido ha estado abusando de mí desde que tenía trece años, y que usted lo sabía.

Ella se detuvo y se volvió de nuevo para mirarla con los ojos entornados.

—Zorra sucia y mentirosa —le espetó casi con un siseo.

—Si no lo sabía, ¿por qué sigue llamándome puta?

La señora Lone quedó paralizada unos instantes, tras lo cual emitió un sonido tembloroso, entre ahogamiento y arcada, y se echó a llorar.

—¡Lo has matado! —repitió entre sollozos.

A Livia la invadió entonces un frío extraño. El dragón se había esfumado de pronto para quedar sustituido por una sensación de perfecta claridad. Recogió la ropa interior y se la puso antes de hacer otro tanto con los pantalones.

—Nadie tiene por qué saberlo —dijo.

Era cierto. Se sorprendió de la rapidez y la claridad con que lo acababa de ver todo. Daba la impresión de que alguna parte recóndita de ella hubiera percibido lo que iba a ocurrir aquella noche y se hubiese preparado para ello.

—Nadie tiene por qué saber nada.

La señora Lone se llevó las manos a uno y otro lado de la cabeza.

—¿De qué estás hablando? ¡Mi marido está muerto! ¡Y lo has matado tú!

—No. Las dos estamos convencidas de que ha tenido un ataque al

corazón. Vino a mi dormitorio para felicitarme por ganar el campeonato y se desplomó.

La otra la miró sin decir palabra.

–Si le dice a alguien que lo he matado yo –le advirtió Livia–, tendré que explicar por qué. Es así de sencillo.

–¡Nadie va a creerte, basura, refugiada mentirosa!

–No lo sé. ¿Por qué iba a haber querido matar a mi gran benefactor? Nadie va a mirarla nunca sin preguntarse, en el fondo, si no estaría yo diciendo la verdad. Y, en ese caso, cómo es posible que usted no supiera nada.

La señora Lone volvió a hacer el sonido aquel que llevaba a pensar que estaba a punto de vomitar, pero no dijo nada.

–Llame a emergencias. Dígales que me ha oído gritar y que se lo ha encontrado en el suelo al entrar en mi cuarto, que yo le he dicho que se desplomó, que ha tratado de reanimarlo, de hacerle una RCP, pero estaba muy nerviosa y no sabía cómo. Entonces lo ha golpeado por tratar de despertarlo y por eso tiene esas marcas en el cuello.

–Pero cuando hagan la autopsia averiguarán que es mentira.

Livia reparó, en cierto modo, en que por fin la estaba escuchando, porque sus objeciones habían pasado a ser prácticas, como si quisiera que la convenciese y no necesitara otra cosa que un efugio persuasivo.

–Usted conoce a la policía de aquí. La escucharán sin problema. Se veía a la legua que estaban todos ligados a él. Sobre todo, su amigo el jefe Emmanuel. Seguro que el jefe tiene las mismas ganas que usted y que yo de montar un escándalo. Creo que sabía más de su marido de lo que usted quisiera. De hecho, estoy convencida de que eran muchos quienes lo sabían, como usted, y no van a querer que se descubra que estaban informados. Si le cuenta a la policía el cuento que están esperando oír, nadie va a investigar.

La señora Lone meneó la cabeza.

–Yo no pienso formar parte de esto. Prefiero verte a ti entre rejas.

–Tal vez ocurra. Eso sí: saldré en libertad de aquí a dos años, cuando tenga dieciocho. –La miró a los ojos para que no dudara de lo siguiente–: Y, por supuesto, sé dónde vive.

Ella volvió a agitar la cabeza.

–Pero yo ¡no puedo vivir con esto! No puedo.

–Y no va a tener que hacerlo. Después de llamar a emergencias, póngase en contacto con su hermano, Rick. Está alterada con la pérdida de su

marido. No quiere verme en su casa y, de hecho, no lo ha querido nunca. Por eso quiere que Rick me acoja, solo durante lo que queda de curso y el curso que viene, mientras usted afronta el duelo en privado. Hágalo y no volverá a tener noticias más. De lo contrario, toda la ciudad sabrá que su marido no era más que un pederasta enfermo y repulsivo.

La señora Lone se enjugó las lágrimas.

–No hables de él de ese modo, zorra. Tenía sus fallos y sus demonios, pero era un gran hombre.

–Lo que le tiene que importar no es lo que pueda pensar de él yo, sino Llewellyn. Y cuando la ciudad sepa quién era en realidad, me temo que va a oír hablar más de sus fallos que de su grandeza.

–¿Cómo te atreves...? Conden...

–Piense que está en su mano evitarlo. Llame; diga que cree que ha tenido un ataque al corazón; póngale el cinturón, a no ser que quiera que le pregunten por qué lo tenía quitado, y llame a Rick.

–Mi hermano no va a acogerte en la vida.

–Pues más le vale que lo haga, porque, si no, lo hará cualquier otra persona, cualquiera de aquí, de Llewellyn. Soy una niña refugiada llena de coraje que ha sufrido un calvario terrible; ¿no se acuerda? Y si me quedo aquí, en la ciudad, no se va a librar nunca de mí. Nunca.

CAPÍTULO 37

ENTONCES

Llegaron los de emergencias y trataron de reanimar al señor Lone. Fue en vano. Lo llevaron al hospital y allí certificaron su muerte.

La señora Lone contó la historia adecuada. El jefe Emmanuel hizo algunas preguntas a Livia, quien corroboró la versión de la viuda. La niña no pasó por alto que tenía sus dudas, ni tampoco que no tenía intención de aclararlas. Porque ¿cómo había podido nada menos que el jefe de policía tener tanta relación con un hombre como el señor Lone y no saber a qué se estaba dedicando su amigo? Era preferible evitar por completo aquel asunto.

A la mañana siguiente hubo muchas visitas: los hijos de los Lone; el senador Lone y su ayudante, Matthias Redcroft; personas de los distintos negocios del señor Lone, y Rick, que llegó conduciendo desde Portland.

Livia permaneció en su dormitorio y los oyó hablar, aunque desde allí no se distinguían las palabras. Le resultaba asombroso sentirse tan bien. Sabía que todo podía torcerse y que tal vez se emprendería, a la postre, una investigación. Quizá la viuda cambiase de parecer y lo dijera todo. Tal vez no, pero solo tal vez. Aun así, si ocurriera tal cosa, no dudaría en afrontar la situación. Casi no le importaba: comparado con la satisfacción y la... excitación de matar al señor Lone, lo que pudiera ocurrir después parecía poco menos que irrelevante. Sentía que había cambiado algo en su interior, como si, de un modo u otro, hubiera vuelto a ser ella misma; o se hubiese acercado a la persona que pretendía ser.

Siguió representándose sin descanso en la imaginación. Los gritos que le había dado al entrar en su cuarto; lo que le había dicho que iba a hacerle; la efímera satisfacción que asomó a su rostro cuando se vio entre las piernas desnudas de ella, pegado a ella, frotándose contra ella..., y la expresión que

había adoptado al darse cuenta de que estaba equivocado; de que era ella, y no él, quien tenía las riendas, quien podía hacer cuanto quisiera con el otro, por más que hiciera él por impedirselo. Y lo que quería era verlo morir. Pensar en ello, recordarlo, le hacía sentir un cosquilleo extraño que no reconocía ni comprendía; pero que le encantaba. Le encantaba recrear la escena.

Unas horas después llamaron a su puerta. Aunque no hubiera estado muerto, Livia habría sabido que no era el señor Lone, ya que él nunca llamaba. Salió de la cama y fue a abrir. Era Rick. Solo Rick.

–Hola –dijo y, mirándola más de cerca y con gesto preocupado, preguntó–: ¿Cómo te encuentras?

–Bien.

Livia hizo cuanto pudo por dominar los nervios, por no pensar en cuánto dependía de lo que él dijera a continuación.

–Siento lo de Fred.

Se preguntó si lo sentía de veras. Tal vez por su hermana.

–Está bien.

–Dotty... Esto ha sido un mazazo para ella. Son muchas cosas a las que hacerse a la idea, y creo que necesitará tiempo para recomponer su vida de nuevo; ¿sabes?

Livia asintió con un gesto.

–Ya me lo ha dicho.

Él ladeó ligeramente la cabeza, como confundido o azorado.

–¿Sí? ¡Vaya!

Los dos guardaron silencio unos instantes, hasta que él prosiguió:

–Dotty dice que estás consternada y que te vendría bien... cambiar de ritmo.

–Sí.

Una vez más, dio la impresión de estar aturdido. Tal vez había dado por supuesto que Livia no sabía lo que iba a proponerle y que se mostraría más reacia, y estaba tratando de procesar lo que comportaba que ella ya supiese lo que ocurría... y que estuviera de acuerdo.

–Así que... Dotty y yo nos estábamos preguntando si no sería mejor que acabases el instituto en Portland, lejos de toda esta... tragedia. Quiero decir: tú ya has sufrido mucho, solo queremos lo mejor para ti. ¿Qué te parecería venirte a vivir conmigo a Portland, Livia?

–Sí. Por favor, eso.

Él subió y bajó la cabeza lentamente, como tratando de poner en orden elementos que no sabía que estuvieran presentes.

–Aquello no es como esto, ¿sabes? Lo mío no pasa de ser un apartamento pequeño. Tengo una habitación de sobra que estoy usando ahora de despacho. Sin embargo, podría despejarla y meter mis cosas en la cocina para convertirla en tu dormitorio. Es pequeño, pero acogedor. Aunque, claro, no se parece en nada a la casa de mi hermana.

–No tiene mala pinta.

–Además, yo no tengo la menor idea de... de cómo criar a una adolescente. Sabes que no tengo hijos.

Sonrió al verlo tan apurado y recordó el día que le había dado café con leche y azúcar de caña.

–Me parece que se te da mejor de lo que piensas.

Él soltó una risita y se frotó la nuca.

–Esperemos que sí... –Entonces, mirándola fijamente, le preguntó–: ¿De verdad te parece bien, Libia?

–Si a ti te lo parece...

Él, tras una pausa, le tendió la mano y ella la estrechó.

–El funeral es mañana –dijo Rick–: Dotty quiere que pase cuanto antes.

Aquella era una buena noticia, porque significaba que la señora Lone tenía el propósito de enterrar el cadáver antes de que pudiera examinarlo más de cerca nadie que no perteneciera al séquito de su marido.

–La verdad –siguió diciendo– es que me alegro. Esta no es la mejor semana para faltar al trabajo. Ella tiene aquí a todos mis sobrinos y, por lo tanto, no me necesita de momento. Ya volveré cuando se vayan, porque entonces no le vendrá mal mi presencia. Sin embargo, mientras tanto, va a estar arropada. Eso quiere decir que tú y yo nos vamos a primera hora de la mañana de pasado mañana. ¿Puedes tener lista la maleta para entonces?

Livia miró a su alrededor y estuvo a punto de decirle que podían salir en ese mismo instante si lo deseaba; pero ya había revelado su entusiasmo quizá con demasiado afán. Por lo tanto, se limitó a decir:

–No tengo gran cosa.

Y era verdad hasta cierto punto, porque lo que sentía era que lo que más le importaba eran cosas que no podían empaquetarse, cosas de las que nada iba a poder separarla. Y que tampoco podía llevar a donde iba por más que quisiera.

CAPÍTULO 38

ENTONCES

La mañana del funeral amaneció nevando. En la puerta aguardaban las limusinas que habrían de llevar a la familia de la casa a la iglesia, amén de una guardia de honor que había enviado la policía para escoltarla. Livia iba con Rick y, al llegar, vio que ya había un buen número de concurrentes de pie en el exterior, acurrucados bajo paraguas para protegerse de la nieve y demasiado numerosos para congregarse dentro. El féretro estaba cerrado – Livia lo interpretó como una buena señal, pues entendió que la señora Lone pretendía asegurarse de que nadie pudiera reparar en las marcas del cuello, si es que se veían– y rodeado de tantas flores que supuso que muchas de ellas debían de proceder de otro estado. El senador Lone se encargó de leer el panegírico, en el que repasaba la larga historia de la familia, siempre vinculada a Llewellyn, y el amor que había profesado en todo momento a la ciudad, amén de aseverar que todos, por esta y por sí mismos, debían vivir conforme al ejemplo de Fred Lone, proseguir su gran obra por el bien de la prosperidad y bla, bla, bla. Livia habría sentido ganas de vomitar de no haberse sentido tan feliz por su muerte.

Lo enterraron en el panteón familiar que poseían los Lone en el cementerio más antiguo de Llewellyn, junto a sus padres y una hermana fallecida cuando él era joven. Los centenares de asistentes aguardaron de pie y en silencio sobre el césped helado, entre las lápidas coronadas de blanco, mientras el sacerdote al que la habían obligado a escuchar tantos domingos pronunciaba unas palabras sobre el señor Lone, hombre bueno y temeroso de Dios que se encontraba ya en la gloria del Señor.

Livia no había visto a Sean ni a Malcolm en el funeral y dio por supuesto que no habrían podido entrar. Sin embargo, sí estaban en el

cementerio. Nunca los había visto con traje y corbata y no pudo sino sorprenderse al ver lo crecido que parecía Sean. Y lo apuesto.

Cuando el sacerdote acabó de hablar, se acercaron a ella a darle el pésame, aunque el modo como la miraba Malcolm le hizo pensar que entendía que no estaba precisamente dolida por la pérdida. A continuación, este último se fue a ofrecer sus condolencias a la señora Lone y dejó solos a Sean y a Livia bajo la nieve que caía suave.

–Te eché de menos en la fiesta de Katy –dijo él–. Quería haberte llamado, pero sé que no te gusta que telefoneemos a casa de los Lone.

Era cierto: aunque en el instituto había quien tenía su propio teléfono, Livia no era uno de ellos, porque el señor Lone siempre había dicho que tales aparatos eran una frivolidad. Lo más seguro es que no quisiera que pudiese acceder más de lo necesario al mundo exterior.

–Pensaba que me habías dejado plantado –siguió diciendo– y entonces me enteré de lo del señor Lone. Lo siento de veras.

Livia miró al suelo y volvió a mirarlo a él.

–Yo nunca te dejaría plantado.

–Lo sé. Fue una estupidez. Lo siento.

Guardaron silencio unos instantes. Livia tenía miedo de lo que tenía que contarle. Ni siquiera sabía cómo hacerlo. Sean se apartó de las mejillas los copos de nieve que le habían caído y comenzaban a derretirse.

–¿Y vas a volver pronto a las clases?

Tenía una expresión tan sincera y preocupada que Livia tuvo que volver a bajar la vista: le dolía mirarlo a los ojos.

–No –respondió–, voy a vivir un tiempo con el hermano de la señora Lone, en Portland.

–¿Qué? ¿Por qué?

–La señora Lone... necesita tiempo para rehacerse.

–Pero... ¿cuándo vuelves? ¿Y el instituto?

–Tendré que acabarlo allí.

–P-pero...

Guardó silencio. Era la primera vez que lo oía tartamudear desde hacía más tiempo del que podía recordar y pensar que era por su causa le dio ganas de llorar.

–No tienes por qué irte a Portland –dijo él–. ¿Por qué no te quedas con mi padre y conmigo? Todo el tiempo que quieras. Le puedo preguntar, aunque sé que me va a decir que sí.

Ella negó con la cabeza.

–No puede ser. Lo siento.

–Pero ¿por qué?

–Es solo que no puedo.

Tras un silencio prolongado, dijo Sean:

–¿Cuándo tienes que irte?

Nunca lo había oído tan desolado. Sintió que se le anegaban los ojos y se obligó a no llorar.

–Mañana por la mañana.

–Pero ¿no es muy pronto?

–Ya lo sé.

–Y... –Se detuvo—. ¡Livia, por Dios! ¿Con quién voy a entrenar yo?

Ella dejó escapar una risita.

–¡Si están deseando todos entrenar contigo! Eres el mejor luchador del equipo.

–No: esa eres tú. Y del *jiu-jitsu* ¿qué me dices?

Sus palabras eran como un cuchillo que se retorciera en su interior. Era consciente de que él no lo sabía, de que no podía entenderlo; pero dolía tanto...

–Por favor, Sean... Lo siento.

–Es que no lo entiendo.

La tristeza y la impotencia que impregnaban su voz la arrastraron al borde del llanto. Tenía que salir de allí. Tenía que esconderse.

–Al menos, vamos a vernos esta noche –dijo él–. En el columpio.

Ella, incapaz de hablar, se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

–¿A las diez? –preguntó Sean–. ¿Podrás escaparte?

Livia volvió a decir que sí sin palabras. Con tanta gente en la casa de los Lone, era difícil que nadie se diera cuenta, o que, si lo hacían, les importase en absoluto.

CAPÍTULO 39

ENTONCES

Aún no había dejado de nevar cuando dejó la casa sin ser notada y se dirigió a pie al parque infantil. Le encantaba la nieve: seguía pareciéndole una cosa insólita y, de hecho, deseaba no acostumbrarse nunca a ella ni entender su presencia como algo habitual. Era maravilloso cómo lo cubría todo y hacía que el mundo pareciera tan nuevo y limpio.

Sean la estaba esperando vestido, como ella, con un gorro de lana y una chaqueta de plumas. Al verla llegar sonrió.

—¿Quieres que nos sentemos en los columpios?

No: aquella noche quería tenerlo de frente y poder verlo. Le devolvió la sonrisa y propuso:

—Prefiero estar aquí de pie.

—De acuerdo.

Ella miró alrededor, consciente de que bien podía ser la última vez que viera aquel lugar de recreo. Nunca iba a echar de menos el resto de Llewellyn, pero aquel parque era especial, pues lo asociaba a Sean y a aquella noche de hacía un año. Volvía a haber luna, como el año anterior, si bien esta vez se hallaba oculta tras las nubes y, con ellas, lo bañaba todo en un resplandor suave. Pensó que era una buena ocasión para recordarlo, cubierto por un manto blanco y con el resto del mundo acallado por la apacible nevada.

—¿Va todo bien en la casa? —quiso saber él.

—Sí: hay un montón de gente.

—Mi padre te ha escrito una carta —le anunció mientras sacaba un sobre de su chaqueta—. No sé lo que pone, pero él dice que puedes abrirla ahora si quieres. O esperar a leerla luego: tú eliges. —Y con esto se la tendió.

Tras un instante de vacilación, ella se quitó los guantes y la abrió.

Livia, cariño:

Esto no deja de ser más que una nota de un hombre que puede enorgullecerse, por encima de todo, de ser el padre de Sean y de haberos dado clase a él y a ti.

Sé que te ha dicho que podías quedarte con nosotros si te hacía falta y durante todo el tiempo que necesitaras. La invitación es de parte de los dos y siempre estará en pie: no la retiraremos por nada del mundo. Ya te he dicho, pequeña, que tienes quien se preocupa por ti. Por lo tanto, si en algún momento necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que llamarnos y acudiremos.

Dicho esto, entendemos que tengas tus motivos y los respetamos, sean los que sean. Recuerda que tu talento te llevará a donde quieras y no dejes nunca de creer en ti. Ten en cuenta estas dos cosas y no habrá nunca nada capaz de detenerte.

No voy a decirte adiós, porque estoy convencido de que nuestros caminos van a volver a cruzarse. Hasta entonces, gracias por haberme concedido el privilegio de ser tu profesor. Estoy deseando saber qué decides hacer con tu vida. Tengo la sensación de que ahora solo estás calentando, de que todavía ha de llegar la mejor parte. Te quiero, pequeña,

Malcolm

Cuando acabó de leer había lágrimas por todo el papel. Se lo entregó sin palabras a Sean y, mientras él lo leía, se las secó y consiguió dejar de llorar.

–¡Vaya! –dijo él.

Ella sorbió y se echó a reír.

–Siempre me hace llorar.

Sean le devolvió la carta. Ella se sonó la nariz, dobló el escrito y volvió a colocarlo en el sobre, y este, en el bolsillo de su abrigo. Aun antes de acabar de leer supo que lo guardaría siempre con la fotografía en la que posaba con Nason.

–Todo lo que dice... Sabes que yo siento lo mismo.

–Gracias.

–Lo digo de verdad.

–Ya lo sé.

–Aunque me dejases tirado ante Eric y sus amigos durante mi primer día de colegio.

Ella lo miró pasmada y él rompió a reír.

–¡Que estoy de broma! –aseveró–. Me estaba burlando.

Livia fingió una expresión airada.

–Más te vale andarte con ojo.

–Lo sé –sonrió él.

Le encantaba su sonrisa. Y su cara, en la que seguían derritiéndose los copos de nieve. Se había acostumbrado a ver el rostro de Sean –sus ojos, su sonrisa– y estaba a punto de perderlo.

–Mi padre me ha dicho que no te lo pregunte más, porque según él es cosa tuya y parece que lo tienes claro; pero... ¿estás segura de que te tienes que ir? De verdad que puedes quedarte con nosotros.

Ojalá pudiese explicarle por qué tenía que dejar Llewellyn y todo lo que tenía que ver con los Lone, su residencia y su ciudad. Por qué era tan importante para ella mudarse a Portland, donde había desaparecido Nason. Sabía que dicho en voz alta sonaba estúpido, pero lo cierto es que estaba convencida de que allí podría buscar a su hermana. Tal vez pudiese dar con ella, aun cuanto Rick no lo hubiera conseguido. No mudarse a Portland cuando se le presentaba la ocasión habría sido como olvidar a Nason o resignarse a pensar que debía de haber muerto, y nunca iba a hacer una cosa así. Nunca.

Aunque sabía que iba a resultar doloroso ver a Sean, jamás hubiese imaginado que lo sería tanto. Antes se había sentido tan bien, tan satisfecha... Y aquel hormigueo tan delicioso que había experimentado al recordar el momento en que había estrangulado al señor Lone... Sin embargo, en ese instante se enfrentaba a un adiós muy real. Quería volver a su cuarto y esconderse de todo, pero también deseaba quedarse.

–¿Te acuerdas del año pasado? –preguntó–. ¿Cuando me acompañaste aquí después de la fiesta?

–Sí. ¡Qué noche, aquella!

La primera parte sí, desde luego, aunque, claro, él ignoraba lo que le había hecho después el señor Lone. De todos modos, aquello ya no tenía la menor importancia: lo percibía como un episodio lejano, ajeno. Él estaba muerto y jamás iba a volver a hacerle nada. Ni a ella ni a nadie.

–Recuerdo casi cada detalle de aquella noche –dijo Livia–. Hacía calor, había luna llena y los árboles parecían de plata.

Él sonrió.

–Recuerdo que te vi reír mucho... y que me encantó.

Lo miró y sintió que se le humedecían de nuevo los ojos.

–Yo recuerdo que me tocaste el hombro de un modo tan agradable... El hombro, el pelo, la mejilla... ¿Te acuerdas?

Sean asintió con un gesto ágil, como si tuviera miedo de hablar. Ella se sintió incapaz de reprimir las lágrimas.

–¿Lo harías otra vez? –susurró.

Él no respondió: se limitó a mirarla y lo que vio Livia en sus ojos hizo que se derritiera algo en su interior. Sean se quitó los guantes y le secó las lágrimas con los dedos, cálidos y tiernos. Entonces le acarició el pelo y también el cuello, muy dulcemente, y luego otra vez la cara.

Por la mejilla de ella corrió una lágrima que fue a mezclarse con los copos derretidos.

–No te vayas –le dijo él.

Ella contuvo un sollozo.

–Tengo que hacerlo.

–Pues yo no quiero.

–Yo tampoco, pero no tengo más remedio.

–No lo entiendo.

–Lo siento.

Le apartó las lágrimas como había hecho él con las suyas, observó aquel rostro encantador y sonrió, aunque en ningún momento dejó de llorar. Entonces él se inclinó muy lentamente y la besó.

Sean tenía unos labios tan suaves, tan cálidos... Parecían hechos para los suyos. Ella respondió al beso con la misma dulzura que estaba empleando él, pensando en lo delicioso que era que al fin hubiese ocurrido, en cuánto tiempo llevaba esperando aquel instante; quizá más de lo que era capaz de advertir. Tras un momento, sintió que él abría la boca un tanto y ella abrió también la suya y sintió la lengua de él contra su lengua. En ese momento surgió un leve destello de placer de algún lugar de su interior para extenderse por todo su cuerpo.

No pudo precisar cuánto tiempo estuvieron así. Lo bastante para que él pudiera tomar su rostro entre sus manos y ella hiciera otro tanto; para que sintiese calor dentro de la chaqueta pese a no haber cesado la nieve.

Al final se rompió el beso y ambos permanecieron de pie un rato más, mirándose a los ojos. Sean tenía la boca abierta. Parecía estar ligeramente aturdido y ella creyó no haber visto jamás una expresión más sincera, más desnuda, más vulnerable.

–Te quiero, Livia.

Los ojos de ella empezaron a llenarse otra vez de lágrimas.

–Yo también te quiero.

–Entonces, ¿por qué?

Ella meneó la cabeza.

–Lo siento.

–Tengo la sensación de que no voy a volver a verte nunca.

–Ya verás como sí.

–¿Este verano, quizá?

–Puede ser –respondió ella, aunque lo dudaba.

Él sonrió, aunque tenía los ojos tristes.

–Tal vez vayamos juntos a la universidad o acabemos en el mismo equipo de lucha.

Eso también lo dudaba, aun sin saber por qué.

–Tal vez.

–Quiero decir, que nos queda poco menos de un año para graduarnos. No es tanto, ¿no?

Era evidente que pretendía consolarse y tranquilizarla a ella al mismo tiempo. Livia no respondió. En lugar de eso, volvió a acariciar el dulce rostro de Sean para luego acercarse a él y besarlo otra vez. Parte de ella deseaba poder quedarse para siempre en el parque del columpio: solos ella, él y la nieve, que seguía cayendo lenta.

Sin embargo, tenía que irse por la mañana y sabía que nada iba a volver a ser igual jamás.

CAPÍTULO 40

ENTONCES

A Livia le gustó Portland. El apartamento de Rick era pequeño pero acogedor, tal como le había prometido. Él, además, nunca entraba en su cuarto sin llamar primero y esperar a que ella lo dejara pasar. Tampoco le decía nada del pestillo del cuarto de baño. De hecho, ni siquiera debía de saber si ella lo echaba o no, porque cuando la puerta estaba cerrada no se acercaba hasta que la veía salir.

La vivienda estaba en el último piso de un edificio de cinco plantas situado en el sector suroeste de la ciudad, en un barrio llamado Goose Hollow, y el despacho de Rick, convertido en dormitorio de Livia, daba a la carretera interestatal 405. A ella le costó un poco adaptarse al sonido del tráfico y tuvo que cerrar la ventana al principio. Aun así, tardó menos de una semana en habituarse y pronto dejó de oír los automóviles si no les prestaba atención.

El instituto se llamaba Lincoln y estaba a menos de diez minutos a pie del apartamento. Comparado con el de Llewellyn era enorme, pues tenía poco menos de mil quinientos alumnos que iban desde el curso noveno hasta el duodécimo. Estaba convencida de que, entre tantos estudiantes, pasaría inadvertida sin problema y eso la alegró. Sin embargo, resultó que se había corrido ya la voz sobre el talento que desplegaba en el tatami aquel fenómeno de Llewellyn y no faltaron niñas guapas que la invitaran a sentarse con ellas en la cafetería: las populares, las reinas de la colmena. Livia conocía bien a aquella clase de chicas y no quería tener nada que ver con ellas. Había sobrevivido a una travesía de pesadilla a través del océano y a una infancia en una tierra cuya lengua no entendía y en la que su «salvador» no era sino un violador sucio y asqueroso. Había matado a aquel abusador, con sus propias

manos y sirviéndose de habilidades que había adquirido con no poco empeño, para después idear su liberación mediante una vida nueva en Portland. Sobre todo, tenía una hermana por la que estaba dispuesta a morir. ¿Qué se le podía haber perdido con un puñado de famosillas maquilladas de instituto cuyos intereses se reducían a la moda, la laca de uñas y los diversos modos de impresionar a los chicos más admirados del centro?

En consecuencia, prefería sentarse en la mesa de los cerebritos, que eran amables, inteligentes y mucho más interesantes. Al menos sabían lo que era crecer sin que se lo dieran todo y les hiciesen creer que habían hecho algo para merecerlo.

No obstante, pese a sus empeños en mantenerse al margen de los más populares, entre los jugadores de fútbol y demás atletas había quien seguía invitándola a las fiestas que se celebraban los fines de semana. Ella nunca acudía. Allí, al menos, no le había preguntado nadie si le gustaban las niñas, aunque seguro que debían de conjeturar al respecto. ¡Qué más le daba! De hecho, ni siquiera sabía lo que le gustaba. Suponía que Sean, porque no había sentido nunca nada como lo que experimentó su cuerpo mientras se besaban.

En realidad, no era del todo cierto, porque sentía algo muy parecido al recordar el momento en que había matado al señor Lone: la misma excitación, el mismo hormigueo, la misma impresión de necesitar algo más, mucho más, aun cuando no pudiera precisar qué. A veces imaginaba aquella escena con la única intención de provocar el cosquilleo, y una noche, estando tumbada en la cama, inquieta y con los ojos cerrados para recordar mejor, la sensación se volvió tan intensa que no pudo soportarla. Sin pensar, empezó a tocarse y comprobó con gran sorpresa que resultaba muy agradable. Aumentó la presión. Notó la humedad y cómo se introducían los dedos con facilidad. Tan bien se sentía que dejó escapar un gemido. Entonces recordó más detalles: su rostro colorado, los ojos desencajados y la lengua fuera de la boca. Bajó la otra mano para seguir frotando con ella, ya entre jadeos. La imagen de sus antebrazos apretándole el cuello, cortándole el suministro de sangre y de oxígeno. Mmm... La sensación era tan placentera, tan... tan placentera... El estertor que había emitido la garganta de él mientras ella miraba sus ojos moribundos...

Sintió que algo estallaba en su interior, una onda sísmica de gozo y alivio que no habría podido imaginar jamás. Su cuerpo se agitó y tuvo que apretar la mandíbula para no gritar. La sensación se prolongó un tiempo como una cascada que la recorriese entera. Cuando cedió al fin, permaneció

tumbada, sudando y jadeando aturdida. Conque eso era: así se vivía un orgasmo. A eso se referían todos cuando hablaban de «irse». Tanto asco le daba lo que conocía del sexo que nunca había creído que los orgasmos pudiesen ser reales o que, de serlo, estuvieran a su alcance. Pero sí que lo estaban. Se echó a reír de satisfacción y se tapó la boca para acallar el sonido. A continuación, sin embargo, aquel contento se transformó en llanto al reparar en que aquello era de lo que habían intentado despojarla Calavera y sus hombres y el señor Lone, y lo que habían arrebatado, casi sin lugar a dudas, a Nason.

Esperó a que dejaran de brotar las lágrimas y permaneció tumbada unos instantes, sintiendo el peso que le invadía las extremidades, la languidez de su estado de ánimo y el sueño que poco a poco se apoderaba de su mente. Imaginó que no era normal que hubiese tenido un orgasmo mientras recordaba el momento en que había matado al señor Lone. Sabía que muchos no lo entenderían; pero, al cabo, tampoco la entendían a ella. ¡Qué más daba! Siempre que no lo supiera nadie; siempre que mantuviese en secreto lo que hacía y lo que imaginaba, lo demás no importaba.

Las cosas más seguras eran siempre secretos.

CAPÍTULO 41

ENTONCES

Aunque era primavera y se había acabado la temporada, el entrenador de lucha le rogó casi de rodillas que se uniera al equipo para el curso siguiente, momento en el que se contaría entre los mayores. Le dijo que todavía no se había decidido en lo que respectaba a los deportes, pues aún se sentía abrumada por todos los cambios. Él, tras dejar claro que entendía su postura, insistió en que sería un gran honor entrenarla y le pidió que lo pensara.

Echaba de menos a Malcolm y más aún a Sean, pero resultaba liberador, magnífico, encontrarse tan lejos de la casa de los Lone y de Llewellyn; vivir en un lugar en el que no tenía que temer la irrupción de nadie en su dormitorio, la aparición de nadie que la obligara a hacer cosas repugnantes; en un lugar en el que la conocían como campeona y no como víctima, y en el que ella tampoco se sentía como tal.

Si bien cerca del apartamento de Rick no encontró ningún local en el que practicar *jiu-jitsu*, dio con uno llamado Portland Judo, situado en el noroeste de la ciudad y al que podía llegar con facilidad en autobús. Lo dirigía un hombre llamado Roy Kawamoto, judoka de quinto dan procedente de Hawái. Rick la acompañó la primera vez y la recogía de vez en cuando si no estaba de servicio. Aunque no se sentía molesta por ello, le hizo saber que no tenía por qué hacerlo. Él, en cambio, respondió que era bueno que todos supieran que tenía familia y Livia, recordando lo que le había ocurrido con Calavera y con el señor Lone cuando había quedado patente que estaba desamparada, entendió a la perfección lo que quería decir.

Rick, desde luego, no tenía por qué preocuparse, ya que la joven había desarrollado cierto instinto de detección de predadores y tenía claro que

Kawamoto *senséi* no era uno. Veinte años antes había adoptado incluso a dos hermanos al morir su padre, y ambos lo habían acompañado desde Hawái para convertirse en los instructores más destacados de su escuela. Todos la trataban con amabilidad, respeto y hasta con temor reverencial, dado el talento que desplegaba para el judo. Como las llaves que se practicaban en el suelo eran similares al *jiu-jitsu*, no podía considerarse precisamente una novata. Con todo, tampoco le resultaban nada difíciles las técnicas de pie; conque, a finales de verano, ya había conseguido el cinturón negro después de que derrotase a varios oponentes expertos no ya en el tatami, sino también con técnicas de proyección. Su favorita era el *sankaku-jime* en el aire, porque le permitía estrangular al rival sin tenerlo siquiera en el suelo. Tuvo ocasión de comprobar que, además, quienes se enfrentaban a ella no solían esperar semejante ataque. Concebían la lucha de pie y la lucha de suelo como dos elementos separados y se mostraban, por lo tanto, vulnerables durante la transición de una a otra, que se convirtió para ella en el ámbito más prometedor.

Rick dejó que leyera el expediente dedicado a ella y a su hermana. No era muy voluminoso. Habían sido varias las embarcaciones procedentes de Tailandia que habían fondeado en Portland en torno a las fechas en las que se daba por cierto que debían de haber trasladado a Livia a la gabarra que la llevó a Llewellyn. Cuando la rescataron a ella, todos los posibles buques habían zarpado ya. Por si fuera poco, todos enarbolaban pabellón de conveniencia, es decir, que pertenecían a armadores de una nación y estaban registrados en otra, práctica que podía hacer difícil y aun imposible determinar quién era el verdadero propietario. Aquella era, pues, una vía muerta.

La de la *Vesta*, que era el nombre de la gabarra, podía ser una pista más provechosa. Las autoridades habían sometido a interrogatorio al capitán y a su dotación, pero todos habían negado tener conocimiento alguno de llevar a bordo un contenedor con secuestrados ni saber nada de los tres hombres que los habían tenido presos. Ninguno de los tripulantes tenía antecedentes. Al capitán le habían impuesto cierta multa en determinado momento, y nada más.

El único que podía arrojar alguna luz sobre aquel asunto era el superviviente de los tres que la habían retenido en la gabarra, un tal Timothy Tyler, por mal nombre Hierba, del que le había hablado Rick en Llewellyn.

Al encontrarse bajo cubierta cuando la policía abordó la embarcación, no se había visto envuelto en el tiroteo y, por lo tanto, había salvado la vida.

Lo habían enviado a la prisión federal de la ciudad californiana de Victorville. Livia quiso saber si había algún modo de que pudiera ir a verlo y hacerle unas cuantas preguntas. Temía que Rick tratase con desdén la idea de que una adolescente quisiera interrogar a un recluso defensor de la supremacía blanca; pero él acogió su petición con comprensión y respeto. Aun así, la convenció de que no iba a servir de nada: si el Hierba hubiera estado dispuesto a colaborar, lo habría hecho a cambio de una reducción de la condena de veinte años que se le había impuesto. Una vez entre rejas, no había nadie que pudiera tener influencia sobre él.

—¿Por qué crees que no ha querido hablar? —le preguntó una noche mientras cenaban en la modesta mesa de la cocina—. ¿Es posible que sea verdad que no sabe nada?

Rick le sirvió un filete de salmón glaseado con miso.

—Imposible no es, desde luego; pero ¿te acuerdas de cuando te dije en Llewellyn que tenías instinto de poli?

Ella asintió sin palabras, deseosa de que prosiguiera. Él miró el filete a modo de sutil recordatorio de que le gustaba que ella comiese cuando el plato estaba aún caliente y en su mejor punto de sabor. En consecuencia, tomó una porción con el tenedor, masticó y tragó.

—Delicioso —aseveró.

Y no mentía. Sin embargo, como siempre que pensaba en Nason y en la investigación, no prestaba ninguna atención al alimento. Ni tampoco a ninguna otra cosa.

Él sonrió.

—Gracias. Pues yo creo que sí, que el Hierba sabía mucho, porque hablé con el fiscal federal y me dijo que, cuando le ofreció una reducción de condena a cambio de información, él no quiso darle nada.

—Y eso ¿qué significa?

Rick se metió una porción en la boca.

—¡Vaya! —exclamó mientras masticaba—. Pues sí, que está bueno. — Después de tragar, dijo—: Mira, esas cosas funcionan así: cuando el fiscal amenaza al malo con meterlo entre rejas una buena temporada, el malo siempre intenta negociar. Se ofrece a testificar contra sus compinches y esa clase de cosas a cambio de una reducción de condena. Los abogados defensores y la acusación participan en este juego como cosa de trámite ya.

La cruda realidad es que el fiscal intenta siempre negociar una declaración de culpabilidad, pues eso les ahorra tiempo y energía cuando están saturados de trabajo.

–Pero eso no es justo –comentó ella horrorizada.

–No. Así es el sistema y el sistema nunca es justo.

Abrió una cerveza y la vertió en un vaso. En el de ella había zumo.

–El caso es que cuando un tipo al que le van a caer veinte años se niega a dar nada, uno sabe que tiene información y no la da por miedo.

–Pero ¿cómo lo sabes? Quiero decir: acabas de reconocer que es posible, o que no es imposible, que no supiera nada.

Él volvió a lanzar una mirada al salmón de ella y Livia se llenó la boca de pescado y de col y col china. Rick sonrió agradecido y dio un trago a su cerveza.

–Es verdad, pero te voy a contar una cosa: todos los malos saben algo: un traficante del que se dice que ha matado a alguien; un rumor sobre quién cometió en realidad la violación en tal o cual barrio modesto; dónde consiguen las armas los de la banda latina de los Sureños... Cualquiera cosa, y, si no saben nada, cosa poco probable, se lo inventan. Al fin y al cabo, si lo que te espera son veinte años a la sombra, ¿qué puedes perder?

–Entonces, ¿por qué no dijo nada el Hierba? ¿Por qué no se inventó nada?

–Solo hay una cosa capaz de hacer que uno de ellos cierre la boca como hizo el Hierba. ¿Qué crees que puede ser?

Livia recordó seguir comiendo mientras pensaba la respuesta.

–El miedo –dijo tras un momento.

–¡Bingo! Porque cuando el acusado tiene miedo no quiere que nadie piense que ha podido hablar *de nada*.

–Pero ¿qué puede tenerlo tan asustado?

–Que lo mate alguien que podría verse perjudicado por su declaración. Conque, cuando te encuentras con alguien que se niega a decir una palabra, ya sabes por dónde van los tiros. Puedes tener claro que se trata de alguien que está diciendo con su silencio a quienes podrían acabar con él: «Tengo la boca cerrada, así que, por favor, no me matéis».

–Y ¿qué significa que el Hierba estuviera asustado?

Rick dio un sorbo a su cerveza.

–Dímelo tú.

Ella volvió a reflexionar.

–Que sabe quién los contrató a él, a su hermano y al tercer tipo, y que, sea quien sea, resulta... peligroso.

–En efecto. Por otra parte, el Hierba forma parte de una banda de racistas blancos asociada con la Hermandad Aria, una pandilla carcelaria, y eso quiere decir que cuenta, de manera automática, con su protección mientras esté entre rejas.

–¿La Hermandad Aria?

–Sí. Los centros penitenciarios de Estados Unidos están dominados por tres bandas, una de negros, una de latinos y una de blancos. Aunque es un poco más complicado, con eso puedes hacerte una idea. El caso es que la de los blancos es la Hermandad Aria. Están en minoría, pero todos les temen porque son despiadados. Así que el podía tener miedo de no contar con su protección si testificaba, de que lo atacase la misma Hermandad Aria o...

–O de que la Hermandad Aria no pudiese protegerlo aunque quisiera.

Rick hizo un gesto de asentimiento, encantado a todas luces por las deducciones de ella.

–Y eso ¿qué querría decir?

–Que la persona a la que teme el Hierba, sea quien sea, es más fuerte que la Hermandad Aria, porque podría matarlo aun a pesar de su protección.

–Exacto. Por lo tanto, podemos deducir de manera razonable que quienquiera que los contrató a él y a los otros debe de estar muy bien situado. Por desgracia, eso no reduce de forma espectacular la lista de candidatos.

Pese a ella, Livia tenía que reconocer que, por el momento, el Hierba era... un valor latente. Tenía que encontrar otro modo de seguir indagando. Rick, no obstante, le había dicho que era posible que saliera de la cárcel antes por buen comportamiento. Por lo tanto, decidió llevar la cuenta para poder seguirlo cuando saliera de prisión. Tal vez entonces tuviera un motivo nuevo para hablar.

Si no, ella se encargaría de buscarlo.

CAPÍTULO 42

ENTONCES

Livia no había esperado nunca que hallaría en Rick nada semejante a una figura paterna: sabía que era soltero y tenía un empleo muy exigente, y, además, tras lo que había vivido se conformaba de sobra con un lugar seguro en el que alojarse mientras acababa el instituto. Aun así, Rick parecía disfrutar haciendo cosas de padres. Era muy buen cocinero y sabía hacer un buen número de platos, incluidos su salmón especial, pollo *tandoori* y bullabesa, que era el preferido de ella; asistía a las reuniones de padres, y la ayudaba a buscar universidad. Con todo, ella no tenía claro que debiese estudiar una carrera universitaria. Por eso, una noche, mientras cenaban, le habló de sus dudas al respecto.

Él se detuvo con una cucharada de lentejas a mitad de camino hacia su boca.

—No pienso hacerte cambiar de opinión —dijo—, pero ¿puedo preguntarte por qué? Porque la universidad te va a ayudar a ampliar las opciones que se te presentan, lo que es tan importante en la vida como sobre el tatami. ¿No es verdad?

Ella vaciló antes de responder:

—Creo que... quiero ser poli, como tú.

Tenía miedo de que lo considerase una niñería o tratara de disuadirla por cualquier otro motivo; pero, en lugar de eso, él bajó la mirada un instante y dijo a continuación:

—Lo primero que quiero decirte, y es lo menos importante, es que muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por decir que quieres ser poli como yo. Si al final te decides a tomar

ese camino, tendrás ocasión de ver cuánto significa.

Aunque no tenía claro que lo hubiese entendido, el *si* que había pronunciado él, y con el que reconocía al menos esa posibilidad, la hizo sonreír.

Él soltó la cuchara.

–Y, si eso te sirve de algo, Livia, que sepas que, en mi opinión, serías una policía excelente. De las mejores.

Ella se vio obligada de pronto a tratar de contener las lágrimas.

–¿De verdad?

–De verdad: eres inteligente y tienes compasión; sabes cribar las pruebas y hacer encajar las relevantes mientras dejas a un lado las que no lo son. –Hizo una pausa–. Pero ¿sabes qué es en realidad lo que haría de ti una policía de primera?

Ella meneó la cabeza sin atreverse siquiera a hablar.

–Tu personalidad. ¿Sabes? La mayoría de las personas son como ovejas: criaturas simpáticas e inofensivas que solo desean que las dejen pastar en paz; pero, claro está, también andan sueltos lobos que no piensan en otra cosa que devorarlas.

Clavó su mirada en el plato que tenía delante y luego en ella.

–Y, por último, hay una tercera clase de persona: el perro pastor. Los perros pastores tienen colmillos como los lobos, pero su instinto no los lleva a matar, sino a proteger. Lo único que desean (para eso viven) es proteger el rebaño.

Livia parpadeó tratando de contener las lágrimas, pero no lo logró. Rick sonrió. Consciente de que no le gustaba que la tocasen, le tendió su servilleta. Con eso bastó.

–Mira –siguió diciendo–: a fin de cuentas, lo único que espero es que encuentres lo tuyo, lo que te apasiona, lo que mejor se te da, y te dediques a ello. No quiero que pienses que deseo otra cosa ni que sientas ninguna..., no sé, presión por mi parte.

Ella volvió a agitar la cabeza.

–Lo sé.

Él sonrió de nuevo.

–De acuerdo. Entonces puedo decir sin preocuparme por estar ejerciendo sobre ti ninguna influencia inapropiada que, cuando te miro y veo toda esa fuerza, toda esa compasión, tengo claro que, si quieres dedicar tu vida a proteger el rebaño, creo que vas a ser la mejor.

Se limpió la cara con la servilleta convencida de que era como transparente para él. Daba la impresión de tener rayos X. No era la primera vez que se preguntaba cuánto más podría saber o, cuando menos, sospechar. Él volvió a concentrarse en sus lentes a fin de concederle un momento y ella, cuando se sintió algo más dueña de sí, le dijo:

–Gracias, Rick.

Él volvió a sonreír.

–No: gracias a ti, Livia. Pero, por favor, no descartes de entrada la universidad. ¿De acuerdo? No olvides que se trata de no reducir las opciones. Además, podría ser que te ayudara a ser mejor policía. Lo único que te pido es que lo tengas en cuenta.

Ella prometió que lo haría.

Sean le enviaba cartas en las que, sobre todo, la ponía al corriente de cuanto ocurría en el instituto de Llewellyn. Ella respondía para hablarle de su nueva vida en Portland; pero resultaba incómodo. Él le hizo saber que disponía de una cuenta de correo electrónico y le preguntó por qué no solicitaba también ella una. Lo cierto es que podía haberlo hecho, ya que, a diferencia del señor Lone, Rick le dejaba usar su equipo informático siempre que lo necesitara; pero no quería facilitar demasiado el contacto, porque ignoraba cómo expresar por escrito lo que tenía en común con Sean. Así que se mantuvieron fieles a la velocidad de caracol del servicio postal. Las cartas de él empezaron a llegar con menos frecuencia y ella también tardaba más en responder, porque se entristecía cuando tenía que recordarlo. Al final, el tiempo transcurrido desde la última de él se dilató tanto que Livia tuvo la impresión de que no iba a recibir otra. Se dijo que siempre podía contestar para reavivar aquella correspondencia, aunque lo cierto es que pasaban los días y no lo hacía.

Rick tenía una motocicleta –una Kawasaki Ninja ZXR de 1999 de la que se enamoró ella la primera vez que la vio– y le enseñó a montar. Era socio de un taller mecánico compartido en el que podía hacer en persona todo el mantenimiento y las reparaciones, y también aprendió con él a llevar a cabo estas labores. Disfrutaba usando herramientas y trabajando con las manos, actividades que parecían conectarla de nuevo con la niña que era antes de que ocurriesen todos aquellos infortunios, con un tiempo en el que cazaba, mataba y cocinaba sus propios alimentos, era más autosuficiente y sentía una libertad mucho mayor.

Rick quería enseñarle asimismo a conducir un automóvil de cuatro ruedas, pero no podía poner el suyo en sus manos, porque pertenecía a la policía. Ella quiso saber cuál había usado para llevarla a Portland, ya que no era el mismo, y él, ruborizándose un tanto, respondió:

–Normalmente... cuando necesito un vehículo para algo así... se lo pido a un amigo...

Livia, que ya se había preguntado al respecto en otras ocasiones, estuvo a punto de someterlo a interrogatorio en aquella. Sin embargo, Rick siempre había respetado escrupulosamente cuanto ella necesitaba mantener dentro de su ámbito privado; de modo que no hacer lo mismo con él habría sido un acto no ya de descortesía, sino de traición.

–Me alegro mucho –se limitó a decir por consiguiente– de que puedas contar con un amigo así.

Él la miró largamente, con gesto casi nervioso, antes de decir:

–Sí. Me da la impresión de que... te va a gustar. Y a él le vas a gustar tú.

Ella se encogió de hombros como si estuvieran hablando de algo trivial.

–Nos podrías presentar un día de estos si quieres. Seguro que me gustan tus amigos.

Rick sonrió con gesto a un tiempo aterrado y aliviado.

–En fin, quizá me deje usar su vehículo para enseñarte a conducir. Se lo puedo preguntar.

Los dos se organizaron a la perfección. Livia ayudaba a la hora de hacer la compra, limpiar y lavar la ropa, aunque Rick insistía en vano en que no era necesario. Ella no quería ser una carga, algo que se le había impuesto a él por un sentimiento de obligación o que le habían endosado. Quería ser de ayuda y le sentaba bien saberse valiosa. Le gustaba hacer el café y tomarse una taza por la mañana, siempre con leche y azúcar de caña.

A veces iba al puerto. De pie, contemplaba el agua, los contenedores, la maquinaria, las embarcaciones. Entonces cerraba los ojos y escuchaba el vibrar de aquellos motores gigantescos, los chillidos de las aves carroñeras, los lengüetazos del agua en los muelles... mientras trataba de imaginar adónde podían haber llevado a Nason y sentir dónde podría estar en aquel preciso instante. Se decía que, de concentrarse con la suficiente intensidad, conseguiría recordar, imaginar, invocar algo que sirviese de ayuda; pero nunca funcionó.

Cierto día, de camino a casa desde el instituto, topó con una rama gruesa caída de un árbol. Sin pensarlo, llevada por un impulso, la recogió y le dio forma de Buda tal como había hecho tanto tiempo atrás en el bosque, con las piernas cruzadas en la postura del loto, una mano abajo y la otra alzada. La colocó cerca de la ventana de su dormitorio, al lado de la fotografía que le habían hecho con Nason, y cada noche, sin falta, miraba al cielo y susurraba en lahu:

–Te quiero, pajarito –musitó en lahu–. Nunca me voy a olvidar de ti ni voy a dejar de buscarte, y un día daré contigo.

Rick consideraba que, dado que siempre llevaba su pistola reglamentaria encima o la dejaba al alcance de la mano, era de vital importancia que Livia aprendiese a manejarla con seguridad.

–Uno tiene que intentar que sus armas sean a prueba de niños –fue como lo expresó– y que sus niños sean a prueba de armas.

Ella estaba entusiasmada. Quería aprender sobre todas ellas, ya que tenía por cierto que todo lo demás constituía una debilidad y estaba resuelta a no volver a ser débil nunca más.

Estudiaron las cuatro normas básicas de seguridad: dar siempre por sentado que un arma está cargada hasta haberlo comprobado personalmente; no dejar nunca que la boca del cañón tenga delante nada que no se desee dañar; dejar el dedo fuera del gatillo hasta estar preparado para disparar, y tener claro cuál es el telón de fondo, es decir, todo aquello que podría recibir la bala en caso de errar el blanco o atravesarlo.

La seguridad era importante, por supuesto; pero para él lo era también que aprendiese a disparar. Por eso la llevó al campo de tiro y le enseñó lo fundamental al respecto: sacar con suavidad, adoptar una actitud resuelta, sostener el arma con firmeza, apuntar con la mira al objetivo y apretar el gatillo. Ella lo escuchó con atención y disparó con tino, aunque luego, al llegar al estacionamiento, Rick le dejó claro que usar el arma en la calle era muy diferente: la adrenalina, las distracciones, los transeúntes, los disparos de otros... lo cambiaban todo.

–¿Tú has tenido que disparar a alguien alguna vez? –quiso saber Livia.

–Sí.

–¿Y has matado a alguien?

Él asintió con la cabeza.

–A dos personas.

–¿Eran de los malos?

–Mucho.

–¿Qué habían hecho?

–No quieras saberlo.

–Cuéntamelo.

Rick la miró y volvió a asentir.

–Uno de ellos era traficante. Estaba disparando a otras personas dentro de una casa y tuvimos que entrar al asalto para detenerlo.

Ella sintió que se le agarrotaba la mandíbula.

–Y a los de la casa... ¿los mató?

–A todos menos a una niña pequeña que se llamaba Lucy. La había dejado inconsciente de un golpe y la dio por muerta. Por suerte, ahora está bien: está estudiando y quiere ser enfermera. –Sonrió–. Me llamó no hace mucho, al cumplir los dieciocho, y me dijo: «Lo más seguro es que no se acuerde de mí, pero me salvó la vida. Yo no estaría viva de no ser por usted».

–¿Y te acordabas de ella?

Él se echó a reír.

–«¿Estás de broma?», le dije. «¿Que si me acuerdo? ¿Cómo voy a olvidarte nunca, Lucy?»

Aquella historia hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Ojalá hubiese estado presente Rick cuando llegó a su pueblo la furgoneta blanca. O, al menos, alguien como él.

–¡Vaya! –musitó ella.

Él la miró y se encogió de hombros como si no fuera gran cosa; pero saltaba a la vista que aquel recuerdo también lo había emocionado a él.

–Sí –dijo–. A veces resulta que le salvas la vida de verdad a alguien, y eso hace que todas las demás pamplinas tengan sentido.

–¿Y el otro?

–Un pandillero que se había propuesto no volver a la cárcel. Mató a dos oficiales antes de que pudieran sacar las armas y tenía encañonado a mi compañero. Yo conseguí acercarme por uno de sus costados y dispararle en la cabeza.

–¿Salvaste a tu compañero?

–Sí. Por lo menos fue eso lo que dijeron al darme la distinción.

De nuevo esa modestia tan suya...

–Me alegro de que los matases.

Él frunció el entrecejo y dijo:

–Pues yo no tengo muy claro que esté bien que te sientas así, Livia.

–Es que si no los llegas a matar le habrían hecho daño a más personas.

Lo que hiciste les salvó la vida a otros.

Él asintió con gesto lento, como renuente a darle la razón.

–Supongo. Lo que pasa es que no quiero que te alegres de que maten a nadie. Eres demasiado joven.

Ella sintió que se removía el dragón en su interior y de pronto tuvo una necesidad imperiosa de que la entendiese. Con los ojos fijos en él, aseveró:

–Ojalá hubieses podido matar a los que nos tomaron a Nason y a mí.

La mirada de Rick la llevó a pensar que no había pasado por alto el significado pleno del término *tomar*. Volvió a mover la cabeza con gesto de comprensión.

–Recibido.

–Ojalá hubiese podido hacerlo yo.

No añadió que todavía sentía ganas de acabar con sus vidas porque no quería preocuparlo más de lo que debía de haberlo hecho ya. Sin embargo, era cierto, y, si algún día daba con un modo de lograrlo, lo haría.

CAPÍTULO 43

ENTONCES

Aquel verano, Livia asistió a un curso de manejo del cuchillo con una monitora de Oakland que fue a visitar el gimnasio de Kawamoto *senséi*: Maija Soderholm, experta en armas blancas rubia y con rastas, cubierta de tatuajes y fumadora, que Livia tuvo por la mujer más sensacional que hubiese conocido nunca. Sabía hacer que el cuchillo se moviera como un ventilador, como si fuera líquido, como una criatura con mente propia, y Livia se dio cuenta de que, por formidables que fuesen sus habilidades en el terreno del judo y del *jiu-jitsu*, contra alguien que, como Maija, fuera armado con cuchillo, podía llegar a pasarlo muy mal. Por lo tanto, se resolvió a ser ella quien se convirtiese en semejante pesadilla. Para ello, se quedaba a practicar cuando acababan las clases, y Maija, impresionada por su afán, le dedicó montones de horas extras.

Una noche preguntó a la instructora por qué la atraían las armas blancas. –No sabría decirlo con certeza –le dijo ella–. De niña, tomé uno de los cuchillos de mi padre y sentí, sin más, que me hablaba. Me resultaba muy cómodo y me atrapó para siempre. Encontré a un maestro de espada filipino y empecé a entrenar con él. Se llamaba Sonny Umpad y me enseñó que cada arma que pones en tu mano tiene su personalidad propia y que, si está bien diseñada, te revelará cuál es su función solo por el tacto. Cuando me lo dijo supe de inmediato a qué se refería exactamente.

Livia le respondió que a ella le había ocurrido lo mismo con el *jiu-jitsu*: la primera vez que se había puesto un kimono y había peleado en el tatami le había parecido que todo encajaba.

Rick, consciente de su fascinación, le compró un cuchillo que había diseñado Maija: el Vaari, una arma espléndida hecha a mano con hoja curva

de veinte centímetros y el mango envuelto en piel de reno con tratamiento impermeabilizante. Livia practicó con él sin descanso con los movimientos, siempre esquivos y cargados de fintas, que había aprendido de Maija.

Durante el otoño de su último año de instituto, Rick le presentó al fin a su amigo, que ejercía de detective en la unidad de delitos sexuales y se llamaba Gavin. Tenía una sonrisa cálida y franca y no la trató con lástima ni como si fuera una niña. Livia le tomó cariño de inmediato y nadie tuvo que decir en voz alta lo que ella había sabido desde hacía mucho. Se alegraba de que Rick tuviese en su vida a alguien especial, alguien en quien confiase y a quien amara. Pensaba que una cosa así debía de ser maravillosa, por más que tuviese la sensación de que se trataba de algo que ella nunca iba a tener.

Le hizo un montón de preguntas sobre su trabajo. Siempre había querido investigar asesinatos como Rick, pero hablando con Gavin acabó por convencerse de que quizá su verdadera vocación se encontraba más bien en la resolución de delitos sexuales. Le parecía un modo mejor de proteger a niñas como Nason y como ella... y de vengar a las que no lograrse salvaguardar.

Gavin también estaba al tanto del caso de Nason. Era uno de los policías a los que Rick había puesto al corriente de su desaparición. Aun así, no había podido sacar nada en claro y coincidía con ellos en que no habría pista alguna que seguir hasta la puesta en libertad del Hierba. Livia no pasó por alto que pensaba que este tampoco iba a ser de gran ayuda, si bien había sido lo bastante considerado para no decirlo en voz alta. Sin embargo, aunque lo hubiera hecho, ella se habría negado a creerlo.

Después de aquel primer encuentro, la presencia de Gavin se hizo habitual en el apartamento. A veces incluso pasaba allí la noche. Livia no podía evitar sentirse mal por saber que, durante un tiempo breve, se había contado entre las personas a las que Rick pensaba que tenía que ocultar su vida; pero se alegraba de que ya no fuese así. Debía de confiar muchísimo en ella para ponerla al corriente de secretos que ni siquiera revelaba a su propia hermana. Para Livia, gestos como este tenían un valor sagrado, aun cuando ella misma no se sintiera capaz de confiar en nadie del mismo modo.

Rick se sirvió del contacto que tenía en Tailandia para saber de nuevo de los padres de Livia y la respuesta fue que no habían tenido noticias de ninguna de sus hijas. Aunque ella no había albergado ninguna esperanza al respecto, le dolió oír que seguía sin saberse nada de Nason. Le preguntó a Rick si era posible hacer que su contacto volviera a probar suerte cuando

transcurriera, por ejemplo, un año y él le prometió no olvidarlo.

De vez en cuando, Livia acariciaba la idea de cambiarse el nombre. Había leído en la Red que podía hacerlo cuando cumpliera dieciocho años sin necesitar siquiera el permiso de la señora Lone. Sin embargo, tal necesidad se fue esfumando a medida que pasaba el tiempo. Nunca le había disgustado el nombre de Livia, aunque se lo hubiera elegido el señor Lone. Al principio lo había tomado como un disfraz y eso la había ayudado: le gustaba la idea de ser una niña llamada Labi que fingía ser una persona diferente con el pseudónimo de Livia. Sin embargo, poco después había empezado a tener la sensación de no estar segura de cuál de aquellos dos personajes era en realidad, de quién era. Hasta que, al fin, había acabado por sentirse a gusto con el de Livia, con quién era o en quién se había convertido.

En cuanto al apellido, dependía mucho del contexto. Fred Lone era Fred Lone, y Livia Lone era ella, sin más. Y, aunque siempre podía cambiárselo en el futuro si lo consideraba oportuno, había empezado a pensar que lo más seguro era que no lo hiciese.

Siguió avanzando en el terreno del judo. Kawamoto *senséi* la ascendió a segundo dan y le preguntó si estaría interesada en trabajar en el gimnasio ofreciendo un curso de defensa personal para mujeres. Ella se sintió tan sorprendida, honrada y abrumada ante la idea de poder enseñar a otras mujeres a combatir que por un instante creyó que la acometían sus viejas emociones y tuvo que aguardar unos segundos antes de poder responder.

–Sí –le dijo con ojos brillosos–. Por favor, eso.

En adelante, pues, dedicó dos noches por semana a instruir a una serie de alumnas en una combinación de judo, lucha y *jiu-jitsu* destinada a poner a su disposición una serie de técnicas y de tácticas con las que hacer cara a oponentes más corpulentos y fuertes que ellas. Siempre intentaba dejar claro que la técnica era solo una parte menor en comparación con la voluntad y la actitud. Cuando se detenía a considerar su pasado, no tenía más remedio que reconocer que, desde el punto de vista físico, podía haber parado los pies al señor Lone mucho antes. ¿Qué era, en tal caso, lo que se lo había impedido? Su mentalidad. Si esta no era la adecuada, el cuerpo no servía gran cosa. En cambio, cuando sí lo era, el cuerpo acababa por hallar su camino. Ella, por lo tanto, se había propuesto enseñar técnicas llamadas a adiestrar la mente.

Al principio sus clases eran poco numerosas y estaban compuestas

sobre todo por niñas de primaria y de los cursos iniciales de secundaria. Sin embargo, cuando se corrió la voz, no tardaron en acudir adolescentes de más edad y hasta las madres que llevaban a sus hijas a los entrenamientos. Las dos noches semanales no tardaron en ser tres en consecuencia, y más adelante hubo que añadir también los sábados. El entrenador del equipo de lucha del Lincoln volvió a intentar ficharla, pero ella declinó de nuevo la oferta: enseñar a las niñas a protegerse le parecía más importante y, además, le gustaba la idea de tener trabajo. Quería ganar dinero para no tener que depender de nadie, ni siquiera de Rick.

Kawamoto *senséi*, entusiasmado con la popularidad de Livia, empezó a pagarle, además de las horas de clase, un incentivo por cada socia nueva que hacía gracias a ella. Según le dijo, los cursos de defensa personal solían tener por profesores a hombres corpulentos y musculosos que posiblemente no entendieran lo que comportaba tener que enfrentarse a un oponente más fuerte y pesado; de modo que tener de monitora a una muchacha que apenas superaba los cincuenta y cinco kilos de peso resultaba inteligente y fuera de lo común. Aquello tenía mucho sentido para Livia, quien, aun cuando sus clases estaban dirigidas a mujeres, animó también a asistir a no pocos varones del gimnasio, convencida de que, si les enseñaba a luchar y no combatían con hombres, no podía considerar que las estuviera preparando para el mundo real.

Aquel otoño, el gimnasio recibió la visita Devin Asano, profesor de la antigua escuela hawaiana de Kawamoto *senséi*, que había sido medalla de plata en los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988. Livia, que no había visto nunca un judo tan poderoso, elegante y centrado como el suyo, entrenó con él cada vez que halló la ocasión durante el mes que duró su estancia. Por suerte, Asano *senséi* parecía disfrutar con ella tanto como ella con él y le hizo saber que pocas veces había conocido a nadie con semejante talento.

Antes de volver a Hawái, Asano *senséi* le dijo que tenía contactos en la Universidad Estatal de San José (California). Aquella había sido su alma máter y contaba con uno de los mejores programas de judo de todo Estados Unidos. Le prometió que la llamarían.

Ella se mostró renuente, porque quería hacerse policía cuanto antes y no deseaba dejar Portland, en donde creía más probable poder dar con Nason, aunque sabía que, en el fondo, tal convicción no pasaba de ser una corazonada sin fundamento real. Sin embargo, resultó que aquella universidad destacaba también por los planes de criminología que ofrecía, y

eso llamó su atención. Pensó que sería útil saber más sobre los malhechores. Además, claro, la ocasión de practicar con algunos de los mejores judokas del mundo resultaba muy atractiva. Rick y Gavin consideraron muy buena idea la de matricularse en San José, pues los estudios universitarios iban a ofrecerle un abanico más amplio de oportunidades con independencia de lo que decidiese hacer a la postre. Así que aceptó cuando le ofrecieron una beca: iría a San José, entrenaría con afán y aprendería cuanto le fuera posible acerca de los criminales.

Después se haría policía y, de un modo u otro, daría con Nason.

CAPÍTULO 44

AHORA

Dos semanas después de la conversación mantenida con Masnick, se dirigía en la Ninja hacia el este por la autopista 20. Aunque habría preferido la Ducati y el Jeep le habría resultado más práctico, dependiendo de cómo se desarrollara la situación podía necesitar permanecer en el anonimato, por no hablar del mono de motorista que llevaba puesto.

El aire se hizo más frío a medida que aumentaba la altitud y los alrededores cambiaban de prados a bosques y de estos a picos escarpados coronados de nieve que brillaban bajo un cielo azul y despejado. Nunca había salido de ese modo. Si la situación hubiera sido otra, habría parado una y otra vez a fin de disfrutar de la belleza prístina de los lagos y los ríos; lo distante, casi de otro mundo, de la autopista de las Cascadas del Norte; la extrañeza de municipios diminutos con nombres como Corkindale, Marblemount o Diablo, que, rodeados de montes, parecían elementos de un diorama dedicado al Lejano Oeste.

Sin embargo, estaba allí para algo más importante que detenerse a contemplar el paisaje: Tyler el Hierba había salido al fin de la cárcel. Después de contar años, meses, semanas y días, se encontraba a horas, tal vez minutos, de lo que llevaba tanto tiempo ansiando.

Masnick le había revelado cuál había sido la recompensa que había recibido Tyler por haber hecho de cabeza de turco: la red de distribución de metanfetaminas a Canadá que tenían los Hammerhead. El Hierba iría de forma regular de un taller, ubicado en las colinas que rodeaban la modesta ciudad washingtoniana de Hamilton, hasta Oroville, donde la banda conocía a un tipo que sabía cómo enviar el producto al norte por el lago Osoyoos, situado en la frontera. Sus hermanos le habían dado, a modo de regalo de

bienvenida por su regreso, un Ford Super Duty de color gris oscuro, un automóvil adecuado para aquel terreno que se contaba entre los más populares de la región y, por lo tanto, hacía menor el riesgo de que nadie reparase en él o lo recordara. Debía evitar las autopistas, mantenerse muy por debajo del límite de velocidad y viajar con varios kilos de droga ocultos en un compartimento que le habían habilitado debajo del asiento del conductor.

–Irá armado –había añadido Masnick– y, con toda esa meta encima, dudo mucho que se deje llevar. Para que lo sepas.

Livia sabía bien qué era lo que tenía Masnick en la cabeza: prefería ver al Hierba muerto en un tiroteo que de nuevo entre rejas. Si acababa sus días en manos de los oficiales que pretendían detenerlo, él habría topado con una solución más limpia y permanente. Encima, con el paso del tiempo y la discreción oportuna, su desaparición permitiría que él y Jardin hicieran pública su relación, siempre que mantuviesen en secreto cuándo y cómo había comenzado.

Llevaba el Gossamer modificado adherido con cinta al manillar para poder localizarlo desde una distancia de casi dos kilómetros. Teniendo en cuenta la carga que transportaba, cabía esperar que fuera más que pendiente de si lo seguían. Claro está que podía haberse limitado a poner la sirena y hacer que se detuviera en el arcén, pero, por el mismo motivo, era probable que, en lugar de obedecer, la recibiera a balazos. No: cuando al fin pudiera abordarlo, quería tenerlo apartado de la carretera y de su vehículo. Al menos, en algún lugar en el que pudiera hablar con él en privado.

Estaba a punto de llegar a la ciudad remota de Twisp, cuando vio en el Gossamer que Tyler se hacía a un lado. Llevaba ya casi tres horas de conducción y dio por hecho que debía de haber encontrado algún sitio en el que descansar. Había llegado el momento y el corazón comenzó a latirle con fuerza de emoción.

Llevó la moto hasta el arcén de gravilla y usó el Gossamer para confirmar que no había en los alrededores ningún otro teléfono de los Hammerhead. Dudaba mucho que Masnick la hubiese delatado, pues, dado el riesgo que corría en comparación con los beneficios que podía obtener, no habría tenido ningún sentido; pero no estaba de más conducirse con cautela.

Algo más de un kilómetro más allá comprobó que había estado en lo cierto: Tyler se había detenido en un área de servicio situada a orillas del Methow. Salió de la autopista y enfiló una carretera de grava hasta llegar a un claro de escasa extensión que se abría en un denso pinar. Vio un par de

cabañas de troncos, poco más que letrinas; un cobertizo para labores de mantenimiento; una máquina expendedora solitaria situada entre los letreros que anunciaban cuáles eran las instalaciones de las señoras y cuáles las de los caballeros; una mesa de merendero, y un único vehículo en el estacionamiento: un Ford Super Duty gris con la pintura reluciente empañada por una leve capa de polvo de la carretera.

Dejó la moto a poco más de cinco metros de la camioneta para que Tyler no se espantara cuando saliese, se quitó el casco y lo dejó sobre el asiento y se apostó en cuclillas al lado del motor a fin de verlo salir y observarlo mientras se aproximaba, convertida en una fanática de la motocicleta con mono de cuero que había salido a dar una vuelta por las espectaculares carreteras secundarias que bordeaban la frontera canadiense y se hallaba examinando su vehículo. Con un poco de suerte, Tyler podría incluso acercarse y ofrecerse para ayudarla con la reparación. Por supuesto, cabía la posibilidad de que reparase en la Glock que tenía al lado de la culata.

En tal caso, sin embargo, ya sería tarde para hacer nada al respecto.

CAPÍTULO 45

ENTONCES

Estaba fascinada con cuanto tenía que ver con la Universidad Estatal de San José: el campus verde situado en medio del tráfico de la ciudad; aquel clima espléndido; las clases sobre criminales y sistema jurídico; las intensas sesiones de judo, y, sobre todo, el hecho de estar en un lugar en el que no la conocía nadie. Allí era solo una novata más en un mar de al menos treinta mil estudiantes integrado en una ciudad de más de un millón de almas. Jamás había conocido una sensación más liberadora.

Su compañera de cuarto era una muchacha rubia de Berkeley llamada Cindy. Pese a que le caía muy bien, a Livia no le hacía gracia tener que compartir su espacio: necesitaba un santuario, un lugar en el que poder cerrar la puerta con llave y aislarse de todos, en el que colocar el Buda y la fotografía y susurrar cada noche los votos hechos a Nason sin sentirse incómoda ni tener que dar explicaciones.

Cindy percibió su carácter reservado y pareció entender que no se trataba de nada personal. Tal vez supuso que respondía al estereotipo de chiquilla asiática introvertida, un ratón de biblioteca obsesionado con sus estudios. Livia interpretaba encantada aquel papel, pues hacía que los demás la dejaran en paz. Además, tenía que reconocer que quienes pensaban así no andaban del todo descaminados. Al menos en lo que a la superficie respectaba, ya que, debajo de esta... no tenía muy claro cómo debía definirse. A pesar de aquella sensación de libertad que acababa de conocer, seguía sintiéndose... apartada del resto. Dudaba que ninguno de los alumnos de aspecto acomodado que la rodeaban pudiese llegar siquiera a imaginar los lances que poblaban su pasado, por no hablar ya de sobrevivir a ellos. Eso y los secretos que guardaba con llave en lo más recóndito de su ser constituían

un muro que la separaba del resto del mundo.

De cuando en cuando, muchas veces al azar, aunque sobre todo cuando se estaba divirtiendo, se sentía culpable. Entonces pensaba que quizá no debería haberse matriculado en la universidad, que tendría que haber entrado cuanto antes en el cuerpo de policía para poder tratar de dar con Nason. Aun así, sabía que no servía de nada atormentarse de ese modo: Rick y Gavin, que eran policías, no habían sido capaces de encontrarla, y Livia no acertaba a ver qué podía hacerse mientras Tyler el Hierba siguiese cumpliendo condena. Por lo tanto, no tenía nada que recriminarse por estar estudiando. Con todo, seguía lacerándola el recordar a su pajarito y se aseguraba de repetir su promesa noche tras noche antes de irse a dormir, si bien lo hacía en silencio cuando estaba presente Cindy.

En el equipo de judo había un muchacho que le gustaba: Colton, estudiante de tercero que se había mudado de Los Ángeles a San José expresamente por dicho deporte y a quien muchos le atribuían un gran potencial olímpico. Tenía el cabello de color castaño claro, los ojos verdes y una tez pecosa que le recordaba a Sean. Además, pertenecía a la categoría de los pesos pesados y, por lo tanto, se acercaba al tamaño de Livia lo bastante para practicar con él en numerosas ocasiones. Ella, sin embargo, también ponía empeño en enfrentarse a veces a oponentes más corpulentos y fuertes, sabedora de que la vida era menos justa que el tatami.

Una tarde, después del entrenamiento, Colton quiso saber si le apetecía tomar una copa. Aunque seguía desconfiando del alcohol desde que, estando en Llewellyn, le había hecho tener la impresión de que perdía las riendas, por más que de un modo agradable, ella accedió. Fueron a un bar situado cerca del campus y ella pidió una cerveza. Se sintió achispada, pero le gustó la experiencia. Luego Colton la acompañó a su residencia y le dio un beso de buenas noches. A Livia le encantó besar de nuevo a alguien y sentir el cosquilleo que causaba. Quería ir más allá y, sin embargo, después de todo lo que había tenido que soportar tenía miedo de intentarlo.

En las citas esporádicas que tuvieron tras aquella se repitieron los besos, hasta que, una noche, después de alguna que otra cerveza más de las habituales, que nunca pasaban de dos, él le preguntó si quería ir a su apartamento. Tuvo miedo y se enfureció consigo misma por ello; lo bastante, de hecho, para acceder aunque fuera solo por la simple determinación que había tomado de no dejarse dominar nunca más por el temor.

Él puso música –*Pon de Replay*, de Rihanna, una canción que a Livia le

gustaba mucho— y los dos se sentaron en el sofá y se besaron. Sin embargo, ella no sintió el hormigueo de otras ocasiones. Supuso que debía de ser porque, aun achispada por la cerveza, estaba demasiado nerviosa. Colton empezó a acariciarla y recorrió con sus manos las caderas y los pechos de ella. Aquello la llevó a recordar lo que hacía el señor Lone y, por lo tanto, a experimentar una sensación terrible. No obstante, estaba dispuesta a no detenerse, convencida de que hacerlo habría sido como concederle la victoria a quien la había tratado de aquel modo. Así que dejó que Colton la desnudase y después lo desnudó a él con dedos temblorosos. Él la recostó en el sofá y ella trató de relajarse mientras se dejaba acariciar. Sin embargo, la situación no estaba avanzando del modo adecuado: no se sentía húmeda ni notaba el cosquilleo que la embargaba cuando se tocaba sola.

—Tengo un condón —dijo el joven con la respiración agitada—. ¿Te parece bien? ¿Te apetece?

Lo cierto era que no, pero sabía que tenía que superarlo. Al menos debía intentarlo; conque asintió con la cabeza y dijo:

—Sí.

Colton se apartó para sacar algo de un cajón y acto seguido se lo colocó con cierta dificultad. Ella ni siquiera miró: temía que la visión de su pene le hiciese recordar demasiadas cosas horribles. A continuación le separó las piernas, con suavidad, si bien a ella no le gustó; no le gustó en absoluto. La situación le estaba despertando demasiados recuerdos, demasiadas sensaciones espantosas. El señor Lone arrebatándole la toalla y obligándola a exponerse. Todo aquello. Colton se situó entonces sobre ella y ella sintió su peso sobre el suyo y sus brazos bajo los de ella. Lo sintió empujar, tratando de penetrarla, pero ella no había logrado lubricar y, además, no... no podía. Simplemente no podía.

—Para —le dijo—. Colton, para. No puedo. No quiero.

—Espera —respondió él sin aliento—, que casi estamos. Un poco más. Solo un poco más, Livia.

—Para —repitió ella, esta vez alzando más la voz, airada al ver que no le hacía caso—. No quiero.

Él se apoyó con más fuerza y la sostuvo de un modo más firme. Entonces empujó con más ímpetu, tratando de entrar en ella.

—¡No! —gritó Livia, montando en cólera de pronto—. ¡He dicho que no!

Enroscó una pierna en la contraria de él y lo derribó del sofá al suelo. Mantuvo la presa y no lo soltó mientras caía de espaldas, de modo que quedó

a caballo sobre su torso: la montada, la posición dominante del *jiu-jitsu*. Agarró la garganta de él con una mano y levantó la otra para aplastarle la nariz con la base de la palma, tal como le había enseñado Malcolm.

Colton, que era más fuerte que ella, debió de ver algo en su rostro que lo dejó aterrado. Abrió los ojos de par en par y permaneció totalmente inmóvil un instante, como si estuviera demasiado estupefacto o hasta asustado para tratar siquiera de defenderse.

Ella, con la mirada fija en él, tomó conciencia de súbito del calor que emitía la piel del estómago de él en contacto con ella. Cambió de postura ligeramente. El hormigueo... Era como una corriente eléctrica que le recorriese el cuerpo. Reparó en que estaba húmeda. Sin apartar la mano de la garganta de él, bajó la otra para asirle el pene. Había perdido buena parte de su rigidez, pero, tan pronto lo tocó, volvió a recuperarla. Colton la miró con la boca abierta y los ojos desenfocados.

Livia frotó el miembro de él contra su cuerpo. La sensación resultaba muy agradable. El pene se deslizó unos centímetros en su interior y ella ahogó un grito. Lo sostuvo con más fuerza y separó más las piernas mientras descendía hacia él. Se introdujo un tanto más. Dolía, pero de un modo placentero. Elevó el cuerpo y volvió a dejarlo caer.

Colton tendió las manos hacia ella y ella, sin pensarlo, aumentó la presión que ejercía sobre su cuello.

—¡No te muevas! —le ordenó.

Él se detuvo como helado y, lentamente, bajó los brazos hasta apoyarlos en el suelo.

Ella siguió apartando las rodillas. Cada vez que lo hacía, él entraba más, hasta que, al fin, las caderas de uno quedaron pegadas a las del otro y él no pudo introducirse más en ella. Ya no dolía. Daba gusto. Mucho gusto. Era como cuando ella se tocaba, aunque diferente. Más... completo. Comenzó a moverse hacia delante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo cabalgándolo, buscando el lugar preciso y el ritmo adecuado. Había empezado a resollar y sentía que podía llegar al clímax, que estaba llegando, de hecho. Él trató de moverse una vez más y ella le apretó con más fuerza la garganta. Él se detuvo y Livia advirtió que era ella quien se lo estaba haciendo. Se lo estaba haciendo tal como a ella le apetecía y él tenía miedo. Ella gimió sin pretenderlo y sintió que su cuerpo se preparaba para estallar. Entonces lo montó aún con más energía, moviéndose a su antojo hasta que, al fin, ocurrió: llegó el orgasmo, poderoso, abundante, delicioso y muy diferente de los que

se procuraba ella sola.

Cuando acabó, se derrumbó sobre él jadeante y le soltó el cuello.

—¡Oh, Dios! —exclamó Colton—. ¿Qué diablos ha sido eso?

Ella sonrió y pensó: «El dragón, imbécil»; pero se limitó a decir con voz dulce:

—¿He hecho algo mal?

CAPÍTULO 46

ENTONCES

En su segundo año, Livia decidió que centraría sus estudios jurídicos en ciencia forense. Le había gustado el curso breve sobre el particular al que había asistido el año anterior y pensó que para su carrera de policía no podía haber nada más provechoso que la pericia en la ciencia de atrapar delincuentes. Lo que no significaba que el resto de asignaturas –bandas, victimología, derecho penal, etc.– no fuera interesante. Sin embargo, abordaba áreas en las que, a su entender, poseía ya cierto instinto o de las que podía aprender con facilidad cuando empezara a trabajar. En cambio, el enfoque de la medicina forense, que comportaba conocimientos de química, bioquímica y microbiología, era harina de otro costal. Estaba convencida de que dominar aquel terreno sería como tener superpoderes que le permitirían dar con pistas que los delincuentes ni siquiera sabían que habían dejado.

Durante un tiempo coqueteó con la idea de optar a la fiscalía. Uno de los manuales que hubo de estudiar era *Sex Crimes*, escrito por una fiscal retirada de Nueva York que, a diferencia de los funcionarios de los que le había hablado Rick, se negaba a ofrecer reducciones de condena a cambio de colaboración. Vachss era una heroína que luchaba por poner a los violadores entre rejas de por vida. A Livia le bastó un día con su noche para leerlo. Lloró con algunos de los horrores que en él se recogían y se sintió identificada con la pasión de la autora y el odio frío y resuelto que profesaba a los monstruos que convertían a los débiles en su presa. Era terrible trabajar rodeada de cobardes a los que eludir y superar en astucia; pero a Livia no le costaba verse haciendo lo mismo que Vachss: reunir todos los datos de la causa, presentar sus argumentos ante el tribunal y enviar al violador a pudrirse en la cárcel.

En torno al momento en que leyó aquel libro, asistió a una conferencia ofrecida por el agente del ministerio público Daniel Vélez acerca de su experiencia en la lucha contra el tráfico de personas. Poco después de la llegada de Livia a Llewellyn, el Congreso había aprobado la Ley de Protección de las Víctimas de Trata, que consideraba delito federal lo que antes se había conocido con la denominación poco precisa de «tráfico humano» y destinaba recursos generosos a combatirlo. Los detalles que reveló el ponente eran espantosos y Livia se sintió conmovida por la pasión con que afrontaba su labor. Había procesado a una banda ucraniana que secuestraba mujeres para venderlas como esclavas sexuales en Estados Unidos; potentados agrícolas que subyugaban a peones indocumentados amenazándolos con asesinar a las familias que habían dejado en Centroamérica; una empresa que proporcionaba a docenas de restaurantes personal de cocina y de limpieza al que hacía trabajar dieciséis horas diarias por un sueldo mísero...

Aunque no era el tema principal de su conferencia, Vélez mencionó que muchas de las personas que había rescatado su despacho habían sufrido abusos sexuales, práctica común incluso en los casos de tráfico de mano de obra. Livia no necesitaba ninguna ponencia para saberlo: conocía bien lo que hacían los hombres a las mujeres y los niños que, a su ver, carecían de poder, de recursos y de capacidad para defenderse.

Después del acto, Livia lo abordó para preguntarle en qué partes de Estados Unidos era peor la trata y él le respondió que en todas partes era igual.

–Pero ¿cómo funciona? Quiero decir, usted ha rescatado a esclavos sexuales, esclavos agrícolas, esclavos destinados a las labores domésticas... Las personas que desean tener esclavos de una clase concreta, ¿cómo...? En fin, ¿cómo...?

Vélez se atusó la perilla. Ella le calculó unos cincuenta años, aunque sus facciones tenían cierto aire infantil que resultaba atractivo, y no pudo menos que preguntarse si aquella barbita no tendría el cometido de hacer que pareciera mayor.

–Lo que quieres saber es si hay algo como la sección de ofertas de empleo de un periódico.

–Sí, eso. ¿Cómo se ponen los compradores en contacto con el tratante para conseguir la clase de esclavo que quieren?

–Te lo creas o no, en muchos aspectos es un mercado como cualquier

otro, que empiece en el ámbito mayorista hasta llegar a la venta al detalle. Imagina, por ejemplo, que un coyote mexicano consigue introducir por la frontera un camión con cien personas en su interior. Entre sus contactos habrá comerciantes que también vendan al por mayor, aunque de forma especializada: esclavos destinados a las labores domésticas, al campo, a los salones de belleza, a la explotación sexual...

–Y también niños.

–Sí: por desgracia, también niños.

Livia asintió con la cabeza mientras procesaba la información y se afanaba en hacerlo del modo más frío posible.

–Y esos mayoristas intermedios ¿qué hacen después? ¿Distribuirlos a otros todavía menores?

–En efecto, hasta llegar al comprador final, que puede ser, por ejemplo, un restaurante que necesite un lavaplatos. En muchos sentidos, se trata de un mercado como cualquier otro. Piensa, por poner un caso, el de los productos agrícolas. Hay una granja en la que se da toda clase de cultivos. El dueño los lleva al mercado y allí los mayoristas dicen: «Queremos diez fanegas de trigo, cuarenta y cinco kilos de tomates, mil mazorcas de maíz...», según lo que piensan que pueden vender. Estos, entonces, llevan el género a otro mercado, en el que los supermercados y los restaurantes dicen: «Pues yo quiero cien de esos rábanos, otras tantas lechugas...». Por último, el consumidor final compra esos artículos de forma individual en el supermercado o como parte de un plato en el restaurante.

Pese a sus empeños, sintió que el dolor que sentía por Nason y que por lo general reprimía estaba aflorando más de lo habitual. Aun así, lo contuvo. No podía pensar en su hermana en aquel momento: necesitaba la información de Vélez.

–Cuando habla de cien personas en un camión, ¿se refiere a uno de los que transportan contenedores?

–En efecto. De hecho, en Texas, en 2003, murieron diecinueve personas dentro del contenedor cargado en el camión que los transportaba desde México. Había tantos en el interior que ni siquiera podían respirar.

–Pero, los traficantes ¿no querían vender a esas personas? Porque muertas no las pueden vender.

–Aquella primavera se llegó casi a los cuarenta grados, aunque dudo que los coyotes pensarán que iban a perder a tantos. De todos modos, recuerda que, cuando se trafica con personas, hay que tener en cuenta la

proporción de beneficios. Quien no pierde a ninguno es porque no está transportando los suficientes. Te lo explico: imagina que traes a diez personas en un contenedor y no se queda ninguno en el camino. En ese caso, te pagan diez. Ahora, supón que traes cien y mueren diez. Los gastos del contenedor, los sobornos, la logística... Todo eso se mantiene igual, y el riesgo, también. Luego el margen de beneficios será mayor cuantas más personas se transporten. La situación no difiere mucho de la de los barcos de esclavos que traían africanos a las colonias de América. Ahí también había que considerar la relación entre el precio y las ganancias. Los negreros no esperaban que llegase con vida todo el cargamento: preferían hacer que sufriesen todos y algunos murieran, porque así aumentaban al máximo los beneficios.

Livia se preguntó por qué había sido, entonces, tan reducido el envío de Bangkok a Portland y el de Portland a Llewellyn. A ella le había resultado incómodo a más no poder y la presencia de doce o más personas en aquel espacio tan reducido le había parecido claustrofóbica. Sin embargo, por lo que decía Vélez, casi podía haber considerado el suyo un trayecto de lujo. Supuso, por lo tanto, que debía de haber un abanico de posibilidades que tenía en un extremo contenedores no muy llenos y, en el opuesto, otros abarrotados hasta el límite como el de Texas. Se imaginó asfixiándose lentamente en una caja de metal atestada, más semejante a un horno hediondo, y aplastada por los cuatro costados por compañeros de sufrimiento aterrados y la idea le resultó más horrible aún que la situación que había vivido ella con Nason.

O quizá no.

Dio las gracias a Vélez por la conferencia, la información adicional y, sobre todo, por la labor tan importante que desarrollaba.

Así y todo, pese a la estimación que profesaba a gentes como Vachss y Vélez y la tentación que sentía de seguir su misma senda, Livia tuvo que reconocer que su vocación verdadera era la de policía. Quería llevar pistola y, además de colaborar en el procesamiento de aquellos monstruos, darles caza. Atraparlos. Esposarles las muñecas y meterlos en la cárcel para siempre.

O, si no, bajo tierra.

CAPÍTULO 47

ENTONCES

No había dejado de verse con Colton, quien se había sentido intimidado aquella primera noche que pasaron juntos, aunque no tanto para no querer probar de nuevo. Con el tiempo, Livia se fue acostumbrando a adoptar otras posturas; pero tenía claro que nada superaba a la de hacer volver las tornas y hacerse con las riendas como había hecho la primera vez. Como mínimo, para alcanzar el clímax tenía que estar encima de él. Por más que quisiera Colton, el sexo oral estaba descartado: se sentía vulnerable cuando era ella la receptora y eso no le gustaba, y solo la idea de hacérselo a él le resultaba nauseabunda al transportarla a la cubierta del barco sumida en la oscuridad de la noche y envuelta en olor a curri y a combustible diésel, el roce del césped artificial que le arañaba las rodillas...

En general, sin embargo, se sentía bien con su relación. Estaba orgullosa, en secreto, de ser capaz de tener sexo después de todo lo que le habían hecho y consideraba poco menos que un milagro el poder disfrutar con él. Pensó que lo mejor era ver cómo se desarrollaba sin pensar mucho en ello.

Llegado el segundo semestre, sin embargo, el romance se había enfriado, en parte a causa de los celos de Colton, quien no se había desenvuelto lo bastante bien en acontecimientos como el Gran Slam de París, el de Tokio o los Juegos Panamericanos para clasificarse para las Olimpiadas, en tanto que las victorias obtenidas por Livia en ellos le permitían seguir optando a dicho objetivo. Con todo, también influía la falta de satisfacción creciente que sentía ella respecto de la relación. Después de la acometida de la primera noche, el sexo, por apropiado que fuera desde el punto de vista físico, no resultaba en general tan placentero; como si la rutina que suponía el

saber lo que podía esperar en la cama fuese... quizá no tanto a arruinar la experiencia, pero sí a socavar su intensidad.

Comenzó a quedar con otros chicos. Sin embargo, fuera lo que fuese lo que necesitaba, tuvo que reconocer que no era algo que pudiera satisfacer sin más con sus compañeros universitarios. En consecuencia, comenzó a buscar otros territorios y riesgos desconocidos. Había comprado una Ninja de segunda mano, como la de Rick, y gustaba de visitar con ella los bares más sórdidos de San José, establecimientos alejados del campus y en los que los estudiantes sabían que no podían esperar una buena acogida. Ella era guapa, lo sabía, y no eran pocos los hombres con fantasías orientales. Era, por lo tanto, inevitable que algún jornalero u obrero de la construcción cubierto de tatuajes se sentara a su lado frente a la barra y se ofreciese a invitarla a una copa. Eran hombres rudos, más corpulentos que la mayoría de alumnos que conocía ella. Trabajaban con sus manos, ninguno de ellos era dueño del mundo ni lo iba a ser nunca, y no les hacía ninguna gracia que las mujeres dijeran que no. Sobre todo después de haberlas invitado a beber, después de llevarlas a un motel o a su apartamento, lo que a su vez conllevaba cierta contraprestación. Muchos de ellos se resistían cuando los apartaba de encima de ella para colocarse a caballo sobre ellos, y no dejaban de forcejear hasta que se daban cuenta de que, de todos modos, iban a tener lo que buscaban, aunque no exactamente como habían supuesto. Los más lo entendían como una experiencia nueva y extravagante, como una escena sacada de una película porno, si bien no del tipo que ellos habrían estado dispuestos a alquilar normalmente. Después, les daba un nombre inventado y un número de teléfono no menos falso y no volvía a verlos jamás.

Una noche dejó que la invitara un tipo que se llamaba a sí mismo Park pese a no tener del todo claro cuáles eran sus verdaderas intenciones. Por un lado, daba la impresión de ser bastante normal. Parecía un hombre bien plantado, limpio y acicalado, sin tatuajes ni cosas por el estilo. Sabía por experiencia que, una vez superado cierto punto, casi todos trataban de ponerse persuasivos y muchos dejaban que sus empeños se volvieran demasiado agresivos. Con todo, solía ser como consecuencia del ardor del momento, no un vicio ni un plan consciente. Simplemente se habían visto tan al alcance de lo que habían ansiado que no soportaban que se les negara conseguirlo. Se dijo que aquel fulano debía de ser de esos y no le pareció mal. En cualquier caso, no tenía el instinto depredador que ella reconocía tan bien. Aun así, había algo en él que se le escapaba, como una extraña falta de

expresividad en sus ojos y en su actitud que no lograba situar. Fuera lo que fuese lo que no encajaba, ella optó por obviarlo.

Y ese error estuvo a punto de costarle muy caro. No bien cerró la puerta del motel tras ellos, se volvió hacia Livia y, con la naturalidad de quien se aparta el flequillo de la cara, le encajó un gancho en el estómago. Ella, que no esperaba nada semejante, quedó sin respiración pese a la pericia y la forma que había adquirido en el tatami. Se dobló sobre sí misma y dio un traspiés hacia atrás. Topó con la cama y cayó sentada sobre ella, con las manos puestas en el vientre mientras advertía demasiado tarde que no estaba delante de ningún violador en potencia de tres al cuarto, sino de un pervertido como los que se afanaba en poner a la sombra Alice Vachss. Trató de huir y él, una vez más, sin delatar emoción alguna, le asestó con la mano abierta un golpe brutal en la sien que la tumbó de costado en la cama. Sin embargo, en ese instante fueron a socorrerla años de entrenamiento muscular en el ámbito del *jiu-jitsu* y se volvió para quedar boca arriba. Fue a lanzarle una patada, pero él estaba ya entre las piernas de ella. La golpeó de nuevo, con el gesto inexpresivo de quien resuelve un problema común de matemáticas o juega al tres en raya. La cabeza de ella cayó hacia atrás mientras sentía una explosión blanca tras los ojos.

Si hubiera sabido con quién se estaba metiendo, habría aprovechado la ventaja de que gozaba en aquel momento para seguir vapuleándola hasta dejarla inconsciente. Sin embargo, había hecho mal los cálculos. Convencido de que le había hecho el daño suficiente y la había dejado lo bastante aterrorizada para pasar a la función principal, le levantó la falda y le arrancó la ropa interior antes de desabrocharse el cinturón y empezar a abrirse los pantalones.

Entonces, de súbito, se convirtió en Calavera, en Barbasucia, en Cabeza Cuadrada, en el señor Lone. Fue todos a la vez e hizo descender la bruma roja que anunciaba que se había despertado el dragón. Livia se lanzó hacia delante hasta chocar con la pelvis de su atacante. Él se sorprendió, ya que había dado por hecho que ella trataría de apartarse y no de hacer lo contrario. Antes de que pudiera hacerse una idea de lo que estaba ocurriendo o de cómo reaccionar, encogió el cuerpo para golpearle la espalda con las piernas y atraer el torso de él hacia sus brazos. Pasó uno de estos por debajo de la axila de él y el otro por encima de su hombro al mismo tiempo que le aprisionaba el tronco entre sus piernas y lo mantuvo inmovilizado unos instantes mientras recuperaba el aliento, se orientaba y aguardaba el momento propicio. Él no

dejaba de agitar el cuerpo con la intención de soltarse. Era fuerte y consiguió empujarla hacia atrás con violencia. Ella, no obstante, se lo permitió, consciente de que el colchón se encargaría de absorber el impacto.

Él repitió el movimiento y, a continuación, probó una tercera vez.

–¡Putas asquerosas! –exclamó e hizo patente que le empezaba a resultar trabajoso respirar.

–Suéltame o te voy a dar de verdad lo tuyo.

Intentó bajar el brazo derecho y ella supo de manera instintiva que debía de ir armado. En consecuencia, apretó aún más la llave para evitar que la alcanzase y esperó.

Entonces él hizo ademán de ir a tumbarla hacia atrás una vez más. Livia tuvo claro que se acercaba el momento: era evidente que su agresor no sabía qué más hacer y había empezado a agitarse. Tan pronto tensó el cuerpo, ella deshizo la guardia, rodeó con una pierna la corva de él y le dio la vuelta sobre la cama para colocarse encima. El otro, que no había recibido adiestramiento alguno, fue a incorporarse por instinto doblando el estómago para lograr un punto de apoyo. Ella lo dejó y aprovechó para situarse a su espalda. Entonces, sin levantar la pierna izquierda del vientre de él, le envolvió la garganta con la mano derecha, se aferró al lado izquierdo del cuello de su camisa, pasó la rodilla derecha por el espacio que se abría entre el brazo y la nuca de él y se inclinó hacia atrás mientras clavaba la rodilla y lo obligaba a echar hacia delante el cuello, que fue a quedar presionado con la porción de camisa que lo cruzaba. Se trataba de una variante del *okuri eri jime*, una de sus técnicas de estrangulación favoritas. De la garganta de él salió un sonido semejante al del cristal roto arrastrado sobre una superficie antes de que el tejido la apretase con más fuerza y lo acallara. Él echó hacia atrás el brazo izquierdo para alcanzar a Livia, quien lo asió con el suyo para mantenerlo alejado de ella. Él tenía el brazo derecho atrapado bajo su propio cuerpo y no podía hacer ya otra cosa para salvarse que retorcerse y sacudirse. Y con eso no iba a tener suficiente.

–¿Sigues pensando que me vas a dar lo mío? –resolló ella mientras aumentaba la presión que estaba ejerciendo sobre el cuello de él–. ¿Me vas a dar lo mío?

Él agitó sin fuerza el brazo izquierdo, como pidiendo tiempo muerto u otra oportunidad, y entonces tensó la extremidad, que a continuación se distendió por completo con el resto de su cuerpo. Ella lo sostuvo así durante un largo rato. Podía haberlo soltado. Lo más seguro, de haberlo hecho, es que

él hubiera vuelto en sí en algún momento después de haber dejado ella la habitación. No obstante, lo cierto es que Livia no quería que él recobrase el conocimiento: sabía que no era la primera mujer a la que él había agredido de ese modo.

Y estaba muy resuelta a asegurarse de que era la última.

CAPÍTULO 48

ENTONCES

En cuanto volvió a su residencia se estudió bien ante el espejo. Las manos le temblaban. Por suerte, se había mudado a una habitación individual aquel tercer año, porque no habría sido nada conveniente tener que explicar a su compañera de cuarto el estado de alteración en que se hallaba a ojos vista.

Por lo que pudo comprobar, no tenía arañazos; conque podía suponer que tampoco habría quedado piel de ella bajo las uñas de él. Además, había tenido la precaución de quitarlo a él de la cama y recoger sábanas y mantas, que había dejado frente a un asentamiento de indigentes de regreso al campus. Era poco probable que las encontrase la policía y, en caso contrario, cabía esperar que estuviesen contaminadas con el ADN del último millar de clientes del motel y de los vagabundos que las debían estar usando en aquellos momentos.

Había tenido razón al suponer que él iba armado: llevaba una navaja en el bolsillo derecho de sus vaqueros. No le habría costado verla en caso de haberla buscado antes de que él se pusiera a pegarle. Aquello le había enseñado una lección, por suerte a menos precio del que podía haber tenido que pagar. La había dejado donde estaba para que la encontrase la policía, convencida de que aquel detalle confería a su atacante un aspecto más marcado de chico malo.

Con todo, por sus clases de investigación forense sabía que había decenas, centenas de pormenores que no había tenido la presencia de ánimo suficiente de considerar entonces. No había planeado bien las cosas. No se había preparado como era menester. Siempre había sabido que uno de aquellos encuentros podía desbocarse, pero no había previsto algo tan... repentino, con alguien que, sin previo aviso, pulsara de pronto el interruptor

de la violencia y la violación, no como medio para obtener otro deseo, sino en busca, precisamente, de violencia y violación.

Inspiró y espiró profundamente para calmarse. Se puso hielo en el ojo izquierdo al ver que se le había empezado a hinchar. Aquello, al menos, podía explicarlo, porque durante un entrenamiento podía haber recibido, sin darse cuenta, un golpe cuyos efectos se habían manifestado más tarde. A veces ocurría, y no iba a ser aquella la primera vez que acababa con cardenales o rozaduras. El judo era un deporte de contacto.

¿Y si la había visto alguien? No lo había acompañado al mostrador; conque en aquel sentido, al menos, podía estar tranquila. Pero ¿y si la policía averiguaba que había conocido a una joven en el bar y pedía una descripción a los testigos? Además, las marcas del cuello... ¿Descubrirían que alguien había usado una llave de estrangulación de judo? Aquello podría llevarlos al equipo de la universidad. Entonces verían que ella tenía un ojo hinchado y querrían saber dónde estaba la noche de la muerte de aquel tipo. «Estudiando en mi habitación», les diría; pero ¿lograría engañarlos?

Recorrió el cuarto de un lado a otro, desnuda. Había tirado su ropa interior a una alcantarilla, ya que no quería tener que explicar cómo se había rasgado de aquel modo. Le habían dejado marcas en el exterior del muslo izquierdo y el interior del derecho, ya que la goma elástica que rodeaba las aberturas de las piernas debía de haberle rozado la piel antes de partirse. También eso podía interpretarse como una herida menor recibida durante los entrenamientos, o, por lo menos, tal vez fuera difícil de explicar con certeza de otro modo.

En el peor de los casos, confesaría lo que había ocurrido. Alegaría defensa propia, porque, al cabo, no había sido otra cosa. Al menos hasta cierto punto. Diría que no había albergado intención alguna de matarlo, pero, al relajar la llave a la que había tenido que recurrir para salvar la vida, había sido incapaz de reanimarlo. Entonces, se había asustado y había salido corriendo. No era un refugio muy bueno, pero podía funcionar. De cualquier modo, aun cuando lograse eludir la cárcel, la idea de convertirse en carne de cualquier periódico sensacionalista del campus la horrorizaba. Los compañeros empezarían a hacer preguntas y acabaría por aflorar su pasado, o, cuando menos, parte de él. Quizá hasta quisieran saber qué había ocurrido en realidad a su admiradísimo padre adoptivo y si no estaría sufriendo estrés postraumático. ¿Qué podía significar todo eso para sus perspectivas profesionales en calidad de policía?

Analizó la situación desde todos los puntos de vista que pudo imaginar. Tal vez debería haberle quitado la cartera para que pareciese un robo... En aquel momento no había pensado en aquella posibilidad, ya que quería modificar lo menos posible el lugar de los hechos, tal como le aconsejaba cuanto había aprendido en sus clases, y en aquel momento no estaba segura de qué habría sido más recomendable. Sea como fuere, tenía que haberlo pensado cuando aún había algo que hacer.

Al final comenzaron a abrumarla la extenuación y el descenso de adrenalina. Aunque, a la postre, llegó a la conclusión de que eran muchas las probabilidades de que no la relacionaran con aquel cadáver, lo cierto es que nunca podría estar segura por completo. Tenía que haber puesto más cuidado.

En fin: la próxima vez lo haría.

CAPÍTULO 49

ENTONCES

Las noticias informaron la noche siguiente. Habían hallado muerto en una habitación de motel a Parker Crader, por mal nombre *Park*, natural de Campbell (California) y de cuarenta años de edad. La policía estaba considerando la hipótesis de que una prostituta lo hubiera llevado allí engañado para que lo asaltara y estrangulase un cómplice que debía de estar esperándolos. Crader tenía antecedentes: dos cargos por violación. En ambos casos la víctima había sido una trabajadora sexual y el lugar de los hechos, una habitación de motel. Las dos veces había conseguido que se tuviera por agresión menor. Llevaba menos de un año en libertad. Los investigadores suponían que debía de haber sufrido el desquite de una víctima que tenía relación con algún matón o podía permitirse contratar a uno. Al parecer, a nadie se le pasó por la cabeza que pudiese haber sido una mujer quien lo estrangulara.

Aunque el portavoz de la policía declaró que estaban siguiendo una serie de pistas, Livia tuvo la impresión de que se refería a las mujeres que habían llevado a Crader ante los tribunales por violación. Estas debían de tener coartada y, en caso contrario, no iba a ser fácil que las situaran en la habitación del motel en el momento de la muerte de Crader. Todo el mundo sabía que la policía de San José tenía demasiados asuntos de los que ocuparse, pues la ciudad, entre otras cosas, tenía un problema serio de bandas. Pensó en lo que le había contado Rick de su trabajo, en los criterios que determinaban las pistas que había que seguir y los casos a los que había que dar prioridad, y llegó a la conclusión de que, a no ser que obtuvieran resultados de inmediato, dudaba mucho que los detectives de homicidios fuesen a invertir mucho tiempo en tratar de resolver el asesinato de semejante

personaje. Quizá se había quedado corta al pensar que eran muchas las probabilidades de que no la relacionaran con él.

De cualquier modo, no podía evitar cierta inquietud al respecto, sobre todo a altas horas de la noche, cuando estaba sola en su cama. No obstante, después de una semana sin noticias del caso, comenzó a aumentar su confianza. Cuando tocaba a su final el semestre, de hecho, apenas pensaba en él.

Si no era, claro, para fantasear al respecto de cuando en cuando.

El resto de su vida universitaria transcurrió sin incidentes. A veces, cuando se hacían insoportables las ansias de tener un encuentro peligroso, montaba en la Ninja y buscaba un bar propicio. Después de aquella primera vez, se aseguraba siempre de salir de San José y procuraba no seguir una pauta a la que fuera fácil seguir la pista. De ese modo visitó Salinas, Bakersfield, Visalia, Stockton... Si a alguien se le ocurría en algún momento situar en un mapa cualquiera de las muertes resultantes, San José quedaría siempre en la periferia. Todo apuntaría más bien a Fresno como centro de operaciones. Aunque no era muy probable que nadie hiciera tal cosa, dado que los que iban cayendo a su paso eran degenerados a todas luces, había aprendido a andarse con ojo.

En el fondo, sabía que aquella afición suya, tal como gustaba de pensar en ella con cierto espíritu jocosos, era de locos. Tenía claro que nadie habría sido nunca capaz de entenderla y tomar conciencia de ello no hacía sino agudizar su convencimiento de que era diferente de los demás, una especie aparte, humana por fuera pero alienígena bajo la superficie. No obstante, todo eso le daba igual. Se imaginaba toda una vida de tratamiento dirigido por un psicoterapeuta a quien le sería imposible tener la menor idea de lo que suponía que lo vendiesen los padres de uno como a un animal de granja. Ni ser víctima de abusos tras aquello. Ni verse incapaz de evitar a una hermana el mismo destino, aun después de sobornar a sus agresores con la moneda más desesperada a la que podía recurrir con trece años.

Sí, tal vez debería hacerlo. O quizá era mejor mandar a paseo semejante idea y hacer frente a la situación a su manera: mantener sus secretos bien enterrados, como siempre había hecho, y librar al mundo de un puñado de monstruos ya de paso. No tenía que dar explicaciones a nadie ni justificarse ante nadie: lo que hacía era asunto suyo y nadie tenía por qué saber nada al respecto.

Viajó a los Juegos de Pequín en calidad de suplente y, aunque no compitió, fue consciente del logro que suponía formar parte del equipo olímpico. Todo el mundo decía que los de Londres serían los suyos. Sabía que quizá tuviesen razón. Al cabo, tenía solo veinte años y, por lo tanto, aún le quedaba una década, tal vez más, para ver pasar su mejor momento en cuanto a forma física. Tenía tiempo de sobra para mejorar su técnica. Sabía que era muy posible obtener en las Olimpiadas una medalla que bien podía ser de oro.

Pese a todo, nunca había dejado de querer ser policía. Seguía susurrando sus votos una noche tras otra y creía en ellos desde lo más profundo de su ser. Eran más que palabras sin sustancia, más que un mantra vacío o que una tradición que hubiera perdido su significado. Podía ser que Nason la necesitase. Una cosa era estudiar criminología y obtener un título universitario, pues lo había concebido todo como un medio para hacerse mejor policía y estaba convencida de que valía la pena, y otra muy distinta consagrar cuatro años más al judo para poder optar a ganar una medalla. ¿Cómo iba a explicar una cosa así a Nason o a justificárselo a sí misma?

Además, por satisfactorio que pudiera ser saber que los hombres a los que había matado, empezando por el señor Lone, no iban a volver a hacer daño a nadie, lo cierto es que no le resultaba suficiente. No pretendía engañarse: sabía que ansiaba la excitación sexual que le procuraba el acto de matar a violadores en potencia; pero ese no era el único motivo. Rick había estado en lo cierto: Livia era un perro pastor; necesitaba proteger a las personas, personas como Nason, y se sentía limitada, menoscabada, incompleta si no se dedicaba a ello. Había muchos depredadores que acechaban, aguardaban la ocasión de dañar a alguien y arruinarle la vida... y no dudaban en hacerlo cuando se les presentaba. Los odiaba. Necesitaba combatirlos. No solo a ratos, sino a tiempo completo.

Y ya había esperado demasiado.

CAPÍTULO 50

ENTONCES

El de la policía de Portland habría sido un destino más que adecuado para ella: la ciudad le gustaba y, por supuesto, en el cuerpo trabajaban Rick y Gavin. Lo que es más importante: Portland seguía siendo el lugar más vinculado a la desaparición de Nason, el lugar concreto en el que se había visto desgajada de su hermana. Sin embargo, también sabía que no tenía lógica alguna: Rick, Gavin y otros de sus compañeros habían tratado en vano, por todos los medios, de dar con un rastro de la pequeña en la ciudad. ¿Qué podía hacer ella allí que no hubiesen hecho ya ellos?

En consecuencia, empezó a pensar en Seattle. Sabía que la pista principal de que disponía era Tyler el Hierba, defensor de la supremacía blanca que había sobrevivido a la redada acometida por la policía en la gabarra procedente de Portland y cuya banda, los Hammerhead, tenían su sede en aquella zona. Además, estaba informada de que la región, dotada de una gran variedad de puertos y amplias extensiones rurales, vinculada a Asia y ubicada en la frontera con Canadá, era un lugar propicio para la trata y, en particular, para la infantil. Además, no se podía decir que la ciudad no estuviese haciendo nada al respecto, pues la policía de Seattle disponía de una Unidad Antidroga y de Víctimas de Alto Riesgo de reciente formación destinada a investigar, entre otras cosas, delitos sexuales relacionados con niños y toda clase de tráfico de menores y dotada de detectives vinculados al programa que el FBI había bautizado como Inocencia Perdida y la unidad de investigaciones del Departamento de Seguridad Nacional; lo que comportaba el uso de fondos, bases de datos y recursos federales en casos locales. No era fácil para Livia imaginar una combinación mejor.

Por lo tanto, solicitó entrar en dicho cuerpo. Hubo de superar un

examen escrito, una prueba física y una serie de entrevistas. Todos se le dieron bien y quienes se encargaron de hablar con ella le hicieron saber que, si recibía el visto bueno en el estudio de antecedentes, el test psicológico y la prueba del polígrafo, tendría la plaza asegurada.

Con los dos últimos tuvo dificultades, pues, aunque estaba convencida de haber dicho lo correcto, todo apunta a que sus empeños en presentarse como una aspirante más, interesada en igual grado que todos en «servir y proteger», no lograron ocultar la franca hostilidad que profesaba a los violadores y los pederastas. Asimismo le dijeron que había ciertos indicios de que había mentido ante la pregunta de si había cometido nunca algún delito de consideración. Aquello la sorprendió, porque no creía que nada de lo que hubiera hecho vulnerase la ley. Bien mirado. Con todo, se mantuvo firme a sus respuestas y, a la postre, las autoridades debieron de decidir que un par de contratiempos menores en el test psicológico y algún que otro asomo de engaño no eran gran cosa en el caso de una alumna de sobresaliente graduada en criminología y experta en judo, ámbito en el que, además, era una de las pocas mujeres que habían llegado a lo más alto. Por lo tanto, le ofrecieron la plaza y ella la aceptó de inmediato.

Aquel verano vendió la Ninja, alquiló una camioneta en la que cargar sus escasas posesiones y se trasladó a Seattle, en donde arrendó un apartamento económico en un bloque sin ascensor de Chinatown y entró en la academia de policía. Pasó los seis meses siguientes estudiando la Constitución y la ley relativa al uso justificado de la fuerza, cuyo contenido conocía ya en gran medida de su experiencia universitaria en San José, así como diversos textos legales del estado de Washington y la ciudad de Seattle, y aprendió conducción táctica y de persecución; las técnicas adecuadas para entrar en un habitáculo y eliminar posibles amenazas, o para esposar a un sospechoso; el uso de armas de fuego, pistolas eléctricas y gas pimienta, y otras muchas cosas. Como parte del adiestramiento, todo el mundo tenía que sufrir en sus carnes las dos últimas armas mencionadas. Las descargas eléctricas resultaban horribles, pero a ella no le importó: sabía que era de vital importancia que los aspirantes conociesen los efectos de los artefactos que empleaban y que comprobasen que tenían la fortaleza suficiente para seguir luchando aun después de que los hiriesen. Sin embargo, le resultaba incómodo que todos se rieran de los aullidos de dolor y las muecas de quienes tenían que someterse a tal tormento: si toleraba con estoicismo su propio sufrimiento, le dolía ser testigo del de otros.

A menos, claro está, que lo mereciesen.

Echaba de menos la Ninja y, aunque el clima del Pacífico Noroeste distaba mucho de ser tan amable para el motociclista como el que había dejado en la bahía de San Francisco, acabó por ceder y compró una moto nueva, una Ducati Streetfighter, y un Jeep Wrangler maltrecho de segunda mano con el que sustituirla cuando las condiciones atmosféricas desaconsejaran el uso de la primera.

Obtuvo las mejores calificaciones en todos sus cursos y no tardó en hacerse con una reputación de estudiante imbatible. Eso, sin embargo, no gustó a todo el mundo. Sabía que no faltaban rumores de que debía su éxito a su aspecto físico y quizá incluso a los favores sexuales; pero no era cierto. Sí era verdad que los adiestradores varones le prestaban no poca atención, cuando ella ni la buscaba ni tampoco la deseaba. Entre los policías de Seattle había algunos bien parecidos –en particular un detective llamado Mike Devine, uno de los profesores, dotado de un aire de vaquero que le resultaba muy sugerente–, pero Livia no era estúpida: no iba a dejar que se le metiera en la cabeza –ni en ninguna otra parte– alguien con quien tenía que trabajar y caer así en una fuente segura de problemas.

Lo paradójico era que el hecho de rechazar toda insinuación y de no prestarse siquiera a coquetear le causaba dificultades de igual manera. Los policías que intentaban tener una cita con ella y se veían rechazados aseguraban a sus amigos que debía de ser tortillera. Porque, por supuesto, a alguien que no compartía la elevada opinión que tenía de sí mismo un hombre tenían que gustarle las mujeres. Por supuesto, también había lesbianas en el cuerpo; pero también con ellas mantenía las distancias. Su sexualidad, como toda su vida, era un misterio; lo que, claro está, la convertía en un botín más cautivador. A veces se preguntaba si no habría hecho mejor colocándose un anillo y fingiéndose casada antes de entrar en la academia. La idea, sin embargo, se le ocurrió demasiado tarde para que sirviese de algo.

Sus habilidades en el terreno de la defensa personal también la convirtieron en centro de atención, ya que no había instructor en todo el centro al que no pudiera derrotar sobre el tatami. Todo el mundo sabía, por descontado, de su talento para el judo y las reacciones eran muy variadas. Había quien sentía la necesidad de ponerla a prueba y salía escaldado tras hacerlo; otros se sentían intimidados, y, en fin, algunos de sus compañeros la respetaban y valoraban y no dudaban en pedirle consejo. Entre las mujeres, hubo algunas que, en lugar de sentir celos o tratarla como la rara de la clase,

le preguntaron si podía enseñarles. Ella accedió encantada y, de paso, consiguió hacer sus primeras amistades.

Un año después de su llegada a Seattle se encontraba ya patrullando las calles de la ciudad. Rick asistió a la ceremonia de graduación con un regalo suyo y de Gavin, quien no pudo estar presente: una SIG Sauer P238 con cachas de nácar negro.

–Pequeña, bonita y peligrosa: como tú –le dijo.

Tan abrumada se sentía por la idea de verse al fin de uniforme y por aquel obsequio perfecto que no dudó en lanzarse a sus brazos. A continuación, tuvo ocasión de sorprenderse al ver que Rick se había emocionado. Él rio con aire cohibido y se excusó:

–Nunca has sido muy amiga de abrazos. Pero me ha gustado. Me ha gustado mucho. De hecho, si no te importa, hasta me vendría bien repetir.

No le importó. Nunca iba a ser capaz de demostrar su afecto como la mayoría de las personas, ni tampoco quería; pero al final se había habituado al contacto físico fuera del tatami. Con gente como Rick no provocaba la misma clase de asociaciones que en otro tiempo y Livia no podía sino sentirse orgullosa.

Salieron a cenar para celebrarlo, pero ella tuvo que hacer antes una llamada. No había olvidado la historia que le había contado él sobre aquella pequeña llamada Lucy y quería hacer algo semejante con Tanya, la agente que tan bien la había tratado tras su rescate en el puerto de Llewellyn.

–Lo más seguro es que no me recuerde –le dijo–. Ahora me llamo Livia, pero cuando nos conocimos me llamaba Labi. Soy la niña que llegó a Llewellyn en un contenedor que enviaron los traficantes. Estaba sola y aterrada y usted se portó muy bien conmigo. Quería que supiera –sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se detuvo un instante para contenerlas– que acabo de graduarme en la academia de policía de Seattle. Ahora soy policía, como usted, y voy a dedicarme a ayudar a otros como me ayudó usted a mí. Sé que tendría que haberla llamado antes, pero... creo que todavía no estaba preparada. Lo siento muchísimo. Y gracias.

Tras una larga pausa, oyó al otro lado la voz que conocía tan bien:

–Livia. ¿Cómo no iba a acordarme de ti, aunque no hubiera sabido de tus hazañas deportivas durante todos estos años? Eras la cosita más menuda y asustada que había visto en mi vida. Pero ¿sabes una cosa? También se veía a la legua que eras valiente. Y ahora ¡mírate! Espero que no te suene

presuntuoso, porque yo no he tenido nada que ver con tus progresos, pero estoy orgullosísima de ti.

Livia luchó de nuevo por refrenar las lágrimas, si bien esta vez le fue imposible.

–Gracias, Tanya.

–Gracias a ti, Livia. Me has alegrado el día. No sabes cuánto. Si vienes a Llewellyn algún día o yo voy a Seattle, tenemos que tomarnos algo juntas, ¿de acuerdo? Las hermanas policías tenemos que mantenernos unidas.

Livia respondió que así sería y le dio su número de teléfono. No añadió, sin embargo, que tendría que ser en Seattle, porque no pensaba volver a poner jamás un pie en Llewellyn.

Tras la graduación tuvo que superar un período de prueba de ocho meses en el que ejercía mitad de estudiante, mitad de policía. Sus calificaciones siguieron siendo las mejores. Los fines de semana que tenía libres salía de la ciudad para visitar Olympia, Vancouver, Port Ángeles, etc. en busca de la clase de sexo que le gustaba, consistente en dominar a los hombres que se ponían agresivos. Algunas veces la encontraba. Una de ellas, en Pullman, dio con un degenerado de verdad, como Crader, el de San José. Lo mandó a dormir con un *hadaka jime* («estrangulación desnuda»), que no dejaba tantas marcas como las llaves en las que mediaba alguna prenda de ropa, y luego le estampó un cenicero en el cogote para dar al forense una causa de muerte que no pareciera obra de un experto en artes marciales.

Por supuesto, tenía siempre más cuidado que en San José. En primer lugar, se había procurado una segunda motocicleta de partes obtenidas en un desguace para que fuera imposible dar con su origen. Por otra parte, supo sacar partido a sus conocimientos, cada vez más amplios, de ciencia forense y, en general, se preparaba de un modo mucho más metódico. Con todo, el hecho de que en el cuerpo de policía supieran de su pericia en el tatami no jugaba a su favor. Si se corría la voz sobre el género de sexo que le gustaba tener, era fácil que empezaran a hacer preguntas. En consecuencia, siguió rechazando a los compañeros que trataban de salir con ella.

Dos veces a la semana enseñaba defensa personal a un grupo de mujeres en una escuela de *krav magá* de Seattle con el mismo enfoque que había usado en el gimnasio de Portland de Kawamoto *senséi*; e, igual que había ocurrido allí, no hubo que esperar mucho para que trascendiera la noticia y creciese el número de alumnas.

A veces, tras los entrenamientos, se sorprendía pensando en Sean, preguntándose qué estaría haciendo. Podía haberlo averiguado –hacía tiempo que Facebook y otras redes por el estilo hacían innecesario ser policía–, pero no lo hizo: los recuerdos que tenía de él y de Malcolm estaban demasiado ligados a Llewellyn, al señor Lone y a todo lo demás. Por otra parte, sin embargo, se habría alegrado de verlo.

Cuando acabó el período mínimo de tres años que debía ejercer de agente de patrulla trabajó uno con la Unidad de Bandas. A continuación, aprobó el examen de detective y comenzó a investigar crímenes sexuales. Por fin pudo consagrarse, como había querido siempre, a buscar y capturar violadores. Se hizo célebre por el buen trato que daba a las víctimas, con las que se comportaba de un modo respetuoso, metódico y, sobre todo, comprensivo. Tenía una tasa de casos resueltos digna de encomio y, aunque algunos de los sospechosos a los que había detenido habían presentado quejas de uso excesivo de la fuerza, todas estas se habían considerado infundadas.

A veces, cuando el caso que llevaba caía en manos no de uno de sus fiscales de confianza, sino de uno de los arribistas que con tanto tino describía Alice Vachss en su *Sex Crimes*, y un abusador confeso lograba una reducción de condena por ser la víctima prostituta o drogadicta, o pertenecer a otra categoría que, al entender del cobarde representante del ministerio público, podía no convencer al jurado, Livia se aseguraba de que se hiciera justicia por otros cauces.

Estos casos extracurriculares le habían servido de excelente preparativo para encargarse de Billy Barnett, quien la había llevado a contactar con Masnick, y este, a su vez, había propiciado ese instante en el que, en cuclillas al lado de la Ninja con el viento helado de una área de servicio de la autopista 20 situada a las afueras del modesto municipio de Twisp, esperaba a ver salir del servicio a Tyler el Hierba para lograr que le contase lo que se moría por saber desde hacía ya dieciséis años: cómo encontrar a Nason. O, por lo menos... por lo menos, qué había sido de ella.

CAPÍTULO 51

AHORA

Reconoció a Tyler en el instante mismo en que se abrió la puerta de madera. Por supuesto, había envejecido en prisión, más aún de los dieciséis años que habían transcurrido desde la última vez que lo había visto Livia, a bordo de la embarcación de Portland, porque entonces tenía unos veinticinco y el hombre que tenía delante daba la impresión de estar rozando los cincuenta. Tenía la piel flácida y una telaraña de arrugas alrededor de los ojos. Sin embargo, los andares, la expresión y aquella actitud de ni se te ocurra jugar conmigo eran idénticos a los que recordaba. Llevaba remangado el forro polar y enseñaba los tatuajes que ella conocía ya, aunque en la gabarra no había entendido lo que significaban aquellos rayos y cruces de hierro con los que se identificaban quienes defendían la superioridad de los blancos. Tal vez llevaría otros mucho peores bajo la camisa. Si en el barco había contrastado por su complexión flaca y nervuda con la corpulencia de los otros dos, en el presente había perdido toda delgadez por la presencia de unos diez kilos de músculo nuevo. Al cabo, en la cárcel no hay mucho que hacer además de gimnasia.

El corazón empezó a latirle con fuerza a medida que la asaltaban todas las emociones de aquel tiempo horrible. Cerró un momento los ojos para concentrarse en la respiración como había hecho en otro tiempo antes de los combates para deshacerse de los nervios y afirmarse en el convencimiento de que había entrenado para eso, de que podía hacerlo, de que estaba lista.

Llevaba una bolsa de gimnasio colgada del hombro que debía de contener las metanfetaminas, sin lugar a dudas. Habría sido muy estúpido dejarlas en la camioneta, ni siquiera para una estancia corta en el baño. Lo vio reparar en su presencia y examinar los alrededores, igual que había hecho

ella. Giró la cabeza a un lado y a otro para confirmar que no había nadie más, que no se trataba de ningún atraco ni nada por el estilo, y, cuando advirtió que no se trataba sino de una joven asiática chiquita y muy agradable a la vista que debía de estar de paseo, relajó los hombros y, sonriente, se acercó a ella tal como había esperado.

–¿Le pasa algo al motor? –dijo, alzando la voz por encima del viento, cuando apenas se encontraba a tres metros.

–Nada que vaya a poder conmigo, gracias.

Vio que llevaba la bolsa abierta y dio por sentado que llevaba un arma dentro. Mejor: sabiéndolo, estaría más relajado, más confiado. Por lo demás, aquella circunstancia no cambiaba nada la situación, porque Livia tenía ya empuñada la Glock desde el otro lado del motor. Él no podía verla y ella estaba convencida de que sería más rápida que lo que pudiese intentar él sacar de la bolsa o de cualquier otro sitio.

–¿Seguro? –preguntó mientras se acercaba más aún–. Se me dan muy bien los motores. Una Ninja preciosa, por cierto. Yo solo uso Harley, pero, oye, tiene que haber de todo en este mundo.

Ella lo miró por encima del asiento de la motocicleta.

–No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Él frunció el ceño.

–¿Que si me acuerdo de ti?

–Sí. ¿A tantas niñas de trece años has secuestrado y llevado de Llewellyn a Portland a bordo de una gabarra?

Tyler entornó los ojos y Livia los vio cambiar cuando la reconoció. Y también percibió su miedo. Acto seguido, sin embargo, adoptó un gesto más severo para preguntar:

–¿De qué demonios va esto?

–O sea, que te acuerdas.

Él volvió a mirar los alrededores.

–¡Yo qué sé si me acuerdo o no de ti!

–Entonces, ¿qué haces mirando por encima de tu hombro?

Tyler vaciló un segundo antes de insistir:

–No sé de qué me hablas. Perdona, pero tengo cosas que hacer.

Dicho esto, echó a andar en dirección a la camioneta.

–Querrás decir anfetanas que entregar.

Él dejó de andar y ella, leyendo sus pensamientos, levantó la Glock que tenía oculta con la Ninja y le apuntó al pecho.

–Ni se te ocurra. Policía de Seattle –añadió sacando la placa del bolsillo de la chaqueta y dejándola en alto para que pudiese verla.

Él perdió buena parte de su color y comenzó a respirar de forma apresurada. Viendo que podía sufrir un ataque de pánico, hacer algo catastrófico y serle, por lo tanto, totalmente inútil, Livia le dijo:

–Tranquilo, Hierba: no he venido a detenerte, sino a hablar contigo.

–Pero ¿qué es esto?

Ella echó un vistazo a la mesa del merendero.

–¿Por qué no nos sentamos? Así estaremos más cómodos. Tendremos que ponernos al día de nuestras cosas, ¿no?

Él meneó la cabeza.

–Si piensas que tengo algo que contarte es que estás chiflada.

Livia se guardó la placa y permaneció de pie sin dejar de encañonarlo con la Glock.

–Sabes que tengo motivos sólidos para suponer que llevas metanfetamina en esa bolsa, además de un arma de las que tiene prohibido usar a un criminal como tú. Sin embargo, lo que me interesa es el contenido de tu cabeza y no el de esa bolsa.

Él miró la pistola y luego los ojos de ella antes de levantar las manos mostrándole las palmas.

–De acuerdo. Mira, de eso hace ya mucho tiempo. Entonces ya le dije al fiscal que no sabía nada. Y ahora sé lo mismo que sabía.

–Me da la impresión de que no quieres enterarte de que lo único que quiero es hablar. Si me cuentas todo lo que sabes de cómo acabé a bordo de esa gabarra, te daré las gracias y se acabó; pero si quieres ponerte a desbarrar, no voy a tener más remedio que arrestarte y registrar esa bolsa.

Durante la pausa que siguió pudo ver girar los engranajes de su cabeza mientras sopesaba las opciones que se le ofrecían y los riesgos que entrañaban.

–De acuerdo –dijo–. Tú ganas.

Ella señaló la mesa con la barbilla.

–Allí.

Él titubeó antes de empezar a andar. Ella tomó el casco con la mano que le quedaba libre y lo siguió, situándose detrás de él y un tanto a la derecha. Si tenía intención de sacar su arma, le iba a costar horrores usarla antes de que lo abatiese. De todos modos, Livia tenía la esperanza de que fuese algo más sensato.

Al llegar a la mesa, le dijo:

–Deja la bolsa en aquel extremo del banco y siéntate en este, de espaldas al estacionamiento. –No pensaba renunciar al punto de vista táctico que le ofrecía el asiento opuesto.

Él volvió a dudar.

–Hierba –le dijo ella–, acabas de cumplir dieciséis años de condena. Tienes mujer e hija y mucha vida por delante. ¿De verdad quieres morir hoy, en el estacionamiento de un cagadero de carretera? No vengo a buscar más que un poco de información confidencial.

Él la miró y sacudió la cabeza con gesto indignado, pero obedeció de todos modos. Livia lo rodeó para situarse ante él.

–Ahora, pon las manos sobre la mesa. Bien. Déjalas ahí, que quiero vértelas.

Se sentó de horcajadas en el banco, con la pierna izquierda bajo la mesa y la derecha en el exterior por tener una posición flexible que le otorgase movilidad. Dado que los asientos estaban integrados en la mesa, el Hierba no disfrutaba de aquella ventaja; pero eso no hacía menos recomendable aprovechar cuantas se le presentaran a ella. Ocultó la Glock bajo la mesa, de modo que, si se presentaba alguien en el área de servicio, pudiese pensar que no eran más que un par de viajeros que habían hecho un alto en el camino y conversaban bajo aquel hermoso cielo azul. Una ráfaga de viento arrastró cerca de donde estaban un envoltorio vacío y agitó los pinos.

Ella había enmudecido. Casi temía preguntar. Le preocupaba que, después de tanto tiempo, la que tenía por única esperanza de dar con Nason resultase ser también un callejón sin salida. «Vamos, Livia. Adelante.»

–De acuerdo –dijo al fin–. Lo que quiero saber es quién contrató aquel trayecto en gabarra.

Él dejó escapar un suspiro.

–Te lo acabo de decir: el fiscal me preguntó lo mismo y yo no sé nada. Yo no hice los preparativos: de eso se encargó mi hermano y lo mató la policía.

Ella miró hacia el macuto y volvió a clavar en él la vista antes de decir:

–Es tu última oportunidad. A la siguiente, registro la bolsa.

Tras un largo silencio, Tyler dejó caer los hombros y soltó un nuevo suspiro.

–Fue un grupo tailandés. ¿Contenta?

Aunque el corazón empezó a desbocársele, Livia logró mantener una

expresión plácida.

–¿Cuál?

–¿Cuál? ¡Y yo qué diablos sé cuál! El que siempre negociaba con nosotros.

–*Nosotros*. O sea, que no era solo tu hermano.

–Sí, de acuerdo.

–¿Cómo se llamaba vuestro contacto?

–Se presentó como Kana.

–¿Cómo era?

Tyler se encogió de hombros.

–Alto para ser asiático. Tenía los pómulos muy marcados. La cara, de hecho, parecía todo huesos.

El corazón de Livia se puso a latir con más fuerza.

–¿Ese era el tipo que nos entregó? ¿Kana?

–Sí.

–¿Estaba igual que la última vez que lo viste?

–¿Igual? Claro. Eh... No: tenía la cara vendada. De hecho, uno de los suyos también tenía cortes. Decían que se había soltado un fleje metálico y les había dado. Sonaba a bazofia inventada, pero yo preferí no hacer preguntas.

–¿Vendada? ¿Entera?

–Un ojo. Era como un parche.

Calavera. Tenía que ser él. Por el momento, el Hierba estaba diciendo la verdad. Hizo un par de inspiraciones lentas y regulares para aquietar los latidos de su corazón. Ojalá hubiese perdido el ojo por su culpa. Por favor, eso.

–¿Qué pintabais tú, tu hermano y el otro? ¿Cuál era el acuerdo?

–No había acuerdo, solo... Mira: estoy cooperando, ¿verdad? Como has dicho, tengo mujer y una hija que han pasado mucho tiempo esperándome. Te doy lo que me has pedido y dejas que me vaya. ¿De acuerdo?

–Quiero la verdad. Toda. Dame eso y te dejo tranquilo. Pero solo si me das lo que te pido.

Él asintió con la cabeza.

–Aquel era nuestro primer cargamento de personas. Y yo no quería. No me hacía gracia verme mezclado en una cosa así.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste?

–¿Tú qué crees? Kana nos ofreció un trato muy ventajoso.

–¿Comparado con qué?

–Comparado con la hierba. Hasta entonces la mercancía había sido solo marihuana. ¿De dónde te crees que me viene a mí el mote? La que venía de Tailandia era de una calidad de los mil demonios: mucho mejor que la de aquí o la mexicana. Por lo que tengo entendido, hoy puedes comprar maría tailandesa mucho mejor en cualquier establecimiento de cánnabis del estado de Washington; pero en aquel tiempo los márgenes de beneficio eran una locura. Como si fuera coca. Eso era lo que les llevábamos de un lado a otro: hierba y nada más; hierba tailandesa de la mejor.

–Entonces, un buen día llega Kana y dice: «Oye, que tengo gente que trasladar».

–Eso es. Y nos ofrece cinco mil por cabeza. ¡Dime si no es dinero!

–Depende del número de cabezas...

–Kana dijo que eran diez: seis adultos y cuatro niños.

Ella mantuvo el gesto impasible.

–Háblame de los niños.

–Mira: al principio nos dijo que eran diez personas. Entonces yo le dije que necesitaba saber qué estábamos transportando; cuánta comida había que llevar, cuántas mantas... ¡Qué quieres que te diga...! Se podría decir que estábamos organizando un campamento de una semana. ¡Teníamos que prepararnos! Él me dijo que no me preocupase, porque los adultos iban a cuidar de los niños. Además, había dos hermanas que velarían la una por la otra.

Ella reprimió las ganas de levantar la Glock y descargarla en la cara.

–Allí había solo tres niños. ¿Qué pasó con el cuarto?

Él ladeó ligeramente la cabeza como cavilando.

–¡No me digas que era tu hermana! ¿A eso viene todo este numerito?

El brazo con el que sostenía la pistola le tembló mientras se esforzaba por mantener la voz serena.

–Que me digas qué pasó con el cuarto.

Tyler levantó los dedos de la mesa.

–Está bien; está bien. No nos lo contó. Nos encontramos con él en el muelle seis del puerto de Portland, como estaba planeado, y lo único que nos dijo fue que al final eran nueve y no diez; que se había equivocado.

Livia sintió ganas de ponerse a gritar. Estaba a un paso de la verdad. Casi podía sentir a Nason. Sentirla, pero no tocarla.

–¿Nada más de la hermana?

–Nada. Lo juro: te estoy diciendo lo que sé.

–¿Quién se encargó de buscar la gabarra?

–Kana, imagino. Nosotros no: él nos dio la información y nosotros subimos a bordo. El contenedor que te llevó a ti junto con el resto ya estaba cargado: nosotros solo teníamos que llevaros a Llewellyn.

Había demasiadas cosas que examinar más a fondo, pero se obligó a apartarlas y a centrarse en lo que tenía entre manos.

–¿Por qué no le dijiste nada de esto al fiscal? Podrías haberte ahorrado unos cuantos años de cárcel.

Él soltó una risotada.

–Hacer que te maten no es la mejor forma que se me ocurre de ahorrarte cárcel. No, gracias.

–¿Y de qué tenías tanto miedo?

–¿Estás hablando en serio? Todo el mundo sabe que los tailandeses tienen mejores conexiones que nadie. Tienen toda clase de bandas organizadas en Bangkok: rusas, italianas, japonesas, mexicanas... Hacen negocios con todas ellas y, si dices una palabra sobre el negocio, pueden hacer que te reduzcan aún más la condena de una puñalada en el riñón. ¿O crees que la Hermandad habría defendido mi trasero blanco ante la Black Gangster Nation o la mafia mexicana si hubiera entrado con un letrero de chivato pintado en la frente? ¿Estás loca? Todo el mundo habría sabido por qué me habían caído menos años, sobre todo cuando la policía se hubiera puesto a hacer redadas. Habría sido hombre muerto.

Ella consideró su historia: encajaba con lo que ya sabía, pero Tyler se estaba dejando algo en el tintero...

–Dices que era la primera vez que te encargabas de un envío de personas...

–Sí: hasta entonces era todo maría. Solo eso. Por cierto: ¿te importaría apartar ese trasto? Estoy cooperando, ¿no?

Ella no hizo caso.

–Entonces, ¿por qué quería Kana que transportaseis personas esa vez?

–Eso mismo le pregunté yo. Él me contestó que tenía un comprador. Así de sencillo.

Aquello no le decía nada. Apretó la mandíbula para dejar a un lado las emociones y obligarse a pensar.

–Y Kana... ¿tenía negocios con alguien más del noroeste?

–¿Crees que me lo habría dicho a mí?

–No te he preguntado por lo que te dijo, sino por lo que se sabía, igual que se sabía que su gente tenía conexiones con todas las organizaciones criminales internacionales que tú acabas de mencionar.

Él guardó silencio unos instantes, tras lo cual respondió:

–No, nunca he oído que tuviera tratos con nadie más que con los Hammerhead. A ver: ¿por qué, si no, habría recurrido a nosotros para transportar a tu grupo? Si conocía a traficantes con experiencia en esa clase de mercancía, imagino que habría preferido contar con ellos, ¿no?

–Quizá –dijo ella, pensando en voz alta–. Aunque podría ser que... ¿Dices que un poco de maría tailandesa ofrece un margen de beneficios interesante? Pues tendrías que ver lo que sacan los traficantes con la trata. La hierba se fuma y se esfuma, pero los esclavos son una inversión.

–Yo de eso no sé nada. Ya te he dicho que era la primera vez que transportaba gente. Y la última, evidentemente. Para una vez que lo hago, matan a mi hermano y a mi colega del alma y a mí me encierran veinte años en Victorville.

–Pues yo lo que creo es que la gente blanca es chusma para tu amiguito Kana. Puede ser que recurriese a los Hammerhead porque le importaba muy poco que os pusieran entre rejas.

–¿Qué crees, que no lo he pensado? He tenido dieciséis años para darle vueltas. Pero ¿por qué iba a querer Kana tendernos una trampa? ¿Para qué nos iba a pagar cincuenta mil por transportar una mercancía que nunca iba a llegar al comprador? No tiene ningún sentido...

–Es verdad, y, sin embargo...

De pronto tuvo una revelación. Él lo vio en su expresión y dio un respingo.

–¿Nunca te llamó la atención, Hierba, que parte del cargamento no llegara nunca?

Él tragó saliva.

–¿Qué? Ya te lo he dicho: lo único que me dijo Kana es que faltaba uno. Eso no me afectaba para nada.

–No estoy hablando del cuarto niño, sino de los que había a bordo de la gabarra. –Sintió el dragón revolverse en su interior y respiró con calma para sosegarlo–. Ya sabes: los que murieron intoxicados junto con uno de los adultos.

Los ojos de él se movieron de un lado a otro mientras buscaba la mentira adecuada.

–No sé de qué me hablas.

–De que no fue intoxicación alimentaria, ¿me equivoco, Hierba?, sino un caso de envenenamiento de los de toda la vida.

Tyler negó con la cabeza.

–¡Qué tontería! Estás hablando por hablar.

–Nunca lo había pensado, porque me faltaba el contexto; pero el modo como nos dabais de comer en la gabarra... Nos entregabais el alimento uno a uno, nos observabais mientras nos lo acabábamos y luego recogíais las sobras. ¿Por qué vigilabais con tanto cuidado qué comía cada uno?

–Eso no fue así: lo único que hacíamos era...

Livia sacó la Glock de debajo de la mesa y le apuntó a la cara.

–Más te vale contarme lo que ya sé si no quieres que registre esa bolsa y te mande de vuelta a Victorville para el resto de tu condenada existencia.

Él, con los ojos abiertos de par en par, miró la boca del cañón y luego a Livia.

–De acuerdo –dijo levantando las manos y mostrándole las palmas–. Tú ganas: Kana nos dio un vial y nos dijo que pusiéramos cinco gotas en la comida de los otros niños cuando faltase un día para llegar a Llewellyn. Solo en la de ellos; en la tuya, no. Según él, solo iban a caer enfermos.

–¿Para qué?

–No lo sé. No se lo pregunté ni él me lo habría contado de todos modos.

–Pero también murió una mujer.

–Nos dijo que también teníamos que echárselas a algún que otro adulto y eso hicimos. Pero ya te digo que creíamos que enfermarían solamente.

Cinco gotas: una dosis quizá letal para un niño, pero no tanto, tal vez, para un adulto.

–¿Por qué a los otros niños solo? ¿Por qué a mí no?

–¡Y yo qué sé! ¿Tú crees que Kana me lo iba a contar?

No, claro. Habría sido esperar demasiado. Podía ser que Tyler estuviera diciendo la verdad, al menos sobre aquello. Por primera vez, echó un vistazo a la izquierda del banco, donde él había dejado la bolsa. Aunque estaba abierta, no lograba ver el interior. Tendió una mano y al apartar una de las solapas vio dentro un paquete grande envuelto en plástico que debía de contener las metanfetaminas. Sobre él, un revólver Smith & Wesson de nueve milímetros.

–¡No! –dijo él–. No mires en la bolsa. ¡Venga ya! Me has engañado. Teníamos un trato. Te lo he contado todo. ¡Es verdad! No quiero volver. Ni

se te ocurra hacerme volver. Tú lo has dicho: tengo mujer y una hija. Por favor.

–No vas a volver –respondió ella–. Me voy a ir. Tú, quédate aquí hasta que me veas desaparecer. –Dicho esto, se puso el casco.

Él dejó caer los hombros con gesto aliviado. Asintió con un gesto y sonrió.

–Está bien. ¡Vaya! Tengo que reconocer que me has asustado.

Ella bajó la visera, sacó el revólver de la bolsa y disparó a Tyler en el corazón. Él se inclinó hacia atrás con las manos sobre el pecho.

–¡Ah! –gruñó–. ¡Aaah...!

Intentó ponerse en pie y volvió a sentarse pesadamente. La miró con el gesto contorsionado por el dolor y la sorpresa. Entonces cayó con lentitud hacia delante, presionándose aún el pecho con las manos, y golpeó con la cara la mesa. Tras una sacudida, quedó inmóvil.

Ella lo miró un instante, sintiendo el dragón agitarse en su interior, y se puso en pie para marcharse.

–No te van a echar de menos –aseveró.

CAPÍTULO 52

AHORA

Lanzó el revólver y la droga al río Methow desde un puente situado al sur de Winthrop. No se había quitado los guantes de motociclista en ningún momento ni había tocado nada. Y los residuos de pólvora que pudiesen quedar en el casco o el mono no iban a sobrevivir el largo trayecto de vuelta a Seattle. De todos modos, en la ropa de una policía no era difícil de explicar la presencia de algún que otro resto. Sea como fuere, su conexión con Tyler era agua pasada: dudaba que siquiera Rick llegase a sospechar que podía tener nada que ver con su muerte. Y Masnick era el primer interesado en llevarse a la tumba la conversación que habían mantenido, porque sabía que, si no, no iba a tardar en llegar a esa misma tumba. En realidad, cuando la víctima era alguien como Tyler el Hierba, lo normal era que se trabajara sobre la hipótesis de que se trataba de un asunto de drogas que se había torcido. Lo que, en cierto modo, no distaba tanto de la verdad en este caso.

No deseaba regresar de inmediato a la comisaría. Ver a Tyler, matarlo, recordar el pasado, hacer encajar algunas de las piezas... Tenía mucho en lo que pensar. Necesitaba aire; necesitaba moverse y dejar que la atravesaran por completo todas las emociones para tener la mente despejada.

Al volver a su desván, mudó el mono de cuero por unos vaqueros y un forro polar y se dirigió en el Jeep a la playa de Alki para pasear en dirección norte bordeando el agua. El aire olía a limpio y no se oía más sonido que el del viento, el crujido de sus botas sobre el camino de grava y el chapaleo de las olas en la orilla.

Se detuvo al llegar al extremo más septentrional y contempló la Space Needle y las luces del centro de la ciudad a través de la bahía de Elliott. Se recogió en una cola de caballo el pelo que le tapaba el rostro por efecto del

viento, se subió la cremallera del forro polar y permaneció allí de pie observando el paso callado del transbordador de Bainbridge Island y las líneas de transcurso lento del tráfico distante mientras el aire, a su ver, la amparaba. La ciudad parecía desde allí más pacífica, más limpia. Nadie habría imaginado la suciedad de la cloaca que corría por debajo.

Livia había salvado a una niña que aún no andaba y presentaba ya un prolapso rectal por las violaciones reiteradas de su padre; había rescatado a una anciana a la que su hijo tenía encerrada en una mazmorra, encadenada a sus propios desechos y con las piernas infestadas de gusanos mientras él cobraba las prestaciones que le enviaba a ella la seguridad social, y, por supuesto, había atrapado al violador de Montlake. Aunque el sistema había cumplido su cometido en este último caso, cada vez que pensaba en el uso que había hecho del amor mutuo que se profesaban sus víctimas para dominarlas y acrecentar su tormento, no podía evitar desear que hubiera fracasado para haber tenido la ocasión de hacer justicia a su manera en nombre de aquellas mujeres.

En la Universidad Estatal de San José había asistido a cursos de psicología y sabía que el hecho de proteger a otros, de vengarlos, representaba un acto de sublimación. Si la hubiesen educado en la fe católica, podría haberlo entendido más bien como redención. Sea como fuere, no había podido salvar a Nason e iba a pasar el resto de su existencia tratando de compensar semejante fracaso socorriendo a otros en su lugar.

Es cierto que ayudaba a los demás: lo sabía. Cuando ocurría tal cosa, la invadía una sensación... mágica. Y cuando no le era posible brindar su auxilio, cuando un violador reincidente lograba eludir el sistema, la sublimación adoptaba la forma de su pasatiempo favorito. Y no era solo por sublimación: entendía perfectamente que aquellas actividades suyas de alto riesgo y hasta la decisión de hacerse policía constituían modos de demostrarse, una y otra vez, que ya no era una víctima ni lo iba a ser jamás.

Resultaba interesante la percepción de las patologías propias que podía llegar a alcanzar una persona, así como el impacto escaso que tenía esta apreciación en las necesidades subyacentes. O en el comportamiento.

A veces, sin embargo, nada de eso importaba. A veces no bastaban toda la sublimación y la redención del mundo, ni nada que no fuese saber qué había sido de Nason. Saberlo solamente. Saberlo sin más. Solo eso: solo saberlo.

Sentada cara a cara delante de Tyler reparó en que había llegado la

culminación de tres lustros de ansiedad y de esperanzas atormentadas, en que aquello había derribado todas sus defensas y la había arrastrado una vez más ante el terror y la pérdida. Y en aquel momento, mientras contemplaba la ciudad, se sentía... vacía. Sola. Despojada de todo.

Tiritó por causa del viento y observó las luces mientras dejaba fluir el dolor. Instantes después, se vio capaz de volver a sentir con claridad. «Cuatro menores, no tres, y dos de ellos, dos hermanas.» ¿A qué se debía un envío tan concreto? Volvió a recordar la conversación que había mantenido mucho tiempo atrás con el fiscal Vélez y en la explicación que le ofreció acerca del funcionamiento de la trata, desde la venta al por mayor hasta el minorista. ¿Y Calavera? ¿Los había sacado a todos ellos al mercado con la esperanza de que apareciesen compradores?

No, no tenía sentido. Calavera se sirvió de una banda dedicada al tráfico de drogas y sin práctica alguna en el de personas. ¿Por qué iba a hacer una cosa así, si no era porque tenía ya un comprador concertado en las intermediaciones? Un comprador que quería, que había encargado algo concreto y había obligado así a Calavera a recurrir a Tyler el Hierba y a su banda pese a su falta de experiencia en aquel terreno. ¿No habría sido precisamente esa inexperiencia la que lo había llevado a contratarlos a ellos?

Hizo propósito de consultar la base de datos criminal del FBI por ver si podía dar con alguien relacionado con el nombre de Kana. Era poco probable, pero valía la pena intentarlo.

Entonces, alguien los había... ¿Qué? ¿Los había comprado a todos? ¿Los había encargado como quien pide una *pizza* a domicilio? Imaginó la escena: «Tráigame una ama de casa guatemalteca. Tráigame un lavaplatos chino. Tráigame una niña tailandesa para violar. No, una no: dos hermanas». ¿Cómo se le había ocurrido esto último? Tal vez del uso que había hecho el violador de Montlake del amor que se tenían sus víctimas para manipularlas y someterlas... o del que había hecho Calavera con Livia y Nason con el mismo propósito. O el señor Lone.

¿Por eso había recordado el caso de Montlake? ¿Estaría intentando decirle algo su propio inconsciente? Sacudió la cabeza. No tenía sentido. ¿Cómo iba a haber podido organizarlo todo el señor Lone? ¿Desde el principio, en suelo tailandés? Debía de ser una coincidencia. El delito oportunista de un hombre enfermo y maligno se encuentra con una niña impotente y decide aprovechar su suerte, sin haberlo planeado. «Su hermano, Ezra Lone. El senador...» De todos modos, seguía pareciéndole disparatado,

muy poco probable. Sin embargo...

«Supongamos que los dos hermanos están igual de enfermos y que tienen las conexiones necesarias para sacar adelante un plan como el que estás imaginando.» Con todo, aún quedaban demasiadas piezas sueltas, como la presencia de otras niñas en el contenedor procedente de Tailandia. ¿Por qué habían dejado Calavera y sus hombres en paz a las demás? ¿Por qué se habían interesado solo en Livia y Nason, las dos hermanas? Si las dos constituían alguna clase de mercancía especial, ¿no habrían elegido los traficantes a otras para abusar de ellas?

Recordó la expresión con la que la miró Calavera cuando ella, pese al hambre que le corroía las entrañas, había cedido a Nason la comida que le correspondía. ¿Podía haber sido eso? ¿Sería esa la depravada debilidad a la que no pudo resistirse? ¿La ocasión de dominar a una niña pequeña mediante la manipulación del amor que demostraba a su hermana? ¿Y, tras eso, la de arrebatarse hasta aquella victoria mínima violando a la pequeña pese a todo? Aun así, Nason ni siquiera había llegado a Llewellyn. Calavera y sus hombres debían de haberla vendido en cualquier otro lugar, o... «O la mataron, porque ¿quién iba a querer comprarles una mercancía tan deteriorada?»

Se llevó un puño a la boca y se mordió con fuerza los nudillos. Odiaba tener que pensar en ello, pero lo cierto era que, de todas las posibilidades, la de que hubiesen matado a Nason parecía con diferencia la más probable. Lo único que hacía siquiera remotamente soportable semejante pensamiento era que no parecía cierto. Su cabeza podía decir lo que le viniera en gana, pero en lo más hondo de su corazón Livia no había dejado nunca de creer que su pajarito estaba vivo, en algún lugar, y que un día daría con ella y la envolvería en sus brazos para no dejar nunca, jamás, que le volviese a ocurrir nada malo.

Aguardó de nuevo a que se extinguiera la emoción para poder volver a pensar con claridad.

De acuerdo: quizá los Lone habían querido tener hermanas por considerar que sería más fácil utilizarlas una contra otra, dominarlas o algo semejante. Tal vez porque tenían un modo enfermizo de excitarse con lo mismo que había encontrado tan irresistible Calavera, con un procedimiento similar al que se dio en las violaciones de Montlake. En tal caso, sin embargo, Nason habría viajado junto a Livia a bordo de la gabarra procedente de Portland y Calavera y sus hombres nunca le habrían hecho el daño que le

hicieron. «A no ser que no quisieran hacerle daño. Al menos, no así. Puede ser que solo quisieran utilizarla como te utilizaron a ti. Entonces tú los atacaste y los heriste, y Calavera se olvidó de que estaba manejando mercancía que tenía que entregar más o menos intacta porque respondía a los deseos de un cliente. Perdió los estribos. Necesitaba hacer daño a la víctima indefensa que le había sajado el ojo; hacerle daño del peor modo imaginable: a través de su hermana.»

Ahogó un sollozo. En el pasado había sospechado muchas veces que los hombres habían maltratado a Nason de un modo tan brutal por su culpa; pero nunca lo había sentido de un modo tan real. Recordó que los hombres de Calavera le habían impedido perseguirla. Él había querido hacer mayor su venganza, pero al final había prevalecido la sensatez, una sensatez guiada por el sonido del dinero. Trató de encontrar lagunas en semejante teoría, pero le fue imposible. Era tan sencilla... Calavera debía entregar dos hermanas intactas. Sin embargo, se dejó llevar por la ira e hirió a una de tal modo que solo pudo entregar a la otra.

Ella no era más que una niña cuando ocurrió todo aquello. Su única intención había sido proteger a Nason. Sabía que no había sido culpa suya. Sí, sí había sido su culpa. Si no hubiese atacado a aquellos hombres...

Cerró los ojos y apretó los dientes. Echó a un lado todo sentimiento de culpabilidad y se obligó a centrarse. «Céntrate.» Si los Lone habían querido dos hermanas, ¿para qué llevar otros niños en la gabarra? ¿Para envenenarlos? ¿Y qué sentido tenía envenenar también a algunos de los adultos? «Porque el señor Lone no podía adoptar a cuatro menores. Quería algo que pudiese dominar y cuatro habrían sido demasiados. Sin embargo, no querían que diera la impresión de que estaban seleccionándolos. También era necesario que muriesen, o al menos enfermaran un adulto o más para que pareciera cosa del azar, un accidente.»

Daba la impresión de que se estuviera desempañando de súbito, cuando menos en parte, la ventana por la que hubiese estado tratando de ver durante tanto tiempo para entender lo que había ocurrido en realidad. Era lo que había deseado siempre, pero también resultaba excesivo. Trastabillando, se acercó a un banco y tomó asiento.

«Los Lone querían hermanas, pero Fred Lone no podía salir a la calle y adoptar sin más un par de ellas, porque habría suscitado rumores y sospechas hasta en una ciudad que, como Llewellyn, se había afanado con tanta devoción en no ver su verdadero yo. Por lo tanto, de un modo u otro, tuvieron

que organizar un cargamento, un cargamento que debía combinar niños y adultos y del que, entre los menores, solo podían sobrevivir al viaje las dos hermanas. Nadie sabría qué hacer con ellas, excepto Fred Lone, el gran benefactor, que las adoptaría.»

Su mente se resistía aún a creerlo. Llevaba mucho tiempo creyendo que Nason y ella habían sido víctimas de las circunstancias. ¿De veras se trataba de una conspiración?

«Necesitaban que hubiese una redada, claro. Por eso recibió el jefe Emmanuel una llamada anónima de denuncia. En realidad no hubo tal soplo. Fue el señor Lone quien le dijo lo que debía hacer exactamente: salvar a las víctimas, ejecutar a los traficantes y no dejar así ni un cabo suelto.»

Sin embargo, Tyler sobrevivió.

«Recuerda que había también agentes federales. Emmanuel tuvo que hacerlo todo con arreglo al procedimiento para evitar sospechas. Intentó, o intentaron él y sus hombres, matarlos a los tres; pero el Hierba logró salvarse de un modo u otro. Tal vez lo encontraron antes los federales. Sea lo que sea, tuvieron que pasar al plan B: “Si dices una palabra, Hierba, no va a haber quien te salve el pellejo en la cárcel”.»

Tal vez Tyler no sabía tanto, pero seguro que no querían correr el menor riesgo. Trató de imaginarse la situación desde el punto de vista de ellos y en el momento en que ocurrió todo.

«Es la mejor tapadera: un caso más de tráfico de personas; la actuación heroica de la policía local y los agentes federales; la fervorosa atención de la prensa; un grupo de adultos repatriado, y dos hermanitas refugiadas con las que nadie sabe bien qué hacer. Nadie, a excepción del señor Lone.»

Sin embargo, Livia había dicho que sus padres habían muerto. Eso no podían haberlo previsto. ¿Y si hubiera revelado lo que había ocurrido de veras? «En tal caso, Lone los habría convencido de que no podían devolver también a aquellas pobrecitas, porque sus padres no habrían dudado en venderlas de nuevo.»

Se llevó las manos a la cabeza y lloró en voz alta. ¿Cómo podía haberse pasado por alto todo aquello durante tanto tiempo? ¿No sería que no había querido verlo? No, no había sido eso. No le había faltado perspicacia, sino información. Antes de hablar con Tyler no tenía motivo alguno para creer que Nason y ella pudieran ser sino dos niñas más de cuantas caían víctimas de la trata. Dos entre miles o, por mejor decir, cientos de miles. ¿Cómo iba a pensar que las dos podían haber respondido al encargo

preciso de un degenerado, un degenerado cuyo hermano poseía las conexiones políticas necesarias para pedir un par de esclavas sexuales menores a la carta?

Ahí estaba la clave: tenía que investigar las conexiones del senador. ¿A quién había podido conocer para solicitar el envío de dos hermanas nada menos que desde Tailandia? Para una cosa así necesitaba disponer de contactos, un conducto y un cabeza de turco para poder negar cualquier implicación. ¿Cómo había podido organizar todo eso Ezra Lone? Entonces pensó en su «asesor legal», Matthias Redcroft. Él habría sido una de las piezas, quizá el intermediario o un agente negociador; pero ¿cómo sabía el senador a quién tenía que hacer el pedido? ¿Lo pagaba en metálico, con favores políticos? ¿Cómo? Fuera como fuere, el precio era lo bastante elevado para que a quienquiera que pagó a Tyler y a su banda para trasladar a Livia y al resto a Llewellyn no le importase perder cincuenta mil dólares en el camino. Además del cargamento, claro.

Recordó las primeras impresiones que le produjo la ciudad y la sensación que había tenido siempre de que había algo podrido en ella, algo que casi se percibía por el olfato. En el instituto había leído un libro llamado *La colina de Watership*. Los protagonistas eran conejos, conejos que actuaban como personas. Entre ellos los había que vivían en una granja, aceptaban el alimento que les daba el granjero, a quien, además, agradecían que abatiese a cuantos zorros y armiños –sus depredadores naturales– merodeaban por los alrededores... y aceptaban que pusiera trampas que le permitieran hacerse con un ejemplar gordo y jugoso cada vez que le viniese en gana preparar un delicioso estofado.

No pasó por alto que era aquello mismo lo que ocurría en Llewellyn: todos sus habitantes sabían lo que estaba ocurriendo, pero dieron con un modo de hacerse los desentendidos a cambio de seguir disfrutando de lo que les proporcionaban el señor Lone y su hermano: la fábrica de munición, la papelera, todos los ciudadanos que tenían empleo gracias a los negocios del señor Lone y los votos de su hermano, el senador. Ante todo eso, ¿por qué les iba a importar que decidiesen atrapar en un cepo a una niña refugiada para devorarla?

La teoría tenía mucho sentido. De hecho, el desasosiego que le provocaba y su resistencia a creerla cierta hacían pensar que tenía no poca solidez. Aun así, faltaba algo, una laguna que necesitaba completar con un esfuerzo imaginativo. No estaba tratando de presentar un caso capaz de

sostenerse ante un tribunal, pero necesitaba que encajasen todas las piezas. Para dar el siguiente paso, cualquiera que fuese, tenía que dar con una explicación irrefutable.

Siempre había dado por supuesto que Fred Lone no era más que un perverso. Podía haber un motivo para ello: quizá de niño había abusado de él un sacerdote, un profesor o un entrenador y lo había convertido así en un ser maligno. Ella había conocido muchos casos así. También podía ser que hubiera nacido ya degenerado. Tampoco faltaban, según su experiencia, ejemplos de personas cuya maldad no tenía explicación ni origen.

Pero dos hermanos, y los dos monstruos... Aquello no era ninguna coincidencia. Había tenido que ocurrirles algo a ambos de pequeños. Si podía averiguar de qué se trataba, quizá estaría un tanto más cerca de encontrar a Nason.

Pensó en el funeral de Fred Lone y en el panteón familiar, en el que estaba enterrada la hermana que había muerto siendo joven Lone... Livia no había pensado nunca en preguntar al respecto, porque nunca le había interesado.

Sin embargo, aquello acababa de cambiar.

CAPÍTULO 53

AHORA

Regresó caminando al estacionamiento. Empezaba a refrescar y, de cualquier modo, hacía demasiado viento para hacer una llamada telefónica.

Subió la calefacción del interior del Jeep y salió a la Admiral Way en dirección al West Seattle Bridge y a Georgetown. Las calles estaban en calma y los edificios por los que pasó tenían las ventanas a oscuras. Llamó al número que le había dado Tanya durante la conversación que había mantenido con ella el día de su graduación. «Contesta», pensó. No quería tener que esperar para conocer la información que buscaba. Ya había aguardado demasiado.

La señal sonó una sola vez antes de dar paso a la voz de Tanya que decía:

–¡Livia Lone, nada menos!

Ella sonrió aliviada.

–Tanya, debes de estar de guardia...

–Tú lo has dicho. De todos modos, dudo mucho que me hubieses despertado: soy ave nocturna. ¿Cómo estás, hermana?

–No estoy mal. Perdona que te incordie a estas horas, pero tengo una pregunta un poco rara, si no es molestia.

–Claro que no es molestia. Además, ya te he dicho que para mí no es tarde. Dime qué puedo hacer para ayudarte.

–Gracias. Tú llevas mucho tiempo viviendo en Llewellyn, ¿verdad?

–Desde que nací. Aquí me crié y aquí fui al instituto, como tú.

–De todos modos, lo que quiero saber es de antes. ¿Qué me puedes decir de la familia de Fred Lone? Quiero decir de cuando era niño. Conozco a su hermano mayor, Ezra, el senador; pero tenían también una hermana, ¿no

es así?, que murió siendo ellos jóvenes...

A esto siguió una pausa, durante la cual Tanya debió de jugar con la idea de preguntar a qué se debía aquello. A continuación, sin embargo, dijo:

–En realidad, eran dos hermanas. Una, la mayor de todos ellos, se suicidó. Es la que está enterrada en ese mausoleo tan elegante. La más pequeña era también una niña. Abandonó Llewellyn cuando acabó el instituto y dicen que nunca ha vuelto.

Livia sintió que su instinto policial le daba una punzada. Ahí debía de estar la clave, aunque aún no sabía bien por qué.

–¿La mayor se suicidó? ¿Por qué?

–Nadie lo sabe con seguridad. Se dio por hecho que debía de tener problemas mentales. Lo intentó varias veces hasta que al final lo consiguió. Se arrojó por la ventana de su dormitorio sobre una valla, una valla de estacas en punta.

Livia arrugó el sobrecejo. ¿Qué le decían Eric y los abusones de sus amigos para meterse con ella cuando llegó al instituto? «Oye, lahu, ¿cuándo vas a saltar por la ventana y ensartarte en una valla?». Ella no había sabido nunca de qué hablaban, pero entonces entendió que la historia debía de estar viva en la ciudad.

–¿Cuántos años tenía?

Tanya volvió a guardar silencio antes de decir:

–Diecisiete, creo. Fue durante el verano anterior a su último año de instituto.

Livia imaginó la desesperación que debía de sentir una adolescente para lanzarse sobre una hilera de estacas de madera. Aunque, más que imaginar, estaba recordando.

–¿Cómo se llamaba?

–Ophelia. ¿Te lo puedes creer?

Livia pensó en *Hamlet*, que había leído en una de las clases de literatura del instituto.

–Mal nombre.

–Lo sé.

–Así que tú no habías nacido cuando ocurrió todo.

–Exacto. Yo llegué diez años más tarde. Pero ya conoces a los Lone: siempre han sido mucho en esta ciudad, desde los tiempos del abuelo de Fred Lone, que fundó la papelera. En un sitio como Llewellyn, dar una noticia es como tirar una piedra al centro de un lago: cuando más grande sea la piedra,

mayores serán las ondas y más lejos llegarán. Que Ophelia se suicidara y que lo hiciera de ese modo... ¡Imagínate! Los niños seguían hablando de ella cuando yo llegué al instituto, ¡y habían pasado ya veinte años! «La valla la quitaron, pero este es el sitio en el que cayó. Y las estacas le atravesaron un ojo.» O la boca, el corazón, sus partes privadas... Depende de lo escabroso que quisiera ser el que contaba la historia en cada momento. ¿Tú no oíste nada estando en el instituto? Entonces, supongo que al final dejaron de hablar de aquello.

–No, no: todavía se contaban cosas. Lo que pasa es que yo no entendía lo que significaban.

–No me extraña. Es como una historia de miedo, ¿sabes?, de las que cuenta todo el mundo alrededor del fuego en los campamentos.

–¿Qué edad tenían los hermanos y la otra hermana cuando pasó?

–Se llevaban todos un curso de diferencia. Así que imagino que Ezra tendría dieciséis años y Fred... Él era un poco más joven. Catorce debía de tener. Y Rebecca, a la que llamaban Becky, trece.

–Da la impresión de que Lone padre tenía claro lo que quería.

–Eso parece. Desde luego, mucho descanso no le daba a su señora.

–Me has dicho que Becky se fue.

–Sí. Se montó todo un escándalo, fijate, porque eligió Berkeley en vez de Yale.

–¿Un escándalo?

–La familia había estado siempre vinculada a Yale: tanto el abuelo como el padre y, después, Ezra y Fred estudiaron allí. Creo que en algún lugar del campus hasta tienen un edificio con su nombre. Así que ¡imagina el dinero que dona la familia a la universidad! Además, ya sabes lo conservadores que son: los domingos, a misa; la bandera en la fachada de la casa... En aquel tiempo, Berkeley era un semillero de radicales jipis. Conque una Lone, en Berkeley... ¡Dios santo! Peor que si se hubiera cambiado de religión. Becky era la oveja negra de la familia.

–¿Tienes idea de dónde acabó?

–¿Después de Berkeley? No, pero, como te he dicho, que yo sepa, no ha vuelto nunca a Llewellyn. Creo que ni siquiera vino para el funeral de su hermano.

–No, no vino.

–Pues eso es raro hasta para una oveja negra, ahora que hablamos del tema.

«Tal vez –pensó Livia–, o quizá sí que tiene mucho sentido.»

Tanya, tras una pausa, le dijo:

–Te voy a decir una cosa, Livia: no voy a preguntarte a qué viene todo esto; pero si en algún momento me lo quieres contar, no te diré que no.

No se lo podía explicar, ni a ella ni a nadie, porque para hacerlo tendría que contarle también cosas que no iba a revelar nunca a nadie.

–Probablemente no tenga importancia –respondió–, pero, si me equivoco, te... intentaré dar con un modo de informarte.

Tanya soltó una risita.

–Me parece bien. De todos modos, sigue en pie lo de tomarnos algo juntas.

–Por supuesto. Esta es la segunda vez que me ayudas de veras y espero poder pagártelo en algún momento.

La otra volvió a reír.

–No me debes nada. Ver en lo que te has convertido me basta para sonreír. De todas maneras, dejaré que me invites cuando quedemos. ¿Te parece bien?

Entonces fue Livia la que soltó la carcajada.

–Trato hecho. Y muchas gracias, Tanya.

Colgó. Conque «problemas mentales». ¿Así lo llamaban, cuando el padre, o los hermanos, o todos, estaban violando a una adolescente y destrozando su dignidad, la imagen que tenía de sí misma, su paz..., haciendo añicos todo su ser hasta llegar al extremo en que una hilera de estacas dispuesta tras una caída de seis metros se le presentó como una bendición?

Dio la vuelta al Jeep y se dirigió a la comisaría. Sospechaba que Rebecca Lone debía de haber mudado de nombre, además de cambiar tal vez otros detalles que pudieran identificarla. A fin de cuentas, estaba tratando de ocultarse: del pasado, de su sentimiento de culpa, de su vergüenza. O quizá era aún peor.

Daba igual: Livia estaba resuelta a dar con ella.

CAPÍTULO 54

AHORA

Pasó la mayor parte de la noche en el escritorio que tenía asignado en la comisaría. Se había acabado el café e hizo otra jarra. Se sirvió una taza generosa con leche y una cucharada del azúcar de caña que guardaba en un cajón.

La del senador Lone era la parte más fácil: lo único que necesitaba era su página web y la Wikipedia. Una vez obtenidas algunas de las piezas, todo parecía evidente. Había luchado de forma activa contra el tráfico de personas desde que entró a ocupar el cargo. Se hizo con cierta prominencia en la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, desde donde se afanó en concienciar al público acerca del particular. Había viajado en multitud de ocasiones a Tailandia con el propósito de presionar al Gobierno de allí para que combatiese con más ahínco el azote de la trata. Y Livia sabía que, cada vez que había visitado el país, debía de haber fornicado con toda niña pobre a la que hubiera podido poner encima sus asquerosas manos.

Su web proclamaba su obra a bombo y platillo y aseveraba que sus empeños habían propiciado la protección y el rescate de miles de niños, amén de una colaboración sin precedentes de gobiernos que con anterioridad habían hecho la vista gorda a dicho mercado, como Tailandia, donde las operaciones conjuntas de los cuerpos de seguridad que había promovido habían supuesto la desaparición casi total de las bandas organizadas de traficantes.

Tal como suponía, no encontró nada sobre un criminal tailandés llamado Kana, pero sí docenas de artículos antiguos de revistas dedicados a bandas tailandesas en general. Al parecer, en otro tiempo hubo tres de consideración de las que se sabía que transportaban cargamentos humanos al

Sur de California y, en menor medida, San Francisco y Oakland.

Sin embargo, no se conocían casos en Portland. Por lo tanto, quizá se sirvieron de los Hammerhead porque sabían que iba a haber una redada, no pese a su falta de experiencia en aquel negocio, sino precisamente por eso, como había imaginado durante su charla con Tyler. Si de veras planeaban que se hiciera una redada, era de esperar que no quisiesen llamar la atención sobre sus provechosas rutas californianas. Si tenían que sacrificar algo, sería una red de narcotráfico de poca monta en el noroeste y a los distribuidores prescindibles que formaban parte de ella.

Pensó otra vez en la conversación mantenida con el fiscal Vélez, quien le había dicho que los contenedores solían estar cargados para reducir al mínimo los riesgos económicos. Por eso en la gabarra eran tan pocos: sabían que las autoridades iban a interceptar el cargamento. De hecho, debían interceptarlo para que funcionase el plan y, cuanto menos nutrido fuera el cargamento, mejor. Lo mismo ocurrió con el envío de Bangkok: toda la operación era un señuelo. Lo más seguro era que no tuvieran compradores locales. Lo más seguro es que a los otros niños, incluido Kai, el hmong, los enviasen después Calavera y los demás de manera individual allí donde tuvieran compradores, lo que debió de suponer un extra en costes y riesgos, o se deshiciesen, sin más, de ellos.

Livia, sin embargo, no podía permitirse aceptar tal posibilidad, pues afectaba demasiado de cerca a Nason. Por lo tanto, fuera lo que fuese lo que obtuvieron a cambio de aquel cargamento, tuvo que valer más de los cincuenta mil dólares que pagaron a Tyler y los suyos y más que la mercancía que sacrificaron: lo bastante para poner en peligro toda la red de tráfico de marihuana tailandesa del Pacífico Noroeste.

Siguió leyendo. Todo apuntaba a que las tres bandas procedentes de Tailandia habían sufrido numerosas detenciones y procesos judiciales y que la tercera había quedado muy debilitada en consecuencia. Aquello había ocurrido en torno a las fechas en las que habían llegado a Estados Unidos Nason y ella. Lo que coincidió con el momento en que Ezra Lone se afanaba en que el Gobierno tailandés tomara medidas enérgicas contra los grupos de tratantes.

Apoyó los codos en el escritorio y la frente sobre sus nudillos. ¿Podía ser que se tratara de eso? ¿De alguna clase de favor mutuo? Imaginó al senador Lone haciéndole la proposición a alguno de sus contactos corruptos del Gobierno o directamente a una de las bandas criminales. Quizá incluso a

ambos. «Se avecinan problemas serios –les habría dicho– y no puedo hacer nada por desviarlos. Lo que sí está en mis manos es crear una tapadera: un programa de operaciones conjuntas de los cuerpos de seguridad destinado a destruir a los grupos rivales. Artículos de prensa en los que se encomie un grado de cooperación sin precedentes. Informaré al senado de que Tailandia ha hecho progresos impresionantes en la batalla contra la trata y ha aumentado más que nunca el número de investigaciones, procesos penales y condenas. El senado recomendará al Departamento de Estado que cambie la posición de Tailandia en la clasificación de países traficantes del nivel 3, el peor, al 2 o incluso al 1, lo que traerá no pocas ventajas mercantiles. Os despejaremos el camino y atraeremos al comercio estadounidense. Así conseguiréis más dinero y más poder del que habéis soñado nunca. Y lo único que quiero a cambio es que me procuréis niñas con las que acostarme cuando venga a visitar el país en misión de investigación.»

«¡Ah! Y dos hermanas a medida que quiero ver llegar a Estados Unidos siguiendo mis instrucciones.» Sabía que debía de estar equivocada en algunos de los detalles, pero estaba muy segura de haber acertado en general. Sobre todo, en la última parte, que explicaba por qué habían dado sus padres a los traficantes la foto en la que aparecían Nason y ella: para que los Lone pudieran elegir el tipo exacto de niñas que querían.

Recordó cierta idea de uno de sus cursos de psicología: la de «la coraza de la justicia», frase bíblica referida a la armadura de Dios, la bondad que se requería en el combate contra el mal, que en aquel campo, sin embargo, se empleaba para hablar de la máscara de corrección excesiva con que se protegía, por ejemplo, el homosexual no declarado que arremetía en público contra los males de las relaciones entre personas del mismo sexo, asistía a la iglesia con regularidad, proclamaba la importancia de los «valores familiares» y se envolvía, en general, en las doctrinas políticas más conservadoras. En ocasiones se trataba de un mecanismo de defensa y, las más de las veces, en un intento deliberado de evitar o desviar las sospechas, como el de aquel senador tradicionalista al que habían descubierto solicitando sexo anónimo con un hombre en los aseos del aeropuerto de Minnesota, o como el de cualquiera de los incontables ministros y políticos puritanos que se ven sorprendidos en actos similares de hipocresía.

Aun así, ¿por qué las eligieron a Nason y a ella? ¿Es que a los Lone les gustaban las niñas de las tribus de las colinas? ¿Tenían quizá debilidad por alguna edad en particular? ¿Por las que tenían cierto parentesco? ¿Por alguna

combinación concreta? Cuando recordaba cómo había usado Calavera a la pequeña contra Livia o cómo había manipulado el violador de Montlake a sus dos víctimas, tenía la impresión de que lo que querían los Lone eran hermanas. No obstante, tenía que asegurarse.

Acabó el café y buscó el nombre de Matthias Redcroft. En las redes sociales no encontró nada; en los archivos tributarios había una entrada que daba fe de que, en efecto, trabajaba para el senador, y en los militares, una más: doce años de servicio en el ejército, de los cuales los seis últimos formó parte de las fuerzas especiales. ¿Qué diablos hacía un antiguo soldado de las fuerzas especiales con el perfil social de un fantasma haciendo labores de «asesor legal»?

Levantó la cabeza y se frotó los ojos. Tenía claro cuáles habían sido la ocasión, la mayoría de los medios y, sobre todo, por el abuso mismo que había sufrido en sus carnes, el móvil. Lo que le faltaba era la patología que había dado pie a este último. Por más que la intuyera, aún no era capaz de verla.

Si habían querido tener hermanas, si aquel detalle había sido tan importante para ellos, quizá hubiera todavía una esperanza. Pequeña, diminuta; pero la había. Cabía pensar que Nason seguía viva en algún lugar, que todavía podía dar con ella.

De cualquier modo, también había otra posibilidad: la de llegar a conocer los detalles. Sí. Por favor, eso. Saber solamente. Saber, antes de morir en el intento, qué había pasado a su pajarito.

Tomó una inspiración honda y expulsó el aire.

E introdujo como término de búsqueda el nombre de Becky Lone.

CAPÍTULO 55

AHORA

Ninguna de las bases de datos policiales disponibles ofrecía nada sobre Rebecca o Becky Lone. Tampoco tuvo más suerte buscando en las redes sociales. Lo cual no resultaba sorprendente, ya que todo había ocurrido hacía varias décadas y, de todos modos, si no le fallaba la intuición, Becky debía de haberse conducido con mucha discreción al respecto.

Sin embargo, su instinto le hablaba también de alguien que huía de un pasado de abusos y deseaba con desesperación construir algo que le brindase seguridad, una familia y una vida nuevas; de alguien que buscaba cosas así no en un futuro lejano, sino en uno lo más próximo posible. Tal vez tanto como el período que siguió a su graduación universitaria. Quizá Becky había conocido a un muchacho como estaba mandado: sano, estable, digno de confianza; se había casado con él y había adoptado su apellido. Quizá un joven californiano, ya que un ochenta por ciento aproximado de los estudiantes de la Universidad de Berkeley eran de California, y Livia, que había vivido en la bahía de San Francisco, sabía que los de allí tenían tendencia a permanecer en aquella región. Aquello le ofrecía un buen número de remisiones en organizaciones de antiguos alumnos, registros de propiedad inmobiliaria, matriculaciones de vehículos, censos electorales y registros civiles. Podía, por supuesto, haberse equivocado en alguno de los detalles, en cuyo caso tendría que ampliar la búsqueda. No obstante, eran raras las veces que fallaban sus corazonadas, y algo le decía que estaba usando los parámetros correctos.

Aun así, cuando empezó a asomar a las ventanas la primera luz del día, había empezado a dudar de sí misma. Había tenido la sensación de que iba a ser muy fácil y, sin embargo, aún no había dado con nada. Becky Lone

parecía haberse esfumado sin más. Entonces, cuando estaba a un paso de reconocer que se había equivocado y que iba a tener que imaginar un enfoque totalmente distinto, la encontró.

Había cambiado su nombre a Rebecca MacKinnon tras contraer matrimonio con William MacKinnon, compañero de clase suyo en Berkeley. Antes de jubilarse, había sido socio de un bufete de abogados importante de la bahía de San Francisco, ciudad en la que tenían su residencia, en la calle Vallejo del barrio acomodado de Pacific Heights. Tenían tres hijos y dos nietos pequeños. En la página de Facebook de uno de los hijos había una fotografía de una fiesta de cumpleaños en la que aparecían el bebé, los padres y los abuelos. Al ver los ojos separados de la abuela, Livia supo que estaba mirando a Becky Lone. Buscó el número de teléfono de la mujer y confirmó su ubicación. Estaba en casa, en Pacific Heights, probablemente durmiendo aún.

Con el corazón desbocado, comenzó a escribir un correo electrónico a la teniente Strangeland para comunicarle que no se iba a presentar a la reunión informativa, porque necesitaba un día de asuntos propios.

CAPÍTULO 56

AHORA

Llegó montada en un taxi que la dejó a una manzana de la casa de los MacKinnon poco más tarde del mediodía tras un trayecto sin descansos desde Seattle. No le gustaba usar servicios como los que ofrecían Lyft y Uber, porque, siempre que podía, prefería moverse sin dejar rastro.

En San Francisco hacía un día de postal: fresco y despejado, con algo de brisa y un cielo de color azul intenso. El olor a jazmín estrella que impregnaba el aire le recordaba sus tiempos universitarios. Le gustaba aquella ciudad y, de hecho, había pensado entrar en su cuerpo de policía tras graduarse. Sin embargo, Seattle parecía ofrecerle más probabilidades de dar con Nason y aquella consideración había superado a cualquier otra.

Recorrió a pie Vallejo y se detuvo unos instantes ante la casa, sintiendo el calor del sol en el rostro. El lugar resultaba relativamente modesto en comparación con el resto del vecindario: más bien pequeño, con fachada parda de madera y cubierta de tejas en lugar de la pizarra que remataba algunas de las colosales residencias de los alrededores. A diferencia de la mansión que habitaban los Lone en Llewellyn, parecía un hogar de verdad, destinado a vivir en él más que a poner de manifiesto nada. Con todo, la parte trasera daba al norte y debía de ofrecer vistas espectaculares del Golden Gate y la bahía: no era ninguna casa modesta de recién casados.

Cruzó la verja, se detuvo bajo el arco de la entrada y llamó al timbre. Alzó la vista y topó con una cámara de seguridad que dio al traste con sus intenciones de no dejar pistas. Tampoco era ningún contratiempo, ya que solo había ido allí para conversar.

Un instante después se abrió la puerta y apareció en el umbral la mujer de la fotografía de Facebook, Rebecca MacKinnon o –ya no le cabía duda

alguna— Becky Lone. Era una señora atractiva y de apariencia próspera que, pese a haber mediado ya los sesenta, parecía hallarse en forma y se conservaba muy bien. Tenía el pelo corto y gris y muy poco maquillaje y llevaba puesto un elegante traje de chaqueta de color azul marino. Una dama de las que salen a tomar un almuerzo ligero con las amigas, pensó Livia, y tal vez era lo que se disponía a hacer en aquel momento.

A su lado había una hembra de pastor alemán de porte considerable y sin duda bien adiestrada, pues, en lugar de ladrar o gruñir al verla, se limitó a observarla con una actitud vigilante y callada que resultaba intimidadora. Livia tuvo la sensación de que, de no haber sido por la perra, MacKinnon no había abierto la puerta ni siquiera a la mujer asiática menuda de cuya presencia acababa de anunciarle la cámara de seguridad.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó.

—Sí, señora —respondió la recién llegada mostrándole la placa—. Me llamo Livia Lone e investigo crímenes sexuales con la policía de Seattle.

Al oír su nombre se le dilataron las pupilas y se le fue el color del rostro. El animal, aún en silencio, dio la impresión de tensarse de forma casi imperceptible. Livia supo que bastaría una palabra de la dueña para que se abalanzara sobre ella. Aunque dudaba que llegase a tanto, se preparó para apartarse y sacar el Vaari del bolsillo lateral de sus pantalones de faena en caso de ser necesario. Era más rápida con él que con la Glock y una de las ventajas de viajar de policía era el no tener que desarmarse para embarcar en un avión.

—No he venido en misión oficial ni nada semejante —dijo—, pero le agradecería que me ayudase a entender algunas cosas.

—No... No sé en qué puedo serle útil —respondió MacKinnon mientras daba un paso atrás, a todas luces inconsciente, y así la puerta.

—Yo creo, Becky —apuntó Livia en tono sosegado—, que sí que puedes.

La perra soltó entonces un gruñido. La mujer apretó los labios y cabeceó con lentitud. Los nudillos de la mano con la que sostenía la puerta palidieron mientras decía:

—No quiero hablar contigo.

—De eso no me cabe duda: seguro que no quieres hablar con nadie; pero tu negativa a hablar, tu negativa a decir nada es lo que permitió a tu hermano Fred hacer conmigo lo mismo que hacía contigo. Así que creo que me lo debes. Por lo menos, me debes esto.

No estaba segura de tener razón, pero la conducta de MacKinnon había

reforzado sus sospechas y la había alentado a lanzar aquel farol. Si estaba en lo cierto, había puesto en práctica un gambito muy prometedor, puesto que, cuando el sospechoso se convence de que el detective conoce ya buena parte de lo que va a decir, se vuelve mucho más propenso a confesar. A fin de cuentas, ¿qué puede perder ya?

Por un instante pensó que la mujer le iba a dar con la puerta en las narices, si no le azuzaba más bien al animal. Sin embargo, relajó el cuerpo, asintió con la cabeza y le abrió la casa.

Livia entró acompañada por la atenta mirada de la perra. Había acertado al suponer que las vistas debían de ser espléndidas: los ventanales de la parte trasera eran enormes y permitían contemplarlo todo: la bahía, reluciente al sol; el puente salvando toda su extensión; las colinas verdes de la península de Marin... Advirtió que su anfitriona iba descalza y que había zapatos alineados al lado de la puerta. En consecuencia, se quitó los suyos. La calidez de las baldosas le hizo pensar que debía de ser suelo radiante.

MacKinnon cerró la puerta.

–¿Por qué no vamos a la cocina? –preguntó–. ¿Puedo ofrecerte algo?

Su tono, frío y receloso, le recordó al de las gentilezas de la señora Lone. La propuesta, sin embargo, la animó: la sala de estar estaba concebida para desalentar a las visitas y en la cocina era donde se hacían de veras los negocios.

–No quiero nada de ti –respondió Livia– que no sea toda la verdad acerca de tus hermanos.

MacKinnon la miró de hito en hito antes de bajar la vista.

–No sé qué quieres decir.

–Becky, hace un minuto has oído mi nombre y me ha dado la impresión de que ibas a echar el desayuno. Me conoces. Sabías que tu hermano Fred había recogido a una refugiada tailandesa menor. Y sabías por qué. –Había empezado a alzar la voz–. Sabías lo que iba a hacerme. ¡Conocías muy bien la situación!

La perra volvió a gruñir y MacKinnon no hizo nada para tranquilizarla. Livia lo miró a los ojos. «¿Quieres ponerme a prueba? –pensó–. Muy bien: adelante. Vamos a ver quién es más rápido. Y quién tiene las garras más afiladas.»

La dueña de la casa miró al animal.

–Tranquila, pequeña –dijo–. Tranquila.

Livia no tenía claro a cuál de las dos se lo decía, pero tampoco le

importaba: después de todo lo que había soportado por parte de su hermano, el que aquella mujer pudiera fingir no saber nada la enfurecía.

–Conque no me digas que no sabes lo que quiero decir –prosiguió–, porque sabes perfectamente a lo que me refiero. Quiero que me cuentes lo que te pasó, y también lo que le pasó a tu hermana, Ophelia.

Cuando acabó de hablar, MacKinnon se había quedado tan pálida que Livia temió que fuera a desmayarse. Por un instante dio la impresión de que se tambaleaba, aunque enseguida se irguió de nuevo.

–Siéntate, por favor –dijo señalando la cocina–. Deja que prepare té... y hablemos. Hablemos.

Livia se sentó a una mesa de madera situada al lado de otro enorme ventanal que miraba también a la bahía y se aseguró de que el mango del Vaari sobresalía lo suficiente del bolsillo para poder llegar a él de manera instantánea en caso de necesidad. Su anfitriona llenó de agua un hervidor y lo colocó en un hornillo que no habría desentonado en un restaurante. Livia observó los armarios de gran calidad, los electrodomésticos de primera... Todo apuntaba a que la práctica del derecho no le había ido nada mal a William MacKinnon. También podía ser que su esposa hubiera desarrollado también una próspera actividad profesional. Livia, sin embargo, lo dudaba: no sabía por qué, pero estaba convencida de que tenía delante a alguien más interesado en crear un hogar.

O, mejor dicho, en reconstruir uno.

–¿Té verde? –preguntó–. Yo lo bebo de jazmín, pero tenemos otros.

–De jazmín me parece bien, gracias.

–¿Miel?

Livia quiso espetarle a voz en cuello: «¡Ya está bien de formalismos estúpidos! ¡Cuéntame lo que quiero saber!». Con todo, había interrogado a un número suficiente de sospechosos y engatusado a una cantidad considerable de testigos para comprender el valor del respeto. Y de la paciencia. Aquella mujer estaba a punto de abordar cuestiones que llevaba poco menos de medio siglo rezando por que no aflorasen. Se estaba recomponiendo, haciéndose a la idea, y habría sido muy poco prudente no concederle el tiempo necesario.

–Sí, me encanta con miel; gracias.

MacKinnon llevó a la perra a otro cuarto y cerró la puerta, y Livia tuvo la extraña sensación de que aquella mujer no quería que el animal escuchara lo que iba a decir. Fuera cual fuere el motivo, no pudo sino alegrarse de no tenerla delante. Entonces llegó el momento de verter el agua, de dejar reposar

el té, de remover la miel... Livia tuvo que dar un sorbo y reconocer que estaba delicioso, gracias. A continuación, aguardó de nuevo, dejando que el silencio cumpliera su cometido.

La anfitriona probó su infusión y colocó de nuevo la taza en el plato. Livia esperó. Tan callado estaba todo que alcanzaba a oír el zumbido de la nevera. MacKinnon posó entonces las manos sobre la mesa y las miró.

—Mi padre era un monstruo —comenzó a decir con voz calma.

Livia no habló ni hizo un solo movimiento: se limitó a esperar.

—Él... —Hizo una pausa.

Aunque seguía con la mirada gacha y no le veía el rostro, Livia no ignoraba que estaba llorando.

—Él... —Exhaló con violencia y miró a su invitada con ojos brillantes—. Por favor, no me hagas hablar de esto. Por favor.

Tan digna era su expresión y tanto conmovía su dolor que Livia pudo haber sentido compasión por ella. De hecho, quizá sintió algo; pero supo apartarlo: aquella mujer tenía la clave que la ayudaría a llegar a Nason y era aquello lo único que importaba.

—Yo tenía una hermana —dijo con voz serena—. Se llamaba Nason y desapareció hace dieciséis años. Llevo buscándola desde entonces y lo que me digas ahora puede hacer que dé con ella. Conque, por favor, cuéntamelo todo.

MacKinnon se llenó los pulmones de aire y lo dejó escapar a continuación. Se removió en su asiento antes de proseguir:

—Mi padre creía que... que las hijas pertenecen a sus padres. ¿Me entiendes?

A veces, los eufemismos y otras referencias vagas podían ayudar a una víctima renuente a prestar declaración. Sin embargo, en esta ocasión Livia pensaba que la mejor herramienta era la verdad más brutal.

—Tu padre creía que a los padres se les debía permitir fornicar con sus hijas.

La otra hizo una mueca de dolor.

—Creía que el cuerpo de una hija debía ser propiedad legítima de su padre, hasta el momento de su matrimonio, en el que pasaría a pertenecer a su marido. Y creía... que los hermanos también...

—Que los hermanos varones también debían poder fornicar con sus hermanas.

MacKinnon soltó un sollozo.

–Por favor, no me obligues a hablar de esto –musitó.

–Tu padre y tus hermanos. Abusaron todos de Ophelia, ¿no?

Su interlocutora se levantó y arrancó una porción de papel de cocina de un dispensador situado sobre el mármol de la cocina. Tras secarse los ojos y sonarse la nariz, lo dobló y lo arrojó al recipiente para los desperdicios que había bajo el fregadero. Luego tomó cierta cantidad más y volvió a la mesa.

–Mi padre empezó a abusar de Ophelia a los trece años.

Se detuvo unos instantes, como para rehacerse.

–¿Y tu madre? –preguntó Livia, aunque, después de haber trabajado en tantos casos de violaciones de padres a sus hijas y sus hijastras, ya conocía la respuesta.

MacKinnon sacudió la cabeza.

–Le tenía un miedo atroz a mi padre y culpaba a Ophelia de lo que estaba ocurriendo.

Tras una nueva pausa, siguió diciendo:

–Cuando Ezra cumplió los trece, mi padre obligó a Ophelia a copular con él. Y cuando Fred llegó a esa edad, ocurrió lo mismo. Los tres. –Se le quebró la voz–. La usaban cuando les venía en gana y como les apetecía. Su padre y sus hermanos.

Se enjugó los ojos.

–Entonces, cuando yo cumplí los trece, me llegó el momento de serles útil, y...

La voz volvió a fallarle. Ella se vino abajo unos instantes. Humilló la cabeza y comenzaron a temblarle los hombros. Entonces tomó varias inspiraciones profundas y volvió a secarse las lágrimas.

–Y Ophelia no los dejaba.

–Tu hermana intentó protegerte –dijo Livia y, por un segundo, no tuvo claro a quién se estaba refiriendo, si a ella misma o a Ophelia.

Concluyó que quizá fuese a ambas. Por eso, pese a tantos años de reserva profesional, sintió que también a ella se le anegaban los ojos. MacKinnon asintió con la cabeza.

–Se enfrentó a ellos –susurró.

Livia se dibujó con tanta claridad a su pajarito... La sangre entre sus piernas. El pulgar en su boca. Sus ojos ausentes. Su cuerpo sin respuesta mientras ella la abrazaba llorando.

–Pero lo hicieron de todos modos –dijo Livia.

MacKinnon la miró con el rostro convulso.

–La obligaron a mirar –le reveló con la voz rota de nuevo.

Livia no hizo intento alguno de ocultar sus propias lágrimas.

–Lo siento, Becky.

–Y luego me hicieron mirar a mí. Mi padre dijo: «¿Veis, hijos? Esto es lo que le hacemos a las niñas desobedientes.»

Livia recordó la fijación que tenía Fred Lone con su propia «desobediencia». Se obligó a apartar su asco.

MacKinnon se enjugó de nuevo los ojos.

–Pues ya conoces a mi familia.

Hubo una larga pausa mientras las dos se recobraban.

–Creo –dijo al fin Livia– que tus hermanos, sin reparar en gastos ni en riesgos, lo organizaron todo para que a mi hermana y a mí nos arrancaran de nuestro pueblo de Tailandia y nos llevaran a Llewellyn. ¿Explicaría lo que me has contado que quisieran dos hermanas? Yo tenía trece años, y Nason, once. ¿Puede ser que quisieran... no sé, recrear lo que os hacían a Ophelia y a ti con una edad parecida?

La señora MacKinnon parecía querer ir a vomitar.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó–. Lo siento.

Todo cobraba significado. Todo encajaba. Y, por horrible que resultase, producía cierta satisfacción el ver unirse las piezas. Pensó en cómo se había sentido después de lo que hicieron Calavera y sus hombres a su hermana; en que lo único que la había llevado a seguir comiendo y mantenerse con vida era la posibilidad de que Nason la necesitase. Cuando volvía la vista atrás, no podía menos de admirarse por no haber sucumbido a su anhelo de quedar relegada al olvido. En el caso de Ophelia Lone, todo apuntaba a que las sirenas del abandono habían cantado en voz más alta.

–¿Fue entonces cuando saltó por la ventana?

MacKinnon la miró y su semblante se fue transfigurando lentamente.

–Eso es mentira –bisbiseó.

Livia parpadeó.

–¿Qué?

–Dijeron a todo el mundo que había saltado; pero ella no habría hecho nunca una cosa así. Jamás.

La invitada clavó en ella la mirada por un instante con la sensación de haber recibido un golpe que no había visto venir y la había derribado sobre el tatami. Había estado recordando su propia desesperación, sus propias ansias de morir y las había proyectado en otra adolescente atormentada sin que

aquella suposición le permitiera ver otra posibilidad más aterradora aún.

En su labor policial no habría cometido nunca un error así; pero aquello... Tenía que reconocer que aquello le tocaba demasiado de cerca e interfería en su discernimiento. Sacudió la cabeza como si así fuera a aclararse las ideas.

–¿Crees que tu padre...?

–Siempre he pensado que fue Ezra. Ella... –le volvió a faltar la voz– era la única que me quería: nunca, por nada del mundo, me habría dejado sola con ellos.

–¿Y qué te hace suponer que fue Ezra?

–Porque era el más horrible de todos. Para mi padre y para Fred se trataba, más bien, de una cuestión de poder. Y de sexo, claro. Sin embargo, a Ezra... le gustaba hacernos daño. A Ophelia le decía que me iba a hacer algo, algo que disfrutaba haciendo con ella. Ella le dijo que, si lo hacía, lo iba a contar. Iba a ir a la policía. A ella podía hacerle cuanto quisiera siempre que me dejara a mí tranquila. ¿Sabes lo que me dijo cuando murió?

Livia temía saberlo, pero optó por callar.

–Me dijo: «Eso es lo que te va a pasar a ti si te vas de la lengua». Y me hizo aquello de todos modos. Yo le supliqué, grité, le dije que me iba a matar, y él se rio y lo hizo con más fuerza. Después, ni siquiera lo recuerdo. Creo que me desmayé.

Dejó pasar unos segundos antes de añadir:

–Yo sabía que no debía chillar, pero no podía evitarlo. Él convertía en su pasatiempo favorito todo lo que me hacía dar gritos; así que aprendí a callar, a adoptar una actitud pasiva y esperar a que acabase. Pero eso no hizo más que empeorar las cosas, porque le resultaba frustrante y lo empujaba a buscar otros modos de hacerme gritar.

Livia la miró.

–¿Por qué no se lo dijiste nunca a nadie?

–¿Y tú? –respondió ella sosteniéndole la mirada.

Livia se frotó las mejillas mojadas con el dorso de la mano.

–Porque nadie me habría creído. Yo no era más que una niña refugiada.

–Entonces, ya sabes por qué.

–Pero... Y todos estos años... ¿No lo entiendes? Tus hermanos... nos mandaron traer, a mi hermana y a mí, de Tailandia. Y quién sabe a cuántos niños más de los que nunca tendremos noticias habrán violado, traumatizado, destruido... Tú podías haberle puesto freno. Quizá no de niña, pero

después...

–¿Cómo te atreves a juzgarme? Mírate. ¿Qué has hecho tú para ponerle fin?

–Yo sí que le puse fin.

Ni siquiera le había dado tiempo a pensarlo antes de decirlo.

Las dos guardaron silencio. MacKinnon la miró y sus ojos delataron que iba entendiendo poco a poco la situación. Livia creía que se lo iba a preguntar y se dispuso a negarlo todo. Sin embargo, su interlocutora se limitó a asentir con gesto grave.

–Bien –dijo en un tono tan frío como la hierba helada que cubría la tumba de Fred Lone para añadir a continuación con un susurro–: Espero que lo hicieras sufrir.

Livia no dijo nada.

MacKinnon parpadeó y se enderezó antes de dar un sorbo a su té y devolver la taza al plato.

–Si sirve de algo, de haber sido capaz de volver habría dicho algo; pero en la universidad me sentí tan superada por el hecho de haberme visto al fin liberada de todos ellos que no quería hacer nada que pusiera en peligro mi situación. Entonces conocía a Bill, mi futuro esposo. Él no sabía nada ni yo quería que lo supiera. También me aterraba la idea de crear ningún vínculo entre lo que me habían hecho y la vida que estaba tratando de construir. Luego tuvimos hijos y me negué a hacerlos pasar por todo eso. Además, Ezra... Siempre me dijo que me mataría si lo contaba y yo lo creí. Sigo creyendo que lo hará. ¿Sabes lo que hizo cuando nació David, nuestro primer hijo?

Livia volvió a mirarla sin decir nada.

–Me envió un vestidito de bebé y una tarjeta en la que me felicitaba por el nacimiento de su sobrino. En ella, además, me dijo que David le recordaba a Ophelia. Nadie más podía saber lo que significaba aquello, pero yo sí.

Permanecieron calladas unos instantes y MacKinnon dijo al fin:

–¿Lo ves? No había tenido ningún contacto con él desde que dejé Llewellyn. Nunca les dije, a ninguno de ellos, que me iba a casar ni que iba a adoptar el apellido de mi marido o a mudarme a San Francisco. Tampoco les había dado mi dirección: hice cuanto pude por mantenerlo todo en secreto. Por lo tanto, lo que me estaba diciendo Ezra era que todos mis empeños no habían servido de nada: me estaba observando y podía hacerme daño cuando quisiera; a mí y a mis hijos.

Dio otro sorbo a su taza de té.

–Lo siento. Siento muchísimo lo que habéis pasado tu hermana y tú, y, si hay algún modo de que pueda... de que pueda repararlo, espero tener la ocasión algún día; pero, mientras tanto, ojalá entiendas al menos que tuve mis motivos.

Livia asintió.

–Sí que lo entiendo.

MacKinnon la miró y, recomponiendo con cuidado el gesto, dijo:

–Gracias.

Su invitada, tras una larga pausa, dijo:

–Pero si dices en serio lo de repararlo, tengo una idea sobre cómo podrías hacerlo.

CAPÍTULO 57

AHORA

Cuando Livia acabó de explicarle el plan, MacKinnon estaba a un paso de dar su aprobación, si bien no se mostró convencida del todo.

–¿Por qué necesitas que venga aquí? –quiso saber–. ¿No podrías presentarte en su despacho y enseñarle la placa como has hecho conmigo? ¿No hay ningún modo de dejarme a mí al margen?

–Dudo mucho que tu hermano vaya a revelarme lo que necesito saber en su despacho. Allí va a estar en un entorno conocido y cómodo, rodeado de todos sus símbolos de poder, y yo quiero hacerle frente en un lugar que le sea ajeno, donde no conozca el terreno ni sepa qué puede esperar.

MacKinnon tardó un poco en considerar la propuesta.

–De acuerdo –dijo al fin–. Vamos a buscar el número de su despacho y... y lo llamo. Pero déjame que hable con él con tu teléfono: no quiero que conozca mi número.

Livia meneó la cabeza. Entendía que su anfitriona era una mujer sensata y que la condición que trataba de imponer no era sino un modo de demostrarse a sí misma que seguía teniendo bajo control cuando menos parte de lo que se le había venido encima de improviso, por trivial que fuese.

–No puede ser. Con buscar el número y comprobar que es de mi teléfono se va a dar cuenta de que hay algo que no encaja en tu historia. Además, si te envió un regalo por el nacimiento de tu hijo es que, si no sabe ya el tuyo, tampoco le va a costar encontrarlo.

MacKinnon se detuvo a pensarlo antes de decir:

–Dame solo un minuto primero.

–Por supuesto –respondió ella: aquella mujer estaba a punto de hacer frente a uno de los monstruos de su infancia y lo mínimo que podía darle era

aquello.

La dueña de la casa se alejó y Livia oyó una puerta que se abría y se cerraba a continuación. Tuvo la sensación de que necesitaba ir a ver a la perra y no le extrañó: uno de los servicios de ayuda a las víctimas con los que trabajaba se servía de un cruce de mastín con pastor alemán llamado Argos, y Livia no había visto nunca a ningún menor sometido a abusos salir con tanta facilidad de su caparazón magullado como cuando pasaba un tiempo con aquel animal de devoción inigualable. Estaba convencida de que debía de ser por el reconocimiento de la existencia de un ser a un tiempo poderoso y, no obstante, incapaz de infligirle ningún daño, de hacer nada que no fuese amarlo y protegerlo. Tenía claro que entre MacKinnon y su perra debía de haber un vínculo semejante.

De hecho, cuando regresó, unos minutos más tarde, iba acompañada del animal, que se sentó a su lado en la mesa mientras ella hacía una búsqueda en la Red desde su teléfono.

–Está bien –dijo al fin con gesto de asentimiento–. Está bien; está bien.

Tomó aire y lo soltó para cobrar valor como quien se dispone a arrojarse desde un acantilado a una masa de agua oscura. Entonces, marcó el número y, tras una pausa, dijo:

–¿Sí? Hola, soy Rebecca MacKinnon, de soltera Becky Lone, hermana del senador Lone. Necesito hablar con él por un asunto urgente.

Livia no pudo sino sorprenderse por la confianza que ponía de manifiesto el tono de su voz. Estaba claro que, cuando menos de manera transitoria, había recobrado la compostura. Tras otro silencio, volvió a hablar:

–No tengo su número personal. Perdimos el contacto hace cierto tiempo, pero es importantísimo que hable con él ahora mismo. –Un pausa más...–. Sí, por favor, dele este número. Tenga por seguro que no es ninguna broma: le garantizo que cuando le haga saber que lo ha llamado Becky y que es urgente querrá llamarme de inmediato. Si no le da el recado enseguida, estará cometiendo un grave error.

Y con esto colgó.

Livia la miró.

–¿Estás bien?

MacKinnon asintió sin palabras y, a continuación, se echó a temblar. Tendió la mano a la perra, que dio un leve gañido y se puso a lamérsela.

–Lo siento –dijo Livia–. Imagino que todo esto debe de estar removiendo todos los recuerdos del pasado.

La mujer sonrió con aire triste.

–Supongo que precisamente a ti no te hace falta imaginar.

–Cierto.

La dueña de la casa observó por la ventana los destellos de la bahía.

–No desaparece nunca, ¿verdad?

Livia tuvo que reconocer que, por más que deseara lo contrario, no existía respuesta alguna a semejante pregunta. MacKinnon dejó pasar un instante y dijo:

–No sé si me va a llamar enseguida.

–Lo hará. Si quien tiene que darle el mensaje es lo bastante inteligente para hacérselo llegar de inmediato.

–Ojalá. ¿Puedes esperar un poco?

Livia miró el reloj. Llevaba casi una hora: todavía tenía tiempo de llegar al aeropuerto, de donde había vuelos directos de sobra a Seattle.

–Sí –respondió–. A ver si tenemos suerte y su recepcionista resulta ser avispada.

MacKinnon dejó el teléfono sobre la mesa e hizo más té. Livia, al verla tensa, quiso apartar su mente del miedo que sentía al tener que hacer frente a su hermano.

–¿Qué miel usas? –preguntó en consecuencia–. Está muy buena.

Lo decía de veras, aunque dudaba que nada fuera a disminuir su predilección por el café con leche y azúcar de caña.

–Es miel de flores silvestres del condado de Sonoma. Se la compro directamente a los productores. Me alegro de que te guste. Yo me temo que soy un poco adicta.

–En ese caso, tendré cuidado, porque en Seattle dudo que la vendan.

Cuando volvió a la mesa la anfitriona, las dos mujeres estuvieron un momento bebiendo té en silencio; tras lo cual Livia le preguntó acerca de la perra, sus hijos, la vida en San Francisco... Temas todos ellos poco comprometidos, reconfortantes que, sin embargo, no tenía claro que estuvieran siendo de gran ayuda, aun cuando resultaban más agradables que el silencio.

MacKinnon dio un respingo cuando oyó sonar su teléfono.

–El manos libres –le recordó Livia inclinándose hacia delante.

Ella asintió, miró el aparato... y permaneció con la mirada clavada en él.

Volvió a sonar.

–Becky –dijo Livia.

MacKinnon clavó en ella dos ojos como platos y los dirigió de nuevo al teléfono. Tenía los labios crispados y una expresión que iba y venía del miedo a la determinación.

Una vez más.

–Becky –insistió Livia–. Vamos: tú puedes.

La dueña de la casa hizo un gesto de asentimiento. Cerró los ojos y los abrió a continuación. Livia pudo comprobar que había vencido la entereza.

MacKinnon pulsó el botón del altavoz.

–¿Hola?

–Becky, soy Ezra. ¿Va todo bien?

Al oír su voz no pudo evitar recordar sus facciones y las de su hermano, ni sentir de nuevo acceso de asco. Todo hacía pensar que su anfitriona estaba reaccionando del mismo modo, porque cerró los ojos y tragó saliva antes de decir:

–Esta mañana ha venido a casa una periodista para hacerme preguntas sobre papá y sobre nuestra infancia.

–Espera un momento. Espera. ¿Qué periodista?

–No lo sé. No me ha dicho su nombre ni para quién trabaja; pero sí que tenía información de cuando...

–Para, para. ¿Cómo sabes que era periodista?

Livia asintió con expresión grave. Ya había supuesto que Lone no iba a estar dispuesto a hablar de nada concreto por teléfono; que no iba a atreverse a tratar aquella cuestión si no era en persona. Hasta el momento había estado en lo cierto.

–¿Y qué iba a ser si no? –preguntó MacKinnon.

–No lo sé. Alguna loca. Alguien inestable que piense que puede inventar cualquier disparate para chantajearnos. ¿Quién sabe? Pero ¿te dijo algo concreto? Dime solo sí o no, Becky: no hace falta que me cuentes ningún detalle.

MacKinnon miró a Livia.

–Sí: concretísimo, de hecho.

«Perfecto»

–Tengo que hablar contigo, Ezra. Necesito saber qué está pasando y si puede afectar a mi familia.

–Por eso no te preocupes, Becky, que todo va a salir a pedir de boca. Ahora mismo no puedo hablar: estoy en Bangkok y aquí es de noche...

«¿En Bangkok?», pensó Livia.

–Mañana voy a estar reunido desde primera hora de la mañana hasta la tarde. Y pasado mañana, también. Me ha costado mucho concertar estas reuniones con los del Gobierno de Tailandia y no puedo dejar de asistir. Me es imposible. Sin embargo, puedo pasar por San Francisco en el viaje de vuelta. Podría ir a verte y quedarme unos días...

–¡Ni lo sueñes! En mi casa no vas a quedarte.

«Perfecto», volvió a pensar Livia. Era así como lo habían ensayado. «Tienes que parecer remisa –le había enseñado–. Tiene que pensar no que lo estás intentando atraer aquí, sino que pretendes mantenerlo alejado de ti. De lo contrario, puede sospechar que se trata de una trampa. Haz que le cueste, que piense que es él el que te está convenciendo a ti.»

–Está bien. Me alojaré en un hotel y quedaremos en el vestíbulo. O donde tú quieras; pero creo que deberíamos hablar de esto en persona y no por teléfono.

MacKinnon miró a Livia y esta hizo un gesto de asentimiento.

–¿Cuándo? –preguntó.

–Dame tres días. Haré cambiar mi itinerario y te enviaré un mensaje de texto con la información sobre mi vuelo y el hotel tan pronto lo sepa.

–Y si vuelve por aquí esa mujer...

–Escucha: sea quien sea, si se pone en contacto contigo, haz lo que sea por enterarte de su nombre o, al menos, su teléfono. Intenta sacarle toda la información que puedas y comunícamelo luego, que yo averiguaré a qué nos enfrentamos y me encargaré de resolverlo. Tú, mientras, no le digas nada.

Livia miró a MacKinnon y unió el pulgar y el índice para indicarle que todo había ido a pedir de boca.

–Esto no me gusta nada –dijo la mujer como con aire renuente.

–A mí tampoco, Becky. Probablemente sea alguna chiflada que quiere hacernos daño. De aquí a unos días me tendrás allí y lo arreglaremos. Tengo ganas de verte. Hace tanto que...

MacKinnon colgó.

Livia miró el teléfono para confirmar que se había interrumpido la comunicación antes de decirle:

–Has hecho una actuación excelente, Becky.

Ella se mostró de acuerdo antes de echarse de nuevo a tiritar.

–Lo sé –añadió su invitada–. Lo sé; pero lo has hecho muy bien. Has estado muy convincente.

La anfitriona se inclinó para acariciar la cabeza de la perra.

–Estamos bien, pequeña –dijo–. Estamos bien. Estamos bien.

Tardó unos instantes en recomponerse y, a continuación, se enderezó y preguntó:

–¿Vas a poder estar fuera tres días?

–No –respondió Livia–, pero puedo volver cuando me necesites.

Mientras decía eso, sin embargo, estaba pensando: «Bangkok». Solo le hacía falta una cosa más. El instinto le había dicho que debía esperar para ponerla sobre la mesa, al menos hasta que MacKinnon hubiese dado un paso concreto, como el de llamar a su hermano. Entonces, lo siguiente sería un salto de menor consideración, aunque no dejaría de ser un salto.

–El problema –dijo– es que dudo que vaya a darme lo que necesito si no cuento con alguna ventaja.

La mujer entornó los ojos.

–¿A qué te refieres?

–He tratado con muchos sospechosos, con cientos, y sé que hay distintas formas de conseguir que colaboren si tienes talento, o si tienes un buen maestro, como fue mi caso. Sin embargo, con alguien como tu hermano... No puedo preguntárselo sin más. Necesito algo con que amenazarlo.

MacKinnon sacudió la cabeza. Todo apuntaba a que suponía adónde quería llegar y no le hacía ninguna gracia.

–Me has dicho que le ibas a revelar que me habías engañado, que te habías hecho pasar por periodista y que él no iba a saber nunca que te he ayudado.

–Ya lo sé. Si quieres, lo podemos hacer así; pero lo que atraería de veras su atención sería vernos a las dos unidas: dos de sus víctimas, sin nada que ver entre sí salvo los crímenes cometidos por él, que corroboran mutuamente sus historias.

–No. Por supuesto que no. Me lo has prometido.

–Y voy a cumplir mi promesa; pero, Becky, si lo hacemos bien, jamás se hará público: bastará con la amenaza.

–¿Y la amenaza que me hizo él a mí? ¿Y mi familia? Y si lo que me vas a decir es que te vas a encargar tú de protegernos, por favor, puedes ahorrártelo, porque no te iba a creer.

A esto siguió una pausa dilatada. La petición había sido solo el principio y Livia no había contado con que fuese decisiva. Tenía que rematarlo.

–Becky, Ophelia hizo cuanto pudo por protegerte. De hecho, murió por

eso. –Dejó pasar unos segundos–. Ahora tienes la oportunidad de honrar su labor. Puedes honrar su labor y su persona protegiendo tú también a alguien. A mi hermana, Nason. Por favor.

MacKinnon meneó la cabeza.

–He dicho que no y es que no.

Livia, sin embargo, sabía reconocer el momento en que empezaban a flaquear las defensas de un sospechoso y creía estar percibiéndolo en la expresión de su interlocutora y en su tono de voz.

–Ella te protegió y tú no vas a poder pagárselo nunca; pero sabes que a ella le habría gustado que lo hicieras siguiendo su ejemplo y protegiendo a otros.

–Es lo que estoy haciendo: proteger a mi familia.

–Ezra es tu hermano, no es el coco, y tú ya no eres la niña de la que se aprovechaba: eres fuerte, una superviviente. No dejes que te domine a través del miedo. Plántale cara, Becky, como hizo Ophelia.

Como antes, el rostro de MacKinnon vaciló entre el temor y la determinación hasta que todo se disolvió y se echó a llorar de nuevo.

–Él fue quien la mató.

–Sí, y tú no tuviste otra opción que dejar que escapase sin castigo; pero ahora sí tienes la ocasión. Tienes el arma que necesitas: yo. Úsala.

Se acabó: ya no había más que decir. Lo único que podía hacer era esperar.

Pasó un minuto y luego otro, hasta que MacKinnon dijo al fin:

–Si tu hermana está viva y Ezra confiesa dónde está, podrás ayudarla.

–Sí.

–Y si no está... viva...

–Tendré que asumirlo.

La mujer movió la cabeza en señal de asentimiento.

–Ni tú ni yo queremos un escándalo.

–En efecto.

–Quieres amenazarlo con revelarlo todo; pero, si eso funciona, en realidad no necesitas hacerlo público. Es como... como si le apuntases con el arma: si cumple, no tienes que disparar, ¿no?

–Eso es. Ni más ni menos.

–Y, sin embargo, estaremos protegiendo a tu hermana o, por lo menos, averiguaremos qué ha sido de ella. Claro está que no habremos hecho nada por proteger a las demás niñas de las que ha abusado mi hermano ni a las

víctimas que están por venir.

Era la segunda vez en una tarde que Livia se veía tumbada en el tatami por una llave de judo que no había visto venir.

–¿Qué vamos a hacer para protegerlas? –insistió MacKinnon.

Ella no dijo nada.

–Voy a ayudarte –concluyó su anfitriona–. No me importa que le digas que estamos juntas en esto. Dile que las dos vamos a contarle todo, que llamaremos a la prensa...; lo que quieras. Si piensa que estás exagerando, soltándole un farol o inventándotelo todo, y me llama para comprobarlo, te prometo confirmar todo lo que tú le digas.

Livia siguió sin decir nada.

–Pero, a cambio, quiero que te asegures de que no vuelve a hacer daño a nadie como hicieron Fred y él con nosotras. No puedes dejar que siga.

La joven no pudo menos de sentirse impresionada. Había hecho sudar a tantos sospechosos en la sala de interrogatorios, que le resultaba desconcertante vivir la experiencia desde la perspectiva opuesta. No es que eso importara mucho, puesto que ya se había hecho a la idea de que después de apretar las tuercas a Lone no podía desentenderse sin más de él. En caso de verse obligada a elegir entre saber de Nason y acabar con Lone, no albergaba duda alguna de que elegiría lo primero; pero daba por cierto que no iba a tener que enfrentarse a semejante decisión. Por lo tanto, le sacaría toda la información posible y, tan pronto quedase convencida de que no tenía nada más que ofrecer, lo dejaría en paz, como había dejado en paz a su hermano enfermo o a Tyler el Hierba.

Sin embargo, tampoco había imaginado que tendría que debatir nada de esto con MacKinnon. Una vez más, tuvo que reconocer que no tenía capacidad de maniobra; que no tenía, como acostumbraba, el dominio total de la situación; que no tenía a la vista cuanto ocurría en la periferia del tablero de juego. La tragedia de las hermanas Lone se asemejaba demasiado a la que estaban viviendo Nason y ella.

Por otra parte, no temía que aquella mujer fuese a suponer riesgo alguno. MacKinnon tenía un motivo muy poderoso para guardar sus secretos: la salvaguarda de su familia y de la vida que con tanto esfuerzo se había creado. Además, por supuesto, deseaba ver muerto a su hermano: no cabía preocuparse por la posibilidad de que se opusiera o acudiese a la policía.

–No es justo –dijo MacKinnon–. Abusan de nosotras en secreto y el único modo que tenemos de contraatacar consiste en ser violadas de nuevo en

público, por los chismosos, la prensa sensacionalista y los fisgones deseosos de conocer cada detalle repulsivo de lo que nos hicieron contra nuestra voluntad.

Livia dejó escapar un suspiro. Aquella mujer tenía un gran instinto, pero no había aprendido aún a dejar de encomiar el caballo cuando ya lo había vendido. MacKinnon le tendió la mano.

—¿Trato hecho?

Ella titubeó antes de alargar también el brazo y estrechársela. La anfitriona no la soltó mientras añadía:

—Y esto que te voy a decir es solo un ruego. No es ninguna compensación que esté pidiendo ni te estoy exigiendo nada. En realidad, se trata solo de un favor; pero...

Se inclinó hacia ella y le apretó con más fuerza la mano.

—Haz que sufra —susurró—. Por nosotras; por Ophelia; por Nason... Que sufra como una rata asquerosa.

Livia asintió con un gesto y apartó la mano. Sabía que no podía prometer tal cosa.

Pero tampoco descartaba que fuese a ocurrir de aquel modo.

CAPÍTULO 58

AHORA

Aún no habían transcurrido treinta y seis horas cuando Livia llegó a Bangkok.

Había vuelto a Seattle desde San Francisco en avión y, tras comunicar por correo electrónico a los encargados de la academia de *krav magá* que no iba a poder dar sus clases en los días siguientes, llamó a Donna a fin de solicitar un permiso para encargarse de un asunto personal. Nunca había pedido nada similar y, por lo tanto, le preocupaban menos las dificultades administrativas que las sospechas que pudiera levantar. En el fondo, sin embargo, no le preocupaba otra cosa que Nason.

No llevaba pistola, porque ni siquiera había tiempo de averiguar qué regulaciones se aplicarían a los agentes del orden estadounidenses que pretendieran entrar con armas de fuego a Tailandia, ni, en caso de ser posible, quería llamar la atención. Tampoco llevaba el Vaari, porque era grande y resultaba intimidador y, por lo tanto, podía darle problemas si le registraban el equipaje en la aduana. Por lo tanto, se decidió por una navaja Böker Plus Subcom, que medía unos diez centímetros abierta y la mitad cerrada, lo bastante pequeña para fijarse a un sostén y lo suficientemente afilada para cortar hasta llegar al hueso, además de entrar dentro de lo que cabría esperar de una turista precavida que estuviera de vacaciones. Tras considerar las distintas situaciones en las que podría encontrarse, decidió añadir también un pulverizador de gas pimienta del tamaño de un bolígrafo, no de los que usaba la policía, sino de los que vendían de buena calidad para el uso del ciudadano de a pie, y un *kubotan*, una barra de unos quince centímetros recubierta de nailon inyectado que apenas se distinguía de un rotulador. Aunque, en el caso, poco probable, de que registraran su bolsa y dieran con alguno de estos

objetos, tal vez le costara salir del brete, pensaba que valía la pena correr el riesgo. Hizo las reservas en línea, preparó el equipaje, tomó el pasaporte y se dispuso a subir al vuelo nocturno con escala en Taipéi que habría de aterrizar en el aeropuerto de Suvarnabhumi poco antes del mediodía de la hora local.

Su paso por el aeropuerto le resultó extraño. Ver a tantos tailandeses, oír su lengua, oler los alimentos... Ella no se había sentido tailandesa ni siquiera siendo niña: siempre había sido lahu, perteneciente a las tribus de las colinas. Antes, claro de convertirse en ciudadana estadounidense. Entonces, si hasta había perdido en gran medida el tailandés rudimentario aprendido en su infancia, ¿por qué le estaba resultando tan triste, tan nostálgica aquella experiencia? No lo sabía con certeza, pero, fuera como fuere, la había tomado desprevenida.

Un taxi la llevó a su hotel, el Anantara Riverside Resort. Había dado con él en la Red y daba la impresión de ser la clase de lugar que escogería una turista como ella: no muy caro, dotado de un número considerable de piscinas, bares y restaurantes, cercano al Gran Palacio Real y a otras atracciones de la capital... y lo bastante grande para ofrecer un grado aceptable de anonimato. Cierta veterano de la CIA le había dicho durante un curso que había recibido en la unidad de narcóticos que era fundamental interiorizar el papel que uno elige para pasar de incógnito, no solo por si alguien trata de ponerlo a prueba, para lo cual es necesario tener el mayor conocimiento posible del personaje, sino también porque, cuanto más se viva el personaje, más se sentirá y cuanto más se sienta, mayor será la fusión entre ambos. «Para mentir tienes que sentir», era como él lo expresaba. Y entre las pocas cosas que podía hacer con tan escasa antelación para meterse en la piel de una simple turista, la de buscar la reserva de hotel más apropiada era pan comido.

El trayecto en taxi duró casi una hora, porque, pese a no ser mucha la distancia que había que salvar, el camino estaba plagado de atascos colosales en los que se mezclaban bocinas, estruendo de camiones, ronroneo de mototaxis y el ruido de sierra mecánica que hacían los ciclomotores que transportaban a dos, tres y a veces hasta cuatro personas. Reparando en que en Estados Unidos no se veía nunca más de una persona ni siquiera en las motocicletas de gran porte y en todo lo que eran capaces de hacer las gentes de allí con tan poco, Livia sintió que la asaltaban los recuerdos de su infancia en el bosque.

Mientras avanzaban, iba mirando a todas partes por las ventanillas de

uno y otro lado del taxi a fin de verlo todo. ¿Siempre había estado tan concurrida y activa aquella ciudad? Ella nunca había estado allí ni había visto más que vislumbres fugaces mientras la atravesaban durante la pesadilla que fue el viaje en la camioneta blanca. Sin embargo, llegó a la conclusión de que nunca se habían dado tanto ruido, tanta construcción, tanta energía. En el presente había mucho más dinero. Lo veía en los rascacielos que surgían por todas partes como champiñones estafalarios, en las fachadas ostentosas de los centros comerciales y en las mujeres de atuendo elegante que acarreaban bolsas de establecimientos selectos.

Aun así, también era mucha la pobreza que veía: pordioseros, chiquillos que daban la impresión de vivir en la calle, gentes en poco más que harapos... ¿Qué era lo que había dicho William Gibson? «El futuro ya está aquí; lo que pasa es que está repartido de forma poco equitativa.» Lo mismo pasaba con el dinero en Bangkok: había, pero solo para unos pocos.

No pudo sino sorprenderse por el número de personas que le preguntaban si era de allí: el agente de aduanas del aeropuerto, el taxista, el recepcionista del hotel... Ella no creía tener aspecto de tailandesa ni aun de lahu. Desde luego, ya no se sentía así; pero debía de conservar algún vestigio. No obstante, no tenía claro lo que quería decir aquello ni qué sensaciones albergaba al respecto.

La habitación era agradable y funcional. No es que eso importara mucho, porque lo único que necesitaba era una cama. Los nervios no la habían dejado dormir en el avión y se había pasado la mayor parte del viaje leyendo un par de guías que había comprado en el aeropuerto con la intención de aprender cuanto fuera posible de la capital, planeando estrategias, determinando posibles ventajas y previendo las distintas contingencias para imaginar cómo afrontarlas. Tenía que conocer la disposición de las calles, los vestidos, las costumbres... Necesitaba poder moverse sin provocar perturbación alguna; algo que en Estados Unidos se había vuelto una labor sencilla y allí, en cambio, iba a constituir todo un reto.

Cerró la puerta a cal y canto, se duchó, se secó y se echó en la cama. Su cerebro seguía acelerado, pero llevaba más de cuarenta y ocho horas en vela y no hubo de esperar mucho para que su cuerpo derrotara a su mente. Tras sumirse primero en una ensoñación negra y vacía, tuvo un sueño horrible en el que daba con Nason y se la encontraba muerta. Sin embargo, lograba revivirla de un modo u otro, pero la niña no dejaba de repetir:

—¿Por qué, Labi? ¿Por qué?

Se despertó con un gruñido, se incorporó y miró amodorrada el reloj de la mesilla: llevaba durmiendo poco menos de cuatro horas y era casi de noche. Se frotó los ojos y trató de superar la sensación que le había dejado el sueño. Era el mismo que había tenido tantas veces de adolescente, pero hacía ya mucho que había dejado de visitarla.

Había dejado el aire acondicionado demasiado alto y hacía frío en la habitación. Se estremeció. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo iba a salir de aquella situación? Enfrentarse a un senador de Estados Unidos... ¿Dónde tenía la cabeza?

Advirtió que la experiencia de verse de nuevo en Tailandia y tener que hacer cara a su pasado la estaba llevando a sentirse como la niña que había sido en un tiempo ya muy lejano. Concluyó, no obstante, que aquella criatura había desaparecido, que si quedaba vivo algo de ella era solo como una sombra o un recuerdo distante. Pero no; se había equivocado: la niña pequeña que había sido seguía estando presente. Y tenía miedo.

«Vamos, Livia: podemos con esto.» Porque ya no era aquella chiquilla: había crecido hasta convertirse en campeona de lucha y de judo, en instructora de defensa personal, en policía, en homicida, en dragón. Y la que iba a enfrentarse a Ezra Lone no era la niña, sino lo que había sido de ella.

En realidad, tampoco así lo estaba expresando bien: era Ezra Lone quien iba a tener que enfrentarse a ella.

CAPÍTULO 59

AHORA

Volvió a darse una ducha para despejarse y entonces se metió en su papel. Mucho maquillaje, gafas enormes de pasta, falda corta de color negro, blusa color crema con un sostén negro debajo, calzado plano –aunque los zapatos de tacón casaban mejor con el personaje, había concesiones tácticas que no podía permitirse– y un bolso de Coach sin identificativos. Llevaba la Böker fijada al sujetador, delante de la axila izquierda, donde podía alcanzarla sin dificultad metiendo la derecha bajo la blusa. Por si acaso.

Bajó en ascensor al vestíbulo y salió a la calle. Se sorprendió al sentirse angustiada por el bochorno. Se había acostumbrado al clima inmejorable de San José y hasta al frío húmedo de Seattle, pero, al parecer, su cuerpo había olvidado el de los trópicos. Aun así, al mismo tiempo, daba la impresión de reconocerlo, como si fueran fragmentos de un sueño que hubiera olvidado al despertar.

Sacó del bolso el Gossamer modificado y lo usó para localizar el teléfono de Lone. Después de un tiempo usando aquel aparato, sabía perfectamente que funcionaría en cualquier parte del planeta y, sin embargo, seguía sintiendo un miedo irracional ante la posibilidad de que el hecho de estar en el extranjero estropeará algún elemento de su mecanismo. Había, claro, otros modos de conseguir lo mismo, como preguntar por él en diversos hoteles de lujo o hacer que Becky llamase a su despacho con cualquier excusa...; pero ninguno era tan seguro, discreto ni preciso para determinar incluso la habitación que ocupaba.

A la postre, no tenía sentido preocuparse: el Gossamer apenas necesitó unos segundos para dar con su teléfono en el número 96 de la carretera de Narathiwat Ratchanakarin, a unos tres kilómetros de allí, tal vez a veinte

minutos de mototaxi con el tráfico de Bangkok. Quería buscar la dirección antes para saber con exactitud a qué se enfrentaba; pero no podía usar su teléfono, porque lo había apagado antes de salir de Seattle para que no la pudiera seguir nadie como ella estaba siguiendo a Lone. Las probabilidades eran mínimas, pero el uso regular de un Gossamer podía volver paranoico a cualquiera. Por otra parte, además de no dejar rastro alguno de sus movimientos, prefería que no hubiera constancia de las consultas que había hecho en la Red. Como siempre, toda precaución era poca.

Caminó hasta dar con un establecimiento en el que vendían teléfonos de prepago. La vendedora se lo dejó configurado en inglés y con la tarjeta SIM puesta, y lo cargó mientras Livia esperaba. Una vez listo el aparato, volvió a salir, introdujo la dirección en el buscador y dio con dos coincidencias. Todo hacía pensar que Lone estaba cenando en el Vogue Lounge, situado en la sexta planta del edificio conocido como CUBE o en L'Atelier de Joël Robuchon, en la quinta. Buscó ambos y no logró decidirse por ninguno: los dos eran establecimientos distinguidos y lujosos, de los que, a su parecer, debían de frecuentar los altos funcionarios del Gobierno a la hora de agasajar a un dignatario extranjero. Pensó ir a ver, pero descartó la idea: lo más seguro era que estuviese en un reservado y le fuera imposible, por lo tanto, confirmar su presencia. Además, en caso contrario cabía la posibilidad de que la viese y, aunque dudaba que fuera a reconocerla después de tantos años, fuera de contexto, disfrazada y sumida en un mar de incontables rostros asiáticos, si reparaba en ella arruinaría la sorpresa que le tenía preparada para más tarde.

Así que se limitó a pasear por la orilla del Chao Phraya mientras se apagaban las últimas luces de un cielo salpicado de nubes, mirando de cuando en cuando el Gossamer por ver si se había movido Lone. Pasó un número interminable de puestos de comida con las mesas de plástico llenas de familias que cenaban entre risas y conversaciones animadas en una lengua que, pese a resultarle extrañamente familiar, no entendía ya, como la música de una melodía conocida cuya letra hubiese olvidado. Vio santuarios diminutos dispuestos en rincones discretos y un templo colosal de numerosas alturas, hoteles de lujo y chabolas cubiertas con planchas onduladas, hombres de traje oscuro de ejecutivo y monjes con hábito del color del azafrán. Todo aquello la hizo regresar al bosque y sorprenderse pensando en sus padres. ¿Seguirían vivos? Habían pasado años desde la última vez que había hablado con ellos el contacto de Rick. Después de tanto tiempo y de tantos informes carentes de noticias, tal ejercicio se había convertido en una simple

formalidad. Si iba a visitarlos, ¿la reconocerían?

Decidió que no le importaba: lo único que podía querer de ellos era que se hiciesen una idea del horror al que habían entregado a sus propias hijas; pero, ¿qué más les daba a ellos, de todos modos? Dirían que no sabían nada, que no se daban cuenta, que estaban desesperados y que no era culpa suya. No, no quería nada de ellos. Si los veía alguna vez, haría caso omiso de su madre y escupiría a su padre. Más allá de eso, poco le preocupaba que estuvieran vivos o muertos, fueran felices o no o tuvieran una existencia cómoda o desdichada. Y lo mismo podía decir de su hermano, quien no había hecho nunca otra cosa que recibir de sus padres todo lo que también debían haber dado a Nason y a Livia.

Pasó por un mercado al aire libre y pasó la vista por los puestos: bolsos, sedas de Tailandia, peluches, lencería y toda clase de baratijas para turistas. Se detuvo en uno de ellos y eligió una peluca de color rubio platino, que se colocó con cuidado y comprobó desde todos los ángulos ante un espejo antes de pagar en efectivo y ponerse de nuevo en marcha.

Acababan de dar las diez cuando comenzó a moverse el teléfono de Lone. Con cierta punzada de emoción en el pecho, observó su avance hasta que se detuvo en Thanon Jao, una calle corta de... Dusit, la orilla oriental del Chao Phraya. Miró la dirección en su teléfono y encontró una escuela de enfermería, un parque de bomberos... y el hotel Orient. El corazón empezó a latirle con más fuerza.

Leyó un par de reseñas en la Red y supo que se trataba de uno de los más antiguos de Bangkok, así como de los más refinados después de la reforma multimillonaria que había conocido unos años atrás. Amplió la imagen que ofrecía el satélite y vio que el edificio era un rectángulo alargado que daba al río. Cada uno de los extremos tenía un resalte –*suites*, supuso– con ventanas en tres direcciones. Al parecer, el lugar gozaba de gran popularidad entre los mandatarios por ser Dusit el distrito en el que se hallaban los edificios gubernamentales. Tenía fama por su lista de clientes, que debía de estar integrada por diversas personalidades internacionales y potentados; su discreción; sus ventanas de triple acristalamiento, y su aislamiento sonoro. Livia se preguntó si esta última peculiaridad no sería parte del atractivo que ejercía sobre Lone aquel lugar.

De un modo u otro, no iba a tardar en averiguarlo.

CAPÍTULO 60

AHORA

Esperó casi hasta la medianoche. El teléfono de él llevaba más de una hora sin moverse; de modo que podía imaginar que se habría acostado ya. Tal vez tenía cerca a Redcroft; pero, más allá de su «asistente», suponía que no tendría guardaespaldas, porque en Llewellyn no solía acompañarse de ninguno. Al cabo, era senador y no presidente ni secretario de estado y, además, debía de conceder una gran importancia a su intimidad durante sus estancias en Bangkok. ¿Tres días de reuniones oficiales? Quizá sí, aunque ella pensaba que estaría allí por algo más. Algo que podía ser difícil de explicar a un puñado de agentes secretos o a quienquiera que lo observara de cerca.

Llegó en mototaxi a escasas manzanas del hotel e hizo el resto del trayecto a pie. Al entrar en la calle se amortiguaron los sonidos de la ciudad y, unos pasos más allá, el tumulto urbano se había transformado en poco más que un murmullo regular de fondo. Aquel era un barrio residencial, respetable y tranquilo. A su izquierda se alzaban bloques de apartamentos elegantes y, a su derecha, un largo muro tras el que crecían bambúes de gran altura, concebido para proteger y ocultar el hotel.

A mitad de la calle dio con la entrada, una puerta metálica adornada con profusión, abierta y dotada de un camino de piedra con una casilla de madera. En su interior, tras una ventana de cristal, había dos guardias de uniforme. Frente a ellos había otro que sostenía una linterna y un espejo fijado a una pértiga telescópica. No pasó por alto la cámara de seguridad que había bajo los aleros y se alegró de ir disfrazada y llevar la cabeza gacha. El vigilante de fuera la saludó con un movimiento afable de cabeza cuando pasó ante él haciendo crujir con suavidad la grava del camino. Por suerte no le pidió

ninguna identificación, pues lo más seguro era que tuvieran por cometido buscar posibles explosivos en el maletero y los bajos de los vehículos. Los peatones, al parecer, no suponían amenaza alguna. Aun así, el simple hecho de que hubiera guardias en el perímetro del hotel resultaba desconcertante, porque le recordaba que sabía muy poco de aquel lugar y estaba improvisando demasiado. Sin embargo, no tenía otro remedio, ya que tal vez no fuera a topar nunca con una ocasión mejor.

La fachada del hotel era espectacular, imponente: cuatro plantas de piedra blanca rodeadas de palmeras que se mecían a la brisa nocturna; ventanas altas y rectangulares cubiertas por celosías negras; torres cuadradas en el piso superior. Exceptuando alguna que otra concesión a la tradición arquitectónica tailandesa, como, por ejemplo, las líneas sinuosas que remataban las esquinas del tejado, la estructura presentaba, en su mayor parte, un carácter netamente contemporáneo y el aspecto de una fortaleza elegante. Le pareció horrible, aunque quizá esta sensación no era más que un reflejo de la misión que la había llevado allí.

Al entrar se encontró con un vestíbulo no menos impresionante: un largo rectángulo rodeado de maceteros y abierto a las plantas de las habitaciones y al techo de cristal con enrejado que remataba el edificio. Aunque seguro que de día se inundaba de luz y daba la impresión de lugar diáfano y bien ventilado, en aquel momento dio a Livia la impresión de ser una celda decorada con gran lujo.

Vagó unos instantes por aquel lugar mientras se aclimatava, se hacía con la disposición de los diversos elementos y asimilaba la atmósfera. Vio muchos extranjeros (*farang*, palabra que aún recordaba), todos bien vestidos y de aspecto próspero, algunos a la moda y otros de aire más conservador. La acústica y la suave música ambiental acallaban las distintas conversaciones. El bar era impecable y combinaba matices clásicos contemporáneos. En general reinaba un ambiente de privilegio, poder y discreción, de dinero viejo que se mezclaba en relación sinérgica con el nuevo. «Ahora estás dentro – parecía estar susurrándole aquel lugar–, que es donde desea estar el resto.»

Al lado de los ascensores vio un vigilante de seguridad que comprobaba que los clientes que pasaban a su lado tuvieran las llaves de su habitación. Mierda: en eso no había pensado. Podía haber pagado una, suponiendo que hubiera alguna disponible; pero no quería dejar constancia de su paso y mucho menos de su estancia. Con todo, creía tener una solución mejor.

Se dirigió al bar, se sentó en la barra y pidió un vino blanco. No tuvo

que esperar mucho para que se sentara a su lado uno de los *farang*, un tipo con patillas de diseñador, chaqueta informal oscura de lino y una camisa blanca con el cuello abierto que no podía negar su origen estadounidense. Ella se sonrió. ¿Cuántas veces había hecho aquello mismo cuando salía a buscar la clase de sexo que le gustaba o, mejor aún, a un violador?

–¿Puedo invitarte a una copa? –preguntó él ofreciéndole su propia sonrisa.

–¡Vaya! –dijo ella–. ¡Qué amable! ¿Cómo te llamas?

Él le tendió la mano y el puño de la camisa, al recogerse, dejó a la vista el magnífico reloj de rigor.

–Mike, ¿y tú?

«Estos americanos, siempre tan confiados.»

–Hola, Mike. Yo soy Betty. –Estrechó sonriente la mano de él y alargó el contacto un instante más de lo que cabría esperar.

Él miró el vino de ella, que seguía aún por la mitad.

–¿Qué me dices de lo de la copa, Betty?

Ella se apoyó en el hombro del recién llegado.

–La cosa, Mike, es que ya llevo tres, y... –Se detuvo para dejar escapar una carcajada.

Él rio también.

–¿Y?

Ella seguía recostada en él.

–Y... Pues que estoy un poco achispada. –Volvió a soltar una risotada.

–Eso está bien. Yo también estoy algo bebido.

–¿En serio?

–Sí. He cerrado un trato importante esta noche y el cliente nos ha sacado a todos a celebrarlo.

«Hombres: siempre tan gallitos...»

–Oye, pues enhorabuena.

–Gracias. Pensaba tomarme una más por mi cuenta antes de retirarme. Por saborear el momento, ya me entiendes. Pero me alegro de haberme topado contigo.

Ella lo miró con gesto complacido. No le resultó difícil, porque él no estaba nada mal.

–Entonces, ¿te alojas aquí?

Él asintió con la cabeza.

–¡Sí, señora! En una *suite* con un minibar espléndido. ¿Y tú?

–No, yo estoy en el Sukothai, con mi novio y otra pareja; pero él se ha puesto un poco imbécil y... No sé. Me habían dicho que el bar de aquí estaba muy bien...

–Lo siento; quiero decir, que sea un imbécil. Pero, ¿sabes?, si quieres relajarte un rato, mi *suite* es tu *suite*.

Ella le ofreció una sonrisa larga e impúdica.

–¡Serás malo!

Él le devolvió el gesto.

–Solo si me lo pides.

Ella miró a su alrededor.

–Lo que pasa... es que no creo que sea buena idea que me vean subir contigo. Por evitar que nadie se lleve una impresión equivocada, quiero decir.

–Claro, claro. Lo entiendo perfectamente. ¿Por qué no subo yo primero y tú me sigues cuando pasen unos minutos?

–Eso suena muy bien –respondió ella con otra sonrisa.

–Muy bien, pues... habitación 217. ¿De acuerdo?

–Sí: 217.

Él miró de nuevo la copa de ella.

–¿Me dejas al menos que te invite a esta?

–No, no: ya la he pagado. –Se desesperó para que él pudiera contemplar su cuerpo–. Pero, si quieres, me puedes ofrecer algo de tu minibar...

–Trato hecho –contestó él tras echar un vistazo no demasiado discreto a lo que se le ofrecía.

A continuación, se puso en pie y ella, considerando que habría sido mucho mejor si hubiera salido de él, pero viendo que no parecía ir a decir nada al respecto, le preguntó:

–No necesito llave para el ascensor ni nada de eso, ¿verdad?

–¡Sí! Menos mal que te has acordado tú. –Metió la mano en el bolsillo frontal de la chaqueta, sacó una tarjeta con circuito integrado y se la dio–. Yo voy a ir a recepción a identificarme y decirles que me he dejado la mía en la habitación. Me darán otra. Así que te veo de aquí a unos minutos, ¿de acuerdo? Habitación 217.

«Demasiado confiado –pensó ella– en todos los sentidos.»

–No tardes –le dijo sonriendo.

Aguardó diez minutos y salió del bar. Mostró con un movimiento rápido la llave al de seguridad y subió al tercero en ascensor. Cuando se abrieron las puertas, miró a izquierda y derecha. El pasillo estaba vacío en ambos

sentidos. Perfecto.

Salió del ascensor y giró a la derecha. La luz era suave y azulada; las puertas estaban retranqueadas; la moqueta era suave y mullida. Reinaba un silencio propio de estudio de grabación. Miró el Gossamer. El teléfono de Lone estaba a menos de sesenta metros. Siguió la señal hasta llegar al final del corredor. Había una habitación a cada lado y otra frente a ella: el resalte que había visto en el mapa, con ventanas en tres de sus lados. Sin embargo, el teléfono seguía estando a quince metros: demasiado lejos para que fuese en aquella planta. Miró al suelo y luego al techo. ¿Estaría más abajo o más arriba?

Decidió que tenía que subir, convencida de que él habría preferido la cuarta planta, la más alta, para estar por encima de todo el mundo. En caso de estar equivocada, solo tendría que bajar a la segunda. Con todo, no creía estarlo: Lone se alojaba en la *suite* que tenía en ese momento sobre su cabeza.

Volvió a meter el Gossamer en el bolso, exhaló una larga espiración y echó a desandar sus pasos.

CAPÍTULO 61

AHORA

Livia salió del ascensor y giró sin más a la derecha. La cuarta planta era idéntica a la tercera: la iluminación, la moqueta gruesa, el silencio... Con una diferencia: el hombre de traje oscuro que había sentado frente a la *suite* del fondo del pasillo.

Lo reconoció de inmediato: el pelo rubio de corte militar se hallaba ya salpicado de canas, pero las orejas prominentes eran las mismas y su constitución recia tampoco había cambiado. Matthias Redcroft, el «asesor legal» más versátil del mundo.

Ya había pensado cómo sortear esta contingencia; de modo que ni vaciló ni mostró signo alguno de preocupación. Se limitó a caminar lentamente en su dirección, mirando los números de las habitaciones que se abrían a izquierda y derecha como si buscara una en particular. Sabía que Redcroft no la iba a reconocer, ya que la única vez que habían hablado ella no era más que una adolescente canija y en ese momento, además de haberse transformado en una persona diferente, iba disfrazada.

Así y todo, el corazón empezó a batirle con fuerza a medida que se acercaba. Redcroft alzó la mirada y la observó con atención. Llevaba una mano en el asa del bolso y la otra suelta a un costado y avanzaba con el paso tranquilo de una prostituta de lujo a la que hubiesen enviado a contentar a algún cliente adinerado del hotel. Al llegar a la *suite*, se detuvo y miró a Redcroft, quien alzó una ceja y preguntó:

—¿Puedo ayudarla?

—¿Es usted el que ha llamado? —dijo ella, imprimiendo en su acento algún rastro de lahu.

—¿Perdón?

Ella señaló el número que se leía al lado de la puerta.

– Habitación 428.

– Dudo que la haya llamado nadie de esta habitación.

– Pues aquí es donde me han dicho que venga.

– ¿Quién?

– Mi jefe.

– ¿Y quién es su jefe?

– El servicio.

– Mire, señorita: no sé de qué servicio me habla, pero parece que ha debido de haber un error. ¿Por qué no habla con su jefe y lo arregla?

– Ahora no voy a poder localizarlo. Además, él nunca se equivoca.

– ¿En serio? ¿Cómo la ha dejado pasar el tipo que comprueba las llaves delante de los ascensores?

– Ya me conocen. Y ahora, ¿me podría dejar pasar, por favor? Me ha costado más de una hora llegar aquí y ya voy tarde.

Él la miró de arriba abajo.

– ¿Cuánto cobras?

Mierda. ¿Qué quería: pagarle para librarse de ella? Ella movió la cabeza de un lado a otro.

– Dudo que puedas pagarlo.

– ¡Vaya! Inténtalo.

Ella pensó en una cantidad descabellada.

– Cincuenta mil *baht* –dijo.

Casi mil quinientos dólares. Dudaba que él fuese a aflojar semejante cantidad para librarse de una fulana tailandesa.

Él, en cambio, se recostó en la silla y volvió a mirarla de arriba abajo.

– ¿Sabes? De todos modos, es casi la hora de mi descanso. –Inclinó la cabeza hacia la puerta que quedaba a la izquierda de la *suite*–. Esta de aquí es mi habitación. ¿Por qué no cierras el trato conmigo? Así arreglamos el error y ¡todos contentos!

Trató de pensar con rapidez. Había albergado la esperanza de convencerlo para que llamase y hacer que Lone abriera la puerta. Sin embargo, al tratarse de habitaciones contiguas y ser una de ellas una *suite*, imaginó que debían de estar conectadas por una puerta interior. También eso podría jugar en su favor. Y, en caso de equivocarse, podía seguir improvisando.

– Pareces buen tipo –respondió con cuidado de no parecer demasiado

entusiasta—, pero tengo un cliente al que complacer. ¿Te parece bien que nos veamos de aquí a dos horas?

—Soy buen tipo, pero no puedo esperar dos horas. Así que te voy a decir lo que vamos a hacer. Ya que estás aquí, te daré diez mil más por olvidar al otro cliente. ¿De acuerdo?

Ella arrugó el entrecejo.

—A mi jefe no le va a gustar.

—Pero ha sido él el que te ha enviado al sitio equivocado, ¿no?

—Parece que sí —respondió ella con una sonrisa poco convencida.

—Está bien —dijo él poniéndose en pie sin dificultad. Sacó una llave del bolsillo de la chaqueta, fue hasta su puerta, la abrió y se la sostuvo—. Por favor.

Hubiese preferido que pasara él primero. Eso le habría permitido sacar el gas pimienta del bolso mientras no la veía. Además, desde el susto de San José, no le gustaba dar la espalda a un hombre cuando entraba en una habitación. Sin embargo, si ponía alguna objeción podía hacer que él recelase. De cualquier modo, no le iba a costar demasiado sacar el pulverizador teniéndolo a él detrás.

Cuando entró las luces estaban ya encendidas. La habitación se abría al final de un pasillo largo forrado de madera y con suelo de mármol. Llevaba el bolso con el asa al hombro, de modo que le caía por debajo del codo y le fue fácil meter la mano con discreción y envolver con los dedos el recipiente mientras colocaba el pulgar en el dispositivo de salida.

Siguió andando y oyó la puerta tras ella y el pasador que se cerraba con un sordo chasquido metálico. Oyó los pasos de él a unos tres metros de ella. Pensaba llegar a la habitación, detenerse y dejar que él se acercara un poco más antes de darse la vuelta y rociarle el gas. A continuación, lo atacaría con el *kubotan* hasta reducirlo y acabar con él. Vería si tenía llave de la *suite* del senador; si no, echaría abajo la puerta medianera y, en caso de que no hubiera, volvería a meterse en el personaje para regresar a la puerta principal de la *suite*.

Vio una cama immaculada de tamaño colosal, moqueta gris y muebles de caoba. Oyó los pasos de él a su espalda. Respiró hondo, soltó el aire, se preparó para girar...

—No sé qué llevas en la mano, Livia; pero, a no ser que sea más rápido que la pistola con la que te estoy apuntando a la columna, te recomiendo que lo vuelvas a dejar en el bolso.

Ella se detuvo, helada. «¿Livia?»

–Sí, te he reconocido. Suéltalo, Livia. Vuelve a ponerlo en el bolso lentamente.

Miró atrás y vio la pistola. Él la levantó para que pudiera verla. La tenía bien sujeta con las dos manos.

–Ni se te ocurra volverte –ordenó él alzando la voz–. Sigue mirando adelante.

Ella obedeció.

–Último aviso para soltar lo que tengas en el bolso. No me obligues a dispararte por la espalda, ¿de acuerdo?

Dejó en el bolso el pulverizador y levantó las manos lentamente con los dedos extendidos. ¿Cómo diablos la había reconocido? ¿La estaban esperando? Quizá Becky Lone... No: no tenía sentido. Aunque hubiese imaginado que Livia podía viajar a Bangkok, nunca se le habría ocurrido avisar a su hermano. Fuera cual fuere el motivo, tenía que ser otro.

–Muy bien: deja ahí las manos. Ahora, sigue andando y no te vuelvas. ¿Sabes? No eres nada mala: habrías podido engañar a cualquiera; pero, por desgracia para ti, yo nunca olvido una cara. Nunca. Por eso, entre otras cosas, me paga tan bien el senador.

Ella siguió avanzando por la habitación. O sea, que parecía que había tenido la mala suerte de que la reconociese. Su situación no era precisamente envidiable, pero, al menos, no se trataba de una encerrona: él, como ella, estaba improvisando.

–Con todo –siguió diciendo–, tengo que reconocer que casi me engañas. Fuera de contexto, con el maquillaje, las gafas, la peluca... Me ha costado un minuto o dos situarte.

Livia vio la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Pasara lo que pasase, iba a ocurrir allí o en la *suite*: no iban a volver al pasillo.

–Pero... ¡Dios! ¡Si es que pareces de verdad una puta tailandesa de altos vuelos! Yo, por lo menos, te daría lo tuyo. Vamos, que tal vez me anime.

Ella no dijo nada. Estaba esperando a que él diera un paso.

Aunque quizá lo daba ella.

–Pero, primero, vamos a ver qué opina el senador. Puede ser que a él se le ocurra alguna idea buena. Suele tenerlas. ¿Sabes lo más gracioso? Que creo que, de hecho, se va a alegrar de verte. Hace tanto tiempo... ¿Qué has estado haciendo?

O sea, que no sabía nada del judo ni de que pertenecía a la policía. No

habían estado al corriente de su vida desde que dejó Llewellyn. De modo que para ellos no debía de ser sino una versión algo mayor de aquella niña asustada e impotente. Tenía que aprovechar esa baza, tal vez la única de que disponía. Tenía que alimentar esa impresión, llevarlos a subestimarla. Un instructor suyo le había dicho en cierta ocasión que el hecho de reconocer que alguien es peligroso tiene el efecto de disminuir de manera automática su peligro. Y también cabía hacer el razonamiento opuesto.

–Conque, Livia, te diré lo que vas a hacer. Primero, quiero que dejes poco a poco ese bolso en el suelo. Por cierto: si crees que voy a dudar en dispararte por el ruido, que sepas que el Orient tiene las paredes más gruesas de todo Bangkok. Aquí dentro podrías hacer estallar una bomba nuclear portátil sin despertar a nadie. Además, por motivos de seguridad, el senador siempre alquila las dos habitaciones contiguas y la de abajo. No necesitas más explicaciones, ¿verdad?

Ella obedeció. Todavía tenía la Böker, pero dudaba que él fuese a ser tan estúpido de no registrarla. Hasta entonces no había pasado nada por alto.

Lo oyó recoger el bolso.

–A ver qué tenemos aquí... ¡Vaya! Un pulverizador de gas pimienta. Hay que reconocer que eso duele. Y luego supongo que me habrías atizado con este *kubotan*, ¿no? ¡No me digas que has asistido a algún cursillo de defensa personal! ¿A qué viene esto? ¿Qué pretendes hacer?

Ella no dijo nada.

–Y esto ¿qué es? ¿Un localizador de teléfonos?

Livia siguió callada.

–¿De dónde has sacado una cosa así?

–Lo he comprado.

–¿Dónde?

–Aquí, en Bangkok.

–¿Y cómo has conseguido el número del senador?

–Por un detective privado.

–Pues debe de ser de lo mejorcito del gremio. ¿Cómo se llama?

Aquel hombre tenía instinto policial para los interrogatorios. Había llegado el momento de cambiar de táctica.

–No pienso decir nada más hasta que me digas qué fue de mi hermana.

–¿De eso se trata? ¿Después de todos estos años me vienes con eso?

–¿Dónde está?

–Eso es cosa del senador. Si te portas bien, muy bien, tal vez te lo

quiera decir.

–¿Y por qué no me lo cuentas tú?

–Se podría decir que esas decisiones están por encima de mi categoría. De todos modos, vamos a hablar con él. Ya te he dicho que me da la impresión de que se va a alegrar de verte. Pero primero quiero que apoyes las manos en la pared, al lado de esa puerta. Más o menos... digamos... que a la altura de las tetas. Luego vas a dar un paso atrás y separar los pies hasta que te queden rectos los brazos y las piernas, de modo que apoyes todo el peso en las palmas de las manos. Voy a asegurarme de que lo del bolso era lo único que traías.

Conocía de sobra aquellas instrucciones: había cacheado a un número incontable de sospechosos en aquella misma postura, precisamente porque dificultaba en gran medida cualquier reacción violenta. Había acariciado la esperanza de que no la tomase en serio y se descuidara; pero lo cierto es que hasta entonces se había conducido de un modo muy metódico.

Hizo lo que le indicaba.

–Más, Livia. Separa más los pies y aléjalos más de la pared.

Ella volvió a obedecer. Del otro lado de la puerta creyó oír un grito, un chillido agudo y lastimero como el de un crío al que hacen daño; pero el sonido llegaba tan amortiguado que no estaba segura. Oyó a Redcroft acercarse a ella y sintió una mano en su espalda. Supuso que era la izquierda, aunque daba igual, porque la que sostenía la pistola seguía bien alejada y, de todos modos, en aquella postura resultaba punto menos que imposible desarmarlo.

Él pasó la mano por el costado izquierdo de ella y después por el derecho. Entonces se acercó hasta quedar entre sus piernas, con el sexo en contacto con su trasero.

–No tendrás nada ahí, ¿verdad, Livia? –preguntó mientras se frotó contra ella–. ¿O también voy a tener que registrarte ahí?

Al colocarse en aquella posición, Redcroft se había apartado por vez primera del procedimiento preceptivo: estaba empezando a subestimarla, si bien no tanto aún para crear la oportunidad que estaba esperando ella. Con todo, resultaba alentador. Se recordó que debía manifestar miedo, indefensión.

Él la envolvió con los brazos para tantearle los senos.

–¡Aaah! Están muy buen puestas. Han crecido desde la última vez que nos vimos, ¿verdad? ¡Vaya por Dios! ¿Qué tenemos aquí?

Acababa de dar con la navaja, tal como suponía. Livia sintió que el cañón de la pistola se le clavaba en la región lumbar. De nuevo se estaba desviando del procedimiento más seguro. Cuanto más se acercaba, mayores eran las probabilidades de que alcanzara a desarmarlo. Sin embargo, tampoco era aquella la oportunidad que estaba esperando Livia. Así y todo, si seguía así, acabaría por ofrecérsela. Solo tenía que ser paciente.

Metió la mano bajo la blusa de ella y sacó la Böker.

–¡Dios santo, Livia! ¡Si pareces Rambo! Dime: ¿cuál era el plan? ¿Atar al senador y hacerlo hablar? ¿Algo así? ¡Mmm!

Oyó caer la navaja con un golpe suave y sordo en algún punto de la moqueta situado tras ellos. Él volvió a abrazarla y a apretarle los pechos.

–¿Era eso? ¿Ese era el plan que traías? ¡Venga, que a mí me lo puedes contar! ¡Venga...!

La voz se le había puesto ronca y la parte que tenía apretada contra ella se estaba endureciendo. Sintió la rabia que empezaba a quemarle el interior. Era el dragón, que había empezado a despertarse.

«No. Todavía no. Todavía no»

–¿Te gusta, Livia? ¿Te gusta notar mi verga contra tu cuerpo? ¿Te gusta?

–¿Dónde está mi hermana? –preguntó, en un tono aterrado, casi infantil, que le resultó muy satisfactorio.

–¡Otra vez con tu hermana! Está bien: parece que vamos a tener que ir a ver al senador. ¡Maldita sea! Ahora que empezábamos a pasárnoslo bien, ¿verdad?

Le palpó el vientre y le recorrió las piernas con la mano varias veces hasta acabar por frotarle el trasero y la entrepierna. A continuación, le arrancó la peluca y la arrojó a un lado.

–Mejor –dijo–. Me parece que el senador va a preferir verte así. Las gafas también sobran. –Hizo otro tanto con ellas antes de dar un paso atrás–. ¡Bueno, Livia! ¿Por qué no me haces el favor de abrir esa puerta? Solo tienes que quitar el cerrojo y abrirla. Dale fuerte, porque pesa mucho y está bien encajada en el marco.

Siguió sus indicaciones. Tenía razón: era pesada. Parecía de caoba maciza y tenía un grosor de al menos seis centímetros. Al otro lado había otra igual que debía de cerrarse desde la *suite*. ¡Y tenía planes de echarla abajo de una patada, cuando habría hecho falta un ariete!

Volvió a oír la voz quejicosa. Aunque seguía llegando a ella de manera

muy débil, a través de la puerta única resultaba inconfundible: era un llanto infantil. ¿Qué estaba ocurriendo al otro lado? Sintió que volvía a invadirla la rabia y se afanó en hacerla retroceder.

–¡Vaya! Me lo temía: estamos interrumpiendo al jefe, que está de fiesta. Ese es otro de los motivos por los que me paga bien: mi capacidad para tomar decisiones importantes. Seguro que no le importa cambiar cuando vea que eres tú. Así que ve y llama a la puerta. Fuerte, con los nudillos. Si no, no te van a oír.

¿Cómo que «van»? Lone y ¿quién más? ¿La niña que creía haber oído gritar?

Llamó a la puerta y, un instante después, oyó una voz apagada preguntar al otro lado:

–¿Qué pasa?

Tenía la extraña sensación de haberla oído antes. ¿Le había parecido distinguir cierto acento tailandés?

–Soy yo. Abre, Chanchai, que tengo una sorpresa para el senador.

–¿No puede esperar?

–Créeme: no va a querer esperar.

Livia oyó descorrerse el cerrojo y vio abrirse la puerta.

Al otro lado estaba Calavera.

CAPÍTULO 62

AHORA

Al verlo montó en cólera de inmediato. Por un instante la abandonaron todos los años de adiestramiento y no pensó en otra cosa que abalanzarse sobre él, derribarlo y destrozarle la cara con las uñas y los dientes. «No, no: estás asustada. Asustada.»

Calavera tenía casi el mismo aspecto que le recordaba. El pelo, el semblante...: todo. Llevaba traje, como Redcroft, aunque en el barco había ido siempre despechugado o con una camiseta sucia. Aparte de eso, lo único que tenía distinto era un parche negro en el ojo. La acometió un deseo terrible de arrancárselo de la cabeza y hundirle el pulgar hasta el fondo en lo que quiera que tuviese debajo. «Estás asustada. Asustada.»

Él la miró de hito en hito, al principio con desconcierto hasta que, poco a poco, la fue reconociendo. Dirigió la vista a Redcroft y después de nuevo a Livia para volver a posarla en Redcroft y decir:

–Es esa... esa niña.

–Sí, es ella. La que te dejó tuerto, ¿verdad? Parece ser que siempre ha sido muy peleona. Tenías que haber visto lo que le acabo de quitar: gas pimienta, un *kubotan*, una navajita preciosa... No hace falta que me lo agradezcas, pero te podía haber sacado el otro ojo...

Calavera sonrió y, extendiendo la mano de golpe, la agarró del cabello que le caía sobre la nuca. Livia tuvo que hacer un esfuerzo para no derribarlo y romperle el cuello. «Estás asustada. Asustada.» Le echó hacia atrás la cabeza y ella no se resistió. Entonces dijo algo en tailandés.

–¿Dónde está mi hermana? –preguntó ella haciendo un mohín.

Él la miró.

–¿Cómo? –exclamó él en inglés–. ¿Ya no hablas tailandés?

–¿Qué fue lo que le hiciste?

Él sonrió y la atrajo hacia sí. Seguía teniendo el mismo olor a curri. Tanto que tuvo la impresión de hallarse de nuevo en la caja, en el barco, de rodillas, como quien ve irrumpir en su presente una pesadilla de la infancia.

–De todo –susurró él.

El dragón se esfumó de pronto y ella volvió a ser, sin más, Labi, atrapada en las garras del hombre que tanto daño le había hecho, que tanto daño había hecho a Nason. Nunca se había detenido ni se iba a detener nunca.

Calavera tiró de ella y la obligó a cruzar la habitación. Redcroft los seguía con la pistola aún desenfundada. Ella vislumbró un sofá y algunas sillas, un televisor enorme de pantalla plana, un comedor... A continuación, se encontró ante una puerta interior que debía de dar al dormitorio de la *suite*. El que la tenía agarrada de los pelos llamó con fuerza y del otro lado salió una voz que exclamaba:

–¿Qué demonios pasa?

Era el senador Lone. Aun cuando no hubiese sabido de antemano que era él; a pesar de los años transcurridos; aunque no hubiera apagado el sonido la hoja de la puerta, habría reconocido aquella voz, idéntica a la de su hermano.

–Sal –le dijo Calavera–. Tienes que ver esto.

Transcurrido un momento se abrió la puerta. Era Lone, abrochándose el cinturón del batín del hotel que llevaba puesto. A diferencia de los otros dos, había envejecido, tenía el cabello más escaso y las mejillas hundidas.

Livia oyó sollozos callados que llegaban del otro lado. Alargó el cuello para mirar y vio una niña desnuda sobre la cama, esposada a las rejas del cabecero de metal. Daba la impresión de no haber llegado siquiera a la pubertad. «No –pensó–. No, por favor. No.»

Lone miró a Livia, luego a Calavera y a continuación a Redcroft.

–¿Es quien yo creo que es?

Redcroft asintió con un gesto y sin dejar de apuntar a Livia con la pistola.

–Quiere saber dónde está su hermana. De hecho, ha venido hasta aquí para preguntártelo.

–Dímelo –terció ella–. Dime solo dónde está. –Hablaban en serio: si lograba saber aquello, ya no le importaría nada. Ni luchar, ni nada más.

Lone se llevó una mano a la boca y la miró como si no pudiera creer lo que veía. Entonces señaló a Calavera.

–Llama a los tuyos para que vengan a llevarse a la cría. Esto es mucho más interesante.

El tailandés sacó un teléfono del bolsillo de la chaqueta, se lo llevó a un oído y dijo unas palabras en su lengua. Entonces volvió a guardarlo y sacó una pistola de una cartuchera de nailon que llevaba al hombro para encañonar con ella a Livia. La funda... no era la que cabría esperar de un criminal, sino de un policía, y el arma, una SIG Sauer P320 de las de gran tamaño. Tampoco esto era común entre los malos, quienes solían preferir algo más discreto y fácil de esconder.

Miró a la de Redcroft, una Glock, más pequeña que la del otro, y se preguntó cómo habría podido introducirla en Tailandia. Por valija diplomática, quizá, o tal vez la había obtenido a través de Calavera. El primero guardó el arma a su espalda, en la cinturilla del pantalón. Allí era donde la llevaba y por eso ella no había visto ningún bulto que delatase su presencia cuando él se había puesto de pie para abrirle la puerta de su habitación. Entró en el dormitorio para abrir las esposas de la pequeña, que no dejaba de sollozar, y sacarla de la cama. Podía tener once años. La edad de Nason cuando se la llevaron.

La niña tenía sangre en el interior de las piernas. Aquella visión le resultó insufrible y le avivó demasiado el recuerdo de Nason. Apretó los dientes y trató de contenerse, pero le fue imposible y empezó a llorar.

Redcroft arrojó las esposas sobre la cama y ayudó a la cría a vestirse. Ella estaba tiritando de la cabeza a los pies, como si fuera lo único que pudiese hacer para evitar caer al suelo. Él la sacó del dormitorio. La pequeña miró a Livia al pasar a su lado, como suplicándole que hiciera algo. Ella, sin embargo, no podía hacer otra cosa que llorar con más fuerza, moviendo la cabeza mientras repetía entre dientes:

–Lo siento.

Observó a Redcroft mientras atravesaba la sala de estar con aquella chiquilla temblorosa y la llevaba a su propia habitación. Instantes más tarde llamaron a la puerta medianera. Cuando regresó el ayudante del senador, la niña ya no estaba.

Livia lloraba aún, pero en lo más hondo, más allá del dolor, de la pena y del horror, había comenzado a despertarse algo. Solo un poco; apenas un movimiento imperceptible, invisible a todos los demás. Era como si el dragón le estuviera haciendo saber que había entendido al fin que tenía que estar en silencio, que tenía que aguardar, pero que seguía allí y estaba listo para hacer

lo que siempre había hecho. Más que dispuesto.
Solo necesitaba una señal suya.

CAPÍTULO 63

AHORA

–Bueno, pues, ya se ha ido –anunció Redcroft–. Debería volver al pasillo a vigilar.

Lone sonrió.

–No creo que sea necesario: no va a venir nadie. En realidad, quien tenía que venir ya lo ha hecho; así que creo que puedes quedarte.

Redcroft miró a Livia.

–¿Ves? Por eso me gusta trabajar para el senador: porque sabe tratar a sus empleados.

Lone señaló la sala de estar.

–Ahí vamos a estar más cómodos. ¿Verdad?

Calavera hizo un gesto a Livia con la pistola y ella se dirigió a la pieza contigua seguida por los tres hombres.

Redcroft se sentó en una de las sillas acolchadas con profusión que había dispuestas frente al sofá. El de la pistola señaló este último y Livia tomó asiento en él. Lone ocupó la silla que había al lado de Redcroft y Calavera permaneció de pie al lado del sofá sin dejar de apuntar a Livia.

Ella parpadeó para deshacerse de las lágrimas y miró al senador.

–Dime lo que ha sido de mi hermana. Por favor, dime solo eso.

Él miró a su ayudante y después al otro.

–En fin, ¿qué hacemos? ¿Se lo decimos? Sería una grosería no contárselo.

Calavera sonrió ante el comentario. En cambio, la expresión divertida de Redcroft se esfumó y dio paso a algo más semejante a un gesto preocupado. A Livia, que no sabía qué significaba tal cosa, no le gustó nada.

–En fin, Livia –dijo Lone–. Lo que pasó fue esto: se suponía que tu

hermana, Nason, tenía que viajar contigo en el barco que te llevó a Llewellyn. Mi hermano os iba a acoger a las dos, pero entonces tú hiciste aquella estupidez y enfadaste mucho a Chanchai.

Conque Chanchai. Se llamaba Chanchai y no Kana, que era el nombre con el que lo conocía Tyler. Para ella, no obstante, siempre sería Calavera.

–Y... Chanchai se propasó un poco. Pero él es consciente y hasta pidió perdón. Me lo contó todo. En parte somos amigos por eso, porque confiamos uno en el otro. ¿No es verdad, Chanchai?

Calavera asintió sin palabras. Estaba sonriente, disfrutando sin duda al ver a Lone atormentarla.

–Entonces, Chanchai nos preguntó a Fred y a mí cómo queríamos llevar la situación, dada... la condición en la que se encontraba tu hermana. Porque, claro, no podíamos hacer que mi hermano diese cobijo a una criatura refugiada tan traumatizada. Como mínimo, necesitaba cuidados especiales. Te tengo que decir que al principio a mí no me hizo ninguna gracia la noticia, porque, supuestamente, Nason era para mí. Además, ¿cómo iba Fred a doblegarte a ti sin una hermana a la que proteger?

Se rascó una ceja y agachó la mirada unos instantes.

–Lo estoy echando mucho de menos. De todos modos, Fred me dijo: «Nos las arreglaremos. Si le digo que estoy haciendo cuanto puedo por encontrar a su hermana y más adelante le aseguro que ya sé dónde está, será casi como si lauviésemos». Y tenía razón, ¿verdad? Él siempre fue el más listo de los dos. Por eso él siguió en el mundo de los negocios mientras yo me hacía político. Aunque, al final, parece que a ninguno nos fue mal.

En el fondo, Livia no se sorprendió por nada de cuanto le estaba revelando: todo encajaba con la teoría que había elaborado ella por su cuenta. Sin embargo, no por ello dejaba de ser lacerante oírlo. Era como si aquellas palabras le estuviesen arrancando las cicatrices para meter el dedo en el tejido herido que tenía debajo.

–Fred, de hecho, pensó que debíamos deshacernos de tu hermana, teniendo en cuenta su estado. Pero, sinceramente, yo pensaba que sería un desperdicio: me parecía interesante lo que me habían contado de ella. Así que hice que Chanchai buscara el modo de traérmela. Quería conocer a esa chiquilla convertida en zombi, por si podía ayudarla.

Livia sintió que el dragón aplastaba las orejas y echaba chispas por los ojos mientras su aliento subía de temperatura. «Todavía no... Todavía no.»

–Y Chanchai, que es muy buen hombre, sabía que lo menos que podía

hacer después de haber causado el problema con su excesivo celo profesional era traerme a Nason, a quien encomendé a los cuidados de Matthias.

–Yo diría que ya le has contado todo lo que quería saber –dijo Redcroft.

–No –intervino Livia–. Por favor, ¿Qué fue de Nason? Por favor.

El senador sonrió y miró a Calavera.

–Parece que quiere saberlo de veras, ¿no, Chanchai?

El otro hizo un gesto de afirmación y la miró con expresión cargada de odio.

–Sí, lo está deseando.

–¿Y hay algo que pueda hacer para convencerte de que la pongas al día del resto de la historia?

Calavera sonrió.

–Yo diría que sí. –Miró a Livia–. Nos divertiste muchísimo en el barco. Muchísimo. Si nos diviertes otra vez, a lo mejor te contamos lo de tu hermana.

Livia agitó la cabeza. El dragón había empezado a forcejear, a tensarse. Él alzó la pistola y la apuntó a la cara de Livia.

–¿No? Pues tienes dos opciones: o nos diviertes... o te mato aquí mismo.

Lone le dedicó una sonrisa triste.

–¿Qué te cuesta complacerlo, Livia? Ya sabes lo que pasa cuando se enfada. Y si te digo la verdad, tengo la impresión de que te ha echado de menos. Si vieras cómo hablaba de ti... Te tenía por alguien muy especial y me gustaría saber qué veía en ti que le parecía tan singular. Quiero verlo y luego, si lo satisfaces, yo mismo me encargaré de contarte lo de Nason.

El dragón estaba gritando casi en su interior. Nunca lo había sentido tan colosal, tan innegable. Calavera apuntó con la pistola a la moqueta y, a continuación, otra vez a Livia.

–De rodillas –ordenó–, como en el barco. Me diviertes tanto de rodillas...

Livia se puso en pie. Estaba temblando y Calavera, al advertirlo, asintió con gesto satisfecho. Pensaba que era miedo cuando, en realidad, no era más que el esfuerzo que estaba haciendo ella por dominar al dragón. Dudaba que pudiese contenerlo mucho más.

Dio un paso hacia él. Aquella podía ser la mejor ocasión que había tenido hasta entonces, quizá la única, de desarmarlo. Un poco más cerca.

Calavera, sin embargo, se acercó más el arma al cuerpo: la conocía

demasiado bien y ya había perdido mucho por culpa de ella. No iba a arriesgarse. Señaló la moqueta con la mano que tenía libre sin dejar de encañonarla con la otra. Livia no podía hacer nada. Todavía. Iba a tener que obedecer.

Se arrodilló. Al hacerlo reparó en que él se hallaba muy erecto. Calavera se acercó más y apoyó el cañón de la pistola en la sien de ella.

–Los pantalones –ordenó–. Ábrelos.

Con el rabillo del ojo pudo ver que Lone y Redcroft se inclinaban hacia delante en sus asientos. Tal vez los movían, sin más, la expectación y el interés; pero, en el caso de Redcroft, la postura iba a propiciar un mejor acceso a la pistolera que llevaba en la región lumbar. Daba igual: ya no podía enfrentarse más al dragón aunque quisiera. Y no quería.

Ella le abrió los pantalones y él apretó más la pistola. El cañón le mordía la piel. Él apartó la ropa interior para dejar al aire su erección.

–La boca –dijo–. La boca, como en el barco. Como tu hermana.

Livia se lo metió en la boca. Hasta el fondo. Cuanto pudo. Como sabía que le gustaba a él. Él gimió. El dragón vio la ocasión: desplegó sus alas gigantescas y se llenó de fuego los pulmones. Calavera le sujetó la nuca y la empujó hacia sí para provocarle una arcada, para impedirle respirar como había hecho siempre en el barco. Perfecto: era lo que ella quería. Dejó que él empujase tanto como fue capaz de soportar.

Entonces, con un solo movimiento rapidísimo, impulsó una mano hacia la que sostenía la pistola, bajó la cabeza de golpe... y cerró con fuerza las mandíbulas. Calavera lanzó un alarido. El arma se descargó a centímetros de su oído. Ella, sin embargo, apenas oyó el disparo. Asíó con fuerza el cañón y lo hizo girar en dirección al techo al mismo tiempo que mordía con más fuerza y rugía por entre la masa de sangre y tejido que tenía en la boca. Él volvió a chillar y se agitó, incapaz de apartarse e inmóvil por la conmoción y el dolor. Livia empujó con fuerza la pistola hacia la izquierda y volvió violentamente la cabeza a la derecha. El arma se soltó y también el resto de él.

Ella cayó de espaldas y, en lo que llegaba al suelo, se pasó la pistola de la mano izquierda a la derecha. Redcroft había empezado ya a incorporarse y a tratar de asir su arma; pero ella había previsto el movimiento y no tuvo dificultad en poner la mira en su objetivo mientras asía la empuñadura con firmeza, como le había enseñado Rick.

Apretó el gatillo. Él recibió el primer disparo en el costado. Se retorció

y siguió buscando a tientas su pistola. Ella volvió a alcanzarle en el mismo lugar, alzó un tanto la puntería y le disparó en el cuello. Redcroft cayó de rodillas. Ella bajó el arma y le reventó la mandíbula. Del lugar en que había estado su barbilla hasta entonces brotó un surtidor de sangre. Él se llevó las manos a la herida como un loco, como si hubiera algo que hacer para contener el daño, y la miró por un instante con los ojos desencajados. Parecía estar implorándole una explicación de cómo había podido pasar aquello. A continuación, cayó hacia delante sobre la moqueta.

Livia se puso en pie sin dejar de apuntar a Redcroft. Escupió el trozo de carne sanguinolento que tenía en la boca mientras Lone la observaba sin palabras, petrificado en su silla y con el rostro demudado por la turbación y el horror. Calavera, por su parte, estaba tendido de espaldas, gritando a voz en cuello, retorciéndose y apretándose con las manos de manera inútil la entrepierna mientras la sangre se filtraba entre sus dedos y le empapaba los pantalones.

Livia apuntó al senador con la pistola y le dijo:

–Quieto.

Entonces se acercó al cuerpo de Redcroft y le descargó una última bala, esta vez en la nuca. A continuación, sacó la pistola que llevaba sujeta a los pantalones y la arrojó al rincón más alejado de la habitación. Se arrodilló al lado de Calavera y lo cacheó sin dejar de apuntar a Lone. El otro seguía convulso y dando alaridos. No tenía más armas: solo la SIG, que en ese momento era ya de ella.

Se puso en pie y se acercó a Lone.

–Al dormitorio –le ordenó–. Vamos.

–Te contaré lo de tu hermana –le dijo él resollando–. Te lo voy a contar todo.

Ella escupió otra masa más de sangre y se limpió la boca con el reverso de la muñeca antes de asegurarle con una sonrisa.

–Ya lo sé. Lo sé.

CAPÍTULO 64

AHORA

Lo esposó a la cama tal como él había esposado a la niña, asegurándose de que veía desde allí cuanto ocurría en la sala de estar, y volvió al lado de Calavera.

Este no había dejado de chillar. Livia dejó la pistola sobre la moqueta y recogió los restos ensangrentados de su miembro. Tenía en la boca el sabor de su sangre y su olor lo impregnaba todo. Agachó la cabeza y lo contempló por un instante para dejar que la viese bien, que supiera lo que venía a continuación.

Él lanzó un grito, se volvió hasta quedar boca abajo sin apartar las manos del vacío de su entrepierna y comenzó a alejarse de ella con movimientos espasmódicos que lo hacían más semejante a un gusano. Ella se acercó, lo agarró de una oreja con la mano que le quedaba libre y lo obligó a colocarse de nuevo con la espalda en el suelo.

–*Mai! Mai!* –exclamó.

El significado de aquello sí lo recordaba: «¡No! ¡No!».

Le agarró el cabello con la siniestra, le colocó el pie izquierdo bajo la cabeza y apoyó la rodilla de la otra pierna en su garganta. Él cerró mantuvo la boca cerrada e intentó liberarse girando la cabeza. Ella aumentó la presión de la rodilla, él forcejeó otro instante y ella apretó aún más. Calavera abrió al fin la boca. Livia le introdujo el miembro amputado y le cubrió con la mano la nariz y la boca para impedir que lo expulsara.

–Mmm... –Su grito se vio apagado por la palma de ella y por lo que tenía debajo.

–¡Me diviertes mucho! –Exclamó ella en voz alta mientras miraba los ojos desorbitados de él–. ¡Me diviertes mucho!

Sin soltarle el pelo, apretó con fuerza la mano y la rodilla mientras él se ahogaba, se retorció y forcejeaba. La asió por una muñeca y trató sin éxito de apartarle la mano. Calavera empezó a vomitar y ella aumentó aún más la presión. El cuerpo de él se contorsionaba. Ella contempló su agonía mientras se apagaba la vida de sus ojos y quedaba inmóvil su cuerpo convulso.

Livia se puso en pie jadeando y se tomó unos segundos para componerse. Entonces miró a Lone. Lloraba de miedo mientras sacudía las esposas contra el cabecero de la cama, tratando de soltarse con desesperación.

«Nason –pensó ella–. Nason.»

Tenía la impresión de que el dragón se había posado y había plegado las alas; pero su aliento seguía caliente y sus ojos brillaban aún. Le estaba haciendo saber que iba a aguardar de nuevo.

Pero no por mucho tiempo.

CAPÍTULO 65

AHORA

Livia entró en el dormitorio. Lone tiró con más fuerza de las esposas, gimiendo de pavor. Ella se detuvo a los pies de la cama y lo miró.

–No me hagas daño –dijo el senador entre resuellos–. Por favor, te voy a contar todo lo que quieras de tu hermana. Todo. Por favor.

Ella tomó una silla que había pegada a la pared y la colocó mirando a la cama.

–Está bien –dijo tras sentarse–. Cuéntamelo.

–¿Me vas a hacer daño? ¿Vas a matarme?

–Tú y tu hermano, Fred. Os habíais quedado sin niñas que violar y queríais más, ¿verdad? Pero no podían ser como cualquier otra: eso ya lo conseguíais en los viajes que hacíais en «misión oficial» a Tailandia. No: queríais hermanas, hermanas que se quisieran y fuesen capaces de hacer cualquier cosa para protegerse. Como Ophelia y Becky. Como en los buenos tiempos.

Él la miró horrorizado.

–Sí –dijo ella–: no soy periodista como te dijo Becky, sino policía. Ingresé en el cuerpo después de sobrevivir al enfermo de tu hermano. Becky me lo contó todo y, además de eso, sé mucho más. Así que más te vale que lo que me vas a contar ahora encaje con lo que ya sé, si no quieres que...

–Sí, sí. Pero prométeme... Me tienes que prometer que no vas a hacerme daño... ni a matarme.

–Si me dices la verdad.

–Júralo. Júralo por tu hermana.

–De acuerdo: lo juro por Nason. Si me dices la verdad.

Pasaron unos segundos sin más sonido que la respiración frenética de él.

–Ya te lo he dicho –repuso él al fin–. Chanchai la llevó a Washington. En fin, a Maryland. Matthias contrató a un grupo de personas discretas para que la cuidara y, a veces, me la traía.

La miró con gesto temeroso.

–De acuerdo –dijo ella–. Lo he prometido, pero solo a cambio de la verdad. Sea cual sea.

Él asintió.

–No me gustaba. No salía del estado en que se encontraba.

–O sea, que no te gustaba porque no gritaba cuando le hacías daño.

La frente de él se perló de sudor.

–Por favor –dijo–. Mírame: soy ya muy mayor y estoy arrepentido.

–Lo único que quiero es la verdad. Toda. Lo he jurado por Nason. ¿Se te ha olvidado?

Él tragó saliva.

–Ella no... No estaba allí, ni había nada que yo pudiera hacer para remediarlo. Así que Matthias... Matthias... –Tras unos instantes, acabó la frase–: Matthias la mató. Lo siento.

Ella oyó las palabras sin llegar a sentir las todavía.

–¿Y qué hizo con ella después de matarla?

–La dejó en el parque regional de Little Bennett.

–¿Y la encontraron?

–Sí. No hizo nada por ocultarla. Daba igual: no había nadie que pudiera identificarla.

«Sí que había –pensó Livia, invadida por un extraño desapego–: las “personas discretas” que habían estado “cuidándola”. Pero ¿cómo iban a haberlo sabido? O en caso afirmativo, ¿qué les habría importado?»

–¿Cuándo? ¿Cuándo la encontraron?

–Debió de ser... el otoño siguiente a vuestra llegada a Llewellyn. En octubre.

Siempre había sospechado que Fred Lone mentía al decir que era necesario proteger a Nason. Aunque, al parecer, sí que sabía dónde se encontraba o, más bien, dónde habían acabado con ella.

Daba igual: si el estado de Washington tenía establecido un protocolo relativo a los cadáveres que nadie reclamaba, el de Maryland no debía de ser muy distinto. No era lo que tanto había esperado, pero, después de oírlo en voz alta, se dio cuenta de que siempre había sabido, en lo más hondo, que tenía que ser verdad.

Su pajarito había muerto, y hacía ya mucho.

–Por favor –dijo él–. Te he dicho la verdad. Me lo has jurado.

Livia asintió con la cabeza.

–Sí.

Volvió a la habitación de Redcroft.

–¿Adónde vas? –le preguntó–. ¿Qué pasa?

Ella vio la Böker donde la había lanzado Redcroft, la recogió y volvió a la cama.

–De acuerdo –dijo–. Ahora, deja que te diga que hay un par de cosas que debería contarte.

Él, sin voz, la miró con los ojos desencajados por el miedo.

–Primero: tu hermano no tuvo un ataque al corazón, sino que lo maté yo. Lo estrangulé con mis propias manos y observé la desesperación en su mirada mientras se le escapaba la vida. Es curioso: las cosas que me hacía se encuentran entre mis peores recuerdos; pero ¿matarlo?, ¿verlo morir? Ese es uno de los mejores.

El miedo del rostro de él se tiñó entonces de horror.

–Segundo: sé que este hotel es célebre por su aislamiento acústico. Está tan bien insonorizado que nadie ha podido oír los disparos. Además, tu secuaz, Redcroft, me ha contado cómo lo tienes todo montado: lo de las habitaciones contiguas y la de abajo. Decía que era por motivos de seguridad, pero, hombre, ya que estamos sincerándonos, habría que decir que los dos sabemos que la intención era que nadie pudiera oír los gritos de agonía de las niñas. Y si nadie las podía oír a ellas, ¿por qué te van a oír gritar a ti?

Él empezó a resollar de nuevo.

–¿Por qué dices eso? Me lo has prometido. ¡Lo has jurado por Nason!

–Tercero: ¿de verdad crees que una promesa hecha por mi hermana, a la que torturaste, violaste y asesinaste, puede avasallarme como me avasallaban las amenazas sobre ella cuando creía que estaba viva?

–¡Por favor! –exclamó él casi sollozando. Sobre las sábanas comenzó a extenderse una mancha oscura cuando a él se le soltó la vejiga–. ¡Por favor, por favor, por favor, por favor!

–Sss... –dijo ella–. Sss... Todavía hay otra cosa que quiero que escuches.

Él la miró, otra vez jadeante y con los ojos aterrados.

–Becky me pidió que hiciera algo por ella. Un favor. –Abrió la navaja–. ¿Y sabes qué? Creo que lo voy a hacer. Y no solo por ella, sino también por

Ophelia. Y por Nason.

Ezra Lone empezó a gritar. Y tardó mucho en callar.

CAPÍTULO 66

AHORA

Un mes más tarde, Livia se hallaba de nuevo en Tailandia. Había hecho de nuevo el vuelo de Seattle a Bangkok, pero esta vez tomó acto seguido un avión que la dejaría en Chiang Rai, donde vivían las tribus montañosas; donde había vivido ella; donde había sido niña, antes de convertirse en otra persona.

Aquella noche había limpiado cuanto le fue posible la *suite* del Orient, si bien, en realidad, no pudo hacer otra cosa que eliminar sus huellas de las superficies que recordaba haber tocado. Sabía perfectamente que las probabilidades de salir indemne de aquello dependían del empeño que pudieran poner las autoridades en investigar el asesinato de un senador estadounidense. Por lo común, a una cosa así, sobre todo al haber ocurrido en el extranjero, se destinaban un número considerable de investigadores, las bases de datos de vigilancia de los Servicios de Seguridad Nacional y el laboratorio forense del FBI, el mejor del mundo probablemente. Ella había hecho cuanto había podido por cubrir su pista de antemano, y así, por ejemplo, había recurrido al navegador Tor Browser para hacer sus consultas en línea sobre Ezra Lone. Sin embargo, también había hecho un uso generoso de varias de las bases de datos de los cuerpos policiales, y de esas búsquedas siempre quedaría constancia. Bastaba con que alguien se propusiera comprobarlas. También estaba Tanya, a la que podía llamar la atención la coincidencia de su llamada y la muerte del senador, y Becky Lone, a quien también debía contar entre sus puntos flacos potenciales. En resumidas cuentas, dados la velocidad con la que lo había organizado todo y el grado de improvisación que había requerido, dudaba que pudiera sobrevivir a una

investigación federal en toda regla.

En consecuencia, se reducía todo a lo que decidieran las autoridades que debía ser la versión oficial de la historia. Si querían la verdad, tendrían que indagar, y si, por el contrario, decidían ocultarla por considerar que resultaba demasiado bochornosa para el poder o por cualquier otro motivo, apenas investigarían sino, a lo sumo, de forma nominal.

El mismo día en que regresó a Seattle pudo verlo en las noticias: Ezra Lone, senador veterano por Idaho, había muerto durante un viaje a Bangkok, mientras cumplía con una misión oficial vinculada a su lucha incansable contra la lacra del tráfico de personas, de un ataque al corazón. Todo apuntaba a que su familia se veía perseguida por las dolencias cardíacas, toda vez que su hermano menor, Fred, había conocido una suerte igual de trágica doce años atrás. El presidente ofrecía sus condolencias a todos los Lone y describía su muerte como «una pérdida no solo para el mayor cuerpo colegiado del planeta, sino para toda la nación a cuyo servicio consagró su vida».

Al día siguiente se dio la noticia del incendio ocurrido en el depósito de cadáveres de Bangkok en que se hallaban los restos del senador Lone en espera de ser entregados a las autoridades estadounidenses. El cuerpo del dignatario había quedado carbonizado, aunque había podido identificarse gracias a sus piezas dentales y se encontraba ya de camino a Estados Unidos para que pudiera recibir sepultura en el panteón familiar de Llewellyn.

Livia había consultado otras fuentes y dado con un artículo del *Bangkok Post* en el que se lamentaba la muerte prematura de un tal Chanchai Vivavapit, jefe de la sección de investigaciones de la policía nacional de Tailandia, por un ataque al corazón. Su cuerpo iba a ser incinerado con arreglo al deseo de su familia, deseo que, sospechaba Livia, bien podía haber sido fruto de un generoso incentivo financiero.

Así que Calavera había servido en la policía nacional. Era lo que había sospechado aquella noche, en el hotel. No quería imaginar con cuántas criaturas debía de haber traficado durante toda una vida en aquel negocio mientras ascendía un peldaño tras otro en el cuerpo. Además, claro, era poco probable que actuase solo: su organización debía de seguir en activo, secuestrando menores como la niña a la que había violado aquella noche en su *suite*.

No mucho después topó con otra noticia en el *Bangkok Post*: al parecer, uno de los operarios del depósito aseveraba que el cadáver del senador Lone

había llegado seriamente mutilado («como una pieza de caza que hubieran preparado para echarla a la olla», según su morbosa descripción). Sin embargo, un día más tarde se desdijo de aquella declaración y dijo que solo estaba hablando de un programa de televisión que había oído hacía tiempo y que el cadáver del senador Lone había estado intacto hasta que se declaró aquel incendio desdichado. El resto de la prensa parecía no estar interesado en tan estrafalaria noticia.

Tanya no llegó a llamarla. Perfecto. Sin duda tenía que haber sabido de la muerte de Lone, porque, a fin de cuentas, lo iban a enterrar en Llewellyn. Por lo tanto, podía ser que no hubiera relacionado su desaparición con las preguntas de Livia, si ben era más probable que hubiese preferido no preguntar. Era extraño: Livia no tenía muchos amigos y, de un modo u otro, aquella mujer a la que apenas conocía se las había ingeniado para contarse entre ellos.

Llevaba una semana trabajando de nuevo cuando llegó a la comisaría un paquete para ella. No llevaba remitente, aunque sí matasellos de San Francisco. En su interior, seis tarros de miel de flores silvestres del condado de Sonoma y una nota que decía solamente: «Quizá sí que desaparezca después de todo». Livia asintió con gesto serio al leerla y pensó: «Quizá».

Para todo lo demás necesitó cierto tiempo. Tuvo que pedir un par de favores y cobrarse algunos más, pero al final logró que se completara todo el papeleo para que las autoridades de Maryland exhumasen el cadáver de la desconocida que habían descubierto unos excursionistas en el parque regional de Little Bennett el otoño siguiente a su llegada a Llewellyn. El cuerpo pertenecía a una niña asiática que, al decir del forense, había muerto por traumatismo craneoencefálico después de sufrir una agresión sexual tras otra y las autoridades habían enterrado en un cementerio estatal. Las pruebas de ADN confirmaron que se trataba de la hermana de Livia, quien, en consecuencia, se trasladó a Maryland para incinerarla y volver con ella a Seattle y, de allí, a Chiang Rai.

Alquiló una motocicleta todoterreno como las que había visto usar a los blancos en un pasado ya muy lejano y se internó en las colinas con la urna que contenía las cenizas de Nason bien segura en la mochila que llevaba a la espalda. El camino se hacía cada vez más empinado; el aire, más frío, y los oídos le zumbaban por el ruido del motor. Resultaba extraño volver. Todo le parecía más pequeño, en parte, claro, por haber crecido ella y ser más amplio

su marco de referencia; pero también porque el mundo había encogido y donde antes no había más que árboles se veían líneas eléctricas y telefónicas; donde polvo, carreteras pavimentadas, y donde campos vacíos, escaparates.

Habían cambiado más cosas: algunos de los montes que se erguían a lo lejos habían adoptado un color verde sorprendente y casi antinatural por las terrazas de variedades exóticas de té, un cultivo comercial por el que, según había oído, habían abandonado las tribus del lugar la agricultura de subsistencia de la infancia de Livia. Sin embargo, buena parte de todo aquello seguía igual: el polvo rojo que en otro tiempo había manchado sus pies descalzos; los olores de la tierra, las plantas y los árboles; el amable tono azul del cielo... Los pueblos por los que pasó seguían marcados por santuarios de madera desvencijados con los que espantar a los malos espíritus y que dudaba que fuesen más eficaces que cuando ella era pequeña.

Siguió subiendo, internándose en el bosque, hasta que acabó la pista que se extendía bajo ella y le fue imposible avanzar más. Entonces se quitó el casco, se secó el sudor de la frente y miró a su alrededor. Sonrió. A Nason le habría gustado aquel lugar. Había un claro, enmarcado por árboles a izquierda y derecha, desde el que se contemplaba un valle rodeado de colinas frondosas ante una hilera de montañas verdes. Un lugar tranquilo que miraba a un mundo hermoso y esmeralda, donde habían conocido penalidades, pero también una vida feliz, inocente y segura antes de que les ocurriera nada malo de verdad.

Sacó la pata de cabra y se apeó antes de dejar el casco, quitarse la mochila y desplegar la pala de campaña. Entonces comenzó a cavar un hoyo al pie de un durio. Le gustó pensar que, a medida que creciera, el árbol iría absorbiendo las cenizas de Nason. Desde sus ramas, la pequeña podría tener una visión aún mejor de aquel paraíso de bosques que había sido su hogar durante el breve lapso en el que había vivido allí. También parecía lo más apropiado que se volviera parte de la planta que daba el fruto que tanto le había gustado.

Mientras sacaba paladas de tierra roja, dejó vagar su mente un momento y olvidó el motivo que la había llevado allí para hallarse, sin más, de nuevo en el bosque haciendo un agujero. Podía haber sido un sueño.

Quizá lo era, porque el bosque parecía diferente. No lograba decir por qué, pero daba la impresión de que faltase algo. Tal vez fuera solo su memoria, que estaba jugando con ella.

Cuando el hoyo fue lo bastante hondo, se detuvo y se limpió el rostro

con la manga. Sentaba bien usar de nuevo sus manos para cosas así; encontrarse en el bosque, sudada y sucia después de haber trabajado.

Sacó la urna, se puso de hinojos y echó con cuidado las cenizas de Nason en el agujero. Luego volvió a la mochila para sacar el Buda de madera que había tallado de niña en Portland. Lo colocó sobre las cenizas y susurró:

–Así dormirás mejor.

Se puso en pie y llenó el agujero de tierra. Al acabar, volvió a arrodillarse. Puso la mano en el lugar en que reposaba Nason, como si pudiera sentir allí su presencia; como si su tacto fuera a confortar a su hermana igual que de pequeñas.

–Adiós, pajarito –dijo y se echó a llorar.

De pronto, el bosque que la rodeaba cobró vida con el canto de cientos de aves. Alzó la vista, sobresaltada. Aquello era lo que había echado en falta: los sonidos, los pájaros que había imitado Nason en otro tiempo con tan asombrosa precisión. Sabía que debían de haber guardado silencio al oír el motor de la motocicleta y, después, el ruido de la pala: no era otra cosa. Y sin embargo... Sin embargo...

Miró a su alrededor y sonrió entre lágrimas.

–Te quiero, pajarito –dijo en lahu–. Te he encontrado y puedo dejar de buscar. –Le faltó la voz un instante y a continuación añadió–: Pero no voy a olvidar nunca.

Permaneció un buen rato escuchando las aves y, cuando el sol comenzó a descender, volvió a ponerse en camino.

No sabía adónde iría después. A Seattle, claro, porque tenía varios casos con víctimas que necesitaban su ayuda. Pero ¿y después? Pensó en Malcolm. En realidad, no le había agradecido nunca lo que había hecho por ella. No solo el *jiu-jitsu*: todo.

Por supuesto, si hablaba con Malcolm tendría que preguntar también por Sean... y quién sabía en qué podía acabar aquello. Aun así, por algún motivo, pensar en que pudiera llevar a algo no la hacía sentirse mal.

Recordó también el cuerpo especial del Departamento de Seguridad Nacional del que le había hablado Donna. Si tenía alguna relación con Tailandia, era muy probable que se sumara a aquella unidad. Barbasucia, Cabeza Cuadrada y el otro hombre de la camioneta, el que había azotado a Kai, debían de estar en algún lugar de Bangkok. Lo más seguro era que fuesen policías, como Calavera. Deseaba dar con ellos y saldar aquella última deuda.

Sin embargo, más aún que eso, quería encontrar a aquella chiquilla, la última víctima de Lone, la que la había mirado con gesto implorante. Deseaba ayudarla. Lo necesitaba.

Y lo iba a hacer; la iba a ayudar, a ella y a otras como ella. Lo haría.

De un modo... o de otro.

NOTAS

Capítulo 1

¿Por qué da por sentado Billy Barnett que puede violar sin consecuencias a una mujer con la que ha estado charlando en un bar? (<https://thecauldron.si.com/my-astoundingly-typical-rape-406b427bcac2#.iuhwcrdzz>)

Quien sienta curiosidad por el empleo que hace Livia del triángulo (técnica de estrangulación de *jiu-jitsu* conocida en judo como *sankaku-jime*) puede consultar la demostración que hace Bas Rutten en el siguiente enlace: <https://www.youtube.com/watch?v=TwMIBqOKHoc>.

También es excelente la descripción que se recoge en Renzo y Royler Gracie, John Danaher y Kid Peligro, *Brazilian Jiu-Jitsu: Theory and Technique*, pp. 124 y ss. (http://www.amazon.com/Brazilian-Jiu-Jitsu-Theory-Technique/dp/1931229082/ref=asap_bc?ie=UTF8)

Capítulo 4

Tuve que aprender mucho sobre el transporte en contenedor antes de escribir la secuencia en la que Livia es víctima de tráfico de personas.

Capítulo 5

Véase *This Life in Ruins*, deslumbrante colección de fotografías del abandono de Georgetown: <http://thislifeinruins.blogspot.com.es/2010/06/rainer-brewing-georgetown-seattle.html>

Estos vídeos de objetos de gran tamaño destrozados por trituradoras resultan extrañamente adictivos. Aunque, eso sí, puede ser que el raro sea yo. (<https://www.youtube.com/watch?v=b7ex3ejXnEo>)

Capítulo 10

Si bien la policía de Seattle tuvo la gentileza de ofrecerme una visita guiada a su comisaría central, me he permitido ciertas licencias literarias a la hora de describir la disposición del edificio y los procedimientos relativos a la retirada de material para crear, más bien, una combinación de varias comisarías.

La violación con asesinato de Montlake se basa en un caso real. Siento una gran admiración por el coraje de Jennifer Hopper, la superviviente, y su compañera asesinada, Teresa Butz, así como por la dedicación de Dana Duffy, detective de homicidios de la policía de Seattle. (<http://www.thestranger.com/seattle/the-bravest-woman-in-seattle/Content?oid=8640991>; <http://www.thestranger.com/seattle/i-would-like-you-to-know-my-nam/Content?oid=9434642>)

Capítulo 13

Así queda un teléfono (y es de suponer que también un Gossamer) tras enfrentarse a una prensa hidráulica: <https://www.youtube.com/watch?v=eCgVgaEYFAM>

Capítulo 26

La palanca que ejecuta Sean procede del excelente libro de Dave Camarillo *Gerrilla Jiu-Jitsu: Revolutionizing Brazilian Jiu-Jitsu*, indispensable para cualquier luchador serio. (http://www.amazon.com/Guerrilla-Jiu-Jitsu-Revolutionizing-Brazilian/dp/0977731588/ref=sr_1_2?s=books&ie=UTF8&qid=1374452406&sr=1-:sr_1_2?s=books&ie=UTF8&qid=1374452406&sr=1-2)

No hace falta decir que Sean es un gran rival ni que todo salió a pedir de boca en el patio con aquellos abusones. Sin embargo, como cualquier otra herramienta, la lucha debe usarse con cabeza en el ámbito de la defensa personal. En los siguientes enlaces se recoge una serie de reflexiones excelentes de Marc MacYoung que la sitúan en un contexto más amplio: <http://conflictresearchgroupintl.com/on-grappling-marc-macyoung/http://nnsd.com>

Capítulo 36

En el siguiente vídeo se expone la técnica básica de la estrangulación cruzada que emplea Livia con efectos letales. Yo, que la he empleado y sufrido muchas veces, puedo decir que es tan eficaz sobre el tatami como resulta aquí para ella. A quien quiera argumentar que es poco probable que Livia mirase a su atacante a los ojos mientras lo asfixiaba tendré que decirle que, en general, es cierto. Sin embargo, me alegro de que ella lo lograra. (https://www.youtube.com/watch?v=NqGIs_UEv6o)

Capítulo 41

El triángulo que ejecuta Livia en el aire, en particular, y en general su forma de combinar el judo y el *jiu-jitsu* me hacen pensar que tendría que haberse adiestrado con Dave Camarillo. (<http://www.davecamarillo.com/jiujitsu/>)

Capítulo 42

La anécdota que cuenta Rick de la mujer que le agradeció años más tarde el haberle salvado la vida de niña está basada en algo que ocurrió a Dana Duffy, detective de homicidios de Seattle, con la que tuve el honor de entrevistarme mientras escribía este libro. La historia hizo llorar a este aguerrido escritor de novelas policíacas.

Capítulo 46

En 2003 murieron por el calor y la falta de oxígeno diecinueve víctimas de trata en un camión cerrado en el que viajaba un centenar de personas secuestradas.

(https://en.wikipedia.org/wiki/Coyotaje#Media_portrayals_and_controversy)

Capítulo 47

Aquí se aprecia bien la clase de estrangulación que usa Livia para poner fin al encuentro con el tipo que conoce en el bar de San José:

<http://www.grapplearts.com/some-recent-pics-see-me-get-choked/>

Capítulo 55

El siguiente enlace permite hacerse una idea de la cantidad de información personal de los ciudadanos a la que puede acceder la policía:

<https://www.eff.org/deeplinks/2016/03/eff-pressure-results-increased-disclosure-abuse-californias-law-enforcement>

Es posible que el investigador medio no goce de la disponibilidad que tiene Livia del aparato de rastreo de teléfonos ni el uso que hace de él. También lo es que, desde un punto de vista técnico, no sea viable servirse de él como hace ella en Bangkok. La respuesta a lo primero no es sencilla, dado que la Harris Corporation insiste en firmar acuerdos de confidencialidad muy estrictos con los cuerpos de seguridad que adquieren tales productos. En cuanto a lo segundo, si no lo es hoy, lo será en breve (<https://arstechnica.com/tech-policy/2013/09/meet-the-machines-that-steal-your-phones-data/>).

Capítulo 61

La idea de que algo pueda volverse menos peligroso por el simple hecho de reconocer su condición de amenaza –y viceversa– procede de Marc

MacYoung. (<http://www.nonenseselfdefense.com>)

FUENTES

Robert Christensen, *Out of the Darkness and into the Blue: Surprising Secrets, Tactics, and Training Concepts: A Memoir from One of Kalamazoo's Top Cops* (<https://www.amazon.com/Out-Darkness-into-Blue-Surprising/dp/1495301052>).

Miles Corwin, *The Killing Season: A Summer inside an LAPD Homicide Division* (<https://www.amazon.com/Killing-Season-Miles-Corwin/dp/0345483006>).

Patrick Radden Keefe, *The Snakehead: An Epic Tale of the Chinatown Underworld and the American Dream* (<https://www.amazon.com/Snakehead-Chinatown-Underworld-American-Dream/dp/0307279278?>)

Lee Lofland, *Police Procedure & Investigation: A Guide for Writers* (<https://www.amazon.com/Police-Procedure-Investigation-Writers-Howdunit/dp/1582974551>).

Moisés Naím, *Illicit: How Smugglers, Traffickers, and Copycats Are Hijacking the Global Economy* (<http://www.amazon.com/Illicit-Smugglers-Traffickers-Counterfeiters-Hijacking-ebook/dp/B000MAH5NS/>); hay trad. esp.: *Ilícito: cómo traficantes, contrabandistas y piratas están cambiando el mundo*, Madrid, Debate, 2005).

Steve Osborne, *The Job: True Tales from the Life of a New York City Cop* (<https://www.amazon.com/Job-True-Tales-Life-York/dp/1101872144>); los aficionados a los audiolibros no deben perderse por nada del mundo la lectura que hace Osborne de este con ese acento suyo neoyorquino, tan oportuno en este caso).

Adam Plantinga, *400 Things Cops Know: Street-Smart Lessons from a Veteran Patrolman* (<https://www.amazon.com/400-Things-Cops-Know-Street-Smart/dp/1610352173>).

David Simon, *Homicide: A Year on the Killing Streets* (<https://www.amazon.com/Homicide-Killing-Streets-David-Simon/dp/0805080759>); hay trad. esp.: *Homicidio*, Barcelona, Principal de los Libros, 2015).

Maija Soderholm, *The Liar the Cheat and the Thief: Deception and the Art of Sword Play* (https://www.amazon.com/Liar-Cheat-Thief-Deception-Sword/dp/1505407672/ref=sr_1_1).

Randy Sutton, *True Blue: Police Stories by Those Who Have Lived Them* (http://www.amazon.com/True-Blue-Police-Stories-Those/dp/1250051258/ref=pd_bxgy_14_img_2).

Alice Vachss, *Sex Crimes: Ten Years on the Front Lines Prosecuting Rapists and Confronting Their Collaborators* (<https://www.amazon.com/Sex-Crimes-Prosecuting-Confronting-Collaboratorsebook/dp/B01FTBDKJM>).

AGRADECIMIENTOS

Dado que estoy menos familiarizado con el trabajo policial que con el espionaje, he tenido que hacer una labor considerable de investigación para escribir este libro. En este sentido, he contraído una gran deuda con los siguientes oficiales de la policía de Seattle, no solo por su tiempo y su generosidad, sino también por la labor que llevan a cabo, el peligro que asumen y el precio que han de pagar en nombre de la ciudadanía: Clay Agate, Megan Bruneau, Dana Duffy, Mike Freese (del que tengo que contar algo), Diana Freese, Michael Devine, Alvin *Big Daddy* Little, Suzanne M. Moore, Donna Strangeland y Lauren Truscott.

Aprovecho la ocasión para compartir una anécdota. Cierta día, acompañando a Mike Freese mientras hacía la ronda a altas horas de la noche, me preguntó si quería ir a ver la «selva» de Seattle, es decir, el área extensa que se encuentra bajo la interestatal número 5 y otros viaductos y en la que habitan vagabundos y demás gentes sin techo. Le dije que sí y nos detuvimos, nos apeamos del vehículo y nos colamos por un agujero que había en la valla. Mike tuvo la consideración de apuntar al suelo con la linterna y, al verme pasar tras él, se llevó un dedo a los labios para advertirme con un susurro mientras señalaba un saco de dormir tendido sobre una lona:

–Sss... Que hay gente durmiendo.

Mientras me preparaba para escribir estas páginas, pregunté a un montón de policías cuál era, en su opinión, la cualidad principal de un buen agente. La respuesta más frecuente que oí fue: «Compasión». Aquella incursión en «la selva» me demostró que es cierto.

Entre los policías a los que debo dar las gracias por su tiempo y su generosidad se encuentran Loren Christensen, antiguo integrante de la policía militar y agente de la policía de Portland, que también sabe algo de artes marciales y defensa propia (<http://www.lorenchristensen.com/martial-arts.html>); Montie Guthrie, antiguo policía de Texas y agente federal aéreo,

que lleva años ofreciéndome buenas críticas constructivas acerca de las armas de fuego que aparecen en mis novelas, pese a la impresión que le producen las escenas amorosas; Randy Sutton, antiguo agente de Las Vegas, a quien debo la llamada que tanto me facilitó las cosas en la comisaría de Seattle, buen conocedor de la labor policial y autor de libros excelentes (que, ¡maldita sea, Randy!, siempre me hacen llorar; véase <http://randylsutton.com/power-of-legacy>), y John Vanek, antiguo agente de la policía de San José, cuyo libro *The Essential Abolitionist: What You Need to Know about Human Trafficking & Modern Slavery* (http://www.amazon.com/Essential-Abolitionist-Trafficking-Modern-Slavery/dp/0997118008/ref=sr_1_1; <http://www.johnvanek.com>) recomiendo encarecidamente. Ofrece lo que promete y, junto con John, constituyó una de las fuentes más valiosas con que conté a la hora de escribir esta novela.

Gracias también a Gloria Fichou, antigua integrante del Departamento de Seguridad Nacional; Andrew Huang, antiguo fiscal federal; Mary Petrie, antigua agente de la policía de San Francisco, y Daniel Vélez, fiscal federal, por la nutrida información que me han dado acerca de la lucha de los cuerpos de seguridad contra el tráfico de personas; a Prasong Taja, por haber sido el mejor guía de Chiang Rai que pueda pedir un escritor; a Xení Jardin (<https://twitter.com/xeni>), por la información relativa a las consecuencias psicológicas de los abusos sufridos en la infancia; a Emma Eisler, por la paciencia con la que me ofreció el deslumbrante conocimiento que posee sobre el mundo interior de la adolescencia femenina; a Maya Levin, por contarme la historia verdadera de Sean Uenoyama e inspirarme el personaje al que da nombre; a Tony Bartholomew, de SF Moto (<http://sfmoto.com>), que sacó tiempo durante una mañana muy ajetreada para responder con paciencia y entusiasmo todas las preguntas que le hice acerca de motocicletas y conducción, y a Justin Bell y el resto del personal de TechShop (http://www.techshop.ws/ts_menlo_park.html) por despejar mis peregrinas dudas sobre trituradoras de metal, sopletes de oxiacetileno y presas hidráulicas, además de mostrarme el funcionamiento de todos estos aparatos.

Nadie sabe más de la lacra de los abusos a menores que Andrew Vachss (<http://www.vachss.com>), novelista y protector de la infancia, y las horas que me ha prodigado para hablarme de los orígenes y el carácter de Livia fueron verdaderas clases magistrales sobre el arte de escuchar y ofrecer puntos de vista sabios e ideas espléndidas. Corrigió lo que estaba haciendo mal, me hizo más consciente de mis logros y compartió conmigo dos conceptos

excelentes que Livia acabó por tomar prestados: que la conducta es la verdad y que lo que no es una arma constituye un punto flaco.

El talento que presenta Livia respecto de las armas de fuego se debe a Massad Ayoob (<http://massadayoobgroup.com>), con quien he tenido el privilegio de adiestrarme. En <http://www.somico-knives.com/about-us.html> se recoge información acerca de Maija Soderholm y el cuchillo Vaari. Aunque este aún no existía cuando Livia estaba en el instituto, espero que me perdone el lector por hacerlo aparecer un poco antes.

A veces, durante la redacción de un libro me sorprende escuchando una y otra vez un mismo disco concreto. En esta ocasión me ha ocurrido con el *Ouroboros* de Ray LaMontagne.

Gracias también a Naomi Andrews, Daniel Born, Wim Demeere, Grace Doyle, Alan Eisler, Emma Eisler, Judith Eisler, Montie Guthrie, Mike Killman, Lori Kupfer, Dan Levin, Maya Levin, Genevieve Nine, Laura Rennert, Ken Rosenberg, Johanna Rosenbohm, Jennifer Soloway y Alice Vachss por sus valiosas apreciaciones acerca del original.

Y sobre todo, como siempre, gracias a mi mujer, Laura Rennert, quien también es mi agente literaria, además de gran editora y colaboradora. Livia Lone ha sido fruto del trabajo común en mayor medida aún que los personajes de mis libros anteriores. Gracias, nena, por todo.